
CAOS Y ENAGUAS : LIBRO 4
La Artista y el Conde
ANYA WYLDE

LA ARTISTA Y EL CONDE

Caos y Enaguas

Libro 4

Anya Wylde

CONTENIDO

Página del título
Dedicatoria
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve

Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
Capítulo Treinta
Capítulo Treinta y Uno
Capítulo Treinta y Dos
Capítulo Treinta y Tres
Capítulo Treinta y Cuatro
Capítulo Treinta y Cinco
Capítulo Treinta y Seis
Capítulo Treinta y Siete
Capítulo Treinta y Ocho
Capítulo Treinta y Nueve
Capítulo Cuarenta
Capítulo Cuarenta y Uno
Capítulo Cuarenta y Dos
Capítulo Cuarenta y Tres
Capítulo Cuarenta y Cuatro
Capítulo Cuarenta y Cinco
Capítulo Cuarenta y Seis
Capítulo Cuarenta y Siete
Capítulo Cuarenta y Ocho

Capítulo Cuarenta y Nueve
Capítulo Cincuenta
Capítulo Cincuenta y Uno
Capítulo Cincuenta y Dos
Capítulo Cincuenta y Tres
Capítulo Cincuenta y Cuatro
Capítulo Cincuenta y Cinco
Epílogo
Sobre la Autora
Otros Libros de esta Autora

DEDICATORIA

Para Marcus y Daniel, las alegrías de mi vida.

CAPÍTULO UNO

Jane Maryanne Fairweather se bajó la manga de su vestido de mañana para ocultar las manchas de pintura al óleo bermellón y amarillo de estaño que le teñían el brazo. Esperaba que los guantes escondieran lo peor.

Miró por la ventana. Era un precioso día de verano. De esos que empujan a algunas personas a perder la cordura y salir disparadas al exterior para entregarse a actividades físicas inútiles.

Al otro lado del césped, lleno de flores estivales que se mecían con la brisa, distinguió a una de esas almas dementes —el hijo joven de la lechera— corriendo alrededor de un roble antiguo. Tenía las piernas finas como palillos y la nariz redonda y manchada, como una patatita.

Chasqueó la lengua, compadeciéndose de la humanidad. Tanto correr, brincar y saltar desplazaba piezas importantes dentro de la cabeza. No era algo que debiera fomentarse. ¡Si hasta su rey se había vuelto loco! Sin duda, su nodriza lo había animado a jugar en vez de leer.

En cuanto al regente, se estremeció; padecía algo mucho peor. Idiotez.

—¡Jane! —chilló su madre—. ¡Date prisa, Lord Hickenbottom está esperando!

Se le hundieron los hombros. Lord Hickenbottom. ¿Qué demonios había poseído al maldito hombre para visitarla? Otro grito de su madre la hizo correr al espejo para pellizcarse las mejillas y acomodarse tras la oreja un largo mechón cobrizo oscuro.

—¡Jane!

Pasó un dedo por el cuello, irritada por el encaje.

—¡Me estoy dando prisa!

Una última mirada al espejo confirmó que parecía lo de siempre, como una lechuza blanca y flaca: ojos demasiado grandes para su rostro pálido y pequeño, una espesa masa de ondas cobrizas

apiladas sobre la cabeza como una pesada corona, y una figura esbelta envuelta en muselina suave y mantequillosa.

Salió disparada del salón acristalado y voló hacia la cocina. Tenía los ojos un poco ferales cuando irrumpió en la estancia.

Una cabeza vieja y arrugada, inquietantemente parecida a una col con ojos bondadosos, le sonrió.

—¿Señorita?

—¡Tengo visita!

La cocinera sonrió.

—Anoche estaba preciosa con el vestido rosa del baile. Sabía que alguien se encapricharía de usted.

Jane miró alrededor. Las criadas estaban ocupadas embotando hierbas secas y encurtidos, y el ayuda de cámara dormía con la boca abierta junto al fuego; aun así, bajó la voz y se acercó a la cocinera.

—¿Lo conseguiste?

—Sí. —Se lo pasó con disimulo.

Jane se guardó el jugoso tomate en el bolsillo y se encaminó al salón de la mañana. Ahora sus pasos eran ansiosos y su sonrisa chispeaba de picardía.

Encontró a Lord Hickenbottom de pie junto al pianoforte.

Lo observó un momento. Vestía calzones amarillos, camisa color crema y chaleco beige, y sostenía un sombrero negro ribeteado en oro.

Parecía un narciso desplumado, empezando a ponerse marrón por los bordes.

Reprimió un escalofrío.

—¿Toca, mi lord?

—¿Perdón?

Detestaba aquello. Detestaba conversar con desconocidos.

—¿Toca? —repitió un poco más alto.

—Un poco. —Hizo una reverencia y se acercó.

Ella sonrió con nerviosismo y tomó su brazo. Se sentaron en la chaise longue.

Él metió la mano en el bolsillo y sacó un capullo de rosa rojo oscuro.

—Cuando vi esto —le rozó la mejilla con los pétalos— pensé en usted: joven, fresca y delicada.

Ella sonrió, giró la cabeza y mordió el capullo, arrancándolo de cuajo del tallo.

La nuez de Adán de él subió y bajó mientras miraba el tallo desnudo, con solo la espina y dos hojas.

Ella tragó y dejó escapar un delicado eructo.

—Gracias. Tenía hambre.

—Se comió la rosa.

—Me comí la rosa.

—Se la comió.

—Así es.

—¿Por qué?

—¿Qué otra cosa se suponía que debía hacer con ella?

—¿Ponerla en un jarrón?

—Pero tenía hambre.

—¿Y si comía una galleta?

—Lo haré cuando la criada la traiga.

—¿Pero la rosa?

—Estaba deliciosa.

El ojo derecho de él empezó a temblar de forma alarmante.

Ella se limpió los labios con un pañuelo de encaje y soltó otro eructo.

Él se recompuso, como si se sacudiera el incidente, y siguió adelante.

—Esas acuarelas —señaló los cuadros enmarcados de la pared—, ¿las hizo usted?

—No —mintió.

—Las damas son tan diestras —se acercó un poco más y le tomó la mano—. ¿Cose?

Ella sonrió ampliamente.

—Me gusta cazar.

Él frunció el ceño.

—¿Cazar? ¿Dispara?

Ella batió las pestañas.

—Cazo conejos. Los agarro por el cuello y los tiro al fuego. Es divertidísimo.

—Oh.

—Y me gusta mirar al carnicero.

Él parpadeó.

—¿Eh?

—Chop, chop, chop. La forma en que corta la carne, cuanto más pequeña, mejor. La sangre resbalando por su cuchillo afilado.

Él soltó su mano.

—¿Le permite verlo?

Ella se lamió los labios y aplastó el tomate en el bolsillo.

—Es un viejo amigo.

—¿Su madre no objeta esa amistad?

Ella negó con la cabeza y miró de reojo la mancha roja y húmeda que empezaba a formarse en su vestido cuando el jugo del tomate se filtró.

—Hasta la cocinera me deja entrar en la cocina cada vez que hay un trozo de carne que despellejar.

—¡Cielos, eso es sangre! —Saltó del sofá.

—Oh, vaya. —Ella sacó la mano del bolsillo y dejó caer la manga. Los restos de tomate se habían mezclado con la pintura carmesí y le cubrían la mano. Parecía que hubiera hurgado en las entrañas de un ser vivo—. Ese fue Lord Thomas.

Él se secó la frente con un pañuelo de seda verde.

—Le ruego me disculpe.

—Una ardilla solitaria cuya esposa murió. La llevaba en el bolsillo para consolarla, pero su presencia me distrajo y la aplasté.

Él la miró con inquietud.

—¿Cómo murió su esposa, señorita Fairweather?

—Me la comí. Son deliciosas recién arrancadas del árbol.

—¿Sin cocinar?

—Naturalmente.

—¡Cielos!

Ella pasó la punta del pie por la lujosa alfombra persa.

—¿Té, mi lord?

—Debo irme. Un asunto urgente que acabo de recordar. Quizá en otra ocasión. Esto ha sido… encantador.

—Por favor, quédese —dijo ella, agarrándolo del brazo y obligándolo a sentarse de nuevo—. La cocinera ha hecho unos pasteles maravillosos. Ligeros como el aire.

Como si fuera una señal, Rose entró con una bandeja cargada de té y pasteles.

Jane sirvió té en una taza y luego volcó todo el contenido del azucarero dentro.

—Beba —ordenó, tendiéndole la taza.

—Preferiría algo más fuerte. Brandy. Mi padre quizá tenga en su despacho. Iré a preguntarle...

Ella empezó a aullar como un lobo.

Él bebió.

Se tragó el contenido de un solo trago, luego saltó en pie y salió disparado de la habitación.

Jane lo vio huir y, en cuanto desapareció de la vista, empezó a reír con triunfo. Giró sobre sí misma y se abrazó. Otro pretendiente frustrado. Este había sido fácil— se detuvo a mitad del giro y su sonrisa se desvaneció.

Fuera de la ventana, un arbusto se estaba elevando. ¿Un laurel moteado, o quizá un cornejo? Tenía hojas de ambas plantas. Qué curioso. Nunca había visto ese arbusto antes, pero sí había visto esos ojos redondos y brillantes escupiendo fuego hacia ella desde entre las hojas.

Volvió a moverse, elevándose como una ballena en el océano.

Jane tragó saliva.

Su madre, disfrazada de arbusto, lo había oído todo y ahora la fulminaba con la mirada.

—Parece —dijo su madre, apartando una babosa de un manotazo — que tendré que tomar cartas en el asunto yo misma.

CAPÍTULO DOS

El aroma profundo y reconfortante del aceite de linaza, mezclado con los vapores embriagadores de la trementina y los óleos, impregnaba la galería acristalada. La leve brisa que se colaba por los altos ventanales abiertos no hacía nada por aliviar lo cargado del ambiente.

Jane ajustó el caballete de madera para que la luz del sol cayera directamente sobre el lienzo y, con dedos ansiosos, lo acarició. El yeso estaba seco y el boceto, listo.

Mojó el pincel en malaquita y removió el pigmento. Un grito estalló en algún lugar de la casa; ella se sobresaltó y dejó caer el pincel, salpicando el suelo de pintura.

Mientras limpiaba el verde derramado, un anhelo repentino e intenso por su apacible hogar en Finnshire se apoderó de ella.

Sus acaudalados cuñados habían tomado a su padre de la mano y lo habían guiado con paso vacilante hacia el tipo adecuado de inversiones. Ahora la situación había mejorado considerablemente, y madre había decidido comprar aquella casa adosada.

Jane frunció el ceño. Un jardín cuidado había sustituido al campo pastoral lleno de margaritas y ranúnculos. El canto de los pájaros quedaba ahogado por los chillidos de las doncellas y el estruendo de los carruajes.

Incluso la comida sencilla y deliciosa que habían disfrutado en el campo había sido reemplazada por sopa blanca, platos extraños y vino aguado a horas espantosamente tardías. Tan tardías, de hecho, que se había quedado dormida en la mesa del comedor seis veces en el último mes.

Hasta el sol parecía distinto allí. Como si intentara esconderse tras las nubes todo el día, incapaz de mirar la suciedad de las calles o el smog oscuro y asfixiante suspendido en el aire.

Y, sin embargo, Londres, como un cachorro callejero insistente, sucio y maloliente, la estaba conquistando poco a poco.

Había visto tanto durante el último año que, cuanto más veía, más mejoraba como artista.

Se había cansado de pintar árboles sensatos y montañas.

Allí podía capturar el caos de Gin Lane, la viveza de los bailes de salón y la tragedia de los corazones rotos.

Una parte de ella se estaba desprendiendo de Finnshire, de la inocencia de la infancia, y se desintegraba lentamente.

¿Era por eso que de pronto deseaba volver al pueblo? ¿Un intento de aferrarse a su pasado tranquilo y evitar el remolino que se alzaba delante, lleno de incógnitas?

Mojó un caro pincel de marta roja en aceite de nuez y lo mezcló con el negro hueso de la paleta. Con dedos firmes, añadió la pintura al lienzo.

—¿Un cuadro nuevo, Jane? —dijo desde la puerta la señorita Georgiana Berry, su amiga del alma.

Jane añadió un toque de azul de Prusia y blanco al negro, maravillándose una vez más ante aquel pigmento sintético de creación reciente. Se preguntó si resistiría el paso del tiempo o se desvanecería con los años.

—Es un farolero.

Su madre entró en ese momento y señaló el cuadro.

—Y tú, Jane, eres igual de desagradable que él.

Jane ladeó la cabeza y sonrió al lienzo, satisfecha con el lavado azul grisáceo. A ella el hombre le parecía encantador.

—¡Rosey! —chilló su madre a la doncella—. Prepara un baño.

Jane sacó la lengua, concentrada, y volvió a tomar el pincel. Añadió con cuidado un toque de gris a la piel del farolero. Sus dedos se detuvieron de manera inusual y quedaron suspendidos sobre los ojos del personaje.

Una sensación extraña la atravesó al mirarlo. Sus ojos eran hipnóticos.

Sus pinturas la habían afectado antes, pero aquello era una emoción indefinida.

—Parece que años de hollín se han acumulado en sus arrugas y grietas —dijo maravillado Georgie—. Ojalá supiera pintar así de bien.

—Pintas bien —dijo Jane, dejando el pincel y limpiándose las manos en un trapo.

—Un farolero —dijo su madre, escrutando el cuadro—. Es espantoso… todo humo y suciedad. Las mujeres deberían pintar árboles y flores. No plebeyos mugrientos cubiertos de hollín. No es de extrañar que no consigas marido. Cuatro temporadas y ni un solo pretendiente. Con tu dote y tus contactos, cualquiera habría esperado que te hubieran arrebatado en el primer año...

—Madre —Jane se giró en redondo—. Déjame trabajar.

—Eso no es trabajo. Es una pérdida de tiempo. Tienes un baile al que asistir...

—Es por la noche.

—Tienes que arreglarte.

—¡Faltan horas! Además, después de asistir a quinientos bailes, creo que puedo arreglarme en menos de una hora.

—Necesitas cuatro horas para parecer presentable —replicó su madre con sequedad—. Solo quitarte la pintura lleva una hora.

—No quiero casarme, mamá —espetó Jane.

—Apenas teníamos dinero y, aun así, tus hermanas se casaron bien. Ahora que nuestra fortuna ha cambiado, esperaba que tú te casaras más rápido que ellas, pero aquí estás, acumulando polvo y acercándote cada vez más a la soltería. Las visitas ya empiezan a disminuir. Pronto nadie te querrá.

—Penelope era la que no tenía nada.

La señora Fairweather entornó los ojos.

—La envié a Blackthorne.

—No pensaste que se casaría con el duque. No tenías fe en ella.

—Aun así, fue cosa mía. Esa chica les debe a sus hermanas ayudarlas después de todo lo que hice por ella.

—No hiciste nada. Aún la tratas con crueldad.

—Basta. No intentes desviarme del tema.

—¿Es porque se parece a su madre?

La señora Fairweather frunció el ceño.

—¿Qué te pasa?

—¿Y si te enamoras? —intervino Georgie con rapidez—. Es la sensación más maravillosa.

Los ojos de Jane ardieron.

—No me enamoraré. No puedo permitírmelo. Cientos de mujeres con talentos extraordinarios se desvanecieron simplemente porque se casaron. La inmensa mayoría murió en el parto.

La señora Fairweather se plantó con las manos en las caderas.

—Has estado leyendo libros indecentes otra vez.

Jane habló entre dientes.

—Los hombres y la prueba de su talento viven en las páginas de los libros, en esculturas y en miles de pinturas. Y las mujeres… ¿qué hay de nuestro talento? ¿De nuestra historia? ¿De nuestra contribución al mundo del arte y la cultura?

—Jane. —La voz de su madre se volvió fría—. Todas hemos tenido aspiraciones infantiles. Yo quería cantar y bailar en el escenario. Naturalmente, ahora que soy mayor, veo lo absurdo de aquello. Tú verás lo absurdo de tu empeño cuando seas más sensata. Es la sangre joven en tus venas creando molinos en tu cabeza. Las mujeres no pueden ser pintoras. Nacen para ser esposas y madres.

—Seré artista y nada más.

—No tengo tiempo que perder en este debate absurdo. Métete en la bañera.

Rosey y otras dos doncellas aparecieron cargando cubos de agua. Colocaron una sábana dentro de la bañera, pusieron una silla en medio y empezaron a verter agua caliente detrás del biombo.

La señora Fairweather se volvió hacia Georgie.

—Es tu responsabilidad asegurarte de que se bañe. Haz lo que sea necesario para quitarle esa pintura. Si quieres, tírala dentro.

Las chicas observaron cómo la señora Fairweather se alejaba con paso marcial y, al unísono, soltaron un suspiro de alivio.

—Tu madre —Georgie hizo una pausa, buscando las palabras— tiene buenas intenciones.

—Lo sé. —Jane guardó la pintura y los pinceles. No podía hacer más por hoy; tenía que esperar a que se secara el lavado gris.

Se apartó con frustración. Odiaba esperar a que la pintura secara. Le picaban los dedos por avanzar a la siguiente capa, y tenía muy clara en la cabeza la imagen del resultado que quería.

—Eres un bicho raro —dijo Georgie mientras vertía agua en un cuenco lleno de jabón batido y lo colocaba junto a la cabecera de la bañera con patas de garra—. Has convertido el solárium en dormitorio y baño.

—Paso aquí la mayor parte del tiempo. Me pareció lo más sensato.

—¿Pero dormir en el solárium?

Jane se encogió de hombros.

—No es diferente.

Se colocó detrás del biombo de Coromandel y, con la ayuda de Rose, la doncella, empezó a desvestirse.

—¡Está separado de la casa principal! ¿Cómo lo permite tu madre?

—No lo permite. Lo permite padre.

—Te ha malcriado hasta decir basta.

—Simplemente es más sensato.

Georgie suspiró.

—Espero que consigas un marido la mitad de cariñoso.

El rostro enrojecido de Jane asomó por detrás del biombo.

—¿Cuántas veces...?

—Sus ojos —la interrumpió Georgie con rapidez—. Sus ojos son pecaminosos.

—¿De quiénes? —frunció el ceño Jane.

—De los faroleros.

—Sabía que los había hecho demasiado guapos —dijo Jane, corriendo hacia el cuadro.

Georgie chilló:

—¡Cielo santo! Estás completamente desnuda y goteándolo todo. Qué vergüenza, Jane. ¿Y si entra alguien? Vuelve y termina tu baño.

Jane frunció el ceño.

—No creo haber conocido a nadie con unos ojos así.

—Ya no somos niñas, Jane. Si tu madre te ve así, ella...

—¿Yo qué?

—¡Mamá!

Los ojos de Jane se abrieron de par en par y se zambulló detrás del biombo.

Los labios de la señora Fairweather se tensaron.

—Cualquiera podría haber salido a pasear y verte corretear completamente desnuda como una loca. Has ignorado mis consejos y, pese al excelente colegio al que te enviamos, te comportas como una mujer inculta, sin moral ni valores. Ahora, por lo visto, también has perdido el juicio. Tu padre insistió en darte este solárium. He cumplido sus deseos hasta ahora. Se acabó. Ya he tenido suficiente.

CAPÍTULO TRES

Una vez más, la pequeña casa adosada londinense crujía y gemía mientras la familia Fairweather corría de un lado a otro como langostas entusiastas arrasando un campo de arroz.

El sol empezó a ponerse y las doncellas comenzaron a correr los cordones de las cortinas por toda la casa. Los pesados cortinajes de seda se cerraron con un susurro, sumiéndolo todo en la oscuridad. Las lámparas de aceite cobraron vida de golpe y el sonido del pedernal golpeando el acero llenó el aire. Las doncellas volvieron a corretear, transportando cubos humeantes, flores secas, incienso encendido y ungüentos y pócimas desde la cocina hasta el solárium.

En el solárium, Jane y Georgie se preparaban para el baile. El lugar estaba cubierto de guantes, medias y tocados. Perlas, broches y collares reposaban sobre la cama, mientras los zapatos de baile y las zapatillas de satén ocupaban las sillas.

Jane arrojó las enaguas al suelo y se sentó encima, mientras Georgie tropezaba y volcaba una caja llena de cintas, que salieron volando por el aire.

Jane observó cómo las tiras de tela de colores caían como lluvia y gimió.

—Es uno de esos días. Tengo la sensación de que va a pasar algo terrible.

Georgie se dejó caer sobre la chaise longue, con sus rizos rojos brillando a la luz dorada.

—No puedo vestirme en medio de este caos.

—Tienes una hora.

La cabeza de la señora Fairweather, llena de rulos de papel, apareció por la puerta.

—Ponte los rubíes, Jane, y levántate del suelo.

Desapareció sin esperar respuesta.

Jane suspiró y se incorporó con esfuerzo. Fue a colocarse frente a su cuadro e inclinó la cabeza.

—Debería añadir algunas arrugas alrededor de los ojos.

Georgie chasqueó la lengua.

—Tienes un gusano en el cerebro. Por una vez, olvídate de la pintura y disfruta. Baila y vive el momento.

Inspiró hondo y gritó:

—¡El rosa, Rosey!

—Enseguida, señorita.

Jane levantó el brazo mientras Mary, su doncella, le quitaba el vestido de mañana. Sus ojos seguían fijos en el cuadro. Tiritó dentro de la camisa, llevándose las manos a acariciar sus pálidos brazos.

—Su madre le ha pedido que beba esto —dijo Mary, tendiéndole una taza de té.

Jane bebió distraída, haciendo una mueca por el sabor fuerte.

—Rubíes —dijo con irritación—. Madre quiere que lleve rubíes con el crespón blanco. Quedará espantoso. Llevaré perlas en el pelo y nada más.

—Tu madre tiene buenas intenciones, aunque su gusto sea cuestionable —la consoló Georgie.

—Quería que me pusiera un vestido de brocado amarillo con adornos de flores doradas para la cena de Lady Dunne —refunfuñó Jane.

Georgie negó con la cabeza, haciendo que sus impresionantes rizos castaños rojizos rebotaran y atraparan la luz.

—¡La sopa!

Rosey entró volando y dejó una bandeja. Colgó el vestido rosa con volantes en el poste de la cama y se retiró.

Jane se sentó ante el tocador y apoyó una mano en el estómago para calmar los revoloteos.

—Siento que me vienen los nervios. Me siento verde. ¿Estoy verde?

Georgie ladeó la cabeza.

—Estás preciosa. Qué pena que no puedas ir al baile en camisa y con el pelo suelto. De algún modo, tú te vuelves hermosa en deshabillé, mientras que yo necesito toda la ayuda posible.

Jane miró su reflejo y frunció el ceño. Sus ojos eran marrones y brillantes sin necesidad de ningún rocío olímpico. Un toque de fresas

machacadas había enrojecido sus labios y sus mejillas estaban naturalmente sonrosadas por el calor del verano. La camisa se le había deslizado de un hombro, dejando al descubierto una delicada piel blanca, donde un mechón de cabello oscuro, cobrizo, contrastaba con nitidez.

Parecía etérea.

—Parezco una demente —objetó Jane—. Mientras que tú estás hermosa como siempre. Por eso Lord Plaskett te pidió matrimonio a la semana de conocerte.

Georgie, redonda y suave, se aferró al poste de la cama mientras su doncella le ajustaba el corsé. Cambió de tema.

—¿Te has enterado de lo de Lady Green?

—No, ¿qué pasó?

Georgie bajó la voz.

—Se fugó con su mayordomo.

—Cielos —exclamó Jane, mientras Mary tomaba un mechón de su pelo y dejaba que el humo del incienso de mirra y sándalo lo envolviera.

Georgie se pellizcó las mejillas y se frotó los labios para darles color.

—Y en cuanto a la señorita Darlington...

—¿La que iba a casarse con Lord Drake?

—Sí, la pillaron besando a Lord Drake.

—¿Y qué? Están prometidos, ¿no?

—Besaba al Lord Drake mayor.

—¿Te refieres a su padre?

—Me refiero al abuelo.

Jane tosió y se atragantó, mientras Mary dejaba caer el incensario y se desmayaba.

—Y yo que pensaba que estaban locamente enamorados —Jane puso los ojos en blanco—. Mira a tu alrededor, Georgie. Todo este caos es por mí. Esta locura es para que encuentre a un hombre que no quiero y me case. Toda la casa corre de un lado a otro para prepararnos para un baile absurdo. No lo entiendo.

—Dale una oportunidad al amor —respondió Georgie—. Es maravilloso. No veo la hora de ser Lady Plaskett.

—¿Y si Lord Plaskett muere? ¿Qué entonces? ¿Vivirás como una solterona, miserable, atormentada, sola y marginada? Puede que ni siquiera seas dueña de tu casa y tengas que depender de la generosidad de tus parientes. ¿No sería mejor ganar tu propia fortuna? ¿Vivir tus sueños, forjar tu nombre y tu fama?

Georgiana miró a su amiga, conmocionada.

Jane suspiró.

—Georgie, lo siento. No sé qué me pasa. Tengo una melancolía endiablada. Siento que algo horrible va a ocurrir y no puedo quitármelo de encima.

—Es un pensamiento que atormenta a la mayoría de las mujeres. Jane, he aprendido a aceptar el miedo y a tomar toda la felicidad y todos los días que pueda tener con él. Eso es el amor: cuando vivir sin él es imposible.

—Eres demasiado blanda para tu propio bien. No deberías perdonarme. Deberías salir furiosa de aquí y no volver a ver mi cara jamás.

—Mamá dice que de bebés balbuceábamos juntas, y no voy a dejar de balbucear contigo solo porque hayas tenido un pequeño berrinche y hayas dicho cosas desagradables. Yo también he hecho lo mío.

—Sabia y dulce —sonrió Jane—. Te abrazaría, pero el incienso que Mary dejó caer antes ha prendido fuego a mi camisa.

Georgie arrancó con rapidez las rosas de una maceta y volcó el agua sobre Jane, procurando no mojarle el pelo.

—Me has salvado la vida —exclamó Jane con dramatismo—. Algún día salvaré la tuya.

—¿Qué ha pasado? He oído un grito.

La señora Fairweather entró apresuradamente.

Georgie señaló a las doncellas tendidas en el suelo.

—Las brasas del incienso prendieron fuego a la camisa de Jane. Y luego las doncellas se desmayaron.

—Sinceramente, Jane, ¡deja de perder el tiempo! Ponle un zapato bajo la nariz y sigue con el vestido. Toma, he arreglado tu vestido. Tenía un desgarrón. Solo nos queda una hora.

—Sí, madre, procuraré no volver a arder en llamas y causarte molestias.

—No espero menos.

CAPÍTULO CUATRO

Jane flotó dentro de la mansión de Lord Moore, entregó su abrigo al ayuda de cámara y se cambió los zapatos por unos de baile. Llevaba un vestido de muselina blanca y suave, con hilos dorados y salpicado de diminutas flores azules, y por una vez se sentía bonita.

No tardaron en anunciarlos y, mientras sus padres saludaban al anfitrión, ella y Georgie se escabulleron.

—Lady Moore se ha superado —susurró Georgie, sin aliento.

Jane tuvo que darle la razón. Espejos ornamentados colgaban de las paredes, reflejando la luz de trescientas velas, lo que hacía que el salón de baile brillara gloriosamente. Todo parecía centellear: desde las mujeres vestidas con telas relucientes y joyas preciosas hasta la cubertería pulida. Entre las velas había enormes ramilletes de flores que mitigaban el hedor a sudor y pastel de perdiz.

Bailaron un rato antes de dirigirse a un rincón apartado junto a los grandes ventanales franceses. Un lacayo apareció ante ellas con una bandeja de plata llena de pequeños cuencos de ponche romano.

—¿Quieres uno? —preguntó Georgie, hundiendo la cucharilla en la bebida helada.

Jane negó con la cabeza y torció el gesto.

—Ojalá se den prisa y sirvan la cena. Quiero irme a casa.

—Si veo otro cuenco de sopa blanca, voy a gritar —murmuró Georgiana—. Oh, mira, ha llegado Lord Plaskett.

—No puedo mirar porque no tengo catalejo.

—¿Quieres el mío?

—Quiero una bebida que no sea champán ni ponche.

—Mis padres también han llegado. Mamá debería haberse puesto un chal, y papá el abrigo gris, no el azul pavo real. —Georgie guardó el catalejo—. ¡Por todos los cielos! Jane, te has puesto verde. No te vas a desmayar, ¿verdad?

—No me desmayo —espetó Jane.

Georgiana frunció el ceño, preocupada.

—Voy a buscar vino. Siéntate. —La empujó hacia una silla escondida tras una cortina espesa.

Jane negó con la cabeza.

—Pero Lord Plaskett está aquí. Debes saludarlo primero.

—Bah, no le importará. Vuelvo enseguida con el vino y, Jane, pase lo que pase, no te desmayes.

Jane agradeció el descanso. Hacía calor, estaba incómoda y todo estaba abarrotado. La camisa la tenía empapada de sudor y le dolía el estómago. Tal vez saltarse la sopa había sido un error. En cuanto al desayuno, lo había olvidado por completo con la emoción de empezar el cuadro.

Observó a la gente durante un rato, deseando que Georgie regresara. Los abanicos iban y venían frenéticamente. Las faldas giraban, las plumas se balanceaban y los rostros enrojecidos pasaban danzando ante su visión borrosa. La orquesta sonaba demasiado cerca de donde estaba sentada; la música era estridente y desagradable para sus oídos.

El pecho empezó a oprimírsele y su cuerpo se sintió extraño, como si alguien la hubiera envuelto como una momia egipcia y la hubiera arrojado a un sarcófago. Cerró los ojos, intentando respirar y recuperar el control.

—Jane —su madre se apresuró a acercarse—. Georgie dijo que te encontrabas mal.

—Solo necesito un momento.

Su madre se agachó a su lado.

—¿Por qué no sales a tomar el aire? El balcón está a unos pasos. Vamos, hija.

Jane estaba demasiado débil para discutir y obedeció, tambaleándose hacia las puertas arqueadas y saliendo al exterior.

El golpe de aire fresco en el rostro fue una bendición. Se aferró a la barandilla, se inclinó hacia delante y aspiró el aire perfumado de rosas con alivio.

Su madre tenía razón. Se sentía mejor.

Poco a poco, sus miembros se relajaron y la respiración empezó a normalizarse. Deslizó la mano en el bolsillo oculto cosido en la falda y apretó el lápiz de carboncillo con alivio.

Al cabo de un momento, se dio cuenta de que no estaba sola en el balcón. Por el rabillo del ojo vio el resplandor de un cigarro.

El aroma de rosas damascenas y tabaco caro coqueteaba con la brisa nocturna, haciéndole cosquillas en la nariz hasta que se volvió para mirar al desconocido.

En ese instante, la luna llena y redonda se asomó entre las nubes e iluminó el rostro del hombre.

El corazón se le detuvo.

¡Aquellos ojos! Las mismas cejas perfectamente arqueadas, los ojos oscuros, almendrados, enmarcados por espesas pestañas. El farolero de su cuadro estaba allí, ante ella.

¡No podía ser!

Lo recorrió con la mirada. Era mucho más joven que el hombre que había dibujado, más apuesto y de complexión poderosa. Ni rastro de suciedad en su ropa impecable. Y, sin embargo, los ojos eran los mismos.

Sintió que la cabeza le daba vueltas y la mano de él salió disparada para sujetarla del brazo y evitar que cayera.

Un instante después, ella se zafó de su agarre.

—Perdón, tropecé.

—Estaba a punto de desmayarse —su voz la envolvió como un brandy caro.

Ella se llevó los dedos al estómago y dio un paso atrás.

—No soy del tipo que se desmaya.

Su tono se suavizó.

—Perdón, debo de haberme equivocado.

Jane enderezó la espalda y realizó una reverencia.

—Lo dejo a solas.

Se dio la vuelta y se encontró con su madre mirándola, horrorizada.

—¿Qué ocurre? —frunció el ceño Jane.

Su madre avanzó tambaleándose y le agarró el hombro.

—La has arruinado, bruto.

Jane parpadeó.

—¿Quién está arruinada?

—Tú —gritó su madre.

Georgie salió corriendo al balcón y se detuvo en seco.

—¡Puaj!

—Mamá dice que estoy arruinada. Pero yo lo sabría, ¿no? —Jane miró a su amiga, confusa.

La voz de Georgie tembló.

—Tu vestido.

Jane miró hacia abajo y vio que la manga se había desprendido. Se le cayó la mandíbula, horrorizada. ¿Cuándo había pasado? ¿Cómo?

—Yo no he hecho nada de eso —dijo el hombre—. No sé cómo su vestido ha acabado así… pregúntenle a ella… hable, maldita mujer.

—Ni siquiera lo conozco —asintió Jane—. Quería tomar el aire. Madre, me viste hace un momento.

—Te aprovechaste de ella cuando se desmayó.

—No me desmayé.

—No se desmayó.

—¡Mi preciosa y delicada hija, arruinada!

Jane se dio cuenta de que varias personas habían salido al balcón.

—Madre, silencio, es un asunto privado. No ha pasado nada, créeme.

La gente empezó a murmurar y Jane tembló de angustia.

—¿Quién está arruinada? —una voz poderosa cortó el alboroto.

Jane cerró los ojos y se dejó caer al suelo. Era el duque de Blackthorne.

—La señorita Jane Fairweather —respondió alguien.

—¿Mi hermana? —exclamó Penelope, la duquesa de Blackthorne —. Imposible.

—¿Jane? —Dorothy y Celine, sus otras hermanas, se arrodillaron junto a ella—. ¿Es cierto?

—¡No!

—Pero la manga… —Dorothy se mordió el labio.

—Sí, la manga —gimió la señora Fairweather.

—La manga no tiene buena pinta —convino Penelope.

—Entonces denle láudano y déjenme ir a casa —gritó Jane.

—¿Qué ha ocurrido? —exigió saber el duque.

Jane respiró hondo, temblorosa.

—Me encontraba mal. Salí aquí para tomar aire. Tropecé y este caballero me ayudó a no caer. Tal vez entonces se desprendió la manga.

—Hable más alto, muchacha —gritó alguien.

Jane bajó la cabeza y repitió la explicación, un poco más fuerte.

La señora Fairweather frunció el ceño.

—Las mangas no suelen caerse así como así.

Jane puso mala cara.

—Pues esta sí. Tal vez no le gustaba estar cosida a un vestido. Quizá quería bailar y trató de huir al interior.

La mano de Penelope en su brazo la detuvo.

—Calla, lo empeoras. Pareces aturdida.

Jane se cubrió el rostro con las manos.

—Oh, Penny, te juro que no pasó nada.

Sus hermanas tenían el semblante grave, y el silencio que siguió no auguraba nada bueno.

El duque de Blackthorne dio un paso al frente.

—Savill, un duelo al amanecer. Nombre a su padrino.

¿Savill? Jane frunció el ceño. Había oído ese nombre antes. Su confusión debió de ser evidente, porque Georgie le susurró al oído:

—Richard Henry Bellmore, conde de Savill y el hombre más rico de Inglaterra.

La boca de Jane se secó y sus ojos volaron hacia su madre, cuyas plumas de avestruz temblaban de puro deleite. Lord Savill era el soltero más codiciado de Inglaterra y más rico que todos sus cuñados juntos, incluido el duque de Blackthorne.

Su mente volvió al té que había bebido, al vestido que su madre se había llevado para «arreglar», a la súbita urgencia en su voz cuando la empujó hacia el balcón para que tomara aire, a la manera en que había acudido presurosa a su lado y le había agarrado precisamente el hombro cuya manga se había desprendido, y luego había anunciado, con voz atronadora, que su hija estaba arruinada.

—Esto es claramente un plan urdido por madre e hija—dijo Savill, que parecía pensar lo mismo—. La idea no es nada original. Pero vuestros planes fracasarán.

Celine dio un paso al frente; tenía las manos apretadas en puños.

—Es una Fairweather, con una dote considerable, excelentes contactos y hermosa. No necesita rebajarse a tácticas rastreras para atrapar a un hombre.

—¿Hermosa? —Lord Savill miró a Jane y torció los labios—. Están cegadas por el amor familiar.

El duque se le fue a la garganta.

—Retira tus palabras.

—Es la verdad.

Penelope apartó a su marido.

—No seas necio. Déjalo.

La voz de Lord Savill resonó clara y segura.

—No me casaré con ella, pase lo que pase. Lo veré por la mañana, Blackthorne.

Una repentina ráfaga de aire frío heló a quienes estaban en el balcón, y todos jadearon. No auguraba nada bueno. El viento del norte había cambiado justo cuando se anunciaba el duelo.

Sus hermanas se agarraron de las manos, inquietas.

—¡Bah! Esto es una completa estupidez —exclamó Jane—. ¡No ha pasado nada!

—La manga, según la sociedad, querida —dijo Penelope con resignación—, tiene más peso que tus palabras.

—Entonces la sociedad está compuesta por necios con cerebro de carnero —replicó Jane con brusquedad.

—Nefastamente poderosos necios con cerebro de carnero —convino Penelope—. Ahora, sal por detrás y ve directamente a tu carruaje con la señorita Berry. Cuando llegues a casa, vete derecho a la cama. Encontraremos una salida. No permitiré que dos hombres pongan en peligro sus vidas por esta tontería.

—Yo… —Jane dudó.

—Por favor —dijo Penelope—. Estás mortalmente pálida, querida. Vete a casa. Prometo mandar noticias en cuanto encontremos una solución.

Georgie le tiró de la mano.

—Empeoras las cosas quedándote, Jane. Otra palabra de Lord Savill sobre ti y su Gracia le disparará allí mismo.

—Todo irá bien —dijo Dorothy con una sonrisa, mientras Celine la besaba para despedirse.

—Esto lo ha hecho madre —dijo Jane en voz baja a sus hermanas y, con las piernas temblorosas, abandonó la escena.

CAPÍTULO CINCO

Jane lanzó la almohada al otro lado de la habitación. Cayó a unos pocos pasos, sin llegar a golpear la pared. Estaba desdichada, y era una cobarde.

Era una cobarde miserable.

¿Por qué se había marchado como un ratoncito dócil? Debería haberse quedado y haber luchado como una tigresa feroz, pero en todo momento había temido devolver lo poco que tenía en el estómago o desmayarse. Le había costado toda su fuerza de voluntad mantenerse serena delante de la sociedad.

—Bebe esto —dijo su madre, entrando en la habitación con una taza de líquido humeante—. Te ayudará.

—¿Por qué hiciste esto?

Su madre no fingió no entender.

—¿Qué otra cosa podía hacer? Estaba desesperada. Quiero verte casada como tus hermanas, con hijos, viviendo en dicha el resto de tu vida. Pero te has empeñado en llevar la contraria. Todos esos libros que lees te han llenado la cabeza de ideas peligrosas. Las mujeres necesitan a los hombres. Necesitan compañía, a alguien que cuide de ellas. Necesitan una familia, o una parte de ellas queda incompleta.

—Madre, algunas mujeres quizá necesiten un hombre, pero yo no. No tengo ningún deseo de casarme. No quiero tener hijos. No quiero depender de un extraño. ¿Por qué no puedes entenderlo?

—¿Pero morir sola?

—¿Morir sola o con alguien a tu lado… qué más da? Al final estás muerta. Y la situación que has creado ha puesto en peligro a dos personas. Lord Savill nunca aceptará casarse conmigo, y su Gracia tampoco es de los que se echan atrás. Uno de ellos podría morir por la mañana.

Su madre frunció el ceño.

—Seguro que entrarán en razón antes de que llegue a eso.

—Son hombres. No tienen razón.

—Estoy segura de que Penelope los convencerá.

—¿O preferirías que el duque resultara herido?

Su madre parecía horrorizada.

—Puede que no trate a Penelope como a una hija, porque no lo es, pero jamás le desearía ningún mal. Ella y su marido han ayudado a mis hijas suficientes veces, y no voy a pagar esa bondad haciendo algo tan vergonzoso.

Jane alzó una ceja, incrédula.

Su madre se aferró al poste de la cama.

—Tú y tus hermanas se han convertido en mujeres maravillosas. Son amables, cariñosas y bien educadas. Puede que yo no sea tan refinada, pero sus valores vienen de mí.

Jane se volvió de espaldas.

—Lo que has hecho está mal. Has intentado atrapar a un hombre para que se case conmigo y, de paso, has puesto en peligro a dos hombres. No quiero esos valores ni esa moral, madre. Olvidas que también somos hijas de nuestro padre.

—Bebe esto, cariño. Hablaremos por la mañana. Cuando tengas tus propios hijos, entenderás por qué hice esto.

—Nunca tendré hijos —dijo Jane, pero sus palabras cayeron en oídos sordos.

Su madre se marchó, dejándola sollozar contra la almohada.

***

—¡Al diablo con todo!

Algún tiempo después de que casi toda Inglaterra se hubiera ido a dormir, Jane se incorporó en la cama. Había oído una maldición amortiguada y unos murmullos sin sentido.

—¡Maldito trasero florido!

Ahí estaba otra vez. El corazón le empezó a latir con fuerza. El sonido había sido muy cercano.

Alguien volcó un jarrón, que cayó al suelo con un golpe seco y claro.

Abrió la boca para gritar cuando le metieron un trapo en ella, seguido de una venda sobre los ojos. Un instante después, la

envolvieron en una colcha, la alzaron de la cama, la cargaron sobre unos hombros bien acolchados y la sacaron al exterior.

La brisa le despejó la mente, y el terror se deslizó dentro de ella.

La dejaron en la hierba fría y húmeda, y se le encogieron los dedos de los pies de miedo.

Una mano en el codo la empujó hacia delante, mientras un caballo cercano relinchaba suavemente.

Una vez más la levantaron del suelo y la colocaron en lo que parecía el interior de un carruaje. El hombre que la había cargado se sentó frente a ella y dio unos golpes en las paredes del carruaje.

Le quitaron la mordaza, y ella empezó a gritar de inmediato.

—¡Por favor, para! —gimió un hombre.

Ella se detuvo y preguntó con cautela:

—¿Jimmy?

La venda de los ojos fue retirada con un suspiro.

Abrió mucho los ojos al darse cuenta de quién era. Incluso con la máscara, la figura redondeada que tenía delante era inconfundible. La vida cómoda que Jimmy, el salteador de caminos, había llevado tras hacerse amigo de su hermana Penelope le había dado un físico comparable al de una manzana jugosa. Era el único salteador bien alimentado de toda Inglaterra.

—¡Oh, Jimmy! Gracias por salvarme —asomó la cabeza por la ventanilla del carruaje—. ¿Has arrojado fuera a ese pirata terrestre que me secuestró? ¿Cómo pudo ese memo de cabeza de escarabajo pensar que podía entrar en mi casa y raptarme?

—Eh… —miró sus manos, dándoles la vuelta como si buscara en ellas la respuesta.

Jane volvió a sentarse y se ajustó la colcha sobre los hombros.

—¿Y cómo supiste que me estaban secuestrando? —le sonrió—. Me alegro tantísimo de verte.

Jimmy se quitó el guante de cuero y empezó a masticarlo. Cuando siguió mascando y evitando su mirada, Jane frunció el ceño.

—¿Jimmy?

—¿Hmmpf?

—¿Por qué no contestas a mis preguntas?

—Hmm takghkm pfft —respondió con el guante aún metido en la boca.

Jane entrecerró los ojos.

—¿Jimmy?

—¿Hmm?

—Saca el guante.

Jimmy negó con la cabeza.

—Saca el guante. Ahora.

Jimmy, el famoso salteador de caminos conocido por robar a los lores, aterrorizar a rateros y despachar a cualquiera que lo ofendiera, se sonrojó y obedeció.

—Ahora explícate. ¿Cómo sabías que me estaban secuestrando?

—No lo sabía —chilló.

—¿Cómo que no lo sabías? Tú solo… ¡Oh! —Se le abrieron los ojos, horrorizada—. No me estabas salvando —. ¡El mejor amigo de mi hermana, ese chatarroso patán, era quien me había secuestrado!

—¡Lo hiciste! —rugió—. ¡Me secuestraste, miserable canalla!

Jimmy suspiró y guardó la máscara.

Jane se preguntó si podría golpearlo en la cabeza con algo y dejarlo inconsciente.

—¿Cómo has podido? Me llamabas tu dulce vaina de guisante cuando yo era niña y me entretenías con historias de tus aventuras en el camino. ¿Cómo has podido secuestrarme?

—Eh… —dijo Jimmy.

—Oh, deja de mirar ese maldito guante y tus manos regordetas y peludas. No van a cambiar de forma por mucho que las mires.

—Eso ha sido cruel —dijo él, con gesto herido.

—Lo siento. No quise decirlo. Espera, sí quise decirlo. ¡Me secuestraste!

Él sacó una taza y una botella de vino de debajo del asiento, sirvió un poco y le acercó la taza a los labios.

Ella bebió con avidez.

Cuando terminó, él se recostó, como preparándose para una avalancha de preguntas.

Ella imitó su postura.

—¿Por qué?

—No puedo decirlo. ¿Quieres un cojín?

—Mi hermana se va a enfurecer cuando se entere.

—También tengo uvas. Y violetas confitadas, piña azucarada y un pedazo de pan con queso.

—Jimmy, ¿necesitas dinero? ¿Alguno de tus hijos está pasando por un mal momento? ¿Qué ocurre?

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No quiero hacer esto. Pero es lo mejor. Me perdonarás con el tiempo.

—¿Adónde me llevas?

—Tengo un libro, "La doncella melancólica y la reprimenda del duque". Está muy de moda entre las damas. Se lo robé a un conde…

—No quiero un maldito libro. Quiero respuestas.

—Es un viaje largo. Si no quieres leer, quizá pueda hacerte el baile del halcón.

—No harás nada de eso.

Jimmy empezó a aletear—aleteo, aleteo, aleteo.

Jane cerró los ojos. De niña le encantaba ese baile, pero ahora no era el momento de disfrutarlo.

—Desátame las manos.

—¿Y qué tal el baile de la serpiente?

—Jimmy, si no me desatas, me veré obligada a pegarte.

—Una dama no hace esas cosas.

Jane le dio una patada en la pierna.

Él negó con la cabeza, decepcionado.

—Necesitas aprender a pelear. Cuando todo esto termine, te entrenaré.

—Por favor, Jimmy, dime por qué —suplicó. Dejó que se le llenaran los ojos de lágrimas y que le temblaran los labios.

Por primera vez, él pareció realmente alterado.

—Lo siento, pero tendrás que esperar para las respuestas.

—¡Al infierno contigo! —gritó Jane y cerró los ojos.

Curiosamente, no le tenía miedo a Jimmy. Lo conocía demasiado bien como para sentir otra cosa que no fuera irritación. Alguien lo había contratado para ese trabajo, pero ¿quién y por qué?

El balanceo del carruaje y el vino, que tardíamente se dio cuenta de que estaba mezclado con láudano, estaban haciendo efecto. Esta vez estaba furiosa, no con Jimmy, sino consigo misma. Ya la habían drogado una vez. ¿Por qué había sido tan tonta como para beber de nuevo?

La cabeza se le venció y pronto cayó dormida. Volvió a despertarse cuando el carruaje se detuvo en una posada. Pasaron allí la noche, cambiaron de caballos y retomaron el camino. Para el tercer día, habían cruzado a Escocia y llegado a Gretna Green.

CAPÍTULO SEIS

—La portezuela del carruaje se abrió de golpe, dejando entrar la suave luz de la mañana.

Jane se animó al ver lo que tenía delante.

—¡Penny! Jimmy me secuestró.

—¡Bien hecho! —Penelope besó las rollizas mejillas de Jimmy y le tendió una mano para ayudarla a bajar.

—No pienso bajar —dijo Jane.

—Tienes que hacerlo.

—Me secuestraron mientras dormía, en camisón. Solo llevo una colcha envuelta alrededor y no tengo zapatillas.

—Tenemos zapatillas para ti. Vamos, baja. Aquí solo hay familia. Lo entienden.

—Yo no entiendo nada —dijo Jane, frotándose el sueño de los ojos—. ¿Celine, Dorothy, *mamá*?

—Ah, la novia ya está aquí —dijo con sorna la voz de Lord Savill.

Jane lo vio de pie, alto y apuesto, vestido con lo que parecía ser una bata de seda. Se tambaleó, atónita. Estaban en Gretna Green, frente a la herrería. Él la había llamado novia… ¡Santo cielo! ¡Pensaban casarla!

La colcha resbaló, y él estuvo a su lado en un instante. Sujetó los extremos y apretó la tela gruesa a su alrededor hasta que quedó como una oruga envuelta en una alfombra.

—¿Qué lo llevó a aceptar esto? —le espetó Jane a Lord Savill.

—Tu hermana me chantajeó.

Jane abrió la boca de par en par.

—¿Qué? ¿Cómo?

Él puso los ojos en blanco.

—De la manera habitual.

Jane frunció el ceño.

—Usted habrá aceptado, pero yo no. Nada me convencerá de casarme con usted.

Lord Savill dio una palmada.

—Estupendo. La novia lo ha cancelado. ¿Puedo volver a casa ahora?

—Tienes que hacerlo —dijo Georgie, apareciendo detrás de ella.

Jane le agarró la mano.

—¿Georgie? ¿Está aquí toda mi familia?

—Todas las mujeres —dijo Penelope—. Los hombres están esperando para batirse en duelo en el lugar acordado.

—¿Saben lo que pasa? —preguntó Jane.

—Es un asunto delicado —respondió Celine con aire digno—. Los hombres solo lo estropearían.

—¡Estoy tan feliz de que te cases, Jane! —sollozó la señora Fairweather—. Todas mis hijas están casadas y felices. Oh, ya podría morirme ahora.

Jane frunció el ceño.

—No me voy a casar, mamá, y no olvides que aún te queda una hija.

Su madre se encogió de hombros.

—Puede quedarse en casa y cuidarnos en nuestra vejez.

Jane enderezó la espalda.

—Te cuidaré siempre. Ahora, volvamos a casa.

Su madre negó con la cabeza.

—No oirás nuestros últimos susurros en el lecho de muerte porque estarás demasiado ocupada pintando. Prefiero que te cases.

Georgie apoyó una mano en el hombro de Jane.

—Si no te casas con él, el duque o Lord Savill saldrán heridos o morirán.

Jane gimió y se masajeó las sienes.

—Esto no es justo.

—Oh, estoy tan, tan feliz —gimoteó la señora Fairweather.

—¡Todo esto es intriga tuya, mamá! —gritó Jane.

—¡Lo sabía! —exclamó Lord Savill.

—Lo es —concedió Penelope—, pero la sociedad jamás lo creería. La única forma de salvarte de la ruina y de que yo no quede viuda es casarte con este hombre.

—¡Penny! —En los ojos de Jane brillaron el dolor y la traición.

—Lo siento, cariño —la voz de Penny tembló—. Pero tienes que hacerlo por ti y por la familia. No puedes vivir tu vida en desgracia.

El sol asomó entre las nubes, dispersando la bruma sobre las colinas verdes. El cielo se sonrojó de rosa, y la agreste tierra escocesa resplandeció bajo el tono rosado de la mañana.

Jane se volvió para mirarlos.

—No quiero casarme.

—Tonterías —dijo Penelope, rompiendo a llorar.

Dorothy le colocó unas zapatillas de repuesto a Jane, que se las puso agradecida. Le quedaban grandes.

La señora Fairweather se secó los ojos.

—Quería que llevaras un vestido de lamé dorado con esmeraldas y rubíes el día de tu boda, pero —miró a Jane envuelta en la colcha blanca y suspiró— no se puede evitar. Al menos estarás casada y podré morir en paz.

El herrero, conocido como el sacerdote del yunque, los hizo pasar con un gesto. Se sopló las manos y dio unos pisotones de impaciencia.

Hacía frío aquella mañana, pensó Jane con amargura, igual que por dentro. Empezó a avanzar a regañadientes. La presión de la mano de su madre en la parte baja de la espalda no le dejó otra opción.

Lord Savill se volvió para verla avanzar tambaleándose hacia él. Sus ojos estaban oscuros y airados, su rostro apuesto marcado por líneas severas. La bata de seda oscura ondulaba con la brisa, recordándole las extraordinarias circunstancias que los habían llevado hasta allí.

El dolor en sus ojos reflejaba el suyo, y aquel instante estaba destrozando sus sueños, igual que los de ella.

Con algunos empujones, pellizcos y pinchazos, Jane declaró en voz alta su intención de casarse con Lord Savill, y Lord Savill hizo lo propio.

Y con la declaración, el sacerdote los pronunció marido y mujer.

Las palabras apresuradas del herrero sonaron como disparos.

Jane trastabilló, a punto de tropezar con la colcha; Penelope la sostuvo y la abrazó.

Qué rápido, qué dolorosamente pronto había cambiado toda su vida. Unas pocas palabras pronunciadas ante testigos habían sellado su destino.

¿Cómo podía algo en el mundo tener tanto poder sobre la vida humana?

Quiso estrangular al hombre que había creado el concepto del matrimonio. ¿Qué locura se había apoderado del mundo para aceptar leyes tan absurdas?

La cabeza le daba vueltas mientras su familia la felicitaba. Empezaron a desearle una vida matrimonial feliz, y ella los abrazó distraída.

¿Feliz? Y un cuerno. Sentía como si llevara una nube dentro de la cabeza; todo lo que veía era oscuridad y lo único que sentía era un bulto espeso y pesado de indignación encajado entre el pecho y el estómago.

Pronto se encontró sentada a la mesa del desayuno nupcial, improvisado a toda prisa por sus hermanas en una posada cercana. Su madre le entregó una bata.

—¡La has tenido todo este tiempo! —espetó Jane, poniéndosela de inmediato—. Y si sabías esto, ¿por qué no trajiste un vestido?

—Me fui cuando dormías —respondió su madre—. No podía revolver tu habitación y despertarte. Esto estaba sobre una silla y fue lo único que encontré con prisas.

—Es demasiado fina —murmuró Jane y volvió a echarse la colcha sobre los hombros. Se sentía como un puercoespín gruñón y sospechaba que también lo parecía: un puercoespín frío y malhumorado envuelto en una gruesa colcha de plumas de ganso.

La señora Fairweather frunció el ceño.

—Anímate. Pareces camino de la guillotina.

Jane agarró la mano de su madre.

—Ahora que estoy casada, puedo esconderme en nuestra casa de Finnshire. Nadie lo sabrá. El honor de todos quedará restaurado. No tengo que ir a la casa de este hombre, ¿verdad?

La señora Fairweather resopló, escandalizada.

—¿Volver a mi casa? Desde luego que no. Además, no queremos que el matrimonio sea anulado. Y este hombre es tu esposo, y su

casa ahora es la tuya.

—Pero, mamá...

—Nada de lamentaciones. Ahora come. Debes partir pronto hacia Londres. Es un viaje largo.

Penelope se inclinó y le susurró al oído a Jane.

—Lord Savill tiene cara de viernes. Dudo que esté de humor para desflorarte esta noche.

Jane se quedó boquiabierta.

—No quiero que me desfloren. Nunca. Qué idea tan espantosa.

Penelope sonrió y negó con la cabeza.

Después, todos empezaron a prepararse para el largo viaje de regreso. Se recogieron retículos, se envolvieron hogazas de pan y empanadas, y se intercambiaron despedidas y abrazos.

Jane abrazó a Penelope y se negó a soltarla. Celine tuvo que despegar a Jane de Penelope dedo a dedo, solo para que esta se lanzara contra el farol. Una vez despegada del farol, la arrancaron del camino polvoriento y la depositaron dentro del carruaje de Lord Savill.

CAPÍTULO SIETE

—El interior del carruaje era lujoso, con asientos de cuero suave como manteca y cojines de terciopelo oscuro, pero su comodidad se veía empañada por las oleadas de ira que emanaban de Lord Savill.

Jane se acurrucó en el rincón junto a la ventanilla, aún envuelta en la colcha, mientras Lord Savill optaba por sentarse en el lado opuesto, con las piernas pegadas a la portezuela.

Su rostro apuesto estaba tenso, y sus ojos centelleaban de agitación. La bata de seda oscura se le ceñía con firmeza, dejando ver apenas un atisbo de piel dorada bajo el cuello. Se frotó la sien, y la manga se le deslizó hacia atrás, revelando unas muñecas anchas y fuertes, como si con un solo giro pudiera partirle el cuello a un hombre adulto.

Ella se estremeció y no se atrevió a hablar, no fuera a ser que él la arrojara del carruaje y la abandonara en el camino.

El carruaje dio un bandazo y se puso en marcha.

A medida que pasaban las horas, el cuello y los hombros empezaron a dolerle por la tensión, y se movía inquieta en el asiento, cambiando de postura una y otra vez.

Mientras tanto, él permanecía inmóvil como un lago, como si todo el embrollo lo hubiera convertido en un carámbano deprimido.

Se detuvieron brevemente para cambiar caballos y pasar la noche en una posada.

Ella entró arrastrando los pies en *The Thirsty Horse*, con los ojos inyectados en sangre y la colcha tras ella, recogiendo polvo y cáscaras de maní.

El dueño y los criados la miraron fijamente, y ella les mostró los dientes a modo de saludo.

Lord Savill la agarró del brazo e intentó arrastrarla escaleras arriba hacia una de las habitaciones.

Ella observó a los huéspedes y luego a Lord Savill, sonriendo triunfal. ¡Ja! ¡No quería que los vieran!

Tomó aire, tosió, carraspeó y dio fuertes pisotones. Chilló un poco y cantó una copla obscena para asegurarse de que todas las miradas se posaran en ella.

Con suerte, su flamante esposo pensaría que estaba loca, la dejaría allí y ella podría contratar un coche y volver a casa.

—Fiebre —murmuró Lord Savill, a modo de explicación rápida, y se la cargó al hombro.

La subió por las escaleras, dio una patada a la puerta de una alcoba limpia y austera y la arrojó sobre la cama.

Se marchó de inmediato.

Ella hizo sonar la campanilla, bebió té, comió un cuenco de estofado y lo esperó.

No apareció, y cayó en un sueño inquieto. Al día siguiente, justo cuando pensó que la había abandonado, él apareció en el umbral.

—Ven —ordenó.

El tiempo siguiente transcurrió de manera parecida. Mantuvieron la conversación al mínimo indispensable, hablando solo cuando era necesario. Él elegía sentarse con el cochero durante la mayor parte del trayecto y solo entraba en el carruaje si el tiempo empeoraba.

Por su parte, ella hizo todo lo posible por montar un espectáculo en cada posada. Fingió que la mordía una cobra, se revolcó por el suelo, aulló por su inexistente gatito muerto, Goobles, e incluso persiguió a una dulce anciana con su tenedor.

No funcionó.

Al cuarto día, por fin se acercaban a Londres, y su silencio digno empezó a carcomerla. Lo miró de reojo, preguntándose si visitaría su cama. No lo había hecho cuando se detuvieron a pasar la noche en la posada, pero quizá estaba esperando llegar a casa.

Después de todo, por mucho que la despreciara, necesitaba un heredero.

El estómago se le retorció de pavor al imaginar su cabeza oscura inclinándose hacia la suya en mitad de la noche. Las manos se le humedecieron y el corazón empezó a latirle con fuerza, mientras la imagen se negaba a disiparse.

El silencio comenzó a rasparle la piel, y sintió que gritaría si no empezaban a hablar pronto y rompían aquellos pensamientos

oscuros y vívidos.

Se aclaró la garganta y tosió con delicadeza.

Él la ignoró.

Se aclaró la garganta otra vez.

Él mantuvo la cabeza girada.

Ella tosió, carraspeó y estornudó.

Por fin, él la miró.

—Espero sinceramente que se esté muriendo.

Ella lo miró con alivio. Por fin había hablado.

—Estoy bien.

Tras un momento, preguntó con cuidado:

—¿Qué le gusta hacer, mi lord?

Él dio una calada a su cigarro y volvió a ignorarla.

Ella continuó valientemente:

—Quiero decir, ahora estamos casados. Quizá deberíamos conocernos. A mí me gusta cazar.

Él frunció el ceño.

Ella se humedeció los labios y prosiguió:

—Me gusta atrapar conejos y arrojarlos al fuego.

—Ya veo.

—Visito al carnicero y lo observo cortar, cortar, cortar la carne, con la sangre chorreándole por el cuchillo.

—¿De veras?

—Y llevo ardillas en los bolsillos, pero a veces se aplastan. Entonces me las como.

Sobresaltado, dejó caer el cigarro. Rebotó en su rodilla, esparciendo brasas sobre la seda antes de caer al suelo.

—¡Maldita sea! —gritó cuando parte de la tela de la rodilla de su bata empezó a arder.

Ella aplastó el puro con rapidez, arrojó el chal sobre su pierna y lo mantuvo allí hasta que el fuego se extinguió.

Retiró el chal con cuidado y se puso colorada como un tomate.

—¡Cielos! Ahora su bata tiene un agujero y puedo verle la rodilla. Está rosa.

—Está quemada, no rosa.

—¡Oh! —se cubrió los ojos.

—¿Y ahora qué pasa?

—He visto su rodilla.

Sus labios se curvaron en una sonrisa reprimida.

—¿Le duele? —preguntó ella al cabo de un momento—. ¡Oh, debe doler! Mire cómo está. Parece en carne viva, como una zanahoria raspada. Creo que tengo un bálsamo en el bolsillo. Me lo dio Lord Adair, un amigo de la familia. Hace maravillas.

Volcó el contenido del bolsillo oculto de su bata sobre el asiento del carruaje y empezó a rebuscar entre botones, pinceles, cintas y monedas.

—Un maldito surtido —comentó él.

Ella lo ignoró, los dedos frenéticos.

—¡Tome! —canturreó, triunfante—. Aplíquese esto.

—Preferiría no hacerlo.

—Pero debe doler y le saldrán ampollas. Vamos, no sea necio. —Mojó los dedos en el tarrito de bálsamo.

Él observó cómo su mano se detenía un instante sobre su rodilla y luego caía a su costado.

—Está llena de mentiras.

Ella alzó la vista de golpe.

—¿Eh?

Él la miraba con dureza.

—Disfruta cazando, matando animales indefensos, y al mismo tiempo se sacrifica para evitar un duelo, se le llenan los ojos de lágrimas cuando alguien a quien desprecia resulta herido y se sonroja al ver una rodilla desnuda. ¿Qué es, señorita Fairweather? ¿Es un alma sensible o una descarada sin corazón?

Ella se llevó la mano a la garganta. No sabía qué responder. Toda la situación era un enredo enorme y complicado. No podía culparlo por sentirse herido y traicionado, y su discurso no había ayudado. Por primera vez, se sintió avergonzada de su mentira.

Inclinó la cabeza.

—Lo siento. No volveré a molestarlo.

En ese momento, el carruaje dio un bandazo y ella cayó hacia delante, justo en sus brazos.

La mirada de repugnancia que él le lanzó hizo que ella se apartara a toda prisa hasta el extremo opuesto del carruaje.

Su expresión se tornó de asco ante su miedo, y ella parpadeó para contener las lágrimas.

El carruaje se detuvo un instante, y ella miró por la ventana, agradecida de tener algo que hacer aparte de enfrentarse a él.

Un gran portón de hierro les bloqueaba el paso. El cochero bajó para abrirlo y reanudaron la marcha. Avanzaron al trote por un sendero tallado en el corazón de un bosque inglés que, poco a poco, se transformó en un atractivo jardín inglés.

Lord Savill se inclinó hacia delante y dijo con frialdad:

—Bienvenida a la abadía de Bellmore. Mi hogar.

El corazón se le hundió. De manera absurda, no había pensado en su nuevo hogar ni en quienes lo habitaban. De algún modo, había imaginado que el viaje sería más largo, que tendría más tiempo para asimilar la tormenta repentina de su vida. En cambio, manos invisibles la empujaban hacia un destino no deseado.

Volvió a mirar por la ventana. La abadía de Bellmore ya era visible. Se alzaba entre flores en plena floración y un césped impecable como un príncipe estoico. Con sus muros firmes y seguros y su notable altura, la gran estructura de piedra gris parecía poner los ojos en blanco ante las mariposas y asentir con condescendencia a las largas rosas de tallo que se mecían a sus pies.

Cuando se detuvieron ante la mansión, él saltó del carruaje y, sin mirar atrás, se dirigió al interior.

Ella lo siguió a regañadientes.

CAPÍTULO OCHO

Jane cruzó el umbral negro de nueve metros de altura y se encontró en una amplia sala de recepción circular, decorada con buen gusto en gris oscuro y verde profundo, con molduras de estuco de estilo barroco. Más tarde supo que de aquella estancia partían tres alas de la casa, mientras que la cuarta se extendía más allá del atrio.

El estómago se le revolvió y sus pies vacilaron mientras contemplaba la mansión.

Un mayordomo vestido con una librea azul grisácea, con la insignia de Bellmore bordada en los hombros, apareció ante ella.

Respiró hondo, se frotó las palmas en la bata y lo siguió.

La condujo hasta el salón, donde Lord Savill estaba revisando unas tarjetas de visita.

La mirada de Lord Savill recorrió su rostro y luego se apartó.

Jane se balanceó sobre los pies, sintiéndose dolorosamente torpe e insegura.

El único consuelo era que Lord Savill parecía tan alterado como ella. Estaba mirando una tarjeta de visita del revés.

Una criada que llevaba una fregona y un cubo entró en el pasillo, lanzó una mirada a la rodilla descubierta de Lord Savill y salió huyendo. Jane sintió de pronto una punzada intensa de celos: aquella muchacha tenía un lugar adónde ir, cosas que hacer y una vía de escape lejos de Lord Savill.

Jane dio un paso al frente.

—¿Mi rodilla, quiero decir, mi lord?

Él recordó las zonas chamuscadas de su bata y se deslizó detrás de la mesa auxiliar.

—Belcher, llévela a su habitación —espetó.

El mayordomo carraspeó con discreción para llamar su atención y le indicó que lo siguiera.

Quiso rebelarse, gritar que aquello no era culpa suya, pero no le salió ni una palabra.

El mayordomo la condujo lejos de Lord Savill, pasó junto a la cocina, cruzó el atrio y se dirigió hacia lo que parecía el ala de invitados, con numerosas habitaciones.

Abrió una puerta en la planta baja, en un rincón oscuro de un pasillo sin iluminar.

Ella entró con cautela.

La habitación era austera: una cama, una jarra, una palangana y una ventana pequeña. Ni siquiera tenía un escritorio.

Vio una silla polvorienta junto a la ventana y se sentó en ella con toda la dignidad que pudo reunir, envuelta en una bata de casa cubierta por una colcha sucia. Con la espalda recta, miró al mayordomo y dijo:

—Gracias, eso es todo.

El mayordomo bajó la mirada, y un rubor le tiñó las mejillas.

—Enviaré una bandeja de té, mi lady.

Mi lady. Era la primera vez que alguien la llamaba así. Permaneció sentada hasta oír alejarse los pasos y, entonces, con un gemido, se levantó de un salto y corrió hacia la ventana.

No le había parecido correcto pedirle a Mary, su doncella, que la acompañara, ya que su marido vivía en Finnshire. Pasar unos meses en Londres durante la temporada, lejos de su esposo, era una cosa; pedirle que abandonara a su familia para siempre era injusto. Apoyó la frente en el cristal, sintiéndose desesperadamente sola.

Los árboles a lo lejos se mecían con la brisa. Un par de hojas se desprendieron y cayeron al suelo. Quizá en Finnshire también estaban cayendo las hojas. Tal vez el viento había pasado primero por su antiguo hogar y luego había venido a saludarla allí. Abrió la ventana y respiró hondo, intentando encontrar un rastro de un aroma familiar.

El lago artificial, centelleante, no se parecía en nada al arroyo de su hogar, y hasta las rosas parecían más imponentes y exóticas. Los setos estaban recortados, las plantas contenidas y los árboles modelados. No se veía ni una sola flor silvestre.

En cuanto al sol, le sorprendió verlo colgado, claro y brillante, en el cielo. Con lo que sentía por dentro, había esperado nubes oscuras y tormentosas y un viento frío.

Alguien llamó a la puerta. Era una criada joven que llevaba una bandeja de plata cargada.

—El té, mi lady —dijo la muchacha con una reverencia.

También había traído una jarra de agua limpia, un camisón de algodón y unos paños de muselina.

Jane no quiso pedir un baño; su orgullo no se lo permitía. Un aseo en la palangana con agua fría sería suficiente.

El té caliente fue bienvenido, pero ignoró los delicados pastelillos.

Sintiendo que se encontraba un poco mejor, acababa de dejar la taza vacía cuando la puerta se abrió de golpe.

—He dado la noticia a la familia —dijo Lord Savill, entrando en la habitación—. No se la han tomado bien.

Ella se limpió la boca con dedos temblorosos y esperó a que continuara.

Él apretó las manos en puños, como si su actitud tranquila lo irritara.

—Siempre me pregunté cómo las hermanas Fairweather lograron hacer tan buenos matrimonios sin dote ni conexiones. Ahora lo sé. Debo felicitarlas por su habilidad para atrapar a hombres desprevenidos.

Jane alzó la cabeza de golpe, con los ojos centelleantes.

—Deje a mis hermanas al margen. Ellas no formaron parte del plan. Fue cosa de mi madre.

—Ah, así que sí tienes lengua. Me preguntaba si la habías abandonado en el altar.

Jane clavó la vista en sus manos, entrelazadas sobre el regazo.

—Mi madre se equivocó al hacer lo que hizo.

—La persona que me chantajeó para que me casara contigo fue tu hermana.

—No tenía otra opción.

—¡¿No tenía otra opción?! —Agarró la jarra de agua y la lanzó al otro lado de la habitación. Se estrelló contra la pared, encima de la cama, y se hizo añicos.

Jane dio un salto con un chillido horrorizado.

—Podría haberte enviado a Europa —bramó—. Decirle a la sociedad que estabas muerta u ocultarte en algún pintoresco pueblo inglés. En lugar de eso, eligió arruinarme la vida.

La voz de Jane temblaba.

—Lo siento. Mi madre estuvo mal. No debería haber hecho esto, pero mis hermanas y yo no sabíamos nada, lo juro.

—No te creo.

Sus hombros se hundieron.

—Puedo retirarme a algún pueblo.

—¿Y permitir que la sociedad cuestione mi honor? No consentiré que vivas cómodamente mientras la sociedad juzga mi moral. Prefiero que sufras tanto como yo. Te quedarás en mi casa y cumplirás con los deberes de una esposa, y yo cumpliré con los míos como marido, por mucho que te deteste a ti y a tu familia intrigante.

Ante el brusco y sorprendido movimiento de su cabeza, sus labios se torcieron.

—En privado, seremos extraños.

Su voz fue apenas un susurro.

—Puede decir que morí.

—La duquesa quiere que conviva contigo durante seis meses antes de cumplir su promesa. No puedes desaparecer de mi vida hasta entonces.

—¿Qué le ha prometido?

Él rio.

—De verdad, eres una actriz notable. Esta farsa debió de haberse planeado con tu consentimiento, estoy seguro.

—¿Por qué iba a consentir una vida de soledad? He dejado a mi familia y a mis amigos por un desconocido. ¿Por qué iba a arruinar mi vida voluntariamente?

—Dejaste a tus amigos y a tu familia por riqueza y poder. Descubrirás que no soy tan fácil de engañar como crees. Y en cuanto a arruinar vidas, yo estaba prometido a alguien. Íbamos a casarnos en unos meses.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—La detesto, señorita Fairweather. Ojalá no la hubiera visto nunca.

Ella no se atrevió a corregir el uso que él hacía de su apellido de soltera.

CAPÍTULO NUEVE

Una vez que él se marchó, ella se dejó caer al suelo. Su temperamento la había asustado. Nunca en su vida había conocido a un hombre tan volátil. Su padre era un hombre tranquilo, que se retiraba a su despacho siempre que podía y evitaba las confrontaciones. Sus cuñados siempre la habían tratado con afecto y buen humor.

Miró la cama, y el corazón se le hundió aún más. Había trozos de porcelana esparcidos sobre ella, y el colchón, el edredón y las sábanas estaban empapados. Se preguntó si alguna criada vendría a llevarla a otra habitación.

Por fin, su entorno reflejó su ánimo sombrío cuando la luz empezó a desvanecerse y la habitación se volvió fría. La temporada tocaba a su fin, y las noches volvían a ser heladas. Además, aquella habitación daba al norte, con cortinas finas y suelos de piedra que no retenían nada del calor del día.

Se levantó y cerró la ventana con rapidez. Ayudó un poco. Luego se asomó a la chimenea y encontró un trozo de carbón, pero nada de leña. Incluso la búsqueda de una caja de yesca resultó inútil.

Pasó un rato y, justo cuando pensó que tendría que pasar la noche a oscuras, completamente olvidada, alguien llamó a la puerta.

Jane prácticamente voló hasta ella y la abrió.

Una criada estaba allí, sosteniendo una bandeja con la cena y una vela.

—Esto ha llegado de su casa —dijo la criada, apartándose para mostrarle un pequeño baúl de viaje.

Encima había una nota, y Jane la tomó apresuradamente para leerla.

Jane,

He empaquetado algo de ropa de repuesto y la he enviado. El carruaje lento llegará con el resto de tus pertenencias en unos días.

Soltó el aliento con alivio y dejó la nota sobre la mesa. Cuando se volvió, la criada ya se había ido. Asomó la cabeza por la puerta y llamó, pero no obtuvo respuesta.

Cenó sin saborear nada y bebió una pequeña copa de vino. Después se cambió a un vestido fino de lana que encontró en el baúl, sacó uno de sus chales más viejos y lo extendió en el suelo. Un vestido de muselina doblado le sirvió de almohada. Tendría que conformarse.

Su orgullo no le permitía salir de la habitación y suplicar la ayuda de un sirviente. Podía hacerlo todo sola. Al fin y al cabo, mucha gente dormía en condiciones peores que aquellas, y si ellos podían, ella también.

Y aun así, era duro. El frío se filtró rápidamente a través del chal fino, incomodándola lo suficiente como para abandonar la idea de tumbarse. La vela pronto se consumió, dejándola en la oscuridad. Se sentó bajo la ventana, donde la luna proyectaba una luz tenue y reconfortante, se abrazó las rodillas y apoyó la cabeza en ellas.

La idea de que quizá fuera la única persona en el ala de invitados no resultaba tranquilizadora.

Un búho ululó, y de algún animal surgió un gruñido bajo y profundo.

El frío, la oscuridad y las circunstancias extremas de los últimos días empezaron por fin a pasarle factura. Asustada, apretó la improvisada almohada contra el pecho. Cada sombra y cada sonido eran desconocidos y aterradores.

Grrr.

Oyó el gruñido de nuevo. Cerró los ojos y se tapó los oídos con las manos. El cuerpo empezó a temblarle por la combinación de cansancio, miedo y frío.

En algún momento de la noche debió de desmayarse o quedarse dormida; no supo cuál, porque lo siguiente que percibió fue a alguien llamándola por su nombre.

—¿Jane? ¿Fairweather?

Abrió los ojos y encontró a Lord Savill en cuclillas junto a ella.

Lord Savill miró la cama con el aguamanil roto y soltó una maldición.

—No fui yo quien le dio esta habitación, madre.

En su campo de visión apareció una dama con una peluca empolvada a la antigua y rasgos suaves y encantadores.

La dama habló con una voz cálida y grave:

—Fue Angélica quien le indicó a Belcher que la trajera a esta habitación.

Se inclinó y tocó la frente de Jane con el dorso de la mano.

—Pobrecilla. ¿La visitaste anoche?

—¿Madre? —preguntó él, sorprendido por sus preguntas.

—Responde —ordenó lady Montgomery.

Él se aclaró la garganta.

—Hablé con ella aquí ayer por la tarde, no por la noche.

Los ojos de su madre se entrecerraron.

—¿Y la dejaste aquí?

Se encogió de hombros.

—No lo pensé.

Lady Montgomery agarró a su hijo de la oreja y tiró de ella.

—¡Ay, madre, basta! No delante de ella.

—Llévala a la habitación contigua a la tuya, Richard.

—¡Pero, ay, suéltame!

—No quiero que pase ni un minuto más en este lugar.

—Podemos darle una habitación mejor. Quizá una del ala familiar.

—Es tu esposa y la tratarás como tal —espetó lady Montgomery —. Te casaste con ella.

—Me chantajearon.

—Las circunstancias no son ideales, pero has hecho un voto, y eso la convierte en tu responsabilidad. Eres un caballero, Savill. Compórtate como tal. Mira a la muchacha. Se está desmoronando.

—Es una actuación.

—Richard Henry Bellmore, carga a tu esposa y llévala a tu habitación. Haz que una criada se ocupe de sus comodidades y que la baje a desayunar. Ahora.

CAPÍTULO DIEZ

Lord Savill apretó los puños. Era el doble de grande que su madre, su presencia era imponente y poderosa, y aun así se inclinó y puso una mano en la espalda de Jane y otra bajo sus piernas y, con un suspiro irritado, la alzó en brazos.

A ella se le abrieron los ojos por el impacto del contacto físico.

—Puedo caminar —le salió la voz en un chillido.

—Hago lo que dice Madre —respondió él, con la mirada fija en su rostro, pensativo en lugar de airado por una vez.

Las delicadas venas azules se le marcaron cuando ladeó el cuello y miró al frente en vez de mirarlo a él. Las puntas de las orejas se le habían puesto rojas, mientras su cuerpo se sentía helado hasta los huesos.

Tembló levemente y él estrechó el agarre, calentándola poco a poco, como una suave oleada de calor en el amanecer de verano.

Cumplió su palabra y la llevó hasta su habitación como si no pesara más que una almohada de plumas.

La dejó caer sobre la cama con menos gracia ahora que su madre se había marchado.

—Enviaré a una criada. Tu habitación es por aquí —dijo, señalando una puerta—. Madre espera que te acompañe al desayuno. Date prisa.

Jane se bajó de la cama de un salto y miró alrededor con curiosidad. Su habitación tenía tres grandes chimeneas, un techo pintado y armarios de sándalo.

La cama era un enorme dosel de caoba pulida, de un rojo oscuro. Las cortinas, de un azul prusiano intenso, estaban recogidas con un cordón plateado que dejaba ver árboles frondosos y un lago resplandeciente.

Frente a la ventana había un conjunto de sillones de cuero y un sofá, con algunos cojines verde oliva dispersos que imitaban los árboles del exterior.

Entró en su propia estancia y estuvo a punto de desvanecerse otra vez. Era una habitación grande, quizá incluso mayor que la de él, y preciosa. La cama estaba recién hecha; la ropa, suave y blanca, ribeteada con encaje de Chantilly. Las cortinas azul aciano, con diminutos motivos plateados de flores de lis, estaban recogidas con broches de perlas, revelando la misma vista impresionante del lago y de los árboles gigantes y antiguos.

También tenía una zona de estar junto a la ventana, aunque las sillas y la chaise longue eran de brocado en lugar de cuero, y había muchos más cojines. Alguien había colocado ramitas de lavanda por toda la habitación, junto con rosas blancas flotando en cuencos de cobre.

Abrió una de las dos puertas y se encontró con un cuarto de baño de mármol, con herrajes dorados y marfil, una bañera con patas de garra y un pequeño armario abastecido con toallas y hierbas secas.

La otra puerta daba al vestidor, que era igual de exquisito. Mientras su dormitorio era luminoso, aireado y elegante, el vestidor era descaradamente opulento. Cada pared tenía un espejo que reflejaba la deslumbrante lámpara de araña de cristal del techo. El tocador estaba tallado con intrincados detalles e incrustado de gemas; la palangana y la jarra eran de plata pulida, e incluso los armarios lucían flores silvestres pintadas a mano por todas partes.

Jane volvió a su habitación y se dejó caer en una silla junto a la ventana. La cabeza empezaba a dolerle y las extremidades se le sentían pesadas de agotamiento.

Todo era lujoso y, sin embargo, deseaba estar de vuelta en casa. Podría haber dormido todo el día. Su madre le habría llevado el desayuno a la cama, le habría alisado el cabello y besado la frente. Podría haber gemido, quejarse y exigir que la cocinera le preparara una gran cafetera de café y bollos recién hechos empapados en manteca.

Echaba de menos esa familiaridad y la comodidad del hogar.

Pronto aparecieron dos criadas con cubos de agua caliente para llenar la bañera. Otra traía su baúl con la ropa de la mañana y las camisas interiores.

Consciente de la amenaza de Lord Savill, se obligó a bañarse y cambiarse. Se puso un sencillo vestido de muselina color crema con ribetes de satén azul pálido. No tuvo tiempo de arreglarse el cabello, salvo para recogerlo en un moño flojo.

Una vez más, Lady Montgomery acompañaba a Lord Savill cuando vino a buscarla. Ella los siguió dócilmente, con los ojos recorriendo los interiores fastuosos.

Se aferró a la barandilla al bajar la gran escalinata. Su marido eligió caminar lo más lejos posible de ella. Jane se concentró en los pasos, manteniéndolos lentos y firmes, pero tropezó al entrar en el comedor.

Lord Savill la sujetó por la cintura y la sostuvo. A su vez, ella se aferró a su brazo y dio un chillido.

A él se le curvaron los labios.

—Tu mente no te engaña. Es un guepardo sentado en la silla junto a mi padre.

—No lo entiendo.

—Es una mascota. Completamente mansa. Mi padre encontró un cachorro abandonado por un circo de paso y lo trajo a casa. Forma parte de la familia desde entonces.

El corazón le retumbó de miedo mientras observaba al gran felino.

Junto al guepardo estaba Lord Montgomery, un hombre alto, de cabello oscuro, que se parecía vagamente a su hijo. Al ver a Jane, sonrió.

—Ah, un ratoncito ha venido a tomar el té. ¿O es un bocado para que el señor Williams lo mordisquee?

Jane se acercó más a Lord Savill.

Él le tomó el codo con suavidad y la condujo hacia la mesa auxiliar, cargada de alimentos para el desayuno.

Lord Savill murmuró entre dientes:

—Mi madre me ha pedido que sea civilizado contigo y, delante de los criados, la familia y la sociedad, lo seré. En privado, no me hables.

Su tono grosero la ayudó a salir de parte de su terror, y ella se apartó de él de un tirón.

No se atrevió a mencionar que apenas había hablado con él desde que se conocieron y que no esperaba que las cosas cambiaran.

Observó la comida con un ojo mientras con el otro vigilaba al felino. Había tres rebanadas de tostada en la cesta, y tomó una quemada, suponiendo que Lord Savill querría las dos buenas.

El guepardo la observó con los ojos entornados y se relamió, lo que la hizo estremecerse de miedo.

Lord Savill le tocó el codo, haciéndola sobresaltarse.

—Señorita Fairweather —dijo su nombre con burla, conduciéndola de nuevo a la mesa del desayuno y señalando una silla junto a una mujer desconocida.

—Angélica Croft —la presentó Lady Montgomery—. Mi hija.

Lady Croft tenía los labios finos, la barbilla afilada, los ojos rasgados y una masa de rizos rubio oscuro apilados sobre la cabeza, lo que le daba un aire alto y majestuoso.

Jane le sonrió y se deslizó en la silla a su lado. Lady Croft le hizo el desplante con toda intención.

Jane bajó la mirada y se quedó mirando las manos, al borde de las lágrimas.

El mayordomo y las criadas entraron llevando una cesta nueva de tostadas, té, café y chocolate caliente.

Jane eligió café y luego se quedó mirando su tostada quemada, preguntándose si, al morderla, crujiría demasiado fuerte.

Lady Montgomery rompió el silencio:

—Las circunstancias en las que se celebró la boda no son ideales, pero ya está hecho. Agradecería que Lady Savill fuera tratada con el respeto que merece su posición.

—Es la esposa de Richard, y no podemos cambiar ese hecho, así que debemos sacar lo mejor de ello. Entiendo que todos estemos decepcionados y resentidos, pero con el tiempo espero que demuestre ser digna. Angélica, Richard, los he criado para que sean educados y amables. Anoche, ambos me decepcionaron con su comportamiento.

—Pero, madre… —empezó a decir Lord Savill.

Lady Montgomery alzó la mano para hacerlo callar.

—Tratar a alguien de una forma tan inhumana me avergüenza. Quizá fracasé como madre.

Lady Croft inclinó la cabeza, contrita, mientras Lord Savill clavaba el cuchillo en un huevo pasado por agua.

—¿Podemos intentar ser civilizados todos?

—Sí, madre —respondieron al unísono.

Por fin, Lord Montgomery levantó la vista y sonrió a Jane.

—Bienvenida a la familia —dijo, sirviéndole una taza de té al guepardo.

Ella le devolvió la sonrisa con vacilación. Al menos alguien parecía contento con su presencia, aunque fuera un perfecto zoquete.

CAPÍTULO ONCE

Después del desayuno, Lord Savill la acompañó escaleras arriba.

Abrió de golpe la puerta de su habitación.

—Necesito hablar con usted.

Ella lo miró y, por la expresión rígida de su rostro, dedujo que sería otra conversación desagradable. Reprimió un suspiro cansado y entró.

Él cruzó los brazos y se apoyó en la puerta.

—Tras un año en Londres, me trasladaré a nuestra casa de campo. Hasta entonces, le sugiero que busque algo con lo que entretenerse y se mantenga fuera de mi camino.

Jane lo miró a los ojos, tomó la jarra de agua y la lanzó al otro lado de la habitación. Se estrelló contra la pared, sobre la cama, y se hizo añicos. Observó con satisfacción cómo el agua se extendía por la pared y el colchón.

A él se le cayó la mandíbula, atónito.

—Cierre la boca, mi lord. No quisiera que me culparan si se traga una mosca.

—¿Cómo se atreve…?

Ella alzó la mano.

—Ya le he dicho antes, Lord Savill, que yo no creé esta situación. Lamento lo ocurrido por parte de mi madre, pero es injusto culpar al hijo por el pecado del progenitor. Podía haberse echado atrás y batirse en duelo con el duque. En cambio, eligió dejarse chantajear. Usted quería algo más que su soltería, y pagó su precio. Yo no obtengo nada de este matrimonio.

—Ahora es una de las mujeres más ricas de Inglaterra. Obtiene mucho, querida.

—Eso no es lo que deseo, y si me conociera, también lo sabría.

Él se rio.

Ella tomó aire y continuó:

—En cuanto a la forma atroz en que me ha tratado, jamás lo perdonaré. Me sorprendió en desventaja, pero de ahora en adelante, tenga en cuenta que soy una Fairweather y no toleraré conductas groseras. Cuide sus modales, señor, o me aseguraré de que Penny se niegue a darle lo que sea que quiera.

En un instante estuvo a su lado; sus largos dedos se cerraron sobre el brazo de ella.

—Soy su esposo y podría arruinarle la vida si va en contra de mis deseos.

La cercanía repentina la sobresaltó.

Su rostro estaba a un palmo del suyo y su aliento cálido le rozaba la cara.

Ella se arqueó alejándose con esfuerzo hasta que la espalda chocó con el poste de la cama y habló con voz temblorosa:

—Me ha llamado "señorita Fairweather" y nada más. Se siente agraviado, no quiere saber nada de mí, no acepta este matrimonio, y eso significa que no es mi esposo y que no lo trataré como tal. No puede cambiar nuestra relación según le plazca, mi lord.

Él entrecerró los ojos.

—Así que la tímida alhelí un teatro. Es tan astuta como pensaba.

—Me está haciendo daño.

Él soltó su brazo y dio un paso atrás. Sus ojos se desviaron a la marca que habían dejado sus dedos; bandas rojas destacaban contra la piel pálida. Tragó saliva; ella vio una disculpa a punto de salir, pero lo que dijo fue otra cosa.

—Será mejor que nos mantengamos alejados. Al fin y al cabo, Bellmore Hall tiene doscientas habitaciones.

Ella inclinó la cabeza en señal de acuerdo.

—En eso coincidimos. Ninguno de los dos es feliz con este matrimonio. Lo mejor será evitarnos todo lo posible.

Sus dedos rozaron la marca que él había dejado. Dudó si exigir una disculpa y decidió no hacerlo. Ya habían discutido bastante y, por su comportamiento, dudaba que fuera el tipo de hombre que se disculpa. Así que, con una rápida reverencia, se dirigió a la habitación contigua.

—Lamento haberle hecho daño —dijo él a su espalda mientras se alejaba.

Ella se quedó inmóvil un instante y luego se giró despacio.

Sus ojos eran oscuros, remolinos profundos de los que no podía apartar la mirada.

Señaló su brazo.

—No volverá a ocurrir.

—No me hizo daño —dijo ella, incapaz de mentir—. Sus dedos… —se aclaró la garganta— fueron delicados; mi piel se marca con facilidad.

Él asintió; una chispa de emoción, que ella no supo interpretar, cruzó su rostro.

—Espero que no tengamos ocasión de hablarnos en las próximas dos semanas.

—Eso espero fervientemente —replicó ella.

Había empezado a ablandarse tras su disculpa y, sin embargo, él volvió a recordarle que era un hombre detestable. Alzó la barbilla y entró furiosa en su habitación.

Se vistió deprisa con ayuda de una criada y se puso un vestido de paseo verde Brunswick que ceñía la cintura, botas marrones y guantes a juego. Tomó su cuaderno de dibujo y el carboncillo y salió.

Dibujar un poco aliviaría la tensión que llevaba al cuello como una criatura indeseada.

Abrió la puerta y encontró a Lord Savill haciendo lo mismo. Él la ignoró y se alejó.

Ella eligió el camino opuesto y bajó con rapidez la gran escalinata. Al llegar abajo, volvió a encontrarse con Lord Savill.

Se miraron con gesto hosco.

Él dio un paso hacia ella.

—¿No habíamos decidido evitarnos?

—Lo estoy intentando evitar.

Él la observó con escepticismo.

Ella mantuvo la calma.

—Iba a dibujar al jardín un rato.

Él asintió, aprobando.

—Estaré en mi despacho el resto del día.

—¡Esperen! ¡Richard, Lady Savill! —llamó Lady Croft—. ¿Estaban arrullándose?

Él frunció el ceño.

—¿Arrullándonos?

—Eso es lo que hacen los recién casados.

Él fulminó a su hermana con la mirada.

—No soy un maldito pájaro.

Jane hizo una breve reverencia.

—Lady Croft, yo…

Lady Croft la interrumpió:

—Hablando de recién casados, el duque de Blackthorne ha organizado un baile para ustedes.

Ambos se miraron; sus expresiones de horror eran idénticas. Habían olvidado que la temporada aún no había terminado y que los invitarían a numerosos actos sociales.

—Gracias —dijo por fin Jane, con voz suave y llena de aprensión.

—¿Eh? —Lady Croft le lanzó una mirada irritada.

Jane se ruborizó y repitió.

Lady Croft se volvió hacia su hermano.

—Tendrás que ir.

Él asintió.

—Puedes asegurarles que aceptamos.

—Ya no me corresponde responder a tus invitaciones —replicó Lady Croft con frialdad—. Tendrá que hacerlo tu esposa.

Jane tragó saliva.

—Lo haré.

Los tres se quedaron en silencio un momento, mientras emociones complejas giraban en el aire como un tornado cobrando fuerza. Por fin, se separaron y se marcharon en direcciones opuestas.

***

—Tantos árboles en flor y, sin embargo, ha elegido uno torcido, lleno de nudos y recovecos.

—Lady Montgomery —Jane se puso de pie de un salto—. No la oí acercarse.

—Vuelva a sentarse, niña, y continúe con lo que está haciendo. Me resulta fascinante la forma en que dibuja. Con unas pocas líneas rápidas y firmes ha captado el paisaje muy bien.

—Gracias.

Lady Montgomery se sentó a su lado sobre la hierba tibia por el sol.

—No me importa ensuciarme las faldas.

—Lo siento. Olvidé mi ropa.

Ella sonrió.

—Una joven que prefiere tumbarse en el suelo a dibujar antes que preocuparse por su atuendo. Estoy un paso más cerca de comprenderla.

—¿Q...quería hablar conmigo de algo?

Asintió.

—Ahora forma parte de esta familia. He hablado con mis hijos y les he dicho que la traten como tal, pero, a su vez, debe cumplir con sus responsabilidades como Lady Savill. Yo la ayudaré en lo que pueda, y Angélica también.

—Estoy dispuesta a aprender.

—Buena chica. Tendrá que asistir a muchos compromisos sociales, y me gustaría que mantuviera en secreto la verdad de su relación con mi hijo. Por el bien de nuestra familia, finja que todo va bien.

Jane partió el carboncillo en dos. Lady Montgomery parecía consciente de la situación entre ella y Lord Savill.

Lady Montgomery continuó en voz suave:

—Sé lo que es dejarlo todo y casarse con un desconocido. La soledad y el miedo que siente no son únicos, pero aun así resultan aterradores. Con el tiempo, las arrugas se alisarán, y nos considerará su familia y a Bellmore Hall, su hogar.

La vista de Jane se nubló de lágrimas; no encontraba palabras. Lady Montgomery rebosaba bondad; sus modales eran delicados y sus rasgos, entrañables.

No podía imaginar que la anciana tuviera un solo hueso malo en el cuerpo. Era tan cálida e indulgente que le resultaba imposible

creer que hubiera dado a luz a una criatura tan horrible como Lord Savill.

Como si sus pensamientos lo hubieran invocado, lord Savill cruzó el césped a grandes zancadas hacia ellas, con la piel reluciente como miel bajo el brillante sol.

—¡Madre! —frunció el ceño al mirar a lady Montgomery.

Jane apartó el rostro y fingió estudiar el árbol. De pronto, la cara se le tensó y sus extremidades se sintieron torpes en su presencia.

—Vas a enfermar —gruñó él, depositando un suave chal blanco sobre los huesudos hombros de su madre.

La envolvió con cuidado y besó su frente.

—He salido solo un momento —dijo lady Montgomery con tono apaciguador—. Quería hablar un poco.

—Llevas hablando con ella bastante rato. Te vi desde mi despacho —respondió con severidad.

—Y usted—se volvió hacia Jane—, debería haberle pedido que regresara al interior. En lugar de eso, la hizo sentarse con usted en el suelo frío para manipular sus emociones.

—Basta —replicó lady Montgomery con un chasquido—. No ha hecho nada parecido. Lo siento, lady Savill. Mi hijo parece haber extraviado sus modales. Haré todo lo posible por encontrarlos y volvérselos a meter dentro.

—Por favor, llámeme Jane.

Lord Savill ayudó a su madre a ponerse en pie y se volvió hacia Jane.

—Uno puede sostener un papel durante cierto tiempo. Pero pronto mudará, y entonces mostrará su verdadero yo.

—No soy un maldito pájaro —le devolvió ella.

Él dio un paso hacia adelante, y lady Montgomery hundió la punta de su sombrilla en el zapato de lord Savill para detenerlo. Luego sonrió a Jane.

—¿Puedo hacer algo para que tu vida aquí sea un poco más fácil? ¿Darte algo que te recuerde a tu hogar?

Jane asintió, con los ojos de pronto llenos de esperanza.

—¿Podría tener una habitación, cualquier habitación, para pintar?

—¿Pintar?

—Yo… yo uso óleos, no acuarelas, y necesitan una estancia abierta y luminosa. En casa solía pintar en mi dormitorio, pero no me gustaría estropear las cosas tan bonitas que hay aquí. Parecen caras y…

—Chist —rio lady Montgomery—. Eres lady Savill. Toda la mansión es tuya, niña tonta. Puedes convertir la cocina en un estudio de arte y el salón de la mañana en una cocina, si te apetece.

—No hará nada parecido —espetó lord Savill.

—Dentro —ordenó su madre, señalando la casa—. Ahora.

Él soltó un resoplido de frustración y se dio la vuelta.

Lady Montgomery volvió a mirarla.

—Richard te hará un recorrido por la casa más tarde, para que puedas elegir una habitación adecuada para pintar.

Lord Savill se tensó ante las instrucciones de su madre y le lanzó una mirada irritada.

Jane reprimió un suspiro frustrado. Mantenerse alejados el uno del otro estaba resultando mucho más difícil de lo que había imaginado.

—Me reuniré con usted en mi despacho a las siete, señorita Fairweather —dijo él, resignado—, para el recorrido por la casa.

Su madre no comentó el uso de su apellido de soltera; en su lugar, tomó su brazo y lo condujo al interior, dejando a Jane terminar su dibujo.

CAPÍTULO DOCE

Jane sentía como si una criatura se le hubiera colado por el oído hasta la cabeza y ahora estuviera aporreándole el cráneo con palos de madera.

Los movimientos apresurados de la doncella mientras la ayudaba a vestirse no contribuían en nada, ni tampoco el intenso aroma a attar de rosas que había derramado sobre la alfombra.

Jane se puso las medias de seda a rayas blancas y rosas y se las ató con ligas por encima de la rodilla, deseosa de escapar de la habitación. Después vinieron la camisa y la enagua, seguidas del vestido de cena de shantung de seda en tonos crema y rosa.

Se giró para que la doncella le ajustara el corpiño por detrás. La tela se tensó sobre su pecho, casi aplastándolo.

—No tan apretado —dijo en voz baja.

Los ojos de la doncella se alzaron con miedo, pero Jane le sonrió de forma tranquilizadora.

—Tengo un poco de dolor de cabeza. El cabello…

La doncella se relajó y le recogió el pelo en un moño bajo, procurando que los mechones sueltos descansaran con suavidad contra el cuero cabelludo.

Jane se observó en el espejo. Tenía los ojos entornados por el cansancio, los labios tensos y el rostro de un blanco espectral.

Se alisó la falda y salió a toda prisa. Cuando llegó al despacho del ala familiar acababan de dar las siete. Al menos, lord Savill no tendría el placer de tacharla de impuntual.

Estaba a punto de llamar cuando unas voces elevadas la detuvieron.

Lord Savill hablaba.

—Pensé que estarías devastada, Frances.

—Al contrario, es lo mejor —respondió una voz baja, ronca e inconfundiblemente femenina.

—No lo entiendo.

—He captado la atención del regente.

—Ya veo.

—No pongas esa cara, amor. El regente no es apuesto ni quizá tan rico, pero pronto será coronado. Ser el amor de un rey…

—Fuera.

—Pero puedo hacer tanto por ti como su amante.

—No quiero tu ayuda. Vete, lady Villiers, antes de que diga algo que te haga daño.

Jane jadeó y se giró sobre los talones. Su codo chocó contra la armadura, que cayó al suelo con estrépito.

Lord Savill apareció en la puerta y la miró fijamente. Sus ojos se estrecharon, llenos de ira.

—Estaba escuchando tras la puerta —la acusó.

Ella dejó escapar un chillido y, antes de que él pudiera continuar, salió corriendo.

—¡Deténgase! —tronó él, lanzándose tras ella.

Jane recorrió el pasillo a toda velocidad y se metió en la biblioteca.

Cuando él estuvo a punto de alcanzarla, le lanzó una pesada cortina a la cara y logró escapar. Bajó a toda prisa por las escaleras de la cocina, salió por la parte trasera y volvió a entrar, con él persiguiéndola sin descanso.

El corazón le martilleaba cuando acabó en una sala llena de pinturas, estatuas y objetos curiosos. Agarró una antigua figurilla de marfil de Venus y se volvió hacia él.

—¿Esto es caro? —le preguntó.

—No tiene precio —espetó él.

—¡Atrápela!

La lanzó al aire y salió corriendo sin esperar a ver si había logrado salvar la pieza.

Abrió de golpe la puerta de su habitación y la cerró de un portazo. De espaldas a la puerta, trató de controlar la respiración mientras su pecho subía y bajaba con agitación.

Él entró por la puerta que comunicaba con su propio cuarto.

Jane jadeó y volvió a girarse para huir, pero él estrelló la mano contra la pared junto a ella, atrapándola por fin.

—He dicho que se detenga —escupió.

Ella abrió los ojos al ver la furia en su rostro y, con un chillido de terror, se escabulló por debajo de su brazo.

Sus dedos rozaron la palma de ella cuando intentó atraparla de nuevo, pero el miedo le había dado alas, y Jane saltó sobre la cama y le lanzó una almohada a la cara. Se abrió al impactar, llenando el aire de plumas.

—¡Basta de esta locura! —ordenó él.

Jane negó la cabeza con vehemencia y volvió a escapar, tomando la gran escalera.

—No puede huir eternamente —le gritó.

—Correré hasta que se canse —le respondió ella.

—Se cansará antes que yo.

—Nunca. Es mucho mayor que yo.

—Solo unos pocos años más que usted, y todavía no soy de mediana edad.

Jane abrió la boca para replicar de nuevo cuando se detuvo en seco.

Lord y lady Montgomery estaban frente a ella, con expresión horrorizada.

Lord Savill llegó poco después, respirando con dificultad.

—¿Qué está pasando? —preguntó lady Montgomery.

—¿Hay algo ardiendo? —frunció el ceño lord Montgomery.

Jane negó con la cabeza, con el pecho agitado mientras intentaba recuperar el aliento.

—Tienes plumas en el pelo —dijo lady Montgomery, arrancando una del cabello oscuro de su hijo.

—Estaba espiando —acusó lord Savill a Jane.

Jane se irguió.

—No estaba espiando. Me pidió que me reuniera con usted a las siete en su despacho, y llegué a la hora acordada. No es culpa mía que lo olvidara y estuviera manteniendo una conversación íntima.

—¿Con quién hablabas? —preguntó lady Montgomery.

—Con lady Villiers —respondió él de mala gana.

Lady Montgomery se llevó una mano al pecho.

—¿Aquí? ¿Después de haberte casado?

—Le estaba dando la noticia.

—Supongo que se lo tomó bien.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy tu madre.

Él cerró la boca y apartó la mirada.

Lord Montgomery se aclaró la garganta.

—Tengo hambre.

Lady Montgomery apoyó la mano en el codo de su marido.

—La cena estará lista en una hora.

Lord Savill levantó a Jane en brazos, haciéndola chillar.

—Antes de eso, me gustaría hablar en privado con mi esposa.

El rostro de Jane se encendió.

—Suélteme —siseó.

—Compórtate —le advirtió lady Montgomery antes de llevarse a su marido.

Lord Savill avanzó con paso decidido hacia la biblioteca. La dejó en el suelo y se apoyó contra la puerta para bloquear la salida.

Jane agarró la falda y retorció la tela entre los dedos.

—Déjeme ir. No pretendía oír nada.

—Podría haber hecho notar su presencia.

—Me fui en cuanto me di cuenta.

—Miente.

Los ojos de Jane se llenaron de lágrimas y el pecho le ardió de rabia y resentimiento.

—No estoy mintiendo.

Los ojos de él estaban inyectados en sangre y su tono era cortante, quizá por lo que su amante acababa de decirle. Cerró los ojos un instante, luchando por controlar sus emociones, antes de abrirlos de nuevo y clavar en ella una mirada oscura y atormentada.

—Las mujeres como usted son cobardes. Huyen o se sientan en un rincón a llorar.

—Eso no es verdad.

¡Tenía ganas de estrangularlo!

Sus manos se cerraron en puños y todo su ser parecía irradiar llamas de ira. Jane estaba asustada, pero se negó a amilanarse y bajar la mirada.

Él dio un paso más hacia ella, como si quisiera recordarle su mayor corpulencia, como si pretendiera obligarla a someterse.

—Podría haberse opuesto el matrimonio; en lugar de eso, como una buena niña obediente, decidió seguir adelante con los planes de su madre. Podrías haber luchado contra ellos.

Las lágrimas amenazaban con desbordarse, pero ella mantuvo el mentón en alto. ¡Ser agraviada una y otra vez era injusto! Ser malinterpretada, arrojada entre desconocidos, ver cómo su vida protegida le era arrancada y sustituida por aquel mundo extraño la dejaba tambaleándose.

Estaba al borde de romperse; sentía la piel como si se hubiera agrietado, y aun así se aferraba con todas sus fuerzas, como si sujetara el borde de una barca en medio de un mar embravecido.

Su respiración se quebró, y el pecho le subió y bajó con violencia cuando habló, medio suplicándole que la comprendiera y creyera sus palabras.

—No quería ser responsable de las consecuencias de un duelo. No quería que el duque ni usted salieran heridos. Si hubiera sabido en qué clase de hombre despreciable iba a convertirse, me habría ofrecido a ocupar el lugar del duque y le habría disparado yo misma. En cuanto a oponerme, llevo años resistiéndome a los intentos de mi madre por casarme.

—Al contrario —replicó él—. Ha sido incapaz de atrapar a un hombre; por eso decidió caer más bajo de lo que jamás había caído.

Las lágrimas cayeron; ya no pudo contenerlas. Gruesas lágrimas rodaron por sus pálidas mejillas, y se odió por mostrar debilidad, odió aquel desbordamiento de emoción que su cuerpo era incapaz de controlar.

—Basta. No tiene ningún derecho a juzgar mi carácter. No sabe nada de mí.

—Ah, más lágrimas. No me afectan.

Era una discusión inútil. Él la consideraba una mentirosa, y nada de lo que dijera cambiaría su opinión; aun así, no pudo evitar abrir la boca y discutir una vez más.

—He dicho basta, mi lord. No escucharé una palabra más. No es culpa mía que su relación esté rota. Ella prefiere al regente, y eso no

tiene nada que ver con nuestro matrimonio.

—¡Cómo se atreve!

Ella dio un paso rápido hacia atrás ante su exabrupto.

—Si usted puede ser cruel e hiriente con sus palabras, yo también.

Su tono era temeroso, trémulo y suave, pero no logró conmoverlo. Al contrario, pareció encender algo en su interior, empujándolo a perder el control aristocrático que había trabajado tan duramente por dominar desde los cuatro años. Él le agarró la nuca y la atrajo hacia sí.

—Discúlpese.

—Nunca —espetó ella, respirando con jadeos cortos y pesados.

—He dicho que se disculpe.

—No. No. No.

Él la fulminó con la mirada, y ella se negó a amilanarse. Mantuvo los ojos fijos en su rostro hasta que él la soltó.

Ya no discutían, pero, como un mar en calma en la superficie y turbulento en las profundidades, la atmósfera cargada se sentía viva y peligrosa.

—Fuera —ordenó él.

Y esta vez, ella estuvo más que dispuesta a obedecer.

CAPÍTULO TRECE

Fue el ama de llaves, una anciana cálida y parlanchina, quien finalmente le mostró Bellmore Hall. Jane recorrió estancia tras estancia, fascinada por el gasto y la atención al detalle que se habían invertido en la decoración de cada una.

El ala familiar estaba dominada por muebles de inspiración egipcia y griega, elaborados en nogal, palo de rosa y sándalo. Las paredes estaban adornadas con impresionantes óleos y tapices, mientras que las alfombras eran densas y extraordinariamente suaves bajo sus zapatillas de tocador.

La guardería parecía detenida en el tiempo, y Jane pudo imaginar a Lord Savill y a su hermana jugando de niños con los juguetes de madera y las marionetas.

Su estancia favorita era el salón familiar, que contaba con seis chimeneas, gruesos cortinajes de terciopelo verde y sólidos muebles de caoba. Era una sala amplia, con un pianoforte, una estantería repleta de libros muy manoseados y un gabinete que contenía frascos dorados de tabaco y cajas de rapé.

En una esquina, junto a cómodos sillones y sofás, había un mueble giratorio abastecido con distintos tipos de licor.

Las paredes estaban decoradas con pinturas de dioses antiguos y seres feéricos en bosques oscuros e inquietantes, mientras tres luminarias colgaban del techo, proyectando un juego de luces y sombras por toda la habitación.

No obstante, no todo estaba en perfecto estado. Algunas habitaciones del ala de invitados habían sido descuidadas, y la humedad empezaba a manchar el papel de las paredes, mientras un olor a moho impregnaba los cuartos.

Abrió de par en par las ventanas para dejar entrar la luz del sol y mitigar un poco el hedor, y tomó nota mental de comentárselo más tarde a lady Montgomery.

El ama de llaves abrió otra antesala con gesto amplio y le indicó que entrara.

—Para la institutriz —anunció, y luego soltó una risita.

Jane se ruborizó y se apresuró a entrar.

El ama de llaves descorrió las cortinas para que el sol iluminara el escritorio, la cama y dos sillones con suntuosos cojines escarlata.

—Se dice —bajó la voz— que un pasadizo subterráneo secreto recorre esta casa. Hace cien años se usaba con frecuencia, y ahora la entrada se ha olvidado. La familia lo utilizaba para ir a la iglesia sin ser vista por el público.

Jane reprimió una risa burlona. Más bien —pensó— lo habrían usado los hombres de la casa para visitar un burdel. Ese tipo de cosas solían construirse con fines más oscuros.

Se acercó a la ventana y contempló el exterior. La habitación daba al jardín oriental, lleno de plantas exóticas y extrañas esculturas extranjeras.

En medio de todo se alzaba una estructura abovedada cubierta de rosas blancas trepadoras. Parecía brillar bajo la luz dorada del atardecer, y Jane se enamoró al instante.

—¿Qué es eso?

—El cenador oriental, mi lady. Nadie lo utiliza.

—Es perfecto para pintar. Tiene muchísima luz.

—Haré que el cenador esté acondicionado para su uso lo antes posible.

—¿Puede hacerse ahora? Quiero pintar.

El ama de llaves asintió.

—De inmediato.

Fiel a su palabra, en menos de una hora el cenador estaba listo.

Jane apenas reparó en los suelos de piedra recién fregados, el aroma a lavanda o las ventanas relucientes. Sus pies casi volaron hasta el lienzo en blanco colocado en el centro de la estancia. Le temblaban las manos cuando tomó el carboncillo y empezó a dibujar.

Sus hombros se relajaron, su mente se aquietó y perdió toda noción de lo que la rodeaba. Cuando la luz se desvaneció, dejó el pincel y se estiró.

—La cena está servida.

Jane dio un pequeño chillido y se giró bruscamente para encontrarse a lady Croft observándola desde la puerta.

Se alisó el cabello con prisas, extendiendo aún más la pintura azul por él.

—¿C...cuánto tiempo lleva aquí?

—El suficiente. Tienes talento —respondió a regañadientes.

—Gracias.

—Pero tu elección del tema es cuestionable.

Jane volvió la vista al cuadro. Había pintado la fachada de una taberna de ginebra ante la que hombres de toda clase hacían fila para conseguir su ración diaria. Entre ellos aparecía una mujer de aspecto frágil, con un chal raído sobre los hombros, aferrando una bolsa de monedas mientras trataba de abrirse paso hasta el frente.

Lady Croft inclinó la cabeza.

—¿Esa mujer del cuadro busca bebida para ella, para un hijo enfermo o para un marido abusivo?

—Regentea el local junto a su marido.

—Una mujer audaz.

—Lo es.

—Ah, así que existe más allá de tu imaginación.

—Existe. La conocí una vez.

—¿Cómo?

—Dorothy me llevó a Gin Lane. Íbamos disfrazadas de mujeres pobres. Quería ver cómo era la vida en esos lugares. Quería captarla en un lienzo para la clase acomodada que nunca ve nada más allá de Mayfair. Esperaba conmover sus corazones y sus conciencias y empujarlos a hacer algo bueno.

—Me recuerdas a mi difunto esposo.

—Vi su busto en la sala llena de estatuas. Era muy apuesto. ¿Cómo murió?

—En la guerra.

—Debe de sentirse orgullosa de él.

Lady Croft bajó la cabeza.

—Será mejor que te laves la pintura y te cambies. Tu vestido de cena está arruinado.

—¿Lady Croft?

—¿Sí?

—También vi un busto con su imagen y la de su madre…

—Un capricho de mi hermano. Insistió en mandarlos hacer. Cree que si los hombres de la casa merecen algo, las mujeres también.

—Son hermosos.

—Vamos. El señor Williams está merodeando por ahí. Te acompañaré a tu habitación.

Jane limpió los pinceles y se apresuró tras su cuñada.

***

Dos días después, Jane deseó con todas sus fuerzas poder ir al cenador; en cambio, allí estaba otra vez, con el corazón desbocado y una sensación de pavor asentada en el estómago.

—¿Qué demonios le pasa?

Jane miró a lord Savill desde debajo de la cama.

Él la tomó del brazo y la sacó de allí.

—¿Por qué se esconde? ¿Y por qué no está vestida?

—No voy a ir.

—¿Cómo dice?

—No voy a ir.

—Pero la duquesa es su hermana y ha organizado este baile.

Jane cruzó los brazos y apartó la mirada.

—Señorita Fairweather, míreme.

Ella lo ignoró.

Él le sujetó el mentón y le giró la cara a la fuerza.

—He dicho que me mire.

—¿Por qué?

—¿Por qué no quiere ir?

—Todas esas miradas.

Frunció el ceño.

—Ha asistido a numerosos bailes antes.

—Sí, pero antes nadie se fijaba en mí. Esta vez el baile es por mí. Todo el mundo nos estará mirando.

Sus ojos se endurecieron.

—Ah, ya veo. Otro intento de demostrarme que detesta exhibirse en público. No se casó conmigo por mi dinero, ya que ni siquiera soporta que la gente la mire. ¡Bah!

Ella ya estaba bastante alterada por el baile organizado por su hermana y no tenía ningún ánimo de soportar sus burlas.

Enderezó la espalda y lo miró a los ojos.

—He dejado mi hogar, mis sueños, mi vida, mi familia y mis amigos por un desconocido, en una casa extraña donde sé que nunca seré deseada. Dígame, señor, ¿por qué haría algo tan absurdamente insensato?

—Por la misma razón que la mayoría de los impostores: riqueza y poder.

—Soy económicamente independiente.

Él se echó a reír.

Ella lo ignoró y continuó:

—No necesito a un hombre ni a su dinero. Vendo mis pinturas y gano lo suficiente para llevar una vida cómoda.

Él sonrió con sorna.

—¿Y cuánto pagan por sus acuarelas? ¿Cómo podría adquirir yo sus obras maestras campestres?

Una chispa de determinación se encendió en sus ojos. Ya no podía permitirse guardar silencio. Tenía que aplastar el ego de aquel hombre, pisotearlo como a una mosca molesta y eliminarlo para siempre.

Tenía que mostrar sus cartas y derrotar a su oponente…

—¿Se ha quedado sin lengua? —se burló.

Por fin, como una princesa exiliada que regresa a su reino, alzó la cabeza y lo miró con aire de superioridad.

—Ya posee una de mis obras. La tiene colgada sobre la chimenea del salón de recepción.

La sonrisa murió en sus labios.

—¿El cuadro del salón? Eres la esquiva J. Fair.

—Jane Fairweather —dijo ella. Esta vez, su sonrisa fue triunfal.

CAPÍTULO CATORCE

Por primera vez desde que se habían conocido, él parecía confundido. Sus ojos recorrieron su figura, mientras su mente intentaba dar sentido a lo que ella le estaba diciendo.

El cuadro que colgaba en el vestíbulo no era una acuarela de bosques, sino un audaz óleo sobre lienzo que representaba a Hefesto. Estaba sentado en el suelo, forjando una silla dorada a partir de las llamas que emanaban de su boca y, de manera sorprendente, toda la escena transcurría bajo el agua.

Las pinceladas magistrales mostraban un sol acuático y llamas furiosas bajo olas suaves, mientras que la intrincada silla, adornada con motivos de ángeles y demonios, brillaba con una luz sobrenatural.

—No le creo.

Ella le tendió la mano, y él la tomó sin pensarlo. El calor de sus dedos se filtró en su piel. Jane inspiró hondo y ordenó:

—Venga.

Él permitió que lo guiara fuera de la casa. Llovía con fuerza, la última lluvia del verano. Ella no se dio cuenta y se dirigió directamente al cenador.

Una vez dentro, se acercó a los lienzos cubiertos con sábanas blancas en un rincón. Retiró las telas con gesto seguro, el rostro bañado de orgullo. Allí era donde se sentía en casa.

La tímida máscara se desvaneció, revelando una mente brillante, rebosante de imaginación. Había volcado su corazón y su alma en aquellas pinturas, y sus pinceladas audaces demostraban una profunda comprensión de la naturaleza humana.

No era una cazafortunas insulsa, sino una mujer con el talento suficiente como para amenazar al patriarcado.

Estaba empapada, con el camisón pegado a su cuerpo como una segunda piel, sin ser consciente de que parecía una obra de arte más entre las que acababa de revelar. El cabello le caía en ondas por

la espalda, con gotas de lluvia atrapadas en él como diminutas estrellas. Su piel clara brillaba, y el vestido de muselina, entretejido con hilos plateados, se adaptaba a su figura de forma provocadora.

Ella lo miró y lo encontró observándola fijamente.

Se aclaró la garganta y señaló el primer lienzo, que mostraba una casa sencilla bajo un cielo cargado de nubes.

—Este lo pinté cuando tenía seis años y estaba enferma. Mi madre me compró pinturas para mantenerme entretenida. Estuve meses confinada en la cama.

Indicó otros cuadros y continuó:

—Este prado lo pinté a los doce, y este representa el primer baile al que asistí. Algunos los vendí; otros los conservé porque los amo demasiado. Ese montón, con los cuadros de cara a la pared, los detesto.

—¿Y la técnica? ¿Cómo la adquirió? —preguntó él—. Las mujeres, aunque refinadas, no se forman como aprendices con los maestros ni reciben educación académica.

—Mi cuñado, el duque, me consintió cuando vio lo ansiosa que estaba por aprender. Me sorprendió dibujando un ave en pleno vuelo. Había arruinado veinte hojas en mi frustración tras intentarlo durante horas. Él conocía a un joven artista prometedor que necesitaba trabajo, formado por un maestro, y resultó ser un profesor excelente.

Lord Savill extendió la mano y tocó un lienzo. Era el del farolero.

El estómago de Jane se contrajo y se apresuró a interponerse, bloqueándole la vista.

—Es una artista reconocida —murmuró él, como si pensara en voz alta—. Pagué un precio justo por el cuadro que poseo, y si es J. Fair, entonces ¿por qué sentir la necesidad de atrapar a un hombre? La mayoría de los cazafortunas se habrían casado con usted por su dinero, y otros por la fama.

—No planeé esto. Nunca tuve intención de casarme. Quiero pintar, y nada más. Fue mi madre quien decidió dar este paso, desesperada por verme casada.

Él la observó, su mirada detenida en las gotas de lluvia que descendían por su cuello y desaparecían bajo el vestido. Tenía la

cintura pequeña y, si alargaba la mano, podría rodearla con una sola mano y apretarla contra sí a su antojo.

Era suya, y nada podría impedirle reclamar lo que le pertenecía.

Sus pensamientos se oscurecieron y se agitaron cuando por fin reconoció que la mujer ante él era una joya oculta, con un resplandor terrenal que solo unos pocos privilegiados sabían percibir.

Una bestia rugió en su interior, sus instintos masculinos amenazaban con nublarle la razón y arrastrarlo a hacer algo que no debía.

Quería ocultar su brillantez, cubrirla con su sombra para que nadie más viera la joya que había descubierto.

Su control volvía a resquebrajarse, la máscara aristocrática a punto de deshacerse.

Estaba empezando a codiciarla.

Tras un largo instante, cargado de aliento contenido, apartó la mirada bruscamente.

—Lo entiendo. Aun así, su identidad no cambia el hecho de que su familia me ha engañado.

Ella tragó saliva y bajó la cabeza. Tenía derecho a estar furioso. Al fin y al cabo, ella misma estaba indignada por lo que su madre había hecho.

Él se dio la vuelta y recorrió lentamente el cenador, salpicado de sus obras. Se detenía de vez en cuando, quizá para admirarlas o para encontrarles defectos. Jane no sabía cuál de las dos cosas.

El gruñido del señor Williams, reclamando que lo dejaran entrar, lo sobresaltó y lo devolvió al presente.

Abrió la puerta y dejó pasar al guepardo, y Jane observó con miedo y horror cómo el magnífico animal se sacudía el agua de la lluvia del pelaje.

Se acercó un poco más a Lord Savill y deslizó la mano en la suya.

El corazón de él se sintió cálido, como si el sol se hubiera derramado sobre él en una mañana de invierno.

—Tenemos que salir pronto para el baile —dijo con aspereza.

Ella lo miró alarmada.

—No quiero ir.

El guepardo comenzó a restregarse contra sus piernas. Su peso la hizo perder el equilibrio y caer en brazos de él.

Ella reprimió un chillido de miedo. Si el señor Williams decidía cenar de su brazo esa noche, nada lo detendría.

Sus curvas cálidas y suaves se apretaron contra él, y sintió que le temblaban las yemas de los dedos, deseando apartarla y, al mismo tiempo, retenerla.

Se aclaró la garganta.

—Parece que le ha tomado cariño.

Ella le aferró el cuello del abrigo y se acercó aún más. Su cuerpo quedó pegado al de él mientras no quitaba los ojos del animal.

—No quiero ser del agrado de ese animal ni de ningún hombre.

—Déjala en paz.

Lord Savill palmeó al señor Williams, que ronroneó y obedeció como si no fuera más que un dulce gato doméstico de ciento treinta kilos.

Lady Croft entró en el pabellón y sonrió con sorna.

—¿Arrullándose otra vez?

Jane y Lord Savill se separaron de un salto.

Lord Savill se aclaró la garganta.

—El señor Williams la asustó.

Lady Croft agitó una mano con dramatismo.

—¿De veras? Entonces ¿dónde está el señor Williams?

Jane empezó a balbucear una explicación cuando Lady Croft alzó la mano.

—Tiene que abrir el baile del duque, querida. Debería estar vistiéndose.

Jane miró a Lord Savill con expresión desvalida.

Lady Croft se volvió hacia su hermano.

—Mamá me envió a decirte que el carruaje está listo para llevarnos a Blackthorne. Le diré que llegarás tarde. Si eso enfada al duque…

Se encogió de hombros.

—Ya sabemos a quién culpar.

Cuando ella se marchó, Lord Savill se volvió hacia Jane.

—No va a huir de sus responsabilidades. No lo permitiré. Su familia puede haberla consentido, pero ha llegado el momento de madurar. Si no la encuentro lista y vestida dentro de media hora, le arrancaré la ropa, le quitaré la pintura de la piel y la vestiré yo mismo.

Ella contuvo el genio y preguntó con dulzura:

—¿Tiene experiencia desvistiendo damas, mi lord?

—No ponga a prueba mi paciencia, o pronto lo descubrirá.

***

El cabello de Jane estaba recogido hacia un lado y caía sobre su pecho en mechones de cobre brillante adornados con zafiros. Llevaba un vestido azul prusiano, con un corpiño de satén y una falda bordada en hilo dorado.

Bella la ayudaba a abrochar el corpiño cuando Lord Savill entró.

La doncella soltó un chillido y salió corriendo.

—¡Mi vestido! —llamó Jane, pero la criada ya había cruzado la puerta.

Se volvió para mirarlo, ajustando la espalda del vestido con las manos. La piel le ardía y los párpados le pesaban.

—Por favor, váyase. En un momento estaré lista.

Él la ignoró; su mirada era analítica, no ardiente. Se acercó y la hizo girar.

El corazón de ella empezó a latir con fuerza, y sus ojos aterrados lo observaron a través del espejo.

Sus dedos fueron rápidos e impersonales al atarle el corpiño. Luego tomó una pashmina color cervatillo de la silla y la condujo hacia la puerta.

Sus acciones la dejaron momentáneamente sin palabras, pero en cuanto estuvo dentro del carruaje volvió a llenar los pulmones de aire.

—Estoy enferma —gimió.

Él puso los ojos en blanco.

—Daremos la cara y regresaremos.

—Creo que voy a desmayarme.

—Tengo sales aromáticas.

—Londres apesta. No lo soporto. Debería retirarme al campo.

—Tome.

Le lanzó su pomander.

—No quiero ir.

Él se inclinó hacia delante, con el rostro a un centímetro del de ella.

Ella tragó saliva.

—Ni una palabra más —la advirtió, y ella asintió apresuradamente.

Un momento después, dijo:

—Tengo hambre.

—Puede comer en el baile.

—Tengo sed.

—¿Está intentando exasperarme?

—¿Está funcionando?

Él cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

Ella frunció el ceño. ¿Cómo se atrevía a arrastrarla al baile y luego cerrar los ojos y descansar mientras a ella se le revolvía el estómago de ansiedad?

Tomó el extremo de su chal, lo enrolló entre los dedos hasta formar una punta, se inclinó y le hizo cosquillas en la nariz.

Los ojos de él se abrieron de golpe, y atrapó su mano antes de que ella pudiera apartarse.

—Estaba apartando una araña —dijo ella tranquilamente.

—Ya veo.

—Fue una pequeña. Sin duda la sintió.

—No la sentí.

—Pues estaba ahí.

—Las damas no deben mentir.

Ella se puso roja como un tomate, la negación en los labios, cuando él se inclinó y apartó un rizo de su rostro.

Su cuerpo se quedó inmóvil, y el cálido contacto de él permaneció incluso después de que retirara la mano.

La luna y las farolas de gas que bordeaban las calles creaban un juego de luces encantador dentro del carruaje, haciendo que sus ojos parecieran más profundos y más inquietantes de lo habitual.

Su boca perfecta, su nariz aristocrática y sus ojos de farolero la fascinaron. Ella lo miraba, hechizada, mientras el carruaje seguía balanceándose de camino al baile.

Sus labios se curvaron con diversión mientras una ceja se alzaba en un arco perfecto, interrogante.

Permanecieron en silencio durante un largo rato, mirándose como si jugaran a un juego infantil para ver quién se rendía primero.

Él era un maestro en el control de sus emociones, y ahora ocultaba con facilidad la agitación que sentía.

Ella, en cambio, era una novata en lo que respecta a tratar con hombres y emociones. Su nerviosismo era evidente en sus ojos sinceros, y su cuerpo delataba el efecto que la cercanía de él tenía en ella con tanta claridad como si lo hubiera dicho en voz alta.

Sus pestañas temblaron, y su cuerpo quedó tenso, como si esperara algo. Pronto sintió que le faltaba el aliento, como si un duende se le hubiera sentado en el pecho, y la cabeza empezó a darle vueltas, como si estuviera aturdida.

—La araña —dijo él con voz ronca— debió de saltar de mí a usted.

—¿Qué araña? —parpadeó ella.

Él sonrió y soltó su mano.

—Hemos llegado.

—¿Qué?

—Al baile. Ya estamos aquí.

CAPÍTULO QUINCE

La mansión Blackthorne estaba engalanada como un novio rollizo y resplandeciente. La luz de la luna, junto con las lámparas de aceite y las innumerables velas, había suavizado sus aristas severas, y parecía como si las viejas piedras se hubieran desprendido de su ímpetu juvenil y se hubieran vuelto más apacibles con la edad.

Cientos de rosas blancas, jazmín nocturno y lirios perfumaban el aire junto con el aroma de la hierba recién cortada, logrando por una vez imponerse al hedor del sudor humano.

La brisa también se sentía distinta. Tenía esa embriaguez que acompaña al primer indicio del otoño, y el hombre que caminaba al lado de Jane contribuía a la extraña emoción que empezaba a desplegarse en su interior.

Llegaron con suficiente antelación como para no tener que esperar mucho antes de que les tocara hacer su entrada.

Ella lo miró de reojo, preguntándose por qué se comportaba de un modo tan extraño. La forma en que la había mirado en el carruaje y cómo había apartado aquel mechón… Se estremeció. ¿Cómo podía un gesto tan pequeño provocar semejante torbellino de emociones dentro de ella?

—¡Jane! —Penelope le agarró la mano y la tiró hacia delante.

Jane se volvió para mirar a lord Savill, sintiendo una extraña resistencia a dejarlo atrás.

Como un grupo de hadas relucientes, sus hermanas la rodearon, bloqueándole la vista de él.

Penelope la abrazó.

—Le dije a Dorothy que jamás serías tan insensible como para no venir. ¿Qué habría dicho a los invitados?

Dorothy frunció el ceño.

—Aun así, deberías haberle preguntado antes de organizar este baile. La conoces. Detesta los bailes.

Celine entornó los ojos.

—Cállense. Estoy harta de que discutan las dos. ¿Podemos divertirnos ahora? Ah, champán, justo lo que necesitamos.

Dos copas de champán después, Jane sonreía a sus hermanas, repentinamente contenta de haber venido. Las miradas extrañas que tanto le habían preocupado quedaban mitigadas por la presencia de ojos conocidos.

Incluso los criados la conocían; al fin y al cabo, había pasado muchos veranos allí.

Reencontrarse con sus hermanas, escuchar los chismes de Finnshire y quejarse de su madre era justo lo que necesitaba. Las había echado muchísimo de menos.

—Es hora de abrir el baile —Penelope dio unas palmadas, entusiasmada.

Jane palideció al instante y, en cuanto sus hermanas se distrajeron, se escabulló en silencio. Se dirigió directamente a la sala familiar del piso superior, con un amplio alféizar oculto tras gruesas cortinas de brocado azul. La habitación estaba a oscuras, pero ella conocía el camino y, en cuestión de segundos, se acurrucó allí.

Una nube se apartó, permitiendo que la luz de la luna inundara la estancia.

—¡Aaaaaa!

Jane gritó al descubrir que, sentado frente a ella, había un hombre.

—¡Eeeee!

El hombre chilló también.

—¿Quién es? —dijeron ambos al unísono.

—¿Pequeña Jane?

—¿Philbert Woodbead?

Se observaron durante un momento, sin saber qué decir. Jane recordó haberlo visto en algunos bailes. Era un poeta famoso que había estado enamorado de su hermana Celine. Más tarde se había casado con una heredera estadounidense.

—Penny me invitó —dijo Philbert con aire pesaroso.

—Entonces, ¿por qué te escondes? —preguntó Jane.

—Vi a Celine sonriéndole a su marido y no pude soportarlo.

—¡Pero tú estás casado!

—Ah, pero no tengo ningún conflicto con mi esposa. Y sin conflicto y sin una soledad profunda, no puedo escribir poesía. Hay que estar lo bastante abatido para escribir bien. Creo que lo mejor es recrearme en el hecho de que mi único y verdadero amor me rechazó.

—No lo entiendo.

—¿Pintas? Recuerdo haber visto algunas de tus obras colgadas en el salón del duque.

—Me gusta pintar.

—Ya veo. Dime, cuando representas un baile, ¿pintas a un grupo de bailarines felices y achispados o a una muchacha con el corazón roto?

—A la muchacha con el corazón roto.

—¿Te parece más interesante?

—Supongo que sí.

—Preferirías pintar a Leda y el cisne antes que un puñado de margaritas. Ves la belleza en un rostro viejo y arrugado antes que en uno joven. Disfrutas del patetismo y rehúyes los momentos ligeros de la vida.

—Entiendo lo que quieres decir.

—La gente no se toma en serio un temperamento alegre. Un hombre sombrío, encogido en un rincón, resulta mucho más atractivo para una mujer. Del mismo modo, los hombres revolotean alrededor de mujeres pálidas y silenciosas. Una criatura feliz, rolliza y charlatana nunca es apreciada. Se la considera llena de aire.

Jane observó las vetas plateadas del cabello de Woodbead y parpadeó. Cuánta razón tenía. No había sufrido ninguna gran tragedia en su joven vida y, sin embargo, pintaba temas más oscuros que su propia experiencia.

Él le sonrió.

—Pintas cuadros melancólicos, querida, porque te han dicho que la felicidad es algo fugaz y poco inteligente, y que para ser llamada una gran artista, debes estar verdaderamente deprimida.

Jane se sintió incómoda por lo cerca que estaba de la verdad. Cambió de tema con rapidez.

—¿Has escrito algún poema nuevo últimamente?

—Sí, no es muy bueno —dijo, animándose—. ¿Te gustaría oírlo?

—¡Sí, por favor!

—Poema.

—¿Y?

—Fin.

—No lo entiendo. Un poema es el poema. ¿Nada más?

—Nada menos. Sigues revoloteando en las aguas poco profundas de la juventud. Es demasiado profundo para que lo entiendas.

Guardaron silencio un momento, hasta que Philbert preguntó:

—¿Y tú qué haces aquí, querida?

—Se suponía que iba a abrir el baile.

—¿Y?

—No pude.

—Ah, ya veo, eres una lagartija.

—¿Qué?

—Un camaleón. Te gusta fundirte con el fondo.

—¿Y cómo llamas a la gente que disfruta abriendo bailes?

—Pavos reales.

—Ah.

Estornudó y se limpió la nariz.

—Estaba pensando en la mejor manera de declararle mi amor a Celine.

—¿Dónde está tu esposa?

—En América.

—No creo que Celine te acepte. Lo mejor es que te vayas a casa.

—Oh, espero que me rechace con contundencia. Necesito que me aplasten el alma para que los poemas empiecen a rezumar — estornudó de nuevo.

—Pero...

—Creo que lo haré ahora mismo.

—¡No!

Saltó del alféizar, agarró un atizador y se dirigió al pasillo.

¡Por Jove! ¿Por qué había cogido el atizador? Alarmada, Jane salió corriendo tras él.

—¡Detente! —lo siguió a la carrera—. Es una idea terrible… ¡Oh, no!

Observó horrorizada cómo Philbert Woodbead se inclinaba sobre la barandilla y usaba el atizador para acercar hacia sí la cuerda de la que colgaba la lámpara de araña.

Y entonces se lanzó sobre ella.

Como era de esperar, la gente empezó a gritar.

—¡Te avo, Celine! —chilló Philbert.

—¿Avo? ¿Qué es avo? —gritó alguien.

—¡Amo, zoquete! Estoy empezando a resfriarme.

—¿Me amas? —respondió un hombre.

—A ti no. A Celine —aulló Philbert.

—Estoy confundida —gritó una voz femenina—. ¿A quién ama?

—¡A Celine, cabezas de carnero! —bramó Philbert, dándose una palmada en la frente.

Por desgracia, era la mano con la que sujetaba la lámpara, y cayó con un chillido adorable.

Los criados corrieron con una enorme manta y lograron atraparlo a tiempo.

Lo hicieron rebotar dos veces por diversión antes de dejarlo rodar fuera de la manta. En cuanto se puso de pie, George, el marido de Celine, le dio un puñetazo en la indignada nariz.

Philbert Woodbead alzó las pestañas doloridas y dijo con tristeza:

—Quería que me aplastaran el alma, no la nariz.

Cuatro lacayos lo levantaron de inmediato y se lo llevaron a rastras.

En el momento en que desapareció de la vista, Jane sintió una mano en el hombro.

Se volvió y se encontró con lord Savill mirándola fijamente. Él le tendió la mano, y ella la tomó sin pensarlo.

Aún estaba recuperándose de la actuación de Woodbead, así que su cerebro funcionaba más lento de lo habitual, como si su inteligencia fluida se hubiera convertido por un instante en un lodazal.

Estaba sorprendentemente pasiva y obediente, como un cachorro aturdido y lanudo, y lord Savill apretó su mano mientras su mirada se suavizaba.

La condujo escaleras abajo.

Su otra mano rozó la espalda de ella, haciéndole hormiguear la piel.

De pronto, alerta, ella se giró para mirarlo.

La música comenzó, y se dio cuenta de que estaba en la pista de baile, a punto de abrir el baile.

Abrió los ojos, horrorizada. ¡Ese maldito poeta le había robado el juicio! Mira lo que había provocado su actuación desquiciada.

¡No! No podía bailar, no con tantos ojos clavados en ella.

No podía hacerlo. Era espantoso. Tenía la mente entumecida. No recordaba los pasos. ¿Por qué no se movían sus pies? Iba a desmayarse o a devolver el alma...

—Míreme —ordenó él.

Ella obedeció.

Atrapó su mirada, deslizó la mano alrededor de su cintura y la atrajo hacia sí.

De pronto, dejó de pensar en los desconocidos y solo sintió el calor de su palma filtrándose a través del fino vestido y templándole la piel.

Él la observaba con intensidad, atento a cada destello de emoción.

Ella sintió cómo se le encendía el rostro, pero no apartó los ojos de él. Su dulce obediencia parecía complacerlo, y apretó un poco más su mano en la cintura.

La hizo girar, inclinarse y elevarse, y ella ni siquiera tuvo que mirar los pasos dibujados en su abanico.

Él la guiaba con naturalidad, y su cuerpo lo seguía dócilmente.

Nunca había bailado con un hombre tan hábil, y comprendió que aquello era emocionante.

—Le gusta bailar —afirmó él.

—No —era verdad, pero de algún modo, él lo hacía divertido.

—Está sonriendo.

Ella borró toda expresión de su rostro.

Él pasó un dedo rápido por sus costillas, haciéndola reír y devolviéndole la sonrisa.

—Pare —lo regañó—. Estás intentando que parezcamos un matrimonio feliz.

—¿Preferiría que la sociedad se regodeara en nuestra miseria?

Ella frunció el ceño.

—No quiero fingir.

—No me gusta que me compadezcan, señorita Fairweather, y si tengo que fingir felicidad para escapar de las caras jubilosas de quienes disfrutan de la desgracia ajena, lo haré.

—No puede obligarme a mentir.

—No ha dejado de sonreír desde que empezamos a bailar.

—Lo odio.

—Me alegra que no haya empezado a suspirar solo porque—

—¿Porque qué?

—Porque intenté distraer su mente.

Ella abrió los ojos. Todo el acto de apartarle el cabello, atraerla hacia sí, la mirada ardiente… había sido calculado para hacerle olvidar dónde estaba. El rostro le ardió de humillación y su seguridad vaciló.

¿Era tan ingenua que su madre y su marido podían manipularla con tanta facilidad?

Otro pensamiento alzó la cabeza como una serpiente que despierta del sueño. Él le había demostrado lo vulnerable que era a la seducción: unos pocos instantes de flirteo inofensivo habían convertido su cerebro en papilla.

El estómago se le revolvió, el rostro se le puso pálido y los ojos se le llenaron de terror. No podía permitir que la sedujera. No quería acabar con un hijo y perder su identidad o, peor aún, su vida.

La música terminó y él la condujo lejos de la multitud. Se encontró en el despacho del duque, con una copa de brandy en la mano.

Bebió un sorbo y sintió cómo el líquido le calentaba el pecho.

Él se agachó a su lado.

—¿Mejor?

Ella asintió.

No le preguntó qué ocurría; en cambio, la llevó de vuelta con sus hermanas y mantuvo las distancias, y por eso se lo agradeció.

No creía tener fuerzas para enfrentarse a un lord Savill coqueto… y salir victoriosa.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Unas semanas después, lord Savill seguía manteniendo las distancias. Jane no comprendía cómo lo conseguía y, aun así, apenas lo veía.

Rara vez comía con la familia, y su madre y su hermana a menudo miraban su silla vacía con aire melancólico. Si alguien preguntaba dónde estaba, la respuesta siempre era la misma: montando a caballo, trabajando o en el club.

Jane también había caído en una especie de rutina en su nuevo hogar. Cada mañana la despertaban con una taza de té y luego la recibía la luz cegadora del sol cuando su nueva doncella, Bella, descorría las cortinas.

Después se ponía el vestido de mañana, desayunaba con la familia, recibía visitas matinales o salía de compras, y escribía cartas.

A última hora de la tarde desaparecía en el cenador para pintar, deteniéndose solo cuando la luz empezaba a apagarse. Tras un lavado rápido en su baño, se cambiaba y se unía a la familia para la cena o para bailes, teatro, ópera, veladas, conciertos y similares.

Las sesiones del Parlamento habían terminado y los actos sociales empezaban a disminuir a medida que las familias regresaban al campo, pero ni mucho menos habían cesado.

Una mañana, Jane despertó antes de lo habitual. Bostezó y recorrió la habitación con la mirada hasta encontrar a una moza de cocina apoyada junto a la chimenea.

Jane se incorporó en la cama y observó cómo la muchacha forcejeaba con la leña.

—¿Qué ocurre?

La ayudante de cocina se incorporó sobresaltada.

—Está despierta, mi lady. No quise molestarla.

—¿Intentabas encender el fuego?

La muchacha la miró horrorizada. Nadie reparaba en una fregona, y mucho menos le hablaba.

—Respóndeme, niña.

La joven tartamudeó:

—Lady Montgomery me lo ordenó. Dijo que el tiempo estaba cambiando y que quizá le gustaría bañarse en una habitación cálida.

—Ya veo. Dime, ¿te duele la mano?

—¡No!

—Te vi hacer una mueca de dolor. ¿Qué ocurrió?

—Me caí por las escaleras.

—Ven aquí.

La chica se acercó despacio, con el labio inferior temblando.

Jane le tomó el brazo con suavidad. Bajo la suciedad distinguió un feo moretón. Suspiró; tendría que renunciar al sueño.

—¿Te quedan muchas habitaciones?

—Solo la suya y la de Lord Savill.

—Yo me ocuparé de esas.

La muchacha soltó un jadeo.

—¡No puede!

—Sí puedo.

—Pero no debería.

—Hace demasiado calor para un fuego; puedes volver a la cocina.

—¡Pero Lord Savill!

Jane frunció el ceño. Aquel condenado hombre no necesitaba calor. Era como una rama ardiendo, una hoguera en sí mismo. De todos modos, las chimeneas tendrían que encenderse o la muchacha se metería en problemas.

Se deslizó fuera de la cama, se estiró con deleite y luego se puso a cuatro patas.

—¿Señora? —chilló la criada.

Jane se llevó un dedo a los labios y le indicó que la siguiera. Gatearon hacia la habitación de Lord Savill a través de la puerta comunicante.

Olía a él: masculino, amaderado, embriagador.

Jane se detuvo, como si hubiera entrado en la guarida de un animal feroz. Las manos se le cubrieron de sudor y se las secó en la camisa.

Una abertura en las cortinas del lecho dejaba ver su rostro dormido. La suave luz del amanecer iluminaba sus facciones y, por un instante, vaciló, con ganas de huir.

Parte de su cara estaba hundida en la almohada de plumas de ganso; lo que podía verse parecía relajado, apacible, inofensivo.

Largas y espesas pestañas descansaban sobre sus mejillas esculpidas, mientras el cuello, las clavículas y la línea de los hombros brillaban a la luz matinal. Tenía los labios apenas entreabiertos y la piel envidiablemente tersa, sana, sin marca alguna.

Parecía cálido, indefenso, cómodo.

El frío de la estancia le erizó la piel y, por un instante de locura, se preguntó cómo sería meterse en la cama a su lado y besarlo para despertarlo.

El calor de él la atraía, como si algo invisible tirara de ella: una cuerda, el destino.

El pensamiento la sacudió y la devolvió a la realidad. Se obligó a arrastrarse hasta la chimenea.

—Mi lady —susurró la criada—. Déjeme hacerlo.

—Dame la yesquera —susurró Jane.

—No. La señora me cortará la cabeza.

—¿Quién es la señora?

—La ama de llaves.

—Pues si no me la das, te la quitaré, encenderé el fuego y te arrojaré dentro.

—¡Santo cielo!

—Ahora, la yesquera, por favor.

—Yo puedo hacerlo.

—He visto el moretón.

—No es nada.

—¿Has oído que algunas damas tienen caprichos extraños?

—Tengo que decir la verdad, o los sabuesos del infierno se me sentarán encima. He oído algunas historias.

—Cuéntame una.

—Oí de una dama a la que le gustaba pelar patatas.

—Ya veo.

—Y otra disfrutaba usar la ropa de su esposo… y a su esposo le gustaba.

Jane se puso roja como un tomate.

—Qué cosa tan rara.

La muchacha siguió:

—Otra hablaba con su madre todas las noches, pero su madre llevaba años muerta. Otra comía carne de res con azúcar, y otra se disfrazaba de anciana. Una besaba al mayordomo, otra le hacía cosquillas en los pies al ayuda de cámara…

—Debo detenerte. Eh… ¿cómo te llamas?

—Moppy.

—¿Cómo?

—Moppy, porque antes fregaba. Así me llaman todos.

—¿Y cómo te llama tu madre?

—Apestosa.

—Moppy servirá. Ahora, Moppy, piensa en esto como un capricho de dama. Tengo un deseo extraño de encender la chimenea de mi esposo.

—¿Sabe cómo hacerlo?

—Tú puedes enseñarme.

—Primero hay que limpiar los restos viejos.

Jane se puso manos a la obra. El hollín la fascinó; se preguntó si podría usarlo para pintar.

Estaba a punto de golpear la yesca cuando Moppy se inclinó hacia ella y susurró:

—Mi lady… está despierto y la está mirando.

CAPÍTULO DIECISIETE

El corazón de Jane retumbó con fuerza. Giró lentamente la cabeza hacia la cama y vio que él tenía los ojos cerrados.

—Los tenía abiertos —insistió la muchacha.

Jane tragó saliva y gritó:

—¡Fuego!

Lord Savill saltó de la cama y cayó a su lado como una pantera alarmada.

Aquello fue demasiado para Moppy, que lanzó un grito desgarrador y salió corriendo de la habitación.

Él miró alrededor del cuarto impecable.

—¿Dónde está el fuego?

—En mi corazón —replicó ella con brusquedad—. ¿Por qué fingía dormir?

—¿Por qué está usted en mi habitación?

—Moppy necesitaba ayuda.

Él arqueó una ceja.

—Nunca había visto a una dama hacer el trabajo de una fregona.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Con qué otro propósito podría haber venido aquí?

Él se aferró a las solapas de su camisa y se inclinó hacia atrás.

—Quería aprovecharse de mi estado vulnerable. Es usted un gusano, Señorita Fairweather, un gusano que planea abrirse paso hasta mi corazón con sus artimañas y seducirme. No permitiré que eso ocurra.

Ella abrió la boca, escandalizada.

—Yo quería… ¡cielos! ¡Qué idea! Si acaso, planeara asesinarlo… no… ya sabe a qué me refiero. —Señaló su pecho, sin encontrar palabras.

—Sé que soy irresistible.

—¡Oh! A veces es usted un completo necio.

Tomó un puñado de hollín y se lo arrojó al rostro.

Él la inmovilizó contra el suelo antes de que pudiera parpadear.

—No vuelva a lanzarme nada jamás, ¿entendido?

Ella se estremeció, olvidando por un instante luchar por soltarse.

El peso de él la aplastaba, aun conservando el calor de la cama. Nunca había estado tan cerca de un hombre, ni siquiera al bailar.

Su corazón comenzó a latir desbocado al sentir los músculos poderosos de su cuerpo en marcado contraste con su propia fragilidad.

Él podía hacer lo que quisiera, cuando quisiera, y ella debía acatarlo, pues ahora era su esposa.

Debería haber estado aterrada y, sin embargo, de algún modo no creía que él fuera a hacerle daño. No por sus conexiones, sino porque no parecía de esa clase.

Su rostro apuesto, suspendido sobre el de ella, tenía algo noble, como un erudito antiguo o un caballero refinado que podía enfadarse, pero jamás volverse bestial. Siempre contendría su temperamento; eso diferenciaba a un hombre de un animal.

Él no era un animal.

Sus ojos se estrecharon.

—¿Entendido?

—¿Eh? —murmuró ella, aturdida, con la respiración errática.

Él tenía la voz áspera por el sueño, grave y vibrante, tan cerca de su oído.

El estómago de Jane se contrajo y volvió la cabeza.

Él inclinó la suya y le dio un pequeño mordisco en el cuello, justo sobre la clavícula.

—¡Ah!

El escozor la devolvió a la realidad. Lo miró con indignación, los labios temblorosos.

¿Se había equivocado? Había pensado que él era demasiado rígido para perder el control, pero la había mordido como una criatura hambrienta.

¡Bah! Y ella creyéndolo un caballero.

—Muévase —murmuró, golpeándole la espalda con el puño cerrado.

Esta vez fue él quien quedó hechizado. Tenía unos ojos almendrados hermosos, con pestañas largas y espesas que se curvaban encantadoramente. Bajo su mirada comenzaron a enrojecerse, y una fina capa de lágrimas amenazó con derramarse.

Aturdido, actuó sin pensar y lamió el lugar donde la había mordido.

Ella se sacudió bajo él ante el roce húmedo y suave, y abrió los ojos con asombro.

Divertido y fascinado por su reacción, volvió a mordisquear y lamer.

Ella jadeó.

—Yo… no soy comida.

—Eso es discutible.

—Suélteme.

—Responda primero.

—¿C...cuál era la pregunta?

Sus ojos se suavizaron y la ira que lo dominaba se disipó sin explicación.

—No me vuelva a lanzar nada jamás.

—Eso no es una pregunta —protestó, forcejeando—. Es una afirmación.

Él le sujetó las muñecas.

—¿Entendido?

Ella tragó saliva y asintió. Los párpados le pesaban; todo su ser era consciente del calor y el peso de él.

Él rodó hacia un lado y tomó el orinal.

—Váyase.

Ella huyó.

***

El encuentro con Lord Savill la había perturbado. Él tenía razón. No debió invadir su privacidad. Él había cumplido su palabra y la había evitado; ella debió hacer lo mismo.

No quería pensar más en él ni en las extrañas sensaciones que había despertado, así que decidió disipar sus pensamientos en un lienzo.

Se echó al hombro la gran bolsa de pinturas y se dirigió al cenador. El sol estaba alto, pero un ligero frío comenzaba a surgir del suelo. Pronto las hojas cambiarían de color y tendría que buscar un lugar más cálido para pintar.

Estaba aplicando gesso al lienzo cuando Lady Croft entró acompañada por Lady Georgiana Berry.

Georgie chilló al verla.

—Te he echado de menos.

Jane arrojó el pincel y la abrazó.

—Yo también.

Georgie sonrió y, como en los viejos tiempos, se inclinó sobre su hombro.

—¿Qué estás pintando?

Los ojos de Jane se llenaron de lágrimas al oír aquellas palabras familiares. Era como si una parte de su pasado hubiera llamado de nuevo a su puerta. Su amistad con Georgie seguía intacta, aunque todo lo demás en su vida se hubiera trastocado.

—Voy a pintar al señor Williams cenando con un grupo de aristócratas.

Lady Croft sonrió.

—¿Señor Williams? —preguntó Georgie, confundida.

—Es la mascota de Lord Montgomery.

Georgie dio palmas, encantada.

—¡Quiero verlo!

Lady Croft dio un paso adelante.

—Puedo llevarte. Le gusta sentarse junto al fuego en el estudio.

Jane abrió los ojos con sorpresa. Jamás había oído tanto calor en el tono de Lady Croft.

Georgie enlazó su brazo con el de ella.

—Me encantaría.

Salieron, pero no tardaron en regresar precipitadamente.

Georgie jadeaba.

—¡Es un gran felino! ¡Un tigre!

Jane soltó una risita.

—Es un guepardo.

—¡Oh! Pensé que conocería a un perrito adorable.

Lady Croft se echó a reír.

Georgie se sonrojó.

—Lo sabías, Jane, pero no me advertiste.

—Sabía que Lady Croft cuidaría bien de ti. Además, yo también me asusté el primer día, pero ahora creo que es dulce siempre que me ignore y se mantenga lo más lejos posible.

—Olvida al gato. Tengo tanto que contarte. —Georgie se sentó en un banco junto a ella y tiró suavemente de Lady Croft para que se sentara a su lado.

Georgie no percibía la tensión en el aire. Los labios de Lady Croft se apretaron y sus hombros se tensaron en desaprobación ante tanta familiaridad. Pero Jane no estaba de humor para acudir en su auxilio. La habitación fría y oscura que le habían asignado el primer día seguía muy fresca en su memoria.

Georgie sonrió con entusiasmo.

—¡Me caso este diciembre! Ya fijamos la fecha.

Jane se abalanzó sobre Georgie, encantada, y la abrazó como un oso efusivo.

—¡Es maravilloso! ¡Te deseo felicidad, amor, riqueza y muchos bebés!

Lady Croft le dio unas palmaditas en la mano y ofreció una suave felicitación. Después de un momento, se puso de pie, con gesto incómodo.

—Debo reunirme con la lechera para pedirle un poco de mantequilla con tomillo.

Georgie negó con la cabeza.

—Pídeselo después. Necesito tu ayuda para decidir el color de las rosas. Veo que tienes un gusto exquisito.

Lady Croft volvió a sentarse, con una expresión cómica de desconcierto. Parecía que su refinada educación y su antipatía hacia Jane libraban una batalla interior. Finalmente, los buenos modales ganaron, y se quedó.

Mientras hablaban de los detalles de la boda, Jane observó cómo Georgie se colaba en el corazón de Lady Croft y empezaba a calentarlo. Pronto quedó claro que se complementaban de forma

extraordinaria y que, probablemente, seguirían siendo amigas de por vida.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Jane vio a Bella cruzar la antesala a toda prisa y deslizarse detrás del cuadro de Dionisio, junto a la puerta oculta que llevaba a las cocinas.

El mayordomo se detuvo en seco, sujetó al ayuda de cámara y murmuró algo en su oído. Los ojos del ayuda de cámara se abrieron como platos.

—Ha vuelto antes de lo previsto.

Lord Savill había vuelto antes de lo previsto.

Jane tragó saliva. Hacía tiempo que no lo veía.

Lady Montgomery salió del salón matutino para averiguar cuál era el alboroto. Su peluca empolvada estaba un poco torcida, pero su anticuado vestido de brocado color crema, acompañado de tres enaguas, estaba impecable.

Lady Croft la siguió, vestida con un traje de mañana color puce, tan moderno como el último figurín de la revista femenina del mes.

El mayordomo carraspeó y anunció:

—Su Señoría trabajará desde casa.

Lady Croft soltó un bufido frustrado.

—Siempre pierde los estribos cuando trabaja. ¿Recuerdas madre, la última vez que lanzó el tintero contra la pared?

Lady Montgomery se volvió hacia Jane.

—Ahora esto es responsabilidad suya. No pienso volver a pintar las paredes ni a reemplazar las alfombras.

Jane la miró boquiabierta.

—¿Eh?

Lady Montgomery continuó con firmeza:

—Hable con su esposo y pídale que deje de comportarse como un niño. Lo echaré de esta casa si vuelve a lanzar algo más. Su temperamento es imperdonable cuando trabaja; por eso tiene una casa en Londres para ocuparse de sus negocios.

Jane volvió a tragar saliva.

Lady Croft dejó escapar una risa poco habitual.

—Lo has malcriado, madre, y ahora ya es demasiado tarde.

Lady Montgomery frunció el ceño.

—¿Por qué culpar a la madre por los malos modales de un hijo? A ti también te crie, y mira qué encantadora has resultado.

—Porque quieres más a Richard. A mí no me consentiste tanto.

Lady Montgomery puso los ojos en blanco y comenzó a pasearse por el vestíbulo, con las manos entrelazadas a la espalda.

—No lo he visto en días. Rara vez viene a cenar. —Se quedó inmóvil, mirando a Jane—. ¡Cielo santo! ¿Estará enfermo?

—No estoy segura —respondió Jane, frunciendo el ceño. Lady Montgomery tenía razón. Apenas lo había visto en semanas. Incluso cenaba fuera la mayoría de los días. ¿Tendría una amante? No es que le importara. Le vendría bastante bien. Podía dedicarse a pintar en paz.

Si hubiera sabido lo tranquila que podía ser la vida matrimonial, habría escogido hacía tiempo a algún pobre e insípido sujeto.

Entrecerró los ojos hacia la puerta del estudio, erguida y amenazante al otro lado del vestíbulo. Pero si estaba enfermo…

—Está perfectamente —resopló Lady Croft—. Seguro que algún barco se ha retrasado otra vez. Ya sabe que no le gusta mostrar su lado caprichoso ante sus empleados.

Lady Montgomery miró a Jane con aire especulativo.

—Quizá usted pueda mejorarle el humor.

—¿Yo? —chilló Jane—. Oh, no.

—Oh, sí —sonrió Lady Croft con malicia—. ¿Por qué no intenta calmarlo?

Jane negó con la cabeza frenéticamente.

—No pienso entrar en la guarida.

—¿La guarida? —sonrió lady Croft con picardía.

—Quiero decir… el estudio.

—Por favor, querida —le suplicó lady Montgomery.

Los ojos de Jane se dirigieron hacia la puerta cerrada del estudio y dejó escapar un suspiro contenido.

—Lo intentaré.

Pensaba entrar y salir enseguida: hacer una rápida reverencia, preguntarle si deseaba una taza de té o algo por el estilo, y marcharse de inmediato.

Lady Montgomery sonrió y le dio unas palmaditas en la espalda. Sin embargo, sus ojos delataban preocupación.

—¿Tiene suficiente jabón?

Jane volvió a quedarse desconcertada.

—¿Eh? ¿J...jabón?

—Es el tipo de cosa que una esposa sabe —la reprendió con suavidad lady Montgomery—. Y creo que su tabaco se está acabando.

Jane permaneció parpadeando ante las damas durante un momento. ¿Que el tabaco se estaba acabando? ¿Acaso debía estar… abundante? Y entonces lo comprendió. Era su deber velar por las comodidades de su esposo.

Se dio una palmada en la frente; lady Montgomery la estaba amonestando. Había descuidado sus obligaciones.

Lady Croft dio un ligero empujón a Jane en dirección al estudio, y ella avanzó casi a ciegas, sumida en sus pensamientos. Tendría que esforzarse por ser una mejor nuera y esposa.

Lady Montgomery no había sido más que bondadosa con ella. Debía tranquilizarla y convencerla de que era una joven leal y responsable, dispuesta a hacer lo que fuera necesario para mantener unida a la familia.

Era cierto que disfrutaba pintando, pero eso no significaba que no valorara a su nueva familia. Detestaba a su marido, sí, pero adoraba a lady Montgomery en igual medida y le dolería profundamente decepcionarla.

Tenía que esforzarse más por encontrar su lugar, y empezaría atendiendo las necesidades de su esposo.

Se dejó caer en el diván con un suspiro, solo para ponerse en pie de un salto un instante después al darse cuenta de que se había sentado sobre un par de piernas y no sobre un montón de cojines.

—¡Lord Savill! Lo siento. No lo vi. De verdad no pretendía sentarme en su regazo con ninguna intención impropia. Estaba distraída y…

Una sonora carcajada la hizo volverse. Lord Montgomery la miraba con ojos chispeantes, mientras el ayuda de cámara se aferraba a una columna en busca de apoyo, con expresión escandalizada.

El señor Williams también estaba en la estancia; habría jurado que la boca del guepardo se curvaba en una sonrisa.

—Será mejor que los dejemos solos —dijo lord Montgomery, con la voz cargada de diversión.

Jane los vio marcharse, incluido el divertido guepardo, mientras se ruborizaba de pies a cabeza, presa de la más absoluta mortificación.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Ella miró de reojo a lord Savill y se sorprendió al ver que a él también le temblaban los labios, como si estuviera conteniendo una sonrisa.

—¿Le apetece algo de beber? —preguntó él.

Ella asintió, agradecida por el cambio de tema.

—¿Vino? ¿Jerez? ¿Ponche de arrack?

—¿Ponche de arrack?

—Una mezcla embriagadora. Debe probarla —respondió, y le tendió la copa de plata de la que él mismo estaba bebiendo.

—Pero es la suya.

Se encogió de hombros.

—He bebido suficiente.

Ella se humedeció los labios y dio un sorbo vacilante. Abrió los ojos de par en par. Era horrible, pero con él observándola, se obligó a tragar un poco más y a sonreír. Se negó a admitir la derrota.

Él sonrió ampliamente.

—¡Le gusta! Yo no soporto esa cosa. A mi padre le encanta y siempre insiste en que beba con él.

Ella entrecerró los ojos. Creía que fingía que le gustaba, lo cual era cierto, pero no pensaba admitirlo. Así que se bebió todo el contenido de un solo trago.

—¡Delicioso! —dijo, devolviéndole la copa vacía.

Él se quedó boquiabierto.

—No debería haber hecho eso.

Ella se tambaleó, y él la sostuvo y la sentó a su lado.

—No es una bebida apropiada para damas.

—Usted me la dio.

—Para probarla.

—No lo espeshificó.

—Es usted muy extraña.

—¿En qué sentido?

—Nunca hace lo que espero.

—¿Ah, no?

—Esperaba una joven astuta y, en cambio, usted es…

—¿Soy…?

—Una artista brillante.

Ella se sonrojó de placer.

Él sacó un cigarro y lo cortó con cuidado.

—Anoche me encontré con algunos lores en el club. Estaban preocupados por mi elección de esposa.

El placer de ella se desvaneció.

Sus ojos recorrieron sus facciones con expresión pensativa.

—Lord Dunne me advirtió que jamás la besara. Dijo que le mordió la nariz cuando lo intentó.

Ella soltó una risita.

—Después lloriqueó como un bebé.

—Otro joven me contó que lo pegó al sofá y le suplicó con gran fervor que no se marchara jamás. Luego le mostró el baile del pajarito que aprendió del famoso salteador de caminos, el Halcón. Tuvo que escapar de su casa sin los pantalones.

—Aprendí el baile del halcón de niña. Se aletea, aletea, aletea —dijo, agitando los brazos como alas torcidas—. Y luego se aletea un poco más.

Él se inclinó hacia atrás, alejándose de ella.

—Y cuando el señor Grey fue a visitarla, sacó una daga de su falda y la lanzó contra la pared detrás de él, diciendo que no era lo bastante entretenido.

—Estaba cantando una canción de amor. Detesto las canciones de amor.

—Mis amigos creen que me he casado con una lunática.

Ella le dio unas palmaditas en los hombros.

—Lo compadezco.

Él sonrió.

—De verdad no quería casarse.

—No, no quería. Casarme, tener hijos y morir en el parto.

Se puso en pie de un salto, con los pies inseguros y la cabeza dándole vueltas.

—Soy una artista con cientos de cuadros inacabados apretujados en mi mente. No puedo morir antes de terminarlos todos. ¿Por qué los hombres dejan huella en el mundo del arte mientras las mujeres permanecen como meros sujetos superficiales?

—¿Y si se enamora?

Ella puso los ojos en blanco.

—El amor es una fantasía inventada por los hombres para mantener sometidas a las mujeres. Es una historia tan bien tejida a lo largo de los siglos que adormece la sensibilidad femenina y la hipnotiza hasta convertirla en esclava de los caprichos idiotas de un hombre. Poco a poco sofoca su inteligencia, transformándola en una muñeca dócil que asiente a todo. Yo no seré dócil. No perderé el juicio por un hombre. Nunca caeré en ese cuento de hadas.

Él la sostuvo cuando estuvo a punto de caer.

—El ponche era fuerte.

—Yo soy fuerte. No besaré, no me acurrucaré, no…

Él apoyó un dedo en sus labios.

—Si cree que las mujeres que se enamoran son débiles, entonces ha conocido al tipo equivocado de mujeres. Es hora de ir a la cama.

La alzó en brazos.

—Puedo caminar —farfulló—. Soy una joven segura con piernas. Tengo piernas y se mueven cuando se lo ordeno.

—Asombroso —dijo él, acomodándola mientras subía la gran escalera.

—¿Ve? Estoy moviendo las piernas.

Él soltó una carcajada.

—No está ocurriendo nada.

—Creo que ahora me gustaría que me besara.

Casi la dejó caer.

—¿Cómo?

—Solo una vez. Creo que quizá haga que mis piernas funcionen. Como un pequeño puntapié que se le da a un caballo para que avance. Un empujoncito. El beso podría funcionar igual. Una sacudida para los sentidos.

Él abrió la puerta de su habitación y la depositó sobre la cama.

Ella le agarró el cuello de la camisa y acercó su rostro al suyo.

—Un beso. Sea valiente.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Ha pasado la última hora diciéndome que detesta el matrimonio y el amor.

—Besar no tiene nada que ver con el amor ni con los bebés. ¿Tiene miedo de un besito? Vamos, frunza los labios.

Él se quedó inmóvil; el aliento se le quedó atrapado en el pecho.

La ventana estaba entreabierta y una brisa nocturna se deslizó en la habitación, agitando la llama de la vela y amenazando con apagarla.

Ella inclinó la cabeza y frunció los labios.

Las cortinas susurraban y la luz del atardecer proyectaba sombras vacilantes sobre su rostro, que, sumadas a la visión borrosa de ella, ocultaban su expresión.

Él miró su boca suave y rosada y se acercó lentamente, tanto que ella sintió su aliento cálido en el rostro.

El viento silbaba afuera, era el único sonido en la estancia junto a sus respiraciones agitadas.

Sus dedos le sujetaron el mentón y tiraron con suavidad, obligándola a entreabrir los labios.

Un leve jadeo escapó de su boca, y el pecho se le oprimió como si las cintas del corsé estuvieran demasiado apretadas.

Sus pestañas temblaron cuando él inclinó el rostro, y un destello de incertidumbre, temor y sobriedad apagó la chispa traviesa. Su corazón comenzó a latir con fuerza, tanta que empezó a doler.

Ah, estaban tan cerca.

Demasiado cerca.

De pronto se sintió como al borde de un acantilado, pidiéndole que la arrojara a las aguas turbulentas de abajo.

La nuez de Adán de él se movió al tragar saliva.

—¿Ha cambiado de opinión? —preguntó en voz baja.

El estómago de ella se contrajo al oír su voz y, aunque sabía que aquello era un juego peligroso, no pudo evitar ver hasta dónde podía llevarlo.

—No. Es usted quien tiene miedo.

Sus dedos se aferraron inconscientemente a la tela de su camisa, arrugándola mientras anhelaba acercarse más a su calor.

Aquella sensación contradictoria —de estar envuelta, segura, y a la vez temblorosa y asustada— la hacía sentirse extraña, como una hoja nueva de primavera esperando su primera gota de lluvia.

Él cerró los ojos ante su mirada y exhaló con brusquedad.

—Debería dormir.

—¿Eh?

Se liberó suavemente de su agarre y acomodó su cabeza sobre la almohada.

—No temo a un besito. No quiero enamorarme. La última vez que lo hice, ella eligió a otro. Y besar, amar y tener hijos están íntimamente ligados, querida.

Su tono se volvió distante, como si se conocieran por primera vez en un baile, rompiendo la intimidad del momento. La mente nublada de ella no percibió sus mejillas encendidas ni la forma en que evitaba mirarla directamente.

Bah, le daba vueltas la cabeza; lo mejor era no pensar.

—Buen hombre —suspiró, dándose la vuelta—. Sentimos lo mismo. Amor malo.

—Muy malo —convino él.

—Aunque siento que estoy cayendo. Cuando cierro los ojos, es como si me hubiera arrojado de un acantilado. Caigo y caigo, pero nunca llego al suelo. T...tengo miedo.

—Es la bebida, no el amor. Se pasará en un rato.

—¿Está seguro?

—Sí. Ahora sea buena y duerma. Me quedaré un rato para asegurarme de que no se ponga enferma.

Y eso fue lo último que oyó antes de quedarse dormida.

CAPÍTULO VEINTE

—¡Madre! —gritó Lord Savill.

Jane le lanzó una mirada fulminante cuando él irrumpió en el comedor del desayuno, sosteniendo varios paquetes marrones. Le daban ganas de arrojarle los panecillos calientes a la cabeza. El muy patán la había dejado confundida el día anterior.

Él la miró, como si sintiera su ardiente mirada.

Jane entrecerró los ojos. ¿Por qué la estaba mirando de esa manera tan extraña? Entonces recordó las palabras que había pronunciado el día anterior.

¡Le había pedido que la besara!

¡Qué cosa tan espantosa había hecho! Había sido la bebida la que la hizo balbucear tonterías, pero aun así… se sonrojó.

Él sonrió como si estuviera adivinando sus pensamientos y arqueó una ceja, haciendo que ella se retorciera en su asiento.

Quiso fundirse con la alfombra persa verde oliva y desaparecer de su vista. Tomó su taza de té y dio un gran sorbo, quemándose la lengua.

—¡Has traído regalos! —exclamó Lady Croft al ver los paquetes en sus brazos y se puso de pie de un salto—. ¡Dámelos! —agitó los dedos con entusiasmo.

Él sonrió a su hermana.

—Así es. Los barcos llegaron de la India. Los siete.

Repartió los paquetes marrones, de muy buen humor.

Lady Montgomery tomó el que le ofrecía y dijo:

—¿No crees que ya has ganado suficiente dinero, Richoos? Es hora de que te concentres en tu encantadora esposa. Quiero el cuarto de los niños lleno.

—No me llames así, madre —frunció el ceño Lord Savill, mientras Jane apuñalaba su tostada con el tenedor.

—Debes procurar un heredero, Richoos —sonrió Lady Croft.

—Devuélveme la pashmina —le espetó Lord Savill.

—No —Lady Croft abrazó la suave tela color crema contra su pecho—. Es mía.

—Perlas —dijo Lady Montgomery encantada al abrir su paquete—. Y qué incienso tan delicioso. Attar de rosas. Y mira, querido —se volvió hacia su esposo—, te ha comprado una caja de cigarros.

Lord Montgomery tomó un huevo pasado por agua y lo metió dentro de la caja.

—Yo no fumo.

—Sí fumas, querido. ¿Qué le compraste a Jane? —preguntó Lady Montgomery, volviéndose hacia su hijo.

Lord Savill pareció perdido por un momento. Tenía los brazos vacíos.

Jane mordió su tostada, intentando parecer despreocupada.

—Estoy segura de que los aceites perfumados eran para ella —añadió apresuradamente Lady Montgomery.

Jane no quería compasión, ni un regalo que no hubiera sido comprado pensando en ella. Así que irguió los hombros y miró a su esposo a los ojos.

—Ya me ha prometido algo que deseo.

—¿Qué es? —preguntó Lady Croft, sorprendida.

Jane pestañeó coquetamente hacia Lord Savill.

—Va a comprarme una gallina.

Lady Croft frunció el ceño.

—¿Para comer?

—No, como mascota.

El silencio cayó sobre la mesa del desayuno.

—¿Eh? —Lord Montgomery parpadeó rápidamente, con un huevo frito colgándole de la boca.

Jane le devolvió el parpadeo.

—¿Una gallina… mascota? —repitió él.

Jane asintió.

—¿Con plumas? —Lady Croft alzó una ceja.

Jane se encogió de hombros.

—¿De qué otro tipo hay?

—Desplumadas y asadas —respondió Lord Savill.

Jane le lanzó una mirada fulminante mientras Lad

Montgomery reía nerviosamente.

—Estás bromeando.

Jane negó con la cabeza.

—No lo hago.

Lady Montgomery la miró boquiabierta.

—Pero el guepardo… se comerá tu gallina.

—No va a tener una gallina —dijo Lord Savill al mismo tiempo.

Jane sonrió dulcemente y mintió con aplomo:

—Dijo que me compraría una gallina, pinturas nuevas y pinceles. ¿Lo recuerda, milord? Anoche, justo después de que me diera esa bebida.

—¿Qué bebida? —frunció el ceño Lady Montgomery.

—Jerez en una copa grande —respondió Lord Savill con suavidad, lanzándole una mirada a Jane—. Pensé que estaba bromeando, querida.

—No lo hacía, milord. Si mi hermana puede tener una cabra, y usted puede tener un enorme felino devorahombres, ¿por qué yo no puedo tener una gallina?

Lord Montgomery se animó.

—El señor Williams mordió a un hombre una vez. No le gustó el sabor.

Lord Savill habló entre dientes apretados:

—El señor Williams estaba aquí primero. No puede tener una gallina.

—Dijo que sí podía —ella abrió mucho los ojos, fingiendo horror ante el hecho de que su esposo faltara a su palabra.

—Se la comerán —sentenció Lady Croft.

Jane la ignoró.

—Y la llamaré señora Williams.

Lady Montgomery le palmeó la mano con gesto tranquilizador.

—Eso no tiene sentido. Tienes la cabeza llena de fantasías.

Jane sonrió.

—Quizá el señor Williams decida no comerse a su esposa.

Lord Montgomery palideció.

—El guepardo no se va a casar con una gallina.

Jane se volvió hacia Lord Savill.

Con los hombres nunca se sabe. Después de todo, podría comerme fácilmente, y soy su esposa.

Lord Savill cambió de tema apresuradamente.

—¿Ya ha elegido una gallina, entonces?

Lady Croft murmuró con tono sombrío:

—Se lo advierto. Su gallina será devorada.

Jane se encogió de hombros.

—Ya veremos. Y, milord, aún no he elegido una. Quizá pueda decirme dónde conseguir una.

***

Esa noche, cuando Jane entró al cenador para empezar a pintar, encontró una hermosa gallina marrón atada al caballete, todos los ingredientes para sus pinturas repuestos y una bandeja con costosos pinceles sobre la mesa.

A la hora de la cena, decidió presentar la gallina a la familia. Cuanto antes aprendiera el guepardo que no era comida, mejor.

Se cambió a un precioso vestido de chintz color aguamarina y entró en el comedor, seguida por la gallina.

El guepardo echó un vistazo al ave cacareante y huyó.

La familia quedó horrorizada, y Jane, complacida.

Bellmore Hall por fin empezaba a sentirse como un hogar.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Lady Montgomery yacía en la chaise longue del salón familiar, aspirando su pomander de rosas. Su peluca estaba torcida, dejando ver su cabello natural entrecano sobre las pálidas orejas. Su traje de brocado color púrpura parduzco estaba manchado de barro, y una parte de la enagua de encaje estaba rasgada.

Jane, Lady Croft y Georgiana corrían de un lado a otro intentando ponerla cómoda.

—¡Madre! —Lord Savill irrumpió en la habitación—. ¿Qué ha pasado?

Jane se aclaró la garganta.

—Fuimos de compras…

Al oír su voz, él giró bruscamente hacia ella.

—¡Señorita Fairweather! ¿Ha hecho usted esto?

Jane retrocedió, aterrorizada por la furia en sus ojos. Él comenzó a avanzar hacia ella como una pantera oscura y enfurecida, y ella levantó las manos para protegerse el rostro.

Lady Montgomery extendió la mano y sujetó su muñeca. Sus dedos delgados y huesudos apenas rodeaban su muñeca, y aun así él se quedó inmóvil.

Se volvió para mirar a su madre, que entornó los ojos y negó con la cabeza.

Él dejó escapar un suspiro frustrado; sin embargo, su temperamento se calmó y acató su deseo. El gigante se volvió dócil al contacto de su madre.

Jane quedó asombrada por el poder que su madre ejercía sobre él. Su gentileza hacia ella, incluso en medio de un arrebato de ira, le calentó el corazón.

Él se dejó caer junto a su madre y empezó a acomodar los cojines.

—Estoy bien —dijo Lady Montgomery con suavidad.

—No lo está —saltó Georgie poniéndose de pie.

—¿Quién es usted? —frunció el ceño Lord Savill.

—Mi amiga, Lady Georgiana Berry —dijeron Jane y Lady Croft al mismo tiempo.

Lord Savill cerró los ojos y volvió a abrirlos. Esta vez su tono fue algo más cortés.

—Bien, ¿qué ocurrió?

—Fuimos de compras —comenzó Jane nuevamente—. Su madre quería comprar unos helados en Gunther's, así que Lady Croft la acompañó mientras Georgie y yo nos dirigíamos a la panadería.

—De pronto —intervino Georgie, saltando otra vez— oímos un grito.

—Dos hombres nos abordaron a madre y a mí —dijo Lady Croft con un estremecimiento— y exigieron nuestras bolsas y joyas. Madre se negó a entregar sus perlas, y uno de los hombres sacó un cuchillo de aspecto horrible.

Jane continuó el relato:

—Georgie y yo nos apresuramos hacia ellas. Nos acercamos por detrás y, con nuestras sombrillas, los golpeamos en la cabeza. Se llevaron las manos al cráneo y cayeron de rodillas.

—Mientras gemían y se quejaban, empezamos a correr —prosiguió Lady Croft—. Entonces madre tropezó con un bache y cayó. Jane la vio, regresó corriendo y sujetó su brazo mientras Georgie tomaba sus piernas; entre las dos la levantaron, la balancearon dos veces y corrieron hacia el carruaje. Yo las ayudé a subir y golpeé las paredes. El carruaje arrancó justo a tiempo.

Lord Savill tomó la campanilla y la agitó con furia.

—Llamaré al médico.

—Es solo un esguince —lo tranquilizó Lady Montgomery.

—Tiene un corte en el pie —dijo Jane con preocupación—. Lo noté antes. Déjelo llamar al médico.

Lord Savill agitó la campanilla con más fuerza.

—Quizá dos médicos. Uno joven y otro mayor. Uno tendrá experiencia, mientras que el otro estará más al tanto de los últimos descubrimientos.

—Estoy de acuerdo —dijo Jane—. ¿Quizá ladrillos calientes, brandy y té para ella mientras esperamos?

—Yo me encargaré —dijo Lady Croft, dirigiéndose a la puerta—. Puedo preparar una mezcla que aliviará a madre. Creo que dejé mi botiquín en mi habitación.

La gallina cacareó como si estuviera de acuerdo.

—Puedo leerle —añadió Georgie con entusiasmo—. Algo suave. Voy a buscar un libro.

Lord Savill frunció el ceño mirando a su madre, como si acabara de ocurrírsele algo.

—¿Por qué no les entregaste tus joyas?

—Tu padre me dio esas perlas el día de nuestra boda.

Lord Savill cerró los ojos y negó con la cabeza.

—Madre, tú significas mucho más para mí que lo que esas perlas significan para ti. La próxima vez, deja que se las lleven.

Jane asintió con fervor.

—Y si se las llevan, avíseme, y pediré al Halcón, el famoso salteador de caminos, que las rastree y recupere las joyas. Es bien conocido en los círculos más turbios. Nuestra familia también conoce a un peligroso pirata. Bueno, era peligroso. Ahora es corsario, pero su alma sigue siendo sanguinaria. Ah, y mantenemos estrechas relaciones con el poeta Lord Philbert Woodbead. Podemos atar a los ladrones y pedirle a Lord Woodbead que recite poesía. Con un solo soneto, sus perlas estarán a sus pies.

Lord Savill negó con la cabeza con ironía.

—Le sugiero que mantenga en silencio sus exaltadas conexiones, querida. Es un grupo peculiar del que enorgullecerse, esa comitiva de ladrones y bandidos; y en cuanto al poeta, ¿no lo echaron del baile el otro día?

—Silencio —lo reprendió Lady Montgomery—. Ella tenía buenas intenciones.

—Y tú, madre —replicó él—, deja de ponerte de su lado. Su familia disfruta confraternizando con gente peligrosa, lo que significa que carece de moral. Ahora bebe tu té y vete directamente a la cama. Enviaré a los médicos a tu habitación.

—Ahora me estás regañando —suspiró Lady Montgomery. Sus ojos estaban rojos y entornados—. ¿Cuándo creciste y cuándo me convertí yo en una niña?

—Descansa —dijo Jane, acomodándole el chal sobre los hombros —. No hables más. Pareces cansada.

—Gracias —dijo Lady Montgomery con los ojos brillantes—. Hoy fuiste valiente; me salvaste la vida. Si esto es lo que ocurre al tratar con gente poco recomendable, no me importaría invitar a ese salteador de caminos a tomar el té. Quizá su presencia me infunda algo del valor que te ha dado a ti.

Los labios de Jane temblaron y miró a Lord Savill.

Él la observaba con una expresión curiosa. Ella sonrió, y él deslizó los ojos hacia la entrada.

Ella frunció el ceño y alzó una ceja.

Él inclinó la cabeza hacia la puerta.

Ella parpadeó.

—¿Está fingiendo ser un caballo?

Él le tomó la mano y la arrastró fuera de la habitación. Una vez fuera del alcance de los oídos, dijo:

—Quiero hablar con usted en privado.

Se inclinó hacia ella, con el rostro a un palmo del suyo.

—Si está intentando ganarse mi afecto, fracasará. Le agradezco lo que hizo por mi madre, pero sé por qué lo hizo. No he olvidado que su familia me engañó, y nada de lo que haga cambiará eso.

Una ola de emociones onduló bajo sus pies, acercándolos un momento y separándolos al siguiente.

El incidente aterrador había intensificado su excitación y sus sentimientos, y discutían con una familiaridad más propia de una familia que de extraños.

Ella se llevó las manos a las caderas.

—En primer lugar, milord, no necesito ganarme su afecto. ¿De qué serviría? Puedo pintar, pasar tiempo con mi familia y mis amigos y vivir en un hogar encantador. Soy feliz.

—En segundo lugar, todo el incidente ocurrió tan deprisa que no tuve tiempo de pensar, y mucho menos de planear un elaborado complot maquiavélico. Y por último, usted es libre de tomar una amante, así como yo lo soy de tomar un amante…

Él la sujetó por la cintura y la atrajo bruscamente hacia sí, interrumpiendo su arrebato.

—No tomará un amante hasta que yo haya obtenido mis herederos, ¿entiende?

Ella quedó atónita ante su furia abrasadora. Su cuerpo comenzó a temblar, y aun así habló con voz suave pero firme:

—No le daré herederos jamás. Ruegue por mi muerte. Tal vez una nueva esposa sea más generosa.

Se miraron en silencio, cada uno esperando que el otro retrocediera primero.

La piel de Jane se sentía sensible y ardiente bajo su agarre. Tenía el rostro sonrojado y los ojos luminosos. Era una Fairweather y se negaba a dejarse intimidar por aquella demostración brutal.

Inclinó la cabeza, dejando al descubierto la fina vena azul que palpitaba en su cuello, mientras sus ojos brillaban con desafío.

La expresión de él cambió, y en lo más profundo de sus ojos brotó una emoción más profunda y desconocida, distinta de la ira.

Su boca se suavizó y se entreabrió; su mirada recorrió sus facciones, y sus pestañas descendieron como si sus párpados se hubieran vuelto pesados de repente.

El familiar aroma de su costoso tabaco llegó hasta ella, provocador y embriagador, despertando un instante de locura en el que quiso desechar los modales corteses y hacer algo audaz.

¿Era un depredador?, se preguntó aturdida. ¿Cómo había pasado una discusión a convertirse en algo tan ambiguo y extraño?

Era muy apuesto, y su piel clara irradiaba salud, atrayéndola con su calidez y su aroma embriagador.

Él inclinó la cabeza acercándose más, haciéndola soltar un pequeño chillido. Su intención era clara: iba a besarla.

—¡Richard! —gritó Lord Montgomery desde el pasillo—. Tengo al guepardo sujeto, que mira con nerviosismo a la gallina. Ya he enviado las invitaciones. Celebraremos una fiesta para festejar tu matrimonio.

Jane dejó escapar el aliento cuando Lord Savill la soltó y dio un paso atrás. Nunca antes un anuncio de fiesta le había causado tanta alegría.

Lord Savill estaba sacudiendo su interior con tal intensidad que toda su expresión estaba cambiando. ¡Cielos! Estaba empezando a

hacerla sentir extraña, y ya no estaba segura de si detestaba sus enfrentamientos apasionados… o si los disfrutaba por completo.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Esta tarde, el aire tenía un frescor marcado y un claro indicio de otoño. El sol empezaba a ponerse temprano y no le quedaba mucho tiempo para pintar.

Dejó a un lado el cuaderno de bocetos en el que había estado dibujando y coloreando distintos tipos de hojas. Tenía muchos pliegos encuadernados llenos de dibujos de cosas mundanas de la naturaleza, ya fueran inmóviles o en movimiento.

Era una de las lecciones que había aprendido de niña.

Si quería pintar algo bien, primero debía comprenderlo. Necesitaba conocerlo con tal minuciosidad que, incluso cuando no estuviera frente a sus ojos, pudiera pintarlo sin vacilar.

Se acercó al lienzo, mojó el pincel en azul Bremen y lo aplicó. El tono azul cobrizo brilló de manera agradable, y se detuvo un momento para admirarlo.

Lord Savill se vería muy bien con un abrigo de ese tono.

Se mordió el labio hasta saborear sangre y obligó a su mente a apartarse de él y concentrarse en el otro asunto.

La fiesta.

La temporada había terminado, y la mayoría de las personas sensatas, excepto su propia familia, se habían retirado al campo.

¿No habían tenido ya suficientes bailes y meriendas?

Movió el pincel sobre el lienzo con trazos entrecruzados, sus movimientos apresurados. Otro baile, y además en Bellmore Hall. No podría retirarse temprano. Por el contrario, se esperaría que entretuviera a todos y fingiera estar perdidamente enamorada de su marido.

El pincel dejó un rastro de pelos mezclados con el azul sobre el lienzo. Lo arrojó al otro lado de la habitación y tomó uno nuevo.

Árboles. Necesitaba pintar árboles grandes y silenciosos, meciéndose suavemente con la brisa, y montañas frías elevándose

desde un océano sereno y brillante; una imagen infantil, quizá, pero reconfortante.

Tomó el pincel, pero se detuvo antes de que tocara el lienzo. Tenía que dejar secar el azul antes de añadir el verde. ¿Cómo podía olvidarlo?

Su temperamento se encendió y, antes de poder aplastarlo y guardarlo en su caja habitual, estalló y lanzó el lienzo al otro lado de la habitación.

Lord Savill lo atrapó en el aire.

—Tiene mal genio.

Se acercó y colocó cuidadosamente la pintura de nuevo sobre el caballete.

Ella tomó un frasco de vidrio con rojo Marte y se lo arrojó.

Una mancha roja apareció en el centro de su suave camisa blanca, y gotas semejantes a sangre salpicaron su rostro y sus manos.

Él se quedó inmóvil, y algo en el aire cambió, enfriando su ira con la misma rapidez con que había surgido.

Ella reprimió la disculpa que estaba a punto de pronunciar. Aquel era su espacio, donde pintaba, y él no tenía derecho a entrar allí.

Él dio un paso hacia ella, y su indignación se transformó en miedo.

Retrocedió tambaleándose, preparándose para el castigo.

Él se acercó aún más y, cuando estuvo a un suspiro de distancia, tomó un puñado de su falda de muselina amarillo pálido y la usó para limpiarse la pintura del rostro.

Sus dedos eran largos, y los nudillos suaves y prominentes. Se tomó su tiempo, limpiándose lentamente, y al cabo de un momento le pareció que el calor de sus dedos, allí donde sujetaban su falda, atravesaba la tela y se hundía en su piel.

Tragó saliva y no se atrevió a protestar ante aquella intimidad.

Cuando terminó, dejó caer la tela y habló con calma:

—Madre te pide en la sala de estar. La sombrerera y la modista están aquí.

Ella asintió, sin confiar en su voz, y casi tropezó en su prisa por alejarse de él.

Él observó con diversión sus pies en retirada.

—No es una mecha, ni yo una llama que la prenderá fuego con solo tocarme.

Su corazón dio un vuelco ante sus palabras, y al instante se formó en su mente la imagen de él sujetándola mientras ella ardía en un fuego dorado.

Cerró los ojos y se balanceó. Piensa en excrementos de conejo, se reprendió, o en la anatomía de una rana que su maestro una vez la obligó a diseccionar y estudiar.

Su tono cambió y se volvió impersonal.

—Tiene la habilidad. Tiene las mejores herramientas. Son sus emociones las que se interponen.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—No entiendo.

—La impaciencia por alcanzar la perfección, la ira cuando no puede trabajar con suficiente rapidez, está tiñendo su obra con matices poco favorecedores.

Ella frunció el ceño.

—La pintura al óleo requiere una cantidad considerable de tiempo.

—Aprovéchelo. El tiempo le ofrece la oportunidad de corregir y mejorar sus defectos.

Ella se volvió de espaldas.

Él posó una mano sobre su hombro para detenerla y continuó:

—Un cuchillo en manos de un niño es peligroso, mientras que en las de un cocinero puede crear obras maestras. Una aguja en manos de un granjero es inútil, mientras que una costurera puede crear vestidos fantásticos. Sea el cocinero y el costurero. Su habilidad es una herramienta finamente perfeccionada que debe usar como una mujer madura, no como una niña impaciente. Para eso, necesita crecer.

Ella apartó su mano de un tirón.

—¿Y crecer también llevará tiempo?

—Puede tomar un instante o toda una vida.

La ira se disipó de ella. Había estado actuando de forma infantil y, en lugar de castigarla, él estaba siendo amable.

—Lo siento —dijo, señalando la pintura—. Nunca antes le he arrojado pintura a nadie. No sé qué me pasó.

—No lo haga otra vez.

Ella inclinó la cabeza con docilidad.

—No, mi lord.

—Venga, madre está esperando.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Jane entró en el salón de la mañana y soltó un jadeo de sorpresa. Sintió como si hubiera viajado a una tierra exótica y entrado en una guarida de ladrones.

El sol se había puesto, y las velas encendidas y las lámparas de aceite iluminaban la estancia, que brillaba y resplandecía con mercancías.

Baúles abiertos yacían en el suelo como tesoros piratas, rebosantes de lociones, pociones, aceites y cosméticos. La chaise longue y las sillas estaban cubiertas con rollos medio abiertos de seda y satén en colores brillantes. Pantuflas y zapatos de baile se alineaban frente a la chimenea como soldados preparándose para marchar. Joyas preciosas desbordaban de cajas sobre la gran mesa de madera en el centro del salón.

Encajes y lazos rebosaban de cestas apoyadas en el suelo, mientras botones y broches reposaban en largas bandejas sobre la mesa auxiliar. Finalmente, tres doncellas permanecían solemnes sosteniendo sombreros y guantes, y un hermoso sombrero de plumas de avestruz teñidas de azul descansaba, perfectamente colocado, sobre la cabeza del mayordomo.

Jane se tambaleó ante aquella exhibición. Nunca había visto nada igual. Por lo general, ella y su madre iban a Mayfair, y se consideraba afortunada por poder permitírselo. Sin embargo, este tipo de opulencia… esto era una locura.

—Nadie ha visto esto antes —murmuró un joven de aspecto desaliñado a Lady Montgomery—. Esta seda, con este diseño —señaló una página de la revista French Lady—, le quedará exquisita.

Lady Montgomery negó con la cabeza.

—Creo que le sentará mejor a mi hija. Algo un poco más anticuado para mí, por favor. Ah, aquí está Jane. Tiene libertad para elegir con ella.

Lady Croft emergió de debajo de una montaña de muselinas y frunció el ceño.

—Madre, ¿puedo tomar un poco de té?

Lady Montgomery volvió a negar con la cabeza, lenta y suavemente, pero con firmeza.

—No hasta que hayamos decidido los atuendos para el baile. —Se volvió hacia Jane—. Richard decidió pedir a los comerciantes que vinieran a nuestra casa, querida, después del pequeño contratiempo que tuvimos en nuestra última salida. Me pareció una idea espléndida.

Jane forzó una sonrisa.

El joven estuvo a su lado al instante.

—La recién casada, supongo. Tiene ese resplandor que tienen las novias jóvenes.

Jane se sonrojó, sin atreverse a mirar a Lord Savill, que estaba justo detrás de ella.

El joven sastre tomó una tela de chintz lavanda y la lanzó sobre sus hombros. Comenzó a drapear la tela, sujetándola con alfileres y ajustándola para que pareciera un vestido.

Levantó la vista y encontró a Lord Savill fulminando con la mirada al joven.

El sastre tomó un puñado de tela, lo acomodó alrededor de su cintura y lo ató por detrás. Finalmente, alisó la tela sobre su talle con un toque impersonal.

Lord Savill emitió un sonido de advertencia y dio un paso hacia ellos.

El sastre se detuvo y sintió que la piel se le erizaba, como si percibiera el peligro. Dio un paso atrás, alejándose de Jane, y permaneció tembloroso unos instantes.

Lady Montgomery se aclaró la garganta.

—Richard, ¿cómo me veo? —Sostuvo un par de diamantes junto a sus orejas y negó levemente con la cabeza.

Él miró a Jane y luego a su madre. Finalmente, fue a reunirse con ella.

—Quizá las esmeraldas —dijo, tomando una hermosa pieza.

La sombrerera irrumpió en la habitación y abordó a Jane mientras el sastre se dirigía hacia Lady Croft con expresión aliviada.

La sombrerera colocó un gorro blanco con volantes sobre la cabeza de Jane ahora que estaba casada.

Lord Savill se recostó, con la postura un poco más relajada. Asentía y negaba con la cabeza mientras la modista le probaba distintos estilos de sombreros, cofias y turbantes como si ella fuera una muñeca.

Lady Croft intervino:

—Deja que la muchacha decida, madre.

La boca de Lady Montgomery se torció hacia abajo. Parecía una niña ansiosa a la que acababan de reprender.

Jane sintió que se derretía ante aquella imagen tan adorable.

—No me importa. Estoy segura de que Lady Montgomery elegirá el vestido adecuado para mí.

Lady Montgomery sonrió complacida.

—Creo que la muselina blanca con destellos dorados y ribetes color coquelicot… la muselina plateada para la cena, quizá; el jonquil para las visitas. Detesto el Pamona, y para la noche…

—¿El puce? —sugirió Jane con cautela.

—Muy apropiado —sonrió Lord Savill—. El color de una pulga chupasangre.

—¿Qué sugieres tú, Richard? —le espetó su madre.

Se levantó y recorrió la habitación.

—Este vestido gris y plateado, combinado con un sombrero de plumas de avestruz, es para ti, madre. Hará juego con esas horribles pelucas que insiste en llevar.

—¿Y para mí? —preguntó Lady Croft.

—Para ti, esto.

Tomó un pequeño turbante color cerúleo con una banda plateada y bellotas.

—Con esa túnica egipcia, pendientes de zafiro y esas zapatillas bordadas.

—Oh, qué maravilloso —sonrió Lady Montgomery—. Tienes un gusto exquisito, Richard.

—Gracias. Ahora debo reunirme con los arrendatarios…

—No antes de elegir algo para Jane —objetó Lady Montgomery.

—No es necesario —murmuró Jane por lo bajo.

—A ella le gusta el puce —dijo él al mismo tiempo.

—Pero ¿qué te gusta a ti? —le preguntó Lady Montgomery.

Se balanceó sobre los talones, algo inseguro. Lady Montgomery le lanzó una mirada suplicante y él suspiró.

—Creo que esto —dijo, tocando un hermoso vestido color flor de durazno con perlas esparcidas sobre la tela. Añadió unas sencillas zapatillas de satén, horquillas de diamantes para el cabello y guantes blancos.

—¿Lo apruebas? —preguntó, volviéndose hacia Jane.

Ella asintió, complacida con su elección. Era bonito y lo bastante discreto para mezclarse con la multitud.

Lady Montgomery frunció el ceño.

—¿No debería llevar algo un poco más atrevido? Tal vez el azul celestial con este diseño —señaló un boceto en la revista francesa.

—No —dijeron al unísono Lord Savill y Jane.

Jane observó cómo Lord Savill daba propina a la modista, la sombrerera, el joyero y las doncellas, y las sonrisas en sus rostros demostraron que había sido generoso.

Lord Montgomery entró en la habitación en ese momento.

—Ah —dijo Lord Savill con una sonrisa—. Tú mereces un conjunto nuevo, padre. Tal vez el señor y la señora Williams también puedan llevar algo.

Lord Montgomery arrastró su bastón por el suelo, con aire avergonzado.

—He decidido cancelar todo el maldito asunto.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

La familia, el guepardo y la gallina se reunieron en el estudio.

Lord Montgomery jugueteaba con su corbata salpicada de manchas amarillas.

—No quiero asistir. He cambiado de opinión.

Lady Montgomery frunció el ceño.

—¿Pero por qué? Fue idea tuya.

Lord Montgomery se puso rojo como un tomate.

—No quiero hablar con la gente. Olvidé que detesto a los seres humanos.

Lord Savill intercambió una mirada con su hermana mientras Jane lo animaba en silencio.

Lady Montgomery soltó una risa hueca.

—Adoras a la gente y las fiestas. Además, las invitaciones ya se han enviado. Es demasiado tarde para cancelar.

—Me quedaré aquí —declaró Lord Montgomery con firmeza.

Lady Croft le puso una mano en el hombro.

—La gente recorrerá toda la casa. Podrían encontrarte y les parecerá extraño que no estés con nosotros. Hablarán.

Lady Montgomery se dejó caer en una silla, sacó su pomander y lo sostuvo bajo la nariz.

—No puedes quedarte en el estudio sin saludar a los invitados.

Lord Montgomery se animó.

—Puedes decirles que me he retirado a nuestra casa de campo.

Lord Savill alzó una ceja.

—¿Y si te encuentran caminando por los pasillos?

—No me verán —dijo Lord Montgomery con confianza—. Porque estaré sentado debajo de esa alfombra de tigre.

Todos se volvieron a mirar la alfombra a la que se refería. Estaba bajo el escritorio, grande y rayada.

Lady Croft soltó una risita.

—¿Qué quieres decir con que te sentarás debajo de la alfombra? La gente te verá.

Lord Montgomery se deslizó bajo la alfombra. Tras un momento, su esponjosa cabeza asomó y parpadeó rápidamente.

—¿Pueden verme?

—No —admitió Jane.

Con las sillas bloqueando la vista desde el frente y la exquisita mesa de caoba encima, estaba verdaderamente oculto, a menos que uno supiera dónde mirar.

Él sonrió radiante.

—Me quedaré aquí toda la noche leyendo un libro. Fingiré ser una alfombra. Nadie me verá mientras yo los veré a ellos. Podré escuchar todos los chismes, vigilar quién se acaramela con quién y cosas por el estilo. ¡Qué diversión!

La familia se miró horrorizada.

Lord Montgomery finalmente había perdido el juicio.

***

Era el día del baile, y todo era una locura.

Lady Croft irrumpió en el comedor del desayuno.

—¡Jane, padre se ha marchado en el velocípedo!

Jane la miró fijamente.

—¿Un quépedo?

Lord Savill arrojó la servilleta y se puso de pie de un salto.

—Un caballo dandi. El hombre que lo inventó recientemente se lo mostró a padre, quien lo compró de inmediato. Tiene ruedas y se monta.

—¿Con un caballo? ¿Como un nuevo tipo de carruaje? —preguntó Jane.

—Ven, míralo tú misma —dijo él, tirando de ella para levantarla—. Debemos traerlo de vuelta antes de que su madre lo vea.

Jane, Lady Croft y Lord Savill salieron corriendo sin perder tiempo en sombreros, abrigos ni guantes.

Allá, en el huerto de manzanos, Lord Montgomery estaba sentado sobre un artilugio de aspecto peculiar con una rueda gigante delante y dos más pequeñas detrás. Se sentaba sobre la gran rueda

delantera, con dos pedales sobresaliendo a los lados. Pedaleaba con furia.

Avanzó un poco y se estrelló contra un árbol. Luego retrocedió un poco y se tambaleó peligrosamente.

Lo observaron ir y venir hasta que el caballo dandi comenzó a inclinarse de manera alarmante.

Lord Savill arrancó a su padre del aparato y lo condujo al interior.

Jane se volvió hacia Lady Croft.

—Nunca había visto algo semejante.

Lady Croft suspiró.

—Y el día recién comienza.

Jane pasó el resto del día observando al ama de llaves y a los sirvientes marchar como soldados bien entrenados mientras preparaban la casa para el baile.

Las flores se arreglaron con pericia, la plata se pulió, las alfombras se perfumaron, los pisos se fregaron, las cortinas se recogieron y las ventanas se abrieron de par en par.

El aroma de abundantes rosas, lavanda y romero perfumaba Bellmore Hall, y Jane aspiró con deleite mientras comenzaba a arreglarse.

Georgiana y Lady Croft se unieron a ella en el vestidor, y las tres charlaron trivialidades mientras se vestían.

Jane había elegido un vestido de estilo griego, del color de hojas de té pálidas y ribeteado en oro. Era una elección audaz, ya que el color era apenas unos tonos más oscuro que su piel. La tela fina se ceñía a su cuerpo, destacando su cintura delgada y la sombra de su ombligo.

Su cabello se recogió en un medio giro con hilos dorados entretejidos, y la única joya que llevaba era una cadena de oro alrededor del cuello.

Lady Croft observó su elección con aprobación.

—Pensé que ibas a llevar el color durazno que Richard eligió.

—No me quedaba bien y no tuve tiempo de arreglarlo —respondió Jane.

Era cierto que el vestido era un poco grande, pero la verdadera razón por la que había elegido algo audaz era desconcertar a su

esposo. Después de que él eligiera el durazno, se había quedado despierta esa noche sintiéndose contrariada. Él pensaba que era insípida, como un arroz con leche sin sabor. No creía que pudiera brillar como un pastel festivo lleno de especias, y extrañamente, ella quería demostrarle que estaba equivocado.

Miró el espejo y tragó saliva. El vestido era un poco transparente y más atrevido que cualquier cosa que hubiera usado antes. Quizá sería mejor cambiarse. Podría demostrarse a Lord Savill en otra ocasión.

—Apresúrate —Lady Montgomery asomó la cabeza para decir—. Los invitados han comenzado a llegar.

Georgie tomó la mano de Jane y la arrastró fuera, negándose a escuchar sus súplicas de que la dejara cambiarse.

—Te ves hermosa —la reprendió Georgie—. Ya estás casada. Deja de comportarte como una adolescente tímida.

En el momento en que Jane entró en el salón de baile, Penelope la interceptó.

—Jane —ordenó Penelope—. Ven.

Jane tragó saliva y, con una mirada ansiosa de despedida hacia Georgiana, siguió a su hermana.

Dorothy y Celine se pusieron a su lado mientras se dirigían al balcón.

Hacía frío afuera y Jane deseó no haber dejado su pashmina color cervato en su habitación. Observó el jardín oriental iluminado con lámparas de aceite que titilaban como luciérnagas en la oscuridad.

La luna estaba llena, pero las nubes formaban un velo ante ella, dejando pasar solo un hilo de luz.

Arrancó una flor de jazmín de la enredadera que se enroscaba alrededor de la balaustrada y la sostuvo bajo la nariz.

—¿Eres feliz, Janey? —preguntó Penelope.

Jane respondió con sinceridad:

—Lo soy. La familia es maravillosa.

Celine le tomó la barbilla y la giró para que la luz de la lámpara de aceite iluminara su rostro.

—Y Lord Savill… ¿te trata bien?

—Lo hace.

Dorothy resopló.

—Ha estado visitando el club de caballeros con frecuencia, llegando solo a las reuniones sociales toda la temporada, y esta noche no entró al salón contigo.

Jane apartó la mirada.

—Él sabe que prefiero quedarme en casa pintando.

Dorothy entrecerró los ojos.

—Eres recién casada. Debería preferir estar a tu lado antes que sentarse en un club con su brandy.

Penelope apretó el hombro de Jane.

—Si alguna vez eres infeliz o necesitas ayuda, háznoslo saber.

Jane la abrazó.

—Lo haré, Penny. Te quiero.

—Ahora —sonrió Dorothy—. La sorpresa.

Dorothy le sujetó los hombros y la giró hacia un hombre de pie en las sombras. Las nubes se apartaron y la brillante luz de la luna iluminó su rostro.

Lord Chambers, el empobrecido conde de Rathmoon, estaba ante ella. Era un hombre alto y apuesto, de una belleza discreta.

Parecía no haber envejecido desde que se conocieron tres años atrás en el baile del duque. Él había bailado con ella, y ella mencionó su amor por la pintura al óleo. Se enamoró de su obra y comenzó a venderla a sus amigos adinerados a cambio de una pequeña comisión.

El dinero lo ayudaba a restaurar su deteriorada propiedad. A su vez, le permitía a Jane la libertad de pintar sin preocuparse por cuestiones económicas.

El corazón de Jane comenzó a latir desbocado al verlo.

Él se quitó el sombrero e hizo una reverencia.

—Tengo una respuesta.

Ella sabía que la tenía. Lo había visto en su rostro.

Le sujetó las manos.

—¿Cuál es?

Él rio.

—La Royal Society of Arts ha preseleccionado su obra. Quieren saber más sobre la artista.

Sus hermanas chillaron y la abrazaron.

Jane se quedó con la boca abierta. La Royal Society of Arts estaba compuesta por los mejores artistas, en su mayoría hombres. Ser una de los pocos elegidos… eso significaba dejar su huella en el mundo del arte. Sus pinturas jamás serían olvidadas. Serían preservadas y exhibidas en la galería para que miles de personas las contemplaran durante generaciones. Tendría la oportunidad de hablar con artistas que admiraba, aprender de ellos, crecer y mejorar.

Le dio vueltas la cabeza y se tambaleó.

—Esto es maravilloso —jadeó Penelope.

Jane miró los rostros a su alrededor.

—Pero solo me están considerando. No han dicho que sí.

Lord Chambers la observó con admiración.

—Lo harán, estoy seguro. Sin embargo, incluso haber llegado hasta aquí es extraordinario. Nunca imaginé que algún día se convertiría en una artista tan destacada. Sus obras alcanzarán precios aún más altos.

Jane apretó la mano de Dorothy.

—Si soy elegida, tendré que revelar mi identidad.

Lord Chambers asintió.

—Es inevitable.

Jane negó con la cabeza.

—No puedo hacerlo.

—¡Pamplinas! —rio Dorothy—. Lo harás.

Jane inclinó la cabeza, sintiéndose como si hubiera bebido una copa de vino.

—¿Un baile? —preguntó él con una risita—. ¿Para celebrarlo?

Apartó de su mente la idea de dar un discurso de aceptación y revelar su identidad.

Un paso a la vez, pensó, mientras tomaba la mano de Lord Chambers y giraba hacia la pista de baile.

—Cuando se convierta en miembro, podrás conocer a Adélaïde Labille-Guiard —dijo Lord Chambers, inclinándola hacia atrás.

—Y a Anne Vallayer-Coster —respondió ella con una risa encantada—. Quizá me permita sostener una de sus esculturas.

—Podrás preguntarle a Élisabeth Louise Vigée Le Brun todo sobre su estilo neoclásico.

Jane olvidó dónde estaba, la cabeza llena de preguntas sobre los artistas que conocería si llegaba a ser miembro. Su rostro resplandecía y sus ojos brillaban. Se veía hermosa en su confianza, y su sonrisa era genuina por una vez. Sus pasos eran limpios y precisos. La música fluía por su sangre como vino. Nunca había bailado tanto ni tan bien en su vida.

Una mano le sujetó el hombro y se apretó dolorosamente.

Alzó la vista y vio a Lord Savill mirándola con furia; su corazón se hundió y su felicidad se ahogó como una ola repentina estrellándose contra un barco de papel.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Lord Chambers retrocedió de inmediato.

Lord Savill habló entre dientes:

—Creí que detestaba las reuniones sociales. ¿Dónde está la tímida alhelí?

No esperó su respuesta y, en cambio, la condujo con firmeza fuera de la pista de baile.

Jane vio a sus hermanas mirarla con preocupación.

—La gente está mirando —dijo con urgencia.

—Que miren —gruñó Lord Savill.

La llevó a la biblioteca y la soltó con brusquedad.

—¿Está ebria? —espetó.

—No.

—¿Es su amante?

Ella jadeó, horrorizada.

—¿Cómo se atreve? No tiene derecho a hacerme esas preguntas.

—Es mi esposa, ¿o lo ha olvidado? Es asunto mío cómo se comporta. Su conducta esta noche ha sido deplorable. Colgándose de ese hombre como una ramera.

Jane alzó la mano para abofetearlo. Él la atrapó antes de que su palma tocara su mejilla.

Se fulminaron con la mirada, la ira burbujeando en la habitación como una olla de guiso espeso y pegajoso.

—Él no es mi amante —dijo, respirando hondo e intentando dominar su temperamento—. Nunca lo fue. Administra mis finanzas, compra y vende mis pinturas…

—¿Es demasiado pobre para casarse? —preguntó con malicia.

—Le dije que no quería casarme con nadie.

—No le creo.

—No me importa. ¿Acaso cuestiono sus ausencias? ¿Cuestiono el hecho de que se ha casado conmigo y me ignora? Me dejó con su familia y finge que no existo. ¿Cuestiono con quién baila? ¿Alguna

vez ha pensado qué piensa la gente de mí? Creen que está aburrido de mí. Que lo avergüenza haberse casado con alguien de tan baja cuna; por eso asiste solo a sus compromisos sociales. Veo cómo me miran. Cómo me observan con lástima.

Él negó con la cabeza.

—No le gusta salir.

—No —admitió ella—. Pero lo haría por deber si me lo pidieran. Del mismo modo, es su responsabilidad asegurarse de estar conmigo en casa o en cualquier otro lugar durante el primer año de nuestro matrimonio, para que la gente no cuestione mi carácter. Me consideran la aburrida Jane que no pudo mantener a su marido a su lado.

—Nadie cuestiona su carácter.

—Acaba de hacerlo al insinuar que Lord Chambers y yo mantenemos una relación íntima —replicó ella—. Mientras que yo no cuestiono sus escapadas nocturnas con sus amantes.

Él le apretó el brazo.

—Jamás la insultaría de esa manera. Nunca compartiría la cama con otra mujer mientras usted viva.

—Ni yo, mi lord —replicó ella—. Si alguna vez comparto la cama con un hombre, será con usted y con nadie más.

El silencio, cargado de emociones eléctricas, envolvió la habitación, y algo dentro de él se quebró. Le sujetó la nuca y besó sus labios manchados de vino.

Los ojos de ella se abrieron con sorpresa, y luchó brevemente, pero en lugar de soltarla, él rodeó su cintura con el brazo y la atrajo más hasta pegarla contra su cuerpo.

Estaba furioso, irracional y perdido, con la mente llena de un deseo de poseer y castigar. La visión de ella sonriéndole a otro hombre de una forma en que nunca le había sonreído a él, con tanta alegría, lo llenó de rabia.

Sus labios se movieron sobre los de ella con dureza, succionando con furia como si quisiera devorarla entera. Su lengua se hundió en el momento en que ella abrió la boca para protestar, profundizando el beso.

Su cadera se movió contra la de ella, presionando en el punto más sensible, y los ojos de ella se cerraron con fuerza.

Mientras su boca continuaba besándola apasionadamente, la mente de ella comenzó a girar como si hubiera bebido demasiado. Su cuerpo se ablandó y se derritió contra el suyo, mientras un suave gemido escapaba de sus labios.

—Shh —susurró él contra su boca—. No haga ruido.

La mansión estaba llena de gente; cualquiera que pasara junto a la puerta podría oírlos.

Ella se mordió el labio para sofocar su grito cuando la mano de él subió de pronto para cubrir su pecho y frotar el pezón de un lado a otro de la forma más tentadora.

El pezón se endureció bajo la seda, y sus pechos comenzaron a doler de necesidad y a hormiguear de placer.

Él levantó la cabeza y la miró; sus ojos se oscurecieron al ver el rubor que teñía sus mejillas, haciéndola aún más hermosa.

Volvió a inclinarse y besó suavemente su cuello, con cuidado de no dejar marcas. Una cosa era besarla hasta debilitarle las rodillas y otra que el mundo supiera lo que habían hecho.

Nadie tenía derecho a juzgarla. Nadie debía pensar en ella como algo que no fuera pura y buena. Este lado apasionado debía estar reservado solo para él.

Su corazón martilleaba mientras la complacía. La alegría de hacerla sentir bien lo llenaba de satisfacción. Había sido atento con sus amantes en el pasado, pero verla retorcerse y morderse los labios para no llamarlo lo llenaba de una felicidad indescriptible.

Sus suaves labios recorrieron su piel, lenta y sabiamente, como si estuviera disfrutando de un festín. Sus propias necesidades quedaron olvidadas mientras se concentraba en encenderla.

Ella comenzó a temblar bajo sus caricias, incapaz de soportar más sus provocaciones y, sin embargo, sin poder hacer otra cosa que soportarlas en silencio.

Sus dedos se volvieron más audaces mientras comenzaban a deslizarse bajo su falda.

Ella se retorció presa del pánico, intentando escapar, pero él la sostuvo con firmeza.

—Tranquila —la calmó, acariciándole la espalda con la otra mano —. Déjame complacerte. Ese hombre… jamás podrá hacer lo que yo. No puede tocarte así.

—Para —jadeó ella.

La boca de él se tensó.

Ella continuó:

—Deja de hablar de él. No es mi amante.

Sus ojos brillaron, y él rozó su cuello con la nariz.

—Mmm… me pediste que dejara de hablar de él, no que dejara de hacer lo que estoy haciendo.

—Tú… —se quedó sin palabras. Todo su cuerpo anhelaba más, y su mente estaba dividida en dos: una parte temía que alguien entrara por la puerta; la otra estaba entumecida de placer, mientras él pensaba en algo completamente inútil.

¿Qué le pasaba en la cabeza?

¿Por qué actuaba de manera tan irracional, como un hombre poseído? Era como si fueran dos ríos corriendo en paralelo: uno fluía hacia arriba, el otro hacia abajo, con pensamientos completamente distintos.

Mientras tanto, sus dedos continuaban explorando, a veces danzando sobre su piel con caricias ligeras como plumas, otras masajeando con una fuerza casi dolorosa.

—Quita tu mano —dijo ella, su cuerpo estremeciéndose contra el suyo.

Los dedos de él se detuvieron, y permaneció inmóvil, esperando. Tal como había previsto, ella se arqueó hacia él.

—¿Qué quieres? —susurró en su oído—. Tu boca dice una cosa, tu cuerpo otra. ¿De verdad quieres que me detenga?

Ella no quería que se detuviera, pero se estaba volviendo insoportable. Su labio sangraba ligeramente por lo fuerte que lo había mordido para contener sus gritos, y el sabor de la sangre en su lengua le devolvió el juicio.

Su mente y su cuerpo estaban en guerra, como si una batalla sangrienta se librara en su interior. Ese placer enloquecedor era extraño y aterrador. No era de extrañar que la mitad de la alta sociedad se perdiera en la lujuria y la depravación.

Era enloquecedor sentir tanto, tener el cuerpo y la mente complacidos y sentirse tan maravillosamente bien. No, no podía continuar, o se desmayaría.

—Para —murmuró con una voz sin fuerzas—. No más, no puedo soportarlo.

Los dedos de él se tensaron contra su muslo antes de retirarse de debajo de su falda.

La otra mano aún sujetaba su cintura, aparentemente reacia a soltarla. Apoyó la frente contra la de ella, su respiración irregular caliente contra su piel.

Necesitaba un momento para calmarse.

Su comportamiento había sido irracional; sus acciones, despreciables. Nunca antes había mostrado un lado tan crudo de sí mismo, pero con ella, sus sentimientos y emociones habían brotado como un torrente.

¿Era porque era su esposa? ¿Habían los votos atado sus almas con algún hilo espiritual que le hacía sentir que ella le pertenecía? Como si nadie más tuviera derecho a sostenerla excepto él.

Fuera lo que fuese, lo dejaba intranquilo y descolocado.

Pasó un tiempo antes de que sus corazones dejaran de tronar y sus respiraciones se estabilizaran, y aun así él continuó sosteniéndola, rozando de vez en cuando su frente con los labios.

Ella abrió la boca para exigirle que la soltara cuando un grito desgarró el aire.

Se miraron con sorpresa y, con idénticas expresiones de horror, salieron corriendo de la habitación.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

El baile estaba en pleno apogeo, pero Jane y Lord Savill siguieron al ama de llaves hasta una de las habitaciones de invitados al otro lado del atrio. Era parecida a la habitación que Jane había ocupado en su primer día, aunque mucho más hermosa y mejor mantenida.

Cuando Jane entró, un fuego crepitante la recibió, y las llamas titilantes proyectaban sombras sobre el papel pintado en tonos dorados y azul pálido.

Lady Montgomery y Lady Croft entraron poco después. En cuanto vieron a Lord Savill, corrieron a sus brazos y hundieron el rostro en su pecho.

Él las estrechó con fuerza y murmuró palabras tranquilizadoras.

Jane acompañó al ama de llaves hasta la puerta, la cerró y se colocó frente a la chimenea, fingiendo calentarse las manos. Aquel era un momento privado para la familia, y sentía que no tenía derecho a estar allí.

Tras lo que le pareció una eternidad, la sensación de ser una intrusa no deseada aumentó, así que intentó escabullirse discretamente después de lanzar unas palabras suaves por encima del hombro.

—Creo que debería ocuparme de los invitados.

La mano de Lord Savill salió disparada y le sujetó el brazo.

—Quédate —ordenó.

Ella asintió con desgana, y él la soltó.

—¿Qué ha ocurrido? —Lord Savill se apartó de su madre y su hermana una vez comprobó que estaban lo bastante calmadas para hablar—. Oímos el grito y luego el ama de llaves vino corriendo a buscarme.

Lady Montgomery soltó una débil risita.

—No es nada. Lord Screymour llevaba un chaleco hecho de pelo de gato, lo que envió a Lady Grace a un paroxismo. Estaba mudando pelo.

Lady Croft resopló.

—Ese no fue el grito que oyó, madre. Dile lo que ocurrió.

La boca de Lady Montgomery se torció con agitación y sus ojos evitaron los de su hijo.

—Mordió a la doncella.

Lady Croft agarró la mano de su hermano.

—¡Sabíamos que pronto haría algo por el estilo, y lo ha hecho!

Jane jadeó.

—¡Oh! ¿Está herida?

Lady Montgomery negó con la cabeza mientras Lady Croft exclamaba:

—Había sangre, madre.

Jane tragó saliva.

—¿Tenía mucha hambre?

—Era la hora de cenar —respondió Lady Montgomery, ajustándose la peluca de coliflor.

—¿No le gustó lo que le ofrecieron para cenar? —susurró Jane horrorizada—. ¿Por eso el señor Williams se la comió?

—¿El señor Williams? —Lady Croft frunció el ceño—. Fue padre quien lo hizo.

Jane la miró con espanto.

—¿Lord Montgomery se comió a la doncella? ¡Cielos, esto es peor de lo que pensaba!

—Nadie se comió a nadie —dijo Lady Montgomery con suavidad —. Fue un pequeño pellizco. Un mordisco sin importancia.

¡Por Júpiter! Lord Montgomery había mordido a la doncella. Jane miró el fuego, incapaz de pensar qué decir.

En ese momento, el mayordomo entró con copas de brandy relucientes. Jane tomó la bandeja, despidió al mayordomo y entregó una bebida a cada uno.

Lady Croft se estremeció cuando el impacto de la noticia la alcanzó. Bebió todo de un trago y dejó la copa sobre la repisa de la chimenea.

—Le dije a Rosey que llevara algo de cenar a padre, que estaba en el estudio, escondido bajo la alfombra. Y en cuanto levantó la alfombra, él le agarró la mano y la mordió.

—¿Dónde está la doncella? —preguntó Lord Savill.

—Con la cocinera —respondió Lady Montgomery.

—¿Y padre? —preguntó él con suavidad.

—Con el ayuda de cámara, en su dormitorio.

Lady Croft rodeó a su madre con un brazo.

—¿Qué crees que deberíamos hacer, Richard?

—¿Hacer? —Lady Montgomery resopló y se irguió—. Pues enviar a la muchacha a su casa a primera hora de la mañana.

—¿Pero por qué? —exclamó Jane.

Lady Montgomery se encogió de hombros.

—Bueno, porque la muchacha se ha inventado toda la historia. Mi esposo jamás haría algo así.

Lady Croft y Lord Savill intercambiaron una mirada.

—Vi las marcas de los dientes —dijo Lady Croft—. Estaba sangrando.

—Entonces está loca y se mordió ella misma —declaró Lady Montgomery con tranquilidad.

Lord Savill tomó las manos de Lady Montgomery y habló con firmeza:

—Padre ha perdido la razón. Seguramente ahora lo ves. Debemos enviarlo lejos por la seguridad de todos. Te atacó la otra noche… pensó que eras sus huevos del desayuno.

Lady Croft asintió.

—Madre, me persiguió con el atizador del fuego hace quince días. ¿Y si Richard no puede salvarme la próxima vez?

Lady Montgomery negó con la cabeza.

—Estaba bromeando. No pretendía hacerte daño. Tiene un sentido del humor extraño. Algunos hombres son así. No haría daño ni a una mosca. Es tan gentil… siempre lo ha sido. Ahora voy a despedir a esa doncella mentirosa y conspiradora.

Apartó las manos de sus hijos y se dirigió hacia la puerta.

—¡Madre! —Lady Croft corrió tras ella—. Por favor, no puedes despedirla. No sería justo.

Los ojos de Jane se posaron en Lord Savill, que parecía ceniciento. Caminó hasta la cama y se sentó como si las piernas se le hubieran vuelto de algodón.

CAPÍTULO VEINTISIETE

—Lo siento —dijo con suavidad—. Debes de estar terriblemente preocupado por él.

—No me importa si está loco —replicó con brusquedad—. Su estado no me afecta. Es por mi madre por quien estoy preocupado.

Ella extendió la mano y aferró lentamente la manga de él, queriendo tomarle la mano, pero sin atreverse. Sus dedos acariciaron la tela suave, intentando ofrecer consuelo.

Él contemplaba el fuego con la mirada perdida.

Ella lo observó un momento, con el corazón encogido por el dolor que él estaba atravesando. La batalla que libraba en su interior comenzó a reflejarse en su rostro; los músculos se tensaban bajo la piel con agitación, y la vena de su cuello latía visiblemente.

Debía hacer algo, cualquier cosa, para aliviar su dolor. ¿Pero qué?

Tras pensarlo un instante, corrió hacia el pequeño escritorio en la esquina y encontró un trozo de papel liso y una pluma. Mojó la punta en tinta y comenzó a dibujar rápidamente.

—Mira —dijo, sentándose a su lado—. Dime, ¿qué ves?

—Mis ojos.

—¿Y?

—Parecen… dolidos.

—Cada vez que alguien menciona a tu padre, esto es lo que veo. Sí te importa; tus ojos lo dicen.

—Lo detesto. Cree que soy ilegítimo. —Sus ojos ardieron de ira mientras todo su porte se erizaba—. Pensaba que mi madre tenía un amante. Solía gritarle hasta que perdió la razón. Puede que ella lo haya olvidado, pero yo recuerdo cada palabra cruel que salió de su boca.

—Pero te pareces mucho a tu padre.

—Él no lo cree, mientras que mi necia, necia madre ha permanecido a su lado. Incluso ahora, cuando apenas recuerda quién es, no quiere abandonarlo.

—¿Por eso trabajas tan duro?

Él alzó las pestañas, sorprendido.

—¿Cómo lo supiste?

—Soy pintora. He aprendido a observar y captar los cambios más diminutos en las expresiones. Sé que estiras las piernas cuando intentas parecer despreocupado, pero en realidad estás inquieto por algo. Cuando inclinas la cabeza hacia un lado, no estás escuchando la conversación, sino pensando en otra cosa. Cuando te apartas para sonreír, esa es tu sonrisa verdadera, no la que muestras al mundo…

—Me has estado observando.

Ella se sonrojó.

—Observo a todo el mundo.

—¿Con tanta intimidad?

Sus dedos retorcieron la falda.

—Trabajas duro por si él le dice al mundo que eres ilegítimo.

Él asintió.

—Aunque tenga que renunciar a mi título, conservaré mi fortuna y podré mantener a mi familia.

Ella le tomó la barbilla y lo obligó a mirarla.

—Debes soltar este dolor. Tu padre era un hombre celoso. Acéptalo. Amaba a tu madre hasta la locura y temía no merecerla, y quizá no la merecía. Tú mostraste un rasgo similar. Te enfureciste conmigo simplemente porque bailé con Lord Chambers. Y ni siquiera me tienes cariño.

Él apartó la mirada.

—Soy como él.

—¿El otro miedo? —preguntó ella, apartándole un rizo de la frente con una caricia—. ¿Crees que perderás la cordura?

—Podría.

—No te enviaré a Bedlam.

—Lo sé. Eres un poco como mi madre.

Ella lo miró sorprendida.

—Eso es un gran elogio.

Él soltó una risita.

—Quizá la locura ya esté insinuándose.

Ella se puso seria.

—Has convertido algunos incidentes de la infancia en algo mucho más grande de lo que es. Te pareces tanto a él que ¿cómo podría haberlo negado? Tu madre no se lo reprocha. Perdónalo.

—No puedo.

—Lo harás. Estás herido porque lo amas. Piensa en las veces que fue amable contigo.

—¿Amable conmigo? —frunció el ceño.

—Piensa en un incidente. Seguro que hay uno.

—Algo amable… una vez me talló un caballo de madera.

—Eso es amor.

—Solía llevarme al huerto a recoger manzanas. Luego cortábamos un ramo de flores para madre y la sorprendíamos.

De pronto apoyó la cabeza en el regazo de ella, como si estuviera demasiado cansado para seguir sentado.

Ella se tensó.

Él no advirtió el cambio y continuó:

—Madre regañaba a la cocinera si me daba demasiados dulces, y padre la regañaba cuando no lo hacía. La pobre mujer no sabía qué hacer la mayor parte del tiempo.

Cerró los ojos, y sus espesas pestañas oscuras descansaron sobre su rostro atractivo. Su boca parecía vulnerable mientras recordaba su infancia.

Ella tragó saliva.

—Suena como si te hubiera querido mucho.

—Así era… y luego un día cambió.

—Ese día se instaló su locura. Nunca fuiste tú. Fue la enfermedad.

Él guardó silencio un largo rato y, cuando ella creyó que se había dormido, habló:

—Años de ira no desaparecen en unos instantes.

Se incorporó y ella se apartó.

Sus ojos estaban otra vez brillantes y alerta. El cuello ya no estaba tenso y la vena palpitante de su frente había desaparecido.

Ella le sonrió.

—Te encantan los desafíos. Piensa en esto como adquirir algo precioso: tu paz mental. Es lo más importante del mundo.

Dejó de hablar al darse cuenta de que él ya no la escuchaba. Sus ojos recorrían la forma de sus labios, su mandíbula y su nuca.

Lentamente, su mirada se oscureció, encendiéndose.

Ella abrió los ojos con asombro y la piel se le sonrojó al sentir que la conciencia mutua se deslizaba por la habitación como una serpiente lenta y peligrosa.

El cambio de ánimo fue repentino y desconcertante.

El dolor, la tristeza y la conversación tranquila se desvanecieron como tinta diluyéndose en agua, dejando algo más oscuro, profundo e íntimo en su lugar.

Recordó su abrazo apasionado de antes y las sensaciones que él había despertado. Su cuerpo tembló en anticipación ahora que sabía qué esperar.

Retorció la sábana y se alejó más. Su espalda chocó contra el cabecero de terciopelo, arrancándole el aire.

Qué rápido había surgido el deseo, anunciando su presencia y sofocando todas las demás emociones.

Parecía que cada vez que se encontraban en un ambiente cargado y ardiente, él la necesitaba como un hombre necesita a una mujer, quizá para expulsar sus emociones de la manera más primitiva.

Él observó sus dedos retorciéndose y el subir y bajar agitado de su pecho, y sus ojos brillaron con un conocimiento mucho más profundo y perverso que el de ella.

Gracias a su agudeza, ella podía discernir las emociones de una persona por los mínimos espasmos de los músculos faciales, pero él tampoco era ajeno a leer a los demás.

La enfermedad de su padre lo obligó desde muy joven a estar alerta a los cambios en el lenguaje corporal y las expresiones para evitar desastres provocados por su locura.

Así, sabía lo que ella sentía.

Ella contempló su rostro, fascinada por las líneas duras en contraste con su boca suave y tentadora. Su piel brillaba dorada a la luz del fuego, mientras su aroma masculino, a especias cálidas y brandy, se deslizaba hacia ella y le cubría la lengua.

Sus párpados se volvieron pesados, su boca se suavizó y un suspiro tenue escapó de sus labios. Un pequeño punto de sangre

seca permanecía en su labio inferior donde lo había mordido antes: un recordatorio, un señuelo de lo sensible que era, de lo maravillosamente receptiva.

Él inclinó la cabeza, sus ojos se oscurecieron con triunfo mientras recorrían sus facciones.

Ella movió las piernas fuera de la cama, pero él no le permitió escapar: le sujetó la nuca y la besó.

Un beso suave, delicado. Tan rápido que apenas lo sintió.

Era suficiente, intentó convencerse. Más sería peligroso.

La mano de ella se alzó, queriendo atraerlo de nuevo, pero su corazón no fue lo bastante valiente para seguir adelante.

—No estuvo tan mal, ¿verdad? —preguntó él con ligereza.

Ella soltó un pequeño chillido y negó con la cabeza, haciéndolo reír.

Al cabo de un momento, se puso serio.

—¿Jane?

Sus ojos se abrieron. ¿Se había dado cuenta de que había dicho su nombre?

—Jane —repitió, como si leyera su mente.

Un dulce estremecimiento la recorrió y no pudo ocultar el brillo en sus ojos, pero le avergonzaba admitirlo.

—Deja de mirarme —replicó con brusquedad.

Él comprendió su timidez; el tono áspero no significaba nada. Conteniendo su deseo, apartó un rizo detrás de su oreja y le dio un suave golpecito en la nariz.

—¿Pagarás a la doncella? ¿Te asegurarás de que tenga un lugar adónde ir?

Su corazón, que latía con fuerza, se serenó ante su tono uniforme e impersonal.

—La enviaré con mi madre. Quería una nueva doncella.

Él asintió.

—Organizaré un carruaje por la mañana para llevarla a Finnshire.

Ella salió, ansiosa por cumplir su encargo. Era la primera vez que hacía algo como esposa y miembro de la familia, y quería hacerlo bien.

Algún tiempo después, mientras sostenía en sus brazos a la doncella sollozante y la consolaba, se sintió como una mujer casada.

Era otra sensación nueva y singular.

Y esa sensación… no era desagradable en absoluto.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Lady Montgomery estaba bebiendo café en el sofá del salón familiar, mientras Jane estaba sentada en el escritorio escribiendo cartas.

La mañana era brumosa y la luz se difundía al entrar por la ventana abierta. Una brisa delicada, perfumada con las últimas rosas de la temporada, agitaba el papel y los sobres sobre el escritorio y jugueteaba con la peluca empolvada de Lady Montgomery.

Una carta de Penelope yacía sobre la mesa, y Jane la tomó con cierta aprensión. Debajo había otra carta, esta vez de Celine; una tercera de Dorothy y, por último, una de su hermana menor, Elizabeth.

Tomó primero la carta de Lizzy. No se llevaban bien y discutían constantemente. La mayoría de los días, Jane fingía no tener una hermana menor. Era más fácil así.

Rasgó el sobre y leyó el contenido.

Jane

Escribo porque padre insistió en que debía hacerlo. Dijo que es mi deber como tu hermana.

No me gusta tener hermanas. Se me va toda la mañana escribiéndoles a ustedes.

No pude asistir a tu boda porque mamá no me despertó. Cuando padre se enteró de lo que hizo mamá, se enfureció. Desde entonces no se hablan.

Yo no destruí tu pintura. Me enfadé porque pensaste que yo haría algo tan horrible y no intentaste aclararlo conmigo.

No sabía que te casarías tan rápido y te marcharías. Pensé que nunca te casarías o que, si lo hacías, te enviarían de regreso a casa poco después.

Supongo que no visitarás Finnshire por mucho tiempo ahora.

No te extraño y me alegra que te hayas casado. Ahora tengo tu pianoforte, las sillas de terciopelo verde y el tocador de marfil. Mamá

dijo que podía quedármelos.

También dijo que saldré en sociedad el próximo año, y estoy encantadísima. Me quedaré con Penny durante la temporada porque es a quien más quiero.

¿Vendrás a casa pronto? Solo pregunto porque mamá querría saberlo, no porque estuviera pensando en ti.

Mary, la vaca, ha dado a luz a una ternera sana. Tiene patas largas y se ve muy torpe al caminar, y su cara parece demente. Esperamos que mejore con el tiempo. Estoy pensando en llamarla Jane.

Con cariño,

Elizabeth.

Jane leyó entre líneas, medio riendo, medio llorando. Por un instante, fue transportada a Finnshire, donde todos conocían su nombre y cada sendero y cada árbol le resultaban familiares.

Lizzy, la menor y la más consentida de las hermanas, no se parecía en nada a ella. Mientras Jane vivía en un mundo de fantasía, tratando de plasmar su caótico mundo interior en el papel, Lizzy vivía el momento.

Lizzy no tenía lugar para pequeñas mentiras ni deseo alguno de suavizar su lengua afilada. Amaba la vida y disfrutaba de sus bondades. Adoraba la ropa, las joyas y la buena comida. Mientras Jane apenas pensaba en su próxima comida, Lizzy decidía qué cenaría ya en la mesa del desayuno.

Lizzy estaba llena de afecto cálido. Abrazaba a las personas sin pensarlo, bailaba como si nadie la mirara y cantaba, aunque eso asustara a los animales de la granja.

Mientras el mundo aterrorizaba a Jane, Lizzy veía la vida como una alegre aventura.

Jane sonrió. Sus constantes enfrentamientos con su hermana ahora le parecían infantiles. Sabía que Lizzy no había destruido su pintura; más tarde había descubierto que lo había hecho el hijo menor de la cocinera.

Recordó las duras palabras que le había dicho a su hermanita en un arrebato de ira y sintió una punzada de arrepentimiento. Rápidamente escribió una respuesta, con palabras llenas de calidez.

Nunca había sido alguien que demostrara afecto, y sin embargo, al releer lo que había escrito, comprendió que había cambiado y que estaba aprendiendo a expresar sus sentimientos con mayor claridad y honestidad.

Tal vez era el súbito abismo que se había abierto entre ellas tras su matrimonio lo que le hizo comprender que, si no decía lo que llevaba en el corazón, nunca sería entendido.

Selló la carta y la dejó sobre la bandeja de plata para que la enviaran, luego miró hacia Lady Montgomery, que había comenzado a rascarse la peluca con una varilla. Una araña apareció entre la masa plateada sobre su cabeza antes de desaparecer.

Jane se estremeció y abrió la carta de Penelope.

Querida Jane

Estamos convencidos de que Lord Savill te está tratando mal. Nos preocupa que hayamos sido precipitados al casarte con él. Fue una decisión egoísta. Para salvar el pellejo del duque, puede que hayamos sacrificado el tuyo.

Hemos pasado por alto tu felicidad y te hemos arrojado a una situación difícil.

¡Pum! ¡Aaaaa!

Jane estuvo fuera de su silla en un instante. Salió corriendo de la habitación y encontró a Lady Croft caída al pie de la escalera. Yacía con las manos aferradas a la pierna, y el rostro retorcido de dolor.

—¡Angélica! —Lady Montgomery se desmayó al verla.

Jane alcanzó a Lady Montgomery a tiempo.

—¡Gibbons, Belcher! —gritó—. ¡Bella!

El mayordomo llegó corriendo y ayudó de inmediato a Jane a tender a Lady Montgomery en el suelo.

—¿Está Lord Savill en casa? —Jane colocó la cabeza de Lady Montgomery sobre su regazo y comenzó a quitarle las horquillas de la peluca.

—No está, milady, y Lord Montgomery está dormido.

Jane arrojó la peluca a un lado.

—¿Puede llevar a Lady Montgomery a su habitación y pedirle al ayuda de cámara que me ayude a subir a Lady Croft?

El excelente y bien pagado mayordomo no perdió tiempo. Tomó a Lady Montgomery en brazos y se dirigió rápidamente a su habitación.

—Bella —exclamó Jane—, rápido, láudano y un paño frío.

El ayuda de cámara apareció a su lado y, juntos, llevaron a la gimiendo Lady Croft a su habitación.

—El médico —ordenó Jane mientras la acomodaba en la cama.

—Duele… —se quejó Lady Croft al abrir los ojos.

Jane tomó el medicamento de Bella y lo acercó a sus labios.

—Beba.

Lady Croft no protestó y dio un generoso trago.

—Pronto se sentirá mejor —la tranquilizó Jane, limpiándole la frente con un paño húmedo.

—Me caí por las escaleras. Mi falda era demasiado larga.

Jane la empujó suavemente hasta que quedó recostada sobre la almohada.

—Silencio. El médico llegará pronto. Guarde fuerzas.

—Tengo un ungüento. Calmará mi tobillo —dijo Lady Croft, cerrando los ojos—. En mi armario.

Jane se levantó y comenzó a buscar. Pronto encontró el ungüento, pero también descubrió un escondite de retratos.

Sacó uno y abrió los ojos con sorpresa. Era un retrato de Lady Montgomery, y el parecido era extraordinario. Además, encontró hojas llenas de hermosas acuarelas.

—Usted pinta —dijo, conmocionada.

Los ojos de Lady Croft se abrieron de golpe.

—¡Cómo te atreves a fisgonear!

—Me pidió el ungüento, y me encontré con esto.

Su rostro se derrumbó y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Guárdalo.

—¿Por qué? Son maravillosos. Debería mostrárselos a la familia.

—¿Y de qué serviría? —replicó Lady Croft—. Oh, los odio a todos. A Richard es a quien más odio.

Jane sabía que era la tintura la que la hacía hablar así, aunque un dejo de verdad resonaba en su voz.

Lady Croft continuó con amargura:

—Soy la hermana mayor, viuda, completamente dependiente de mi hermano. No puedo decir lo que pienso por temor a ofenderlo y que me eche. Mi madre adora el suelo que pisa, y ahora has llegado tú, la señora de la casa. He cuidado de todo hasta ahora, pero de pronto una extraña tiene más derecho sobre esta casa que su propia pariente de sangre.

—No.

—Es cierto, y lo sabes. Nadie me preguntó qué quería… me casaron con un hombre obsesionado con la guerra que luego se hizo matar. No tengo hijos que cuidar, ni un hogar que dirigir, nada. ¿Para qué vivo?

Jane inclinó la cabeza, incapaz de responder. Sabía que era la suerte de muchas viudas. Y para una mujer tan orgullosa como Lady Croft, podía comprender cuán difícil era la situación.

Los ojos de Lady Croft brillaron.

—Hasta Georgiana cree que tú eres su mejor amiga.

Jane parpadeó. ¿Georgiana? ¿Qué tenía que ver ella con esto?

—Debemos contar nuestras bendiciones —dijo Jane en voz baja —. Ambas hemos recibido las mejores herramientas y educación. Puede llenar tus horas creando arte hermoso, y algún día recibirá el reconocimiento que merece.

La ira de Lady Croft se atenuó.

—Me alegra que no dijeras que no tengo motivos para sentir amargura.

—Lo entiendo.

—Solo desearía poder hacer algo más con mi vida —dijo Lady Croft.

Jane dudó un momento antes de volver junto a la cama y tomar las pálidas manos de Lady Croft.

—Tengo un sueño… una idea que he estado considerando.

—¿Cuál?

La voz de Jane tembló al expresar por primera vez su deseo más profundo.

—Quiero abrir una escuela de arte para mujeres. Mujeres que aman pintar pero no tienen la habilidad ni los medios. Viudas sin recursos, mujeres rechazadas por sus familias o simplemente

talentosas que necesitan un pequeño impulso y algunos colores para perfeccionar su arte. Todas serán bienvenidas. Las habilidades que se enseñan en las academias para señoritas no se comparan con lo que los hombres aprenden de sus maestros. Podemos cerrar esa brecha.

Lady Croft se incorporó.

—¿Una escuela de arte dedicada a mujeres?

—Exactamente. Quizá le gustaría ayudarme a hacer realidad este sueño. No sé cómo empezar, ni qué necesitaremos… pero tenemos la habilidad, y solo necesitamos tiempo.

—Tengo todo el tiempo del mundo —dijo Lady Croft, abrazando una almohada—. Oh, qué idea tan maravillosa, Jane.

—Gracias, Lady Croft.

—Llámame Angélica. Después de todo, ahora somos socias.

Jane sonrió y extendió la mano. Angélica la estrechó con firmeza.

—No se lo digamos a nadie hasta ponerlo en marcha —dijo Angélica, con la voz llena de entusiasmo más que de dolor.

—Estoy de acuerdo. Llevará tiempo. Lo he pensado, y aun con nuestros ingresos anuales combinados, necesitaremos algunos patrocinadores.

—Entonces, es un secreto.

Jane sonrió.

—Un secreto delicioso y maravilloso.

Un golpe en la puerta hizo que Jane se volviera.

El mayordomo estaba en la entrada.

—El médico ha llegado, milady, y también sus hermanas.

—¿Mis hermanas? —Jane frunció el ceño.

—Sí, milady. Me han pedido que prepare tres habitaciones de invitados. Dijeron que planean quedarse indefinidamente.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Jane y Lord Savill entraron juntos en el estudio y se sentaron en el mullido sofá azul marino. Las hojas moteadas del gran roble junto a la ventana titilaban sobre las paredes, y la luz cortante del sol, junto con el crepitar de la leña, volvían la habitación insoportablemente cálida.

Jane se levantó de un salto y abrió la ventana para dejar entrar el viento helado que le arañó la piel como un manojo de ortigas.

¿Cómo se atrevían sus hermanas a presentarse allí, instalarse y luego exigir que se reunieran de inmediato en el estudio?

Lord Savill sacó su tabaquera, la miró, hizo una mueca y volvió a guardarla, con aire resignado.

La señora Williams cacareó con disgusto, y Jane le dio unas palmaditas en la cabeza a la gallina.

—Han fijado la hora y el lugar, ¡pero esta es mi casa!

—Silencio —le advirtió Lord Savill—. Domina tu temperamento. Oigo pasos.

Jane se apresuró a ocupar su lugar junto a él y recompuso el gesto.

Sus tres hermanas entraron en la habitación como tormentas arremolinadas, vestidas para intimidar. Sus expresiones eran serenas, con las emociones ocultas, y aun así Jane podía sentir la furia burbujeando bajo su piel.

Un paso en falso, y estallarían.

Jane tragó saliva, y su temperamento se retiró en silenciosa reverencia. Aquellas manos delicadas albergaban un poder inmenso, y no creía que nadie pudiera oponerse a ellas y salir victorioso.

Penelope entró primero, pareciendo una criatura del bosque que hubiera entrado por error en un entorno inglés. Su vestido verde bosque, bordado con hilos dorados, fluía alrededor de su esbelta figura, y el toque de blanco en sus sienes añadía a su aura majestuosa. Miró a Lord Savill y sofocó un grito.

Celine, con ni un cabello fuera de lugar, apareció después con un impresionante vestido color pervinca. Su expresión cambió apenas un instante, y solo alguien que la conociera bien sabría que se había quedado desconcertada.

Por último, Dorothy se deslizó como una bailarina y aplaudió encantada.

—Oh, qué mascotas tan maravillosas. Un guepardo y una gallina.

—El señor y la señora Williams —los presentó Jane.

—¿La gallina es la señora Williams? —preguntó Celine.

—Naturalmente —sonrió Jane.

Lord Savill había sido muy astuto al traer al señor Williams. Había inquietado a sus hermanas y, de pronto, eran ellas las incómodas.

Penelope se aclaró la garganta y se sentó lo más lejos posible del guepardo, mientras Celine se sentaba a su lado.

Dorothy se acercó al guepardo, con el rostro lleno de asombro.

—¿Puedo acariciarlo? —preguntó.

Lord Savill se encogió de hombros.

—Es un gato. Puede morderte o ronronear, según su humor.

Dorothy lanzó una última mirada anhelante al animal despatarrado a los pies de Lord Savill antes de reunirse con sus hermanas.

—Estamos preocupadas —dijo Penelope, adoptando su voz de duquesa—. Creemos que no estás tratando bien a nuestra hermana.

Lord Savill se puso de pie de un salto. Jane le sujetó la mano y lo obligó a sentarse de nuevo.

—Eso no es cierto, Penny —replicó Jane—. Y deberías haber hablado de esto conmigo en privado.

—Lo intentamos, Jane —la reprendió Celine con suavidad—. Nos dijiste que no pasaba nada, y sin embargo Lord Savill te evitó en el último baile. Se comportó como si hubiera visto a una tía molesta cada vez que te veía y se daba la vuelta. Te hizo el desaire una y otra vez. Y luego te arrastró cuando bailabas con Lord Chambers de la manera más escandalosa.

Jane tragó saliva. Las palabras dolían. No se había dado cuenta de que Lord Savill la había estado evitando esa noche. Sus hermanas la habían protegido bien.

Manteniendo el rostro impasible, dijo:

—Fue una pequeña discusión. La mayoría de los esposos las tienen.

Celine negó con la cabeza.

—Apenas has asistido a bailes con él, mientras que él ha estado en casi todos los actos sociales sin ti.

—No disfruto los actos sociales. Elegí quedarme en casa a pintar —replicó Jane.

La verdad era que él nunca le había pedido que lo acompañara.

—Esto es entre nosotros —comenzó Lord Savill.

Penelope se puso de pie, con un destello de temperamento en el rostro.

—Es nuestra hermana, una Fairweather antes de convertirse en Lady Savill. Usted se ha estado comportando como un hombre soltero. Ese no fue nuestro trato, milord.

—Su Gracia —objetó Lord Savill—. No he hecho nada...

—Precisamente —replicó Celine—. No ha hecho nada para que este matrimonio funcione. No ha hecho nada para cortejarla.

—¡Me engañaron para casarme! —tronó él.

—Tiene una esposa —habló Dorothy por primera vez—. Entiendo que las circunstancias que llevaron a esta unión fueron menos que ideales, pero usted hizo los votos. Jane tampoco quería casarse y, sin embargo, no la veo evitándolo ni tratando a usted o a su familia de forma aborrecible. Incluso ahora, está demostrando su lealtad al defenderlo mientras usted se niega a reconocer su comportamiento poco amable.

—Cometimos un error, Jane —añadió Dorothy—. Te obligamos a este matrimonio y ahora tememos haber elegido mal. Quizá debimos permitir que el duelo siguiera adelante.

Celine miró las llamas parpadeantes de la chimenea.

—¿Y si Lord Savill te está tratando con crueldad? No podemos permitir que sufras el resto de tu vida por nuestra culpa. Cuando pronunció sus votos, esperábamos que los cumpliera. Que hiciera lo honorable, y sin embargo, no estamos convencidas. Después de todo, apenas lo conocemos.

Penelope dio un paso hacia Lord Savill, con expresión desafiante.

—Si no te está tratando bien, haremos que cambie su comportamiento.

El señor Williams levantó la cabeza y se sentó sobre los cuartos traseros.

Tras una mirada nerviosa al animal, Penelope retrocedió apresuradamente y continuó con valentía:

—Me temo que tendré que cancelar nuestro acuerdo, milord.

Lord Savill se levantó de un salto y esta vez Jane no lo detuvo.

—¡No puede hacerlo! —tronó.

—Le daré la casa y las tierras con una condición —dijo Penelope con frialdad— que en los próximos días nos demuestre que es un buen esposo para Jane y que ella es feliz.

—Soy feliz —frunció el ceño Jane—. Es un esposo encantador. De hecho —dijo con repentino abandono—, estamos enamorados.

Lord Savill pareció desconcertado. Miró a Jane, quien le apretó la mano en advertencia.

—Locamente enamorados —asintió él con rapidez—. En lugar de estar enfadado, estoy encantado. Estoy agradecido de que nos hayan unido. En cuanto a las circunstancias, quizá estábamos destinados a estar juntos. El mundo entero conspiró para que nos encontráramos. Jane, mi querida nuggins, mi humeante salsera, nunca quiso casarse y quizá esta era la única manera...

Jane volvió a apretarle la mano para detener su palabrería.

Celine puso los ojos en blanco.

—No les creo.

—Entonces les haremos cambiar de opinión —dijo él sonriendo—. Pueden quedarse todo el tiempo que deseen, pero si quedan convencidas, entregarán la propiedad antes de marcharse en lugar de esperar hasta fin de año.

Penelope consultó en voz baja con Dorothy y Celine. Tras un momento, dijo:

—Entonces queda acordado. Nos quedaremos una quincena.

Jane batió las pestañas a Lord Savill y apoyó la cabeza en su brazo.

Él se puso rígido.

Ella se enderezó rápidamente.

—Debo ocuparme de la cena e informar a la cocinera de nuestros nuevos huéspedes. ¿Por qué no dan un paseo? Lord Savill ha creado una pequeña cascada en el Jardín Oriental. Te gustará, Penny.

Las hermanas se marcharon, dejando solos a Lord Savill y Jane. Se miraron, luego miraron la puerta.

Él tomó su mano y la atrajo hacia sí.

—Hablaremos esta noche —susurró en su oído.

Ella contuvo el aliento hasta que él la soltó.

—Les encanta escuchar a escondidas. Tendrá que ser muy tarde.

Él asintió.

—Te veré entonces.

—Espera, una cosa más.

—¿Sí?

—No vuelvas a llamarme salsera humeante o te sacaré un ojo.

—Como desees, mi querida Nuggins.

Él se rio cuando ella le lanzó un cojín a la espalda mientras se retiraba.

El resto del día transcurrió en paz. Jane se acurrucó en una silla del salón familiar con sus hermanas, Georgiana, Lady Montgomery y Lady Croft, y chismearon hasta bien entrada la noche.

El médico había examinado el pie de Lady Croft y declaró que solo estaba gravemente torcido y no roto. Lady Montgomery se había desmayado por la impresión, pero ahora se encontraba perfectamente bien tras un poco de descanso.

Jane bebió un sorbo de vino y observó a su familia reír y cantar, y el momento la llenó de una intensa felicidad. Era encantador tener huéspedes a quienes amabas quedándose en casa, incluso si esos huéspedes eran damas ancianas sumamente poderosas y entrometidas.

CAPÍTULO TREINTA

Jane contempló desde su ventana la luna gigantesca flotando en el cielo nocturno como una gota de aceite en un cuenco de agua negra. El aroma de la lluvia, la hierba y las rosas llegó hasta ella, y aspiró profundamente.

Una ráfaga fría y cortante entró, haciendo titilar las velas.

Se frotó los brazos, deseando haber llevado un camisón grueso de lana en lugar de la fina bata de seda color crema sobre su camisola.

Un golpe en la puerta la hizo volverse.

—Jane —dijo Penelope desde el umbral. Sus ojos fueron de la cama a la ventana abierta—. Me preguntaba si tendrías un poco de brandy. Siento un leve resfriado.

Jane observó cómo la mirada de su hermana recorría la habitación. Se alegró de haber arrojado la camisa de Lord Savill sobre la silla.

—Puede que haya en el gabinete del salón. Lord Savill lo sabrá.

Penelope se encogió de hombros.

—Oh, creo que puedo esperar hasta la mañana. ¿Debe de estar dormido?

—No lo está —respondió Jane, esperando que fuera cierto.

—Ya veo… ¿y te unirás a él?

Jane se sonrojó.

—Lo haré.

—Los dejaré solos y buscaré el brandy por la mañana.

Jane vio marcharse a su hermana y luego fijó la vista en la puerta que conducía a la habitación de su esposo. No tuvo que esperar mucho.

Lord Savill entró con paso decidido. Tenía el cabello revuelto y la camisa parcialmente desabrochada, como si hubiera recordado su promesa de reunirse con ella mientras se desvestía para dormir. Sus ojos brillaban bajo los párpados pesados y sus labios estaban apretados con irritación.

Jane lo observó acercarse y deseó tener un trozo de carbón para dibujarlo. Se veía magnífico, como un héroe griego que hubiera cobrado vida. Y la piel morena que asomaba sobre su camisa era terriblemente tentadora. Si pudiera transformarse en Mr Williams por un momento, apoyar la cabeza en su regazo, ronronear de placer y quizá incluso mordisquear un poco…

—Bien —dijo él.

—Sí, bien —respondió ella, sentándose en la cama y levantándose al instante siguiente—. Esto es un aprieto.

—Penelope vino hace un momento a pedir brandy.

—Ya veo. El espionaje ha comenzado.

—Interrogarán a los sirvientes.

Sus ojos se demoraron en su cabello y sus mejillas encendidas.

—Tendrás que colarte en mi habitación por la mañana y meterte en mi cama antes de que los sirvientes despierten.

Ella tragó saliva.

—Ya veo… ¿y si no me despierto a tiempo?

—Entonces tendrás que compartir mi cama.

Ella dio un paso atrás.

—Imposible.

—No te tocaré.

El silencio descendió sobre la habitación, y las palabras quedaron suspendidas, densas y pesadas. Sintió que todo su cuerpo se ruborizaba y se volvió hacia la ventana. El frío resultó bienvenido esta vez sobre su piel ardiente.

Celine entró con paso decidido.

—¡Vas a enfermarte!

—¿Qué quieres? —preguntó Jane con mal humor.

—Cierra la ventana y ven aquí.

Jane obedeció.

Celine cruzó los brazos.

—Necesito una cinta para mi sombrero.

—¿Una cinta?

—Sí, una cinta azul. No podré dormir hasta arreglar mi sombrero.

—Tienes seis sombreros —dijo Jane irritada—. Me los enseñaste esta tarde.

—Me encantan los sombreros —se encogió de hombros Celine.

—¿Viniste aquí a buscar una cinta para tu sombrero? ¡Es pasada la medianoche!

—¿Interrumpí algo? —preguntó Celine, mirando de uno a otro.

—Fuera —ordenó Jane—. Te daré el sombrero por la mañana.

—Quieres decir la cinta.

—¿Eh?

—Dijiste que me darías el sombrero. Yo necesito la cinta…

Jane no la dejó terminar y la condujo fuera de la habitación.

—¡Buenas noches! —llamó Celine con una risa.

—Tus hermanas… —Lord Savill sacudió la cabeza.

—¿Qué pasa con ellas? —replicó ella a la defensiva.

—Son maravillosas —sonrió.

Ella se ablandó.

—Esto va a ser más difícil de lo que pensaba.

Él dio un paso hacia ella y tomó su mano con cuidado. Observó su dedo durante tanto tiempo que Jane comenzó a inquietarse.

—Gracias —dijo por fin.

—¿Por qué? —lo miró sorprendida.

—Por salvar a mi madre. Cuidar de mi hermana cuando se torció el tobillo. Mantener en secreto los hechos de nuestro matrimonio y, sobre todo, decirle a tu hermana que me entregue las tierras en cuanto termine esta farsa.

—¿Por qué es tan importante esa tierra para ti?

Su apretón se tensó sobre su mano, casi doloroso.

—Cuando mi abuelo atravesó una crisis financiera, vendió su casa, en la que mi padre creció. Padre quiso recomprarla antes de perder la razón. Había sido feliz allí. El hombre que la compró estaba enamorado de mi madre y se negó a vendérmela, sin importar cuánto dinero ofreciera.

Jane contuvo el aliento.

—Entiendo.

Él dio un paso más cerca y habló con sinceridad.

—No quiero enviar a padre a Bedlam. Quiero que viva cómodamente, pero lejos de esta casa. Se está volviendo un peligro para todos. Si se supiera su condición, sería un escándalo. Quería

comprar esa casa para que viviera allí con ayuda suficiente y poder vigilarlo. Madre estará complacida y él será feliz.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Convenceré a mis hermanas —dijo con fiereza—. Haré todo tipo de cosas de esposa: cortarte los cigarros, comprar corbatas, manchar tu camisa y pedir al ayuda de cámara que la limpie delante de mis hermanas. Haré todo lo que he visto hacer a mamá por papá y a Penelope por el duque.

—Eres bondadosa —dijo él, acariciándole la mejilla con los nudillos.

—Una tonta de corazón blando —aceptó ella.

Él soltó su mano y se sentó.

—Si vamos a hacer esto, debemos hacerlo bien. Necesitamos hablar cada noche y aprender sobre los gustos y disgustos del otro.

—Las pequeñas diablas —asintió con fervor—. Escarbarán hasta el fondo.

—Tendré que tomarte de la mano o besarte la mejilla.

Ella se aferró a su bata y la retorció.

—Practiquemos tomarnos de la mano para que no parezca antinatural.

—Y los besos.

—Y los piquitos —corrigió ella.

Su expresión se volvió intensa de pronto.

—Tienes que decírmelo todo.

Ella tragó saliva con nerviosismo; su mirada oscura le hacía revolotear el corazón.

—Lo haré.

—¿Quién es Lord Chambers y por qué estabas tan feliz en sus brazos la otra noche?

Ella parpadeó.

—¿Aún lo recuerdas?

—Responde.

El tono brusco la tomó por sorpresa.

—Lord Chambers se ocupa de mi trabajo. Maneja mis finanzas y encuentra compradores para mis pinturas. Tienes algunos de mis cuadros. Debiste tratar con él.

—Fue hace tiempo y había olvidado con quién traté. Aun así, no responde a mi pregunta. ¿Por qué estabas tan feliz?

—La Royal Society of Arts está considerando incluirme como miembro.

Sus ojos ardieron al oír su respuesta, y se puso de pie de un salto, tomándola por los hombros.

—¿La Royal Society? ¿De verdad?

Ella asintió.

—¡Es maravilloso! —sonrió, la alzó y la hizo girar.

Ella rio, encantada con su reacción. Era tan inesperada. Había supuesto que se enfadaría, pero en cambio irradiaba alegría y orgullo.

—¡Bájame! —chilló.

Lo hizo, pero lentamente, dejándola deslizarse a lo largo de su cuerpo.

Y entonces la besó.

Fue como el choque del pedernal contra el acero.

Ella jadeó contra sus labios, y él profundizó el beso. Su boca se movía sobre la de ella con una ternura insoportable.

Las manos de Jane se alzaron para aferrar su camisa y atraerlo más, deseando más.

Esta vez el beso fue distinto, igual de apasionado, pero lleno de felicidad y libre de miedo o incertidumbre.

La emoción de haber logrado algo tan extraordinario a tan corta edad hacía aquel beso aún más especial. Era dulce hasta doler y lento, como si quisieran saborear el gusto del otro durante mucho, mucho tiempo.

Se elevó sobre la punta de los pies sin darse cuenta, y su control comenzó a desvanecerse. Una neblina descendió sobre su mente, y todo lo que podía pensar, sentir y percibir era a él.

La puerta se abrió y Dorothy apareció en el umbral.

Jane se apartó de él con un arco, las piernas inestables. Él la sostuvo por la cintura, como si supiera que caería si la soltaba.

—Adelante, sigan —dijo Dorothy con una sonrisa—. Solo vine a espiar.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Él se fue a desvestirse para acostarse mientras ella se cambiaba a una ligera bata matinal de muselina blanca en lugar de su fina camisola de dormir.

Habían decidido que lo mejor era que ella compartiera su cama en vez de entrar a hurtadillas cada mañana para reunirse con él antes de que los sirvientes se levantaran.

No quiso pensar en lo rápido que habían llegado a esa decisión; en cambio, entró en su dormitorio.

El estómago se le llenó de mariposas.

Él yacía en la cama, con el edredón subido hasta los hombros, observándola con los ojos entrecerrados.

—Quiero este lado —dijo ella, con la voz apenas temblorosa—. Está más cerca de la chimenea.

Él se encogió de hombros y se dio la vuelta.

Deseó que hubiera discutido con ella; eso habría facilitado las cosas. Había llegado erizada como un caniche irritado, lista para arrancarle la cabeza de un mordisco, pero él no estaba dispuesto a morder el anzuelo.

Se acercó a la cama, y él se subió el edredón hasta la barbilla.

Ella frunció el ceño.

—No voy a abalanzarme sobre ti.

—Eso espero —gruñó él.

Ella se metió en la cama con un resoplido y se dio la vuelta.

La leña crepitaba en la chimenea, y el viento aullaba afuera mientras se estrellaba contra Bellmore Hall, intentando encontrar una forma de entrar.

Él se apoyó en el codo y apagó la vela de un soplido, y el familiar aroma de la cera de abeja extinguida llenó el aire. Volvió a recostarse, y todo quedó en silencio.

Ella sabía que él estaba despierto, y sabía que él sabía que ella estaba despierta.

Miraban paredes opuestas, deseando que el sueño llegara.

Un silencio incómodo colgaba como un babuino suspendido por la cola en un árbol. Su cuerpo se sentía sensible, como si estuviera preparado para algo. Los hombros y el cuello le dolían por la tensión, y su respiración se negaba a acompasarse.

Él roncó, y sintió cómo sus músculos se derretían en un charco de relajación.

Una suave sonrisa de alivio curvó sus labios. Todo iría bien. Podía manejar esto. Solo era cuestión de unos pocos días.

Su respiración se niveló y pronto cayó en un ritmo lento, profundo y constante.

Entonces se giró de lado y lanzó su pierna derecha sobre el hombre dormido a su lado, mientras sus dedos se aferraban al borde de su camisa.

Sus nudillos descansaron sobre la piel desnuda de su cintura, y su piel ligeramente más fría lo quemó como una congelación.

Los ojos de Lord Savill se abrieron de golpe, mirando el techo oscuro. La falta de luz agudizó sus otros sentidos, y podía oír el suave subir y bajar de su respiración y sentir cada parte de sus suaves extremidades enredadas alrededor de él.

Exhaló con brusquedad.

Sería una noche larga y sin sueño que pondría a prueba cada ápice de su paciencia.

Cuando volvió a despertar, era de mañana.

El sol entraba a raudales por la ventana, con el polvo danzando en sus rayos. El extraño mobiliario masculino y el aroma la alertaron de inmediato, al igual que el hecho de que su cabeza descansaba sobre los hombros de Lord Savill.

El sueño huyó, y comprendió algunas verdades más. Su rodilla estaba sobre su pantorrilla, y su mano bajo su camisa, reposando sobre su abdomen desnudo.

Esa postura ambigua hizo que todo su cuerpo se sonrojara de sorpresa.

Lo miró; él dormía. Las suaves pestañas caían sobre sus mejillas. Ya no parecía un lord, sino un joven muy apuesto con una cicatriz en la ceja y diminutas pecas color canela sobre su aristocrática nariz.

La cama era cálida y suave, y junto con su calor, la hacía sentir como si estuviera ardiendo. Una capa de sudor comenzó a formarse en su espalda mientras sus pestañas temblaban.

Nerviosa de que él descubriera que estaba enredada a su alrededor como una enredadera indisciplinada, tomó una delicada bocanada de aire e intentó liberarse de su abrazo.

Él estrechó su sujeción con un brazo mientras, distraídamente, sujetaba su cuello con la otra mano y acariciaba su piel sensible. Su toque era ligero, peligrosamente ligero, enviando escalofríos por su espalda.

¡Cielo santo! Pensaba que era su amante.

Giró la cabeza y besó su frente somnoliento.

Ella se humedeció los labios secos y enderezó lentamente la pierna para que dejara de tocarlo, mientras su palma se apartaba de su cálido abdomen y regresaba a su lado.

Cada sonido, cada respiración parecía estirarse en el silencio del amanecer.

Él percibió que se alejaba y, con rapidez, la tomó por la cintura y la atrajo de nuevo. Esta vez, todo su cuerpo quedó sujeto contra el suyo, con sus labios presionados contra su pecho.

Un instante después, comprendió que su deseo palpitaba contra su vientre, ardiente y urgente.

Presa del pánico, se retorció para apartarse, pero eso solo pareció hacerlo crecer y latir con más fuerza.

¡Ah!, gritó para sus adentros. Tenía que despertarlo. Pero si lo hacía, él se daría cuenta de su abrazo y comprendería que se había rodado hacia sus brazos, ya que estaban acostados de su lado de la cama.

Pensaría que era una maniobra deliberada para seducirlo. Ya la había acusado antes de intentar algo por el estilo, y ahora esto sin duda lo convencería de que sus pensamientos eran traviesos cuando se trataba de su relación.

Él comenzó a moverse otra vez; sus dedos se hundieron en su cuero cabelludo y amasaron, lenta y sensualmente, inclinándole la cabeza hacia atrás mientras sus labios descendían sobre los de ella.

Se quedó rígida como un ave en las fauces de un depredador.

El sol naciente inundó la habitación con su luz brillante, pero las cortinas del lecho, aún gruesas y fragantes, solo permitían que penetrara un resplandor suave y delicado.

Su boca buscó la de ella en un beso ligero. Sus labios rozaron los de ella como el ala de una mariposa sobre una flor cargada de polen.

Todo su ser tembló ante su contacto. De pronto, ya no quiso huir; pero aunque hubiera querido, sus dedos la retenían con firmeza, impidiéndole escapar.

La tela susurró, era el único sonido en la habitación junto con el canto de los pájaros, y su respiración lenta y somnolienta acarició su rostro mientras profundizaba el beso.

Su lengua empujó entre sus labios hasta que ella se abrió como él le había enseñado antes, y sus lenguas se entrelazaron. Sus labios succionaron y lamieron en un beso pausado pero ardiente, provocando y despertando lentamente el deseo.

Pronto se quedó sin aliento e intentó mover la cabeza, pero él la siguió hasta que sus dedos sujetaron su barbilla y, con un sonido impaciente, la mantuvo quieta.

—Jane, pórtate bien —murmuró contra su boca, devolviéndola de golpe a la realidad.

¡Sabía que era ella!

Sus ojos se abrieron de golpe y lo miró con suspicacia.

Los ojos de él seguían cerrados y su respiración era lenta e irregular.

¿Eh?

¿Estaba soñando con ella? No podía ser. No, él jamás.

Pero si lo estaba, ¿qué significaba?

Molesto por su repentina falta de respuesta, le pellizcó la cintura para llamar su atención y comenzó a mordisquear y besar su oreja.

Cuando empezó a rozar su cuello con la nariz, ella no pudo soportarlo más; todo su cuerpo temblaba, cada centímetro sensible, y finalmente soltó un chillido:

—Te estás abalanzando sobre mí.

—¿Eh? —parpadeó, despertando.

Su mirada somnolienta la golpeó como un rayo, haciendo que su corazón se oprimiera con una emoción indescriptible. Avergonzada, murmuró:

—Me besaste. Creí que habías dicho que no lo harías.

—No lo dije.

—Sí lo dijiste.

—¿Por qué estás en mis brazos?

Ella se apartó a toda prisa.

—Debí rodar mientras dormía.

—Una historia muy creíble.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Me sorprende que puedas caminar con esa cabeza hinchada sobre el cuello en lugar de desplomarte.

Él parpadeó un momento y luego, con los ojos más brillantes, la contempló, observando sus mejillas sonrojadas, el subir y bajar de su pecho y las hermosas pestañas que temblaban de emoción.

De pronto sonrió y dijo:

—Soy irresistible; por eso no pudiste evitarlo. Te perdono.

—No me gustas.

—Acércate —curvó el dedo— y veremos quién tiene razón.

Ella saltó de la cama.

—Mis hermanas deben de estar esperando. Tengo que irme.

Él rio triunfante.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Sus hermanas eran implacables. Durante los días siguientes, Lord Savill y Jane las encontraron escondidas dentro de jarrones gigantes, detrás de los cortinajes e incluso colgadas de la hiedra fuera de la ventana de su alcoba.

Por su parte, Jane interpretó el papel de esposa devota y amorosa. Untaba con mantequilla las tostadas de Lord Savill, le servía tazas de café, batía las pestañas tantas veces que perdió unas cuantas y se sonrojaba cada vez que él le sonreía.

Le tomaba las manos hasta que les sudaban, le susurraba tonterías al oído y se reía de todo lo que él decía.

Él correspondía como una pelota que rebota de un lado a otro. Si ella le sonreía, él le besaba la mejilla. Si ella hacía algo por él, sus labios aterrizaban en su frente o en su mano.

Debía admitir que era encantador y mejor actor que ella. Le traía pequeños obsequios: flores, dulces y cintas, y la miraba como si fuera la criatura más preciada del mundo.

Una mañana, hizo que los sirvientes cubrieran el sendero desde la alcoba hasta el comedor con pétalos para que su día comenzara con el perfume de rosas damascenas trituradas.

Y cada noche ordenaba que la doncella le llevara una palangana con agua caliente a su habitación una hora pasada la medianoche.

—¿Por qué? —Jane parpadeó, confundida—. Interrumpe nuestro sueño.

Él se aclaró la garganta y arrojó un paño de muselina dentro de la palangana para que pareciera que había sido usado.

La tela color crema se empapó y se hundió en las profundidades de la porcelana.

—Tus orejas están rojas —Jane lo miró con suspicacia—. ¿Es un truco?

—Quiero que esta farsa termine. ¿Por qué habría de arruinarla ahora? —apretó los labios—. Sígueme la corriente. Los convencerá.

—¿Una palangana con agua caliente cada noche pasada la medianoche traída por mi doncella los convencerá de que estamos enamorados?

Él asintió con firmeza.

—Ahora duérmete.

Ella contempló la nuca roja como la sangre y su respiración irregular, se encogió de hombros y cerró los ojos en paz. Todo el mundo tenía extrañas ideas y pasiones. Quizá esta fuera una de las suyas.

La familia estaba encantada con el giro de los acontecimientos. Pensaban que la pareja por fin se estaba enamorando.

Jane y Lord Savill no estaban encantados. Estaban cansados de fingir y de vigilar cada palabra.

Un día, durante un paseo con Lord Savill, Jane pateó una piedra del camino y la envió volando hacia el lago helado. El aire tenía una mordedura pronunciada, y el olor intenso del agua fría y de las hojas cambiantes anunciaba la llegada del otoño.

Luego pateó un montón de hojas y observó cómo volaban junto con su zapato.

Lord Savill se detuvo.

—No te muevas.

Ella se quedó inmóvil mientras él se arrodillaba, recogía su pie y le volvía a poner el zapato.

Él le sonrió.

—Todavía nos siguen.

Jane miró por encima del hombro, y un arbusto que avanzaba tras ellos se quedó congelado.

—Quiero que se vayan a casa.

Él suspiró; el esfuerzo de mantener la farsa empezaba a notarse en sus ojos.

—¿Cuánto tiempo debemos pasear? El sol empieza a quemarme la piel.

—Yo también estoy cansada.

—¿Crees que ellas están cansadas? —preguntó, inclinando la cabeza hacia el arbusto.

—Es hora de averiguarlo.

Jane marchó hacia la bola de hojas y ramas.

—Fuera.

Sus hermanas se pusieron de pie y la miraron con timidez. Parecían acaloradas y sedientas, con ramitas y hojas sobresaliendo de su cabello.

Jane se puso una mano en la cadera. Sus ojos ardían de enojo.

—Tienen que dejar de seguirnos.

Penelope enderezó la espalda.

—Solo intentaba averiguar si él te trata bien.

Lord Savill se deslizó hacia un lado.

—Voy a decirle a la cocinera que prepare gooseberry fool.

Nadie lo miró, y aprovechó para escapar.

Jane tomó la mano de Dorothy.

—Tienen que confiar en mí. Soy feliz aquí, y están arruinando las cosas en lugar de mejorarlas. Todo iba perfectamente hasta que llegaron.

Dorothy frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Jane miró hacia otro lado, incapaz de explicar que deseaba un matrimonio sin amor. Esta pretensión comenzaba a confundirla. Ya no podía diferenciar entre lo que era real y lo que era fingido.

No quería sentirse atraída por su esposo y, si las cosas continuaban así, se estremecía. La consecuencia sería horrible.

Solo el otro día él había limpiado una miga de su labio y la manera en que la había mirado… Se abrazó a sí misma y se apartó de sus hermanas.

—Queremos que seas feliz —dijo Celine.

—Soy feliz. ¡Ustedes me están haciendo desgraciada! —replicó Jane.

—Eres una cosita tímida que nunca se abre —objetó Penelope—. Nos preocupamos por ti.

Jane las fulminó con la mirada.

—¿Creen que no tengo el fuego de las Fairweather? ¿Que soy un corderito dócil?

—Eres como un perrito callejero tembloroso —replicó Dorothy—. No te gustan los enfrentamientos, te asustas con facilidad, y tus

huesos pequeños y tu piel delicada no ayudan. Dudo que pudieras asustar ni a una ardilla traviesa.

La voz de Jane se llenó de una frialdad capaz de rivalizar con el viento del norte.

—Puede que no me gusten las multitudes ni los bailes ni las fiestas, pero si alguien me agravia, tengo el valor de defenderme.

—Eres demasiado dulce —objetó Celine.

Una especie de furia descendió sobre Jane. La punta de sus orejas se volvió roja y ardiente, y su boca se apretó en gesto de rebeldía. Sus hermanas no tenían derecho a tratarla como a una niña dócil. Era hora de ponerlas en su sitio.

Tomó aire profundamente y, con un grito que sonó antiguo y tribal, empujó a Celine, luego a Dorothy y por último a Penelope al lago helado.

—Eso debería despejarles la cabeza y hacerlas ver la verdad —dijo Jane, abriendo su parasol con un chasquido—. Que tengan una buena tarde.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Bella descorrió las cortinas con un suave susurro, y la luz de la madrugada se coló por una abertura en los cortinajes de la cama y golpeó a Jane de lleno. Despertó para encontrar su té junto a la cama y su cabeza, una vez más, apoyada en el hombro de Lord Savill.

Intentó respirar con regularidad, sin querer que él despertara y la encontrara así. Su aroma era embriagador, una mezcla de madera, cuero y tabaco caro.

Se sorprendió a sí misma frotando la mejilla contra su brazo, y sus ojos se abrieron con horror.

No, no podían besarse otra vez. La última vez casi había perdido el juicio entre sus brazos.

Saltó de la cama y decidió escapar de él por un rato.

Observó su rostro dormido por última vez antes de ordenar a sus piernas que se movieran y la llevaran a su propia alcoba.

Traviesa, traviesa Jane, se reprendió. Pensamientos terribles de besarlo o acariciar su piel saltaban en su mente de vez en cuando como ranas en un estanque.

Necesitaba salir de la casa. Quizá un paseo enfriaría su imaginación burbujeante; así que se cambió a un vestido azul de paseo y salió.

Era un día hermoso. El sol aparecía velado en el cielo, como una vela de sebo brillando a través de una muselina gris suave, y una ligera bruma matinal se había posado sobre los árboles y el lago.

Los jardines en otoño se veían mucho más encantadores y hermosos que en verano. Parecía como si, de la noche a la mañana, alguien hubiera tomado un pincel y transformado con esmero las hojas de verde a rojo y dorado.

El frío se filtraba a través del chal sobre sus hombros, haciéndola tiritar. El viento del este era afilado, mordaz y rápido, tironeando de

sus faldas y de los alfileres en su cabello, haciéndola desear un abrigo de invierno.

Caminó hasta la orilla del lago, observando cómo caía la luz y cómo los distintos azules, grises y verdes se entretejían para formar ondulaciones en la superficie centelleante del agua.

Se inclinó y sumergió los dedos en el agua helada, intentando borrar la imagen de sus mejillas sonrojadas y cómo se había sentido acostada junto a Lord Savill.

Sus pensamientos habían comenzado a perseguirla.

Como una cebolla cruda, él se había filtrado en sus poros, permanecía en su aliento y surgía para tentar sus fosas nasales de vez en cuando.

Inclinó la cabeza y, por una vez, disfrutó del viento cortante. La distraía de pensar en sus brazos fuertes y reconfortantes, en cómo se estremecía cuando él la besaba y en el extraño deseo de apretar sus redondeadas y firmes nalgas...

Un caballo resonó cerca, y ella se puso de pie de un salto.

¡Oh! Había perdido el juicio.

Había estado pensando en él, y ahora lo veía cabalgando por el sendero.

Montaba un hermoso semental negro y llevaba un largo abrigo azul con botones dorados y calzones de piel.

Lo observó tirar de las riendas, inclinarse y acariciar al caballo. Qué bien se veían la luz de la mañana temprana, el lago lleno de colores otoñales y sus atuendos cerúleos a juego. Deseó tener un lienzo para inmortalizar aquel instante.

La piel se le erizó y, aun así, permaneció clavada en el sitio. Sus ojos recorrieron su figura, admirando su nariz bien definida y sus pestañas oscuras. Su pecho era amplio y seguro; sus piernas, largas y poderosas...

Se deslizó del caballo y miró en su dirección.

Ella dio un salto detrás de un sauce llorón, esperando que él no la hubiera visto espiándolo ni notado sus espantosas expresiones. Estaba segura de que había estado babeando como el señor Williams cuando veía su cena.

Se oyeron pasos crujiendo sobre las hojas caídas.

Su corazón comenzó a retumbar y se aferró a la corteza con dedos desesperados.

¿Era posible morir por un corazón acelerado?

Cerró los ojos y deseó poder transformarse en sirena y sumergirse en el lago.

Debía de haber visto sus expresiones si ella había visto sus pestañas con tanta claridad.

—¿Te encuentras bien? —Lord Savill apareció ante ella.

—Retorcijones —murmuró.

—Ah, sí que pareces un poco extraña.

—Te has levantado temprano —su voz sonó ligeramente entrecortada.

—Tú también.

—Sí, bueno, retorcijones.

Lo miró y deseó no haberlo hecho.

Él se estaba riendo.

Avergonzada, se volvió para marcharse.

Su mano salió disparada y le sujetó la muñeca.

Un aliento tembloroso después, estaba en sus brazos.

—¿Qué estabas haciendo hace un momento?

Ella se revolvió mientras sus dedos se apretaban en su cintura.

—¿Cuándo?

—Hace un momento.

—Disfrutando de la vista —replicó, sonrojándose—. Quiero decir, el lago se ve encantador, ¿no es así?

Intentó soltarse, pero él estrechó su abrazo, atrayéndola contra su pecho. Y así, sin más, ella se volvió blanda y dócil entre sus brazos, como si hubiera bebido una copa de champán de un solo trago y ahora se sintiera aturdida y cálida.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Su mirada se oscureció, y sus dedos se hundieron en su piel como si quisiera separar la carne de los huesos. De pronto, inclinó la cabeza hasta hundir la nariz en su cuello, inhalando profundamente.

Su aliento le hizo cosquillas, como si cálidas plumas intentaran apartar el frío de la madrugada de su piel.

Sus pechos subían y bajaban, sus labios reteniendo muchas palabras, quizá porque no sabían qué decir.

La brisa giraba a su alrededor, juguetona y traviesa, en contraste con el caos que rugía en sus corazones. ¿Qué querían el uno del otro? ¿Por qué lo que tenían no era suficiente?

Sus dedos temblaron levemente mientras su mente se llenaba de imágenes eróticas de ella recostada en la cama, el cabello extendido como seda sobre las almohadas.

Ella se removió en sus brazos, y él la sujetó con más fuerza.

—Tus hermanas están mirando —mintió—. Quédate quieta.

Se sentía poseído, como si se estuviera ahogando, apenas capaz de sostenerse. Quería desnudarla, tomarla allí mismo, en lo salvaje, como una bestia irracional. Jamás había sentido una atracción tan enloquecedora por nadie.

Cada vez que la veía, deseaba rodear su cintura, moldear su cuerpo contra el suyo, acariciar cada parte de ella. Quería arrancarle gemidos y suspiros bajo él.

Pero no podía dejar que ella lo supiera, o la asustaría y saldría corriendo.

Y ahora ya no quería que huyera, aunque lo volviera loco.

Al cabo de un largo instante, levantó la cabeza y la miró fijamente.

—¿Puedo besarte?

Era la primera vez que se lo preguntaba, y por alguna razón eso la hizo sentirse tímida. Bajó las pestañas y su piel adquirió un tono aún más rojo.

Al permanecer ella en silencio, preguntó:

—¿Tu silencio significa que sí?

Ella siguió callada. ¿Cómo debía responder? Si aceptaba, ¿no significaría que era una descarada? ¡Bah! Aquello era absurdo.

—No puedo esperar más —dijo él con voz ronca y áspera, y la besó.

Fue un beso cuidadosamente contenido; su boca se movía sobre la de ella lenta y delicadamente, como si temiera perder aún más el control. Le mordisqueó suavemente los labios y abrió los ojos.

Se miraron fijamente, y tras lo que pareció una eternidad, él dio un paso atrás con el ceño fruncido.

—Debo irme —dijo.

Ella asintió, sin confiar en su voz.

—Deberías tomar algo.

—¿Para qué?

—Para los retorcijones.

Ella volvió a asentir, sus pestañas temblando y ocultando su expresión aturdida. Un leve rubor en sus mejillas claras parecía aún más pronunciado bajo la suave luz de la mañana, haciéndola parecer fina y delicada.

Su mano se alzó antes de caer nuevamente a su costado, como si le costara separarse de ella, aunque fuera un instante.

—Te acompañaré de regreso.

—No es necesario.

—No te encuentras bien.

La sujetó del brazo y la condujo hacia el caballo.

—Y...yo me siento bien, ¡AHH! —chilló cuando él la tomó de la cintura y la alzó sobre el caballo.

Ignoró sus protestas y la llevó de regreso a casa, incluso cargándola hasta su alcoba.

Después de aquello, la obligaron a descansar y la atiborraron de amarga medicina.

Tardíamente lamentó haberle mentido. ¿Quién habría pensado que él se marearía solo de imaginarla enferma?

Era exasperante… pero también, en cierto modo, dulce.

***

Las hermanas de Jane habían salido de compras, y Lord Savill por fin se había retirado a su estudio. Aprovechando la calma, Jane se dirigió al cenador para pintar y encontró a Lady Croft y a Georgiana admirando su última obra, que representaba Bellmore Hall.

—Tengo noticias —anunció Jane a Georgiana y a Lady Croft.

—¿Encontraste las semillas de rosas? —preguntó Georgiana con esperanza.

Jane puso los ojos en blanco.

—No, Georgie, no encontré las semillas para tu madre. Además, ya no le queda espacio en el jardín para más rosales.

—Entonces, ¿qué es? —preguntó Georgiana.

—Lord Chambers encontró un comprador para la acuarela de Angélica. El retrato del niño de la calle.

Lady Croft abrió la boca, asombrada.

—No puede ser.

—Claro que sí.

—No.

—Sí.

—No.

Georgie se levantó de un salto y abrazó a Lady Croft con tal fuerza que ambas cayeron del banco al suelo.

Entre risas, Jane las ayudó a levantarse.

Lady Croft dio palmadas, encantada.

—Apenas puedo creerlo. Que un completo desconocido admire mi obra lo suficiente como para comprarla… ¡Es maravilloso!

Georgie le tomó la mano.

—¿Por fin estás convencida de que eres una pintora maravillosa?

Lady Croft sonrió.

—Quizá no sea tan mala.

—Esto es lo que el comprador pagará —añadió Jane.

Se le cayó la mandíbula.

Lady Croft se puso de pie de un salto.

—¡Oh, si sigo vendiendo así, quizá pueda contribuir con una buena suma a la escuela!

Georgiana fingió bailar con un hombre invisible.

—Y en cuanto me convierta en Lady Plaskett, también podré ofrecer ayuda.

Lady Croft se emocionó y sorbió la nariz con delicadeza.

—No puedo creerlo, y sin embargo tú lo has hecho posible, Jane. Te estaré eternamente agradecida.

Jane se encogió de hombros.

—No hice nada, excepto hacerte ver tu talento.

Tras un momento para serenarse, Lady Croft comenzó a pasearse por la habitación.

—He estado hablando con mujeres: solteronas, viudas y damas empobrecidas. La situación es desesperada. No pueden trabajar ni poseer propiedades y dependen de la generosidad de las familias. Son como frágiles mariposas, revoloteando de una familia a otra, alejándose antes de exceder su bienvenida.

Georgie volvió a sentarse, con el rostro inusualmente sombrío.

—Debe de ser difícil pedir dinero para sobrevivir todo el tiempo. Intentan compensarlo tocando música para la familia, pintando retratos, cuidando niños o acompañando a los ancianos.

—Sé cómo se sienten —dijo Lady Croft—. Miserables. Todas son miserables. Imaginen vivir solas, indefensas, sin propósito. Sin hijos ni marido a quienes atender, sin un hogar propio. Vivir en este mundo como un parásito no deseado y desagradable. Nos ocultamos en las sombras, apareciendo solo cuando es necesario.

Siempre comentan nuestra desgracia. Nos compadecen. Creen que estamos malditas. Creen que debimos hacer algo para merecer esta vida.

Jane la abrazó, y ella se dejó caer en sus brazos.

—Shh —la consoló Jane—. Lo entendemos, y ya no estás sin apoyo, sin amigos ni sin propósito. Eres una joven poderosa y talentosa que mejorará la vida de otros. Nunca volverás a ser infeliz.

Los ojos de Lady Croft ardían.

—Ayudaré a tantas como pueda.

Georgiana alzó el mentón y dijo con firmeza:

—Entonces, manos a la obra. Ponte al lado de Jane y trae las acuarelas. Quiero ver una pintura terminada cada semana.

Lady Croft dio palmadas, entusiasmada.

—No puedo esperar para comenzar. Pintaré todos los días y luego enseñaré a las mujeres estas habilidades para librarlas de una vida de sufrimiento. Durante unos instantes dichosos podrán olvidar sus problemas, igual que yo, y disolverse en el proceso de crear.

Jane miró con cariño a sus dos amigas.

—Y quizá incluso puedan vender su trabajo y darse cuenta de que las mujeres pueden ser más que esposas y madres. También pueden ser artistas.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Lady Croft saltó sobre el banco y proclamó que era una artista. Miró con desafío a los pájaros que cantaban en los árboles y exigió que reconocieran sus magníficas acuarelas. En cuanto a la estatua de Dionisio que se alzaba alta y silenciosa en un rincón del cenador, le pinchó la nariz repetidamente mientras lo reprendía por ser hombre.

Algo en Lady Croft se había quebrado, y años de emociones reprimidas estallaron de su pecho como lombrices tras un día de lluvia.

—Soy una artista —repitió Lady Croft, con la voz llena de asombro.

—Lo eres —le aseguraron Jane y Georgiana.

Sus tonos eran aburridos, pues Lady Croft llevaba una hora hablando de ser artista.

—El té está aquí —dijo Georgiana, agradecida por la interrupción.

Jane suspiró aliviada. Solo había un número limitado de maneras de asegurarle a alguien su grandeza, y ella se había quedado sin ideas hacía un cuarto de hora.

Georgiana tomó una carta de la bandeja de plata que Bella había traído.

—Jane, es una carta dirigida a ti. Tómala antes de que la empape en té.

Jane la tomó y la abrió.

—Tengo un encargo —anunció—. Lord Posenby desea que le pinte su retrato y me pagará una suma considerable.

—No puedes aceptarlo —dijo Georgiana de inmediato—. Es detestable… un perseguidor de faldas. Intentó besarme una vez y tuve que meterle el abanico por la nariz para escapar.

Jane negó con la cabeza.

—Tú eres deseable, Georgie, mientras que en mí solo ve a la pintora, no a una mujer. Además, necesitamos el dinero.

—¿Necesitas dinero? —la fría voz de Lord Savill resonó en el aire.

Las muchachas hicieron una reverencia.

Él apenas inclinó la cabeza en respuesta mientras se acercaba a ellas, con los labios tensos y los ojos encendidos.

—¿Necesita dinero para qué?

—Para cintas y cosas así —dijo Jane, sin querer confesar su sueño de abrir una escuela. Se burlaría, y no soportaría que la ridiculizara.

Lady Croft miró de Jane a su hermano y, tras un momento tenso, tomó a Georgiana del brazo y la sacó de allí.

El tono de Lord Savill fue cortante.

—No pintará el retrato de Posenby.

Ah, así que había oído esa parte.

Jane alzó el mentón con desafío.

—Sí lo haré.

—Se lo prohíbo.

—No tiene derecho a prohibírmelo.

—Es mi esposa. Tengo todo el derecho —replicó él.

—Me llama *señorita* Fairweather.

—Acordamos comportarnos adecuadamente en público.

—Vendrá a este cenador para que le pinten el retrato. No estaré retozando con él en Hyde Park.

—Ha oído a la señorita Berry: no es de fiar.

—¿Y qué le importa?

En un instante, estuvo a su lado, sujetándole el brazo.

—¿Quiere ser mi esposa? ¿De eso se trata?

Ella lo miró, confundida.

—Yo… —se tambaleó ligeramente—. No, no quise decir que yo...

Él capturó sus labios en un beso breve y firme que la sacudió hasta lo más profundo.

—¿Acaso sabe lo que quiere? —preguntó, dándole la espalda—. No pintará su retrato, señorita Fairweather, y eso es definitivo.

En cuanto él se marchó, Jane tomó un frasco de vidrio lleno de negro de hueso y lo arrojó contra la figura de mármol de Dionisio. El vidrio se rompió y la pintura oscura se extendió por su torso.

Quizá lo habría escuchado si la hubiera llamado Lady Savill, pero como la había llamado señorita Fairweather, decidió hacer lo que

habría hecho una Fairweather. Se dirigió furiosa a su alcoba, sacó una hoja de papel y mojó la pluma en tinta.

Lord Posenby

Estaré encantada de aceptar su encargo. Por favor, pase por Bellmore Hall mañana al mediodía para conversar los detalles.

Atentamente,

J.F

***

Lord Savill se sentó a su lado en la mesa del desayuno.

Jane tomó una tostada, la untó con mantequilla y se la ofreció.

Él la ignoró.

Le sirvió café, y él alcanzó el chocolate en su lugar.

Jane inclinó la cabeza hacia él y susurró:

—Cálmese, o su enojo prenderá fuego a sus huevos.

—Le escribió a Posenby y lo invitó aquí —dijo entre dientes—. Lo echaré a patadas.

—No hará tal cosa —respondió Jane—. No lo permitiré.

Él se volvió hacia ella, con los ojos tan fríos como el cristal de la ventana a su espalda.

—No olvide su lugar, señorita Fairweather. Discúlpese.

—Jamás —replicó ella, y le pellizcó el muslo bajo la mesa, haciéndolo bizquear por un instante.

Él la fulminó con la mirada, y ella le sostuvo el desafío.

Jane desvió los ojos hacia sus hermanas y luego volvió a mirarlo. Él sacudió la cabeza como diciendo: al diablo con ellas.

Los ojos de Jane se entornaron; una luz traviesa brilló en su profundidad, y de pronto gimió y golpeó la cabeza contra la mesa, haciendo que todos se sobresaltaran.

—¿Te encuentras bien, querida? —preguntó alarmada Lady Montgomery.

—Un dolor de cabeza —respondió con mansedumbre.

Las hermanas intercambiaron una mirada, y Jane alzó los ojos al cielo y volvió a golpear la cabeza contra la mesa.

—De verdad, Jane, compórtate —gruñó Lord Savill en voz baja.

Jane notó que había usado su nombre. Aquello le produjo una sensación extraña, y de inmediato perdió el apetito.

Se limpió la boca y arrojó la servilleta sobre la mesa.

—Creo que iré a descansar.

—Una idea maravillosa —intervino Lord Montgomery—, ya que parece que está perdiendo el juicio, querida. Dígame, su excelencia —se volvió hacia Penelope—, ¿hay excéntricos en su familia?

Jane reprimió una risa que era mitad carcajada, mitad sollozo, y corrió a su habitación.

Pasado el mediodía, volvió a bajar y se reunió con Lord y Lady Montgomery en el salón familiar. Se había convertido en su costumbre pasar unas horas con ellos antes de ir al cenador a pintar.

Como de costumbre, encontró a Lord Montgomery leyendo junto a la chimenea, mientras Lady Montgomery estaba sentada junto a la ventana bordando un pañuelo para su esposo.

El calor de las chimeneas era bienvenido en aquella fría tarde. Conversó con ellos un rato, y aunque Lord Montgomery no respondía a muchas de sus preguntas, no le importaba. Ya estaba acostumbrada a sus maneras.

Sus hermanas descansaban en sus habitaciones, y Lord Savill se encontraba fuera de la casa; aquellos momentos llenos de charla suave le brindaban paz.

Lord Montgomery dio un sorbo a su té, pero antes de que pudiera apoyarlo sobre la cabeza del señor William, Jane se lo quitó y lo dejó en la mesa. Luego animó a Lady Montgomery a tomar otro pastelito y habló sobre cambiar las cortinas de las habitaciones de invitados.

Pasaron a hablar animadamente de moda cuando trajeron los sándwiches, y Jane volvió su atención a Lord Montgomery. Le entregó un plato y le habló hasta que terminó de comer.

Por fin, se limpió las manos con la servilleta y se levantó.

—Creo que iré a pintar antes de que se haga demasiado tarde.

—Jane —Lady Montgomery le tomó la mano.

Ella se arrodilló junto a la anciana.

—¿Sí?

Lady Montgomery le dio una palmadita en la mejilla.

—Gracias. La manera en que le hablas, lo alimentas, lo persuades para que esté de mejor humor… es casi como si fueras su verdadera hija.

Jane sonrió.

—Es mi suegro.

Lady Montgomery apartó la mirada.

—Y es peligroso… y, sin embargo, no muestras miedo. Te tiene un gran cariño.

Jane comprendió entonces que Lady Montgomery era consciente de la locura de su esposo, y que su mayor temor era que la separaran de él. Podía verlo en sus ojos con total claridad.

Apretó los dedos envejecidos en señal de apoyo, sin saber qué decir.

Lady Montgomery pareció entender su silencio.

—Jane, por favor, no dejes que Penelope le entregue la propiedad a Richard, o lo enviará lejos. Sabes que jamás haría daño a nadie.

Jane bajó las pestañas. Estaba perturbada. Sabía por qué Richard pensaba de esa manera y también comprendía los sentimientos de Lady Montgomery.

Era un verdadero dilema.

Echó un vistazo a Lord Montgomery, que leía un libro con tranquilidad, mientras el señor Williams estaba recostado a sus pies, y se preguntó si Lady Montgomery tenía razón.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Jane caminó hasta el quiosco, con la cabeza inclinada contra el fuerte viento, y sus pensamientos enredados.

Hojas secas, del color del atardecer, crujían bajo sus botas de montar, y el aroma de los setos de romero flotaba hasta sus fosas nasales para tentar su olfato.

Una liebre gris apareció en su camino, asustándolos a ambos momentáneamente antes de salir disparada.

Si los problemas pudieran asustarse tan fácilmente.

Hace un año, sus preocupaciones consistían en encontrar los pigmentos adecuados para sus pinturas o las cintas perfectas para su sombrero, pero ahora eran más profundas, más oscuras y más pesadas.

Su esposo quería la tierra para proteger a su familia y mantener contento a su padre chiflado, mientras Lady Montgomery deseaba tener a su esposo a su lado para siempre. El problema era que ninguno de los dos estaba equivocado.

Todo el asunto era gris. Gris como un huevo demasiado cocido.

Se detuvo en la entrada del quiosco y respiró hondo para calmarse. Quizá un poco de pintura ayudaría a deshacer los nudos de su mente.

Empujó la puerta y encontró a Lord Posenby recostado en el banco. ¡Lud! Había olvidado por completo invitar al hombre.

Se veía igual que en el último baile: cabello largo, oscuro y brillante, una nariz tan puntiaguda que se podría cortar un pastel con ella, ojos pequeños de un verde brumoso, y una boca delgada y seca.

En cuanto a su ropa… no llevaba ninguna.

La boca de Jane se abrió, sus ojos se llenaron de lágrimas y sus orejas se enrojecieron.

Él arqueó las cejas.

—Se estaba poniendo frío aquí. Algunas partes de mí empiezan a arrugarse como uvas en un día de verano.

Ella le dio la espalda.

—Lo siento, pero como dama, no tengo permiso para estudiar ni pintar desnudos. Por favor, póngase la ropa y podremos comenzar.

—¿Pintar?

—Pensé que quería que pintara su retrato.

—¡Por Júpiter! ¡No creerá eso!

—¿Qué quiere decir, señor?

—Es una mujer —dijo simplemente.

—No entiendo.

—Tenía curiosidad. ¿Por qué el hombre más rico de Inglaterra la elegiría a usted? Quería probar un poco.

—No soy un pollo relleno, mi lord.

—Sin embargo, me gustaría probar un bocado.

Su temperamento se encendió.

—¡Váyase de inmediato!

—Una provocadora —se burló—. Disfruto del juego.

Él se lanzó hacia ella, y ella se dio la vuelta para salir corriendo de la habitación. Sus dedos agarraron la parte trasera de su corsé y lo rasgaron.

Su corazón se detuvo y el terror paralizó sus extremidades.

Lord Posenby sonrió, luego frunció el ceño.

El señor Williams entró en el cenador, con su paso lento y firme. Se detuvo junto a Jane, se frotó contra ella y ronroneó.

Por primera vez, agradeció ver al gran felino. Puso una mano sobre su cabeza, pensando que el guepardo era el animal menos peligroso de la habitación.

Lord Posenby chilló y dio un paso atrás, chocando contra un lienzo.

La señora Williams asomó la cabeza desde detrás y cacareó.

Lord Posenby palideció al ver a la gallina levantar las alas y volar hacia él.

Picotazo.

—¡Ay!

Cacareo.

—¡No a mi… gluurg!

Picotazo.

—¡Uy! Parte sensible.

Picotazo.

—¡Santo cielo!

Jane observó con placer cómo la gallina perseguía al hombre por la habitación. Incluso el señor Williams parecía sonreír ante la escena.

—¡Quíteme esa ave de encima! —le gritó Lord Posenby.

Jane le lanzó su ropa. Él la atrapó en el aire y se la puso apresuradamente.

La señora Williams perdió el interés al instante. Parecía tener fuertes valores morales, y los hombres desnudos ofendían su sensibilidad.

Jane quedó impresionada por su gallina con principios. Se volvió para fulminar con la mirada al hombre insolente.

—Váyase —ordenó—. O el gato será el siguiente.

Él entrecerró los ojos y miró al guepardo, luego a ella.

—La conquistaré, Lady Savill. Adoro los desafíos.

Se fue, y ella se arrodilló, aliviada.

El señor Williams la empujó en el hombro, haciéndola caer de lado. Ella rio y lo abrazó.

—Gracias, gracias, gracias, mi gato de brillante armadura. Contigo a mi lado, no necesito un hombre.

***

Pasó una semana después del perturbador incidente. Jane pasaba sus días sobresaltándose con cada ruido, chillando ante las sombras y vigilando furtivamente su entorno. Sus nervios estaban tensos, pero poco a poco el tiempo los calmó, los recubrió de un sedante, y la amenazante figura de Lord Posenby se volvió una imagen borrosa en su mente.

Se dio cuenta de que él había lanzado esas amenazas en el calor del momento. No tenía intención de seguir con su comportamiento descarado. Sin duda, temía que ella hubiera confesado todo a su esposo, y ahora se escondía detrás de alguna esposa solitaria.

Con este pensamiento alentador, salió de su baño tranquilo, se puso una suave camisa de dormir color crema y alcanzó una bata.

Una mano pálida se la ofreció desde el oscuro rincón del armario de caoba.

Se la puso y luego se quedó paralizada. No podía ser… tiró del armario y jadeó: Lord Posenby, solo con su ropa interior, estaba sentado entre un montón de enaguas, cintas y encajes.

—¡Ese es mi mejor vestido, mi lord, quítese de encima! —gritó.

Él saltó del armario y puso una mano sobre su boca.

—Cariño, te extrañé.

Ella le mordió la mano, haciéndolo gritar.

Él la miró con reproche.

—Es divertido jugar a juegos amorosos, pero me gustan mis mujeres dulces. Nada de morder.

Ella abrió la boca y volvió a gritar.

Él puso los ojos en blanco.

—Los sirvientes están en la cocina, tus hermanas están de visita con un familiar enfermo, tu esposo trabaja en su apartamento de Londres, y Lord y Lady Montgomery pasean por el jardín.

Sus palabras calaron hondo. Sabía que el señor y la señora Williams también estaban en la cocina con Bella, así que esta vez estaba realmente sola.

Trató de ocultar su miedo mientras hablaba.

—Lord Posenby, malinterpretó mi carta. Solo acepté su encargo para pintar su retrato.

Él dio un paso hacia ella, con la mirada fija en el nervio que palpitaba en su cuello tenso.

—Ahora está casada. No hay necesidad de ser tímida. Tales aventuras son comunes, querida. De hecho, acabo de saltar de la habitación de la señora Woodly y he venido aquí.

Dio unos pasos cautelosos hacia atrás y alcanzó el picaporte mientras hablaba:

—De verdad, soy leal a mi esposo. Por favor, márchese; de lo contrario, tendré que avisarle cuando regrese.

Él extendió la mano y acarició su piel.

—Empiezo a entender por qué se casó contigo. Tu piel es como mantequilla y tu boca es deliciosamente tentadora. Y sé que guardarás esto para ti. Las mujeres siempre lo hacen.

Ella se apartó de su toque, abrió la puerta de un tirón y salió corriendo.

Él la persiguió, agarró un puñado de su cabello y detuvo su huida.

Ella gritó mientras el dolor recorría su cuero cabelludo.

Él la agarró del cuello y la giró.

—¿Leal a tu esposo? Encantador.

Ella buscó su parasol, y él inclinó la cabeza, claramente con la intención de robarle un beso.

Respiró hondo, le dio un golpe en la parte posterior de la cabeza y le metió dos dedos en la nariz.

Él cruzó los ojos y se desmayó.

Ella llamó al mayordomo y luego le ató las manos usando el cinturón de su bata.

Una garganta aclaró la voz detrás de ella. Se volvió y vio a Lord Savill observándola.

—Lo golpeaste —comentó.

Ella asintió, insegura.

—Bien hecho. —Sus ojos estaban fijos en el hombre en el suelo, y su cuerpo tenso como si intentara contener un impulso de matar.

Sus ojos se enrojecieron, y preguntó tan suavemente que él tuvo que inclinar la cabeza para escucharla.

—¿Te he enojado?

Pareció sorprendido por su pregunta y se volvió a mirarla.

—No —dijo con firmeza—, ven aquí.

Su cuerpo se relajó con alivio.

—Menos mal que viniste —exclamó, arrojándose a sus brazos.

Él la sostuvo cerca.

—Escuché tu grito.

—Se negó a creerme. Pensó que yo quería… con él…

Comenzó a temblar mientras su mente y cuerpo entraban en estado de shock, y sus dedos se aferraron a su camisa.

—Tuve que golpearlo con mi parasol.

—Shh, estoy aquí —dijo él, acariciándole el cabello—. Es un hombre engreído. Puedo imaginar bien su delirio. No necesitas explicarte, pero sí aprender a hacer un nudo. Puede usar los dientes para escapar. La próxima vez, tapa también su boca.

Ella escuchó su voz calmante divagar y se obligó a concentrarse solo en él. Su voz, su calor, su fuerza. Confió en ella, se dio cuenta, y ese pensamiento fugaz ayudó a calmar un poco su corazón acelerado.

Él le levantó la barbilla, con los ojos ansiosos.

—No te lastimó, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

Él inspeccionó su rostro.

—¿Te… te tocó?

—No, escapé a tiempo.

Le besó la frente aliviado, la levantó y la llevó a su habitación. La colocó suavemente en la cama y llamó al mayordomo.

Cuando Belcher llegó, le ordenó retirar a Lord Posenby de la propiedad lo más discretamente posible.

Hecho esto, se sentó a su lado y le ofreció agua.

Ella llevó el vaso a los labios, pero sus dedos comenzaron a temblar, y él tuvo que colocar su mano sobre la de ella para estabilizarla.

Lo observó entre sus pestañas mientras bebía.

Él sonrió y dijo alegremente:

—Bien hecho, mi pequeña valiente cucharita.

Ella puso una mueca.

—No.

—¿Qué tal mimosita?

Sus labios se movieron levemente.

—Basta.

—¿Pequeña valiente?

Ella se rio y dejó el vaso a un lado.

—Duerme —dijo, arropándola con la colcha—. Tuviste un gran susto. Un breve descanso ayudará.

Se serenó y se aferró a su mano cuando él se levantó para irse.

Sus ojos se oscurecieron al ver la expresión en su rostro, y se volvió a sentar.

Había comprendido su súplica silenciosa.

—No te dejaré —prometió, acariciándole la mejilla con los nudillos.

Se sentó junto a ella y la abrazó. Su calor resultaba increíblemente reconfortante, y sus caricias repetitivas sobre su piel pronto la adormecieron.

Ella cerró los ojos y, sorprendentemente, se quedó dormida con la cabeza apoyada en su palma.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

La noche siguiente, finos rayos de luna se colaban entre las cortinas y bañaban su alcoba con una luz fantasmal.

Ella se estremeció mientras Bella le quitaba los alfileres del cabello y lo peinaba con entusiasmo. Más temprano ese día, había recibido una carta de Lady Beetles, una famosa chismosa, informando que Lord Posenby había partido hacia Francia.

Nadie sabía qué había llevado al hombre a subirse al barco con tanta prisa. Se rumoraba que lo único que llevaba puesto al escapar del país era una bata de seda roja, medias que no combinaban y el sombrero de plumas de avestruz de su madre.

Muchos maridos se sintieron aliviados con la noticia.

Bella sacó un camisón y la gorra de satén crema a juego. La joven, normalmente parlanchina, estaba callada después del arduo trabajo del día. Jane la despidió y terminó de desvestirse sola.

Se alegró por un momento de estar a solas. Sus pensamientos eran demasiado privados para compartirlos con alguien, y cada vez más, cualquier cosa relacionada con Lord Savill se estaba volviendo así.

Algo había cambiado entre ellos después del incidente con Lord Posenby. Lord Savill y ella habían empezado a confiar el uno en el otro, y cierta animosidad se desvanecía como erosionada por el tiempo.

Más tarde se dio cuenta de que nunca había estado en verdadero peligro, pero el miedo había nublado su mente y enturbiado su juicio.

Tal vez la caprichosa fascinación de Lord Posenby había reparado una grieta en su vida matrimonial. Una separación aguda que la había molestado más de lo que ella misma había reconocido.

Se levantó con un suspiro y se dirigió al cuarto de Lord Savill.

Las cortinas de la cama no estaban corridas, y el fuego ardiente iluminaba la habitación.

Él estaba tumbado boca abajo, profundamente dormido. La sábana de seda negra se había acumulado en la base de su espalda, y su torso desnudo brillaba con la luz temblorosa.

Ella se balanceó, con la vista vidriosa. Su mirada experta recorrió las curvas y líneas de su espalda, y sus dedos ansiaban capturar la imagen en un lienzo.

Su espalda era larga, de tono uniforme, los omóplatos prominentes, y las vértebras apenas visibles.

Recordó que su piel era como la seda al tacto: tersa y suave, con una fuerza oculta desarrollada por mucho ejercicio.

Rápidamente corrió las cortinas de la cama y se deslizó en la cama junto a él.

Él era simplemente tan apuesto.

Era injusto.

No solo era atractivo, sino también cálido y cariñoso con su familia.

Ese día, Lady Montgomery y Lady Croft lo habían abrazado después de que Lord Montgomery mordiera a la doncella, y él había hablado con tono firme pero suave, tranquilizándolas y tomando control de la situación, aunque su corazón se rompiera.

Con ella había sido igual de amable. La había advertido de invitar a Posenby, y ella no escuchó. Sin embargo, la había consolado en lugar de reprenderla cuando todo ocurrió tal como él había previsto.

Su actitud después de eso no había cambiado, pero sus ojos mostraban una nueva ternura cada vez que la miraba desde entonces.

No estaba tan mal, pensó somnolienta, nada mal en absoluto.

Y sus besos…

Una oleada de emoción desconocida la abrumó, y golpeó la almohada, enviando a volar unas pocas plumas de ganso.

Él se despertó sobresaltado.

—¿Acabas de golpear la almohada?

Ella lo miró fijamente, viendo su rostro somnoliento. Sus párpados estaban caídos y rosados, y un leve brillo de agua relucía en la esquina de sus ojos.

—Sí, lo hice. Lo siento.

—Estás sonrojada.

—Es una noche cálida. —Se cubrió el rostro con la manta, sintiéndose terriblemente tímida. Maldición. Estaba actuando como una loca demente. ¿Qué le pasaba?

—Dices que tienes calor y te escondes bajo la manta. Te comportas de manera extraña —dijo somnoliento—. Estoy demasiado cansado para desenredar tu cabeza ahora.

Su voz sonaba ahogada al hablar.

—Gracias por ser amable… ayer.

—Tú misma te ocupaste del hombre espantoso. ¿Por qué actuar como si yo te hubiera salvado de asesinos sedientos de sangre?

Ella carraspeó.

—Creo… creo que me gustaría que fuéramos amigos.

—¿Perdón?

—Sé que no me aceptarás como esposa… y no estoy pidiéndote que lo reconozcas tampoco, pero ¿podemos no ser amigos? Estoy cansada de pelear.

Él bostezó y se estiró.

—Me *estás* ayudando a convencer a tus hermanas para mi beneficio. Supongo que eso es lo que haría un amigo. —Tras un momento de breve silencio, dijo con una sonrisa en la voz— Amigos, entonces. ¿Algo más?

—¿Estabas soñando?

—Hmm.

—Los sueños siempre me fascinan. Son tan absurdos. Me encanta capturarlos en un lienzo.

—Hmm.

—¿Con qué soñabas?

—Si te digo con qué soñé, te incendiarías o te caerías de la cama.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos, recordando aquella vez que él la había besado somnoliento y había llamado su nombre. ¿Sería ese el tipo de sueño que había tenido?

Su lengua se asomó para lamer su labio inferior, y bajó la manta hasta su pecho, sacando un pie para que el frescor de la noche la refrescara. Realmente era una noche cálida.

De repente, él se giró sobre ella y sujetó sus muñecas sobre su cabeza.

Su mente se quedó en blanco ante la cercanía de él.

Lo observó cuidadosamente mientras vigilaba su rostro, aliviada de ver solo pánico y no repulsión. Posenby la había afectado, pero no lo suficiente como para que todo lo masculino le repugnara.

—¿En qué estabas pensando justo ahora? —susurró en su oído.

Su cálido aliento hizo que su respiración se entrecortara.

—En n...nada.

—Tus orejas están rojas —dijo, soplando suavemente en su lóbulo, haciéndola retorcerse.

—T...tú eres pesado.

De repente movió la cadera, haciendo que todo su cuerpo temblara al darse cuenta de su deseo, rozándola entre los muslos.

Sus dientes mordieron su labio inferior, y sus ojos bajaron a su boca, observando con cuidado como si fuera lo más fascinante del mundo.

Su corazón comenzó a latir con fuerza. Habían estado tan cerca antes, pero esa noche, con la tregua, era diferente. No quería alejarlo ni pelear con él.

Ahora que eran amigos.

Él continuó recostado sobre ella, y pronto su calor penetró sus huesos, derritiéndola en un charco.

Su camisón de seda era tan delgado, tan delgado que podía sentir cada parte de él.

Se sentía extraño tener a un hombre encima, pero esa sensación no era desagradable.

Observó las emociones cambiantes de ella y notó que en sus ojos no había asco ni miedo, sino deseo.

Movió la cadera y los dientes mordieron con más fuerza su labio, y un gemido bajo y suave escapó de su garganta.

Su cuerpo se ablandó aún más mientras él seguía frotándose contra ella, los ojos oscuros y arremolinados de necesidad.

Intentó liberar las muñecas para ocultar el rostro, pero él la sostuvo con firmeza. Su aliento, irregular y caliente, acariciaba su

cara, y de pronto ella arqueó el cuello, queriendo besarlo para impedir que siguiera mirándola así.

Él le permitió besarlo y acercó la cabeza para acomodarse a ella.

Ella movió los labios contra los suyos, saboreando, lamiendo y mordisqueando.

Él soltó una de sus muñecas y acunó la parte posterior de su cabeza. Ella comprendió que no quería que le doliera el cuello y sintió un dulce estremecimiento en el corazón ante su tierna preocupación.

Sus dedos, ahora libres para explorar, tocaron por fin los huesos y músculos de su espalda, acariciando y amasando a su antojo.

Sus uñas rozaron la parte superior de su cadera, y su cabeza se nubló mientras su cuerpo temblaba.

Había planeado provocarla y ahuyentar su miedo a los hombres. Reemplazar un recuerdo desagradable por uno placentero, pero su exploración inocente lo desarmó y perdió la razón.

Colocó su cabeza de nuevo sobre la almohada y tomó el control de los besos. Se apartó de sus labios y fue besando su frente, su nariz y su garganta.

Sus movimientos eran fieros, tomando lo que quería, como quería.

Cuando empezó a rozar con la nariz la parte superior de sus pechos, ella apenas pudo soportarlo y se retorció y gimió.

Era demasiado. Su boca experta, saboreando su piel sensible, la hacía sentir como si fuera a perder el control de sus miembros y de su mente.

Se frotó contra ella como si quisiera fundirse en su cuerpo. Como si intentara tragarse cada parte de ella y no soltarla jamás.

La cabeza le daba vueltas.

—¡Tac, tac, tac!

Sus ojos se abrieron de golpe, sobresaltados. Alguien estaba llamando a la puerta.

Él se detuvo e inclinó la cabeza para escuchar, como si tampoco pudiera creer que alguien llamara a esa hora.

—Mi señor, el agua caliente —llamó una voz suave.

¿Agua caliente? Su mente estaba aturdida. ¿Por qué su doncella traía agua caliente pasada la medianoche?

¿Quién en su sano juicio se bañaba a esa hora? ¿Se estaría contagiando la enfermedad de Lord Montgomery? ¿Había sucumbido ahora su doncella?

Entonces recordó las extrañas instrucciones de su marido.

Ah, sí. Estaba allí porque él le había pedido que la llevara cada noche.

Le lanzó una mirada irritada.

Él también pareció comprender la situación, y sus ojos se curvaron en una sonrisa.

—Dile que la deje afuera —le susurró al oído, y luego tomó su pezón en la boca.

Su boca cálida lamió, y sus dientes rozaron su sensible botón, haciendo que el cuero cabelludo se le entumeciera y que todo su cuerpo hormigueara del modo más placentero.

—¿Puedo entrar? —preguntó la voz vacilante.

Ella ahogó sus gemidos y le pellizcó la cintura para ganar un momento y poder responder.

Él se movió hacia su otro pecho, indiferente a las uñas que se clavaban en su piel.

—Mi señor —llamó la doncella y comenzó a abrir la puerta.

Las cortinas de la cama ocultaban a la pareja entrelazada, y ella intentó no jadear mientras él seguía haciendo lo que le placía.

Ah, el diablo, maldijo, al ver la figura sombría de la doncella entrar en la habitación tras las cortinas.

Contuvo el aliento y trató de reprimir cualquier movimiento, esperando que la doncella no viera lo que estaban haciendo.

A él no le importaba que los vieran; estaban casados y esa era su alcoba.

Además, quería provocarla hasta el límite.

Su malicia solo aumentó, y Jane ahogó el sonido en su garganta y rezó para que la doncella se marchara pronto.

La doncella se movía con lentitud, pues el fuego se había apagado y solo las brasas iluminaban la habitación con un

resplandor rojizo. Colocó la palangana con el agua caliente sobre la mesilla y dejó la muselina al lado.

Y luego, exasperantemente despacio, salió de la habitación.

Jane tiró de inmediato de la cabeza de Lord Savill desde debajo del edredón y lo fulminó con la mirada.

—Eres espantoso.

—Te ha gustado.

—¡Podría haber visto algo!

—Estamos casados —se encogió de hombros—. Tus hermanas se enterarán y se alegrarán.

—¡Pero fue tan difícil! —exclamó ella.

—¿Qué fue difícil? —fingió estar desconcertado.

Su rostro se puso rojo, y evitando sus ojos ardientes, se acomodó el camisón y cerró los ojos.

—¿Estás enfadada? —preguntó él en voz baja.

—Déjame dormir —replicó ella con brusquedad.

Él besó su cabeza irritada y obedientemente regresó a su lado.

Les llevó un rato calmar los latidos y la respiración, y él tuvo cuidado de no tocarla durante ese tiempo.

Finalmente, cuando su respiración se volvió regular, ella asomó la cabeza. Las velas se habían consumido hacía mucho, y las brasas del hogar eran la única fuente de luz.

El terror, acechaba en las sombras, se alzó y comenzó a arrastrarse hacia ella.

Sus palmas se volvieron sudorosas, y una oleada de náusea la envolvió.

Posenby la había asustado más profundamente de lo que había imaginado. La piel se le erizó, y pronto un sudor frío la cubrió.

Al cabo de un momento, se volvió hacia Lord Savill y lo observó. Su pecho subía y bajaba suavemente, como olas que ruedan, y ella acompasó su respiración a la de él y cerró los ojos.

Tras un instante, su pequeña mano se deslizó hacia arriba para sujetar la suya, y su cuerpo rodó para aferrarse a su espalda.

Finalmente se quedó dormida.

Sus ojos se abrieron cuando la respiración de ella se volvió uniforme, y sus dedos se cerraron con fuerza alrededor de los suyos.

Sus labios esbozaban una leve sonrisa.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

El sonido de un violín la despertó. Abrió los ojos con pesadez y encontró el sol de la mañana avanzada brillando tras la ventana. El lago centelleaba a lo lejos, y los árboles esparcían hojas rojas y doradas al mecerse con la brisa.

Saltó de la cama con un chillido. Era tarde, y Lord Savill ya había salido de la habitación. Corrió hasta la palangana, se salpicó el rostro con agua fría y se secó con una muselina.

Esta vez fue un arpa tintineante la que acarició sus oídos. Frunció el ceño, tomó una bata de seda azul que yacía sobre la silla y se la puso. Casi tropezó camino a la puerta al darse cuenta, demasiado tarde, de que era la bata de Lord Savill la que se había puesto por error.

Abrió la puerta y encontró a un hombre con un violín frente a ella. Tocó una nota al verla.

Cerró la puerta de golpe y se apoyó en ella. ¿Seguía dormida? Seguro que no había visto lo que creía haber visto.

Abrió la puerta otra vez y, esta vez, encontró a toda una orquesta de pie fuera de la habitación. Comenzaron a tocar en cuanto la puerta se abrió.

Cuando la cerraba, dejaban de tocar. Cuando la abría, empezaban de nuevo. Lo hizo varias veces antes de salir marchando para exigir explicaciones.

Ahora estaba completamente despierta y consciente de que aquello era demasiado real.

La música era ensordecedora tan cerca de sus oídos sobresaltados.

Gritó llamando al mayordomo y a su doncella, pero la cacofonía ahogó su voz.

Bajó las escaleras hecha una furia, y la maldita orquesta la siguió.

Por fin divisó a Lord Savill en el último escalón, sonriendo de oreja a oreja.

Ella lo fulminó con la mirada.

Él le hizo señas para que se acercara.

Ella le pinchó el pecho con un dedo irritado.

Él alzó la mano, y la música se detuvo.

—Toma —dijo, entregándole una carta.

Ella la cogió, adorablemente confundida.

—Es de…

—La Royal Society of Arts.

—Es una invitación —recorrió la carta con la mirada—. ¡No puede ser! Soy miembro. Quieren que sea miembro. ¡La ceremonia de iniciación es esta noche!

—¡Enhorabuena!

—¡Por eso la orquesta! —rio, y de pronto se puso de puntillas y lo besó.

Un estremecimiento lo recorrió ante aquella repentina muestra de afecto. Era la segunda vez que ella tomaba la iniciativa de besarlo, y lo dejó aturdido, como si alguien le hubiera dado un golpe en la cabeza.

Sus ojos se oscurecieron, y la atrajo hacia sus brazos, profundizando el beso.

Ella jadeó, sobresaltada. Estaban rodeados de espectadores de ojos muy abiertos. Aquello era impropio… no, horroroso. ¿Cómo podía besarla delante de todos?

Una pequeña parte de su mente mareada le recordó que ella había empezado, pero el suyo había sido un roce rápido, mientras que él… su lengua se deslizó, y perdió la capacidad de pensar.

Mientras tanto, la orquesta cambió oportunamente a una balada romántica.

Al cabo de un momento, una cuerda del violín se rompió con un chasquido, y se separaron de un salto.

—Es nuevo —murmuró alguien con tono apologético—. Se dejó llevar un poco con el punteo.

Ella se sonrojó y trató de apartarse.

Él atrapó su mano para detenerla.

—Mi bata te queda mucho mejor que a mí.

Ella giró la muñeca, intentando soltarse.

—Todavía no —dijo él, con los ojos chispeantes—. Tengo otra sorpresa.

Intrigada, lo siguió fuera de la entrada, cruzaron el césped y llegaron al cenador. La bata, arrastrándose tras ella, recogía hojas y tierra, mientras el brazo de él sobre sus hombros la mantenía abrigada.

Pensó brevemente en su madre, que se habría escandalizado al verla caminar con la bata de un hombre fuera de su alcoba. Soltó una risita, sintiéndose delirantemente feliz.

En el cenador encontró botes de pinturas costosas, bandejas llenas de pinceles y lienzos ya preparados con gesso.

—¿De dónde has sacado los lienzos? —preguntó, encantada.

—Algunos artistas pobres los tenían guardados sin dinero para pinturas. Les di monedas suficientes para comprar todo lo que necesitaban a cambio. Sé cuánto detestas esperar a que se sequen.

Vio a varias mujeres sentadas en el banco.

—¿Quiénes son?

—Tus abanicadoras.

—Perdón.

—Abanicarán tus obras a diario para que se sequen más rápido.

—Eso es ridículo.

Él se encogió de hombros.

—Las elegí porque parecen tener brazos fuertes.

Ella se echó a reír.

Él no.

¡Hablaba en serio!

Entonces le tomó la mano y la llevó al ala este. Junto a la biblioteca había una sala grande. La había convertido en una especie de laboratorio. Observó las pipetas, frascos, hierbas, aceites y pigmentos dispuestos, y comprendió que era una habitación para mezclar pintura.

Él señaló el conjunto.

—Los vapores te mareaban. Así podrás mezclarlos en una sala y pintar en otra.

—Has notado muchas cosas sobre mi trabajo.

—He notado muchas cosas sobre ti —corrigió. Antes de que ella pudiera reaccionar, añadió— Las ventanas son un poco pequeñas, y necesitarás bastante aire fresco mientras trabajas. He pedido al carpintero que lo arregle. Vendrá más tarde.

Ella lo miró, con los ojos brillantes.

—¿Por qué hiciste todo esto?

Él se encogió de hombros.

—Eres familia.

El corazón le dio un vuelco al oír esas palabras.

—Eres demasiado generoso. Necesitas dejar de arrancarte pedazos y repartirlos a todo el mundo, o desaparecerás.

—No soy un pastel, querida.

—Discrepo, querido esposo.

Él aspiró bruscamente, y ella se llevó la mano a la boca.

Sintió como si algo hubiera estallado en su mente al oírla.

Esposo.

Lo había llamado su esposo.

De pronto, la habitación pareció insoportablemente pequeña.

Se miraron, sin que ninguno diera un paso hacia el otro.

Ella, tardíamente, bajó la mano que aún le cubría la boca y apartó el rostro. Ese movimiento hizo que la bata resbalara de uno de sus hombros sin que lo advirtiera.

Pero él sí lo advirtió.

Sus ojos recorrieron la delicada piel pálida desde su oreja y su cuello hasta el hombro. Su piel parecía lisa y suave, con un leve entramado de venas azuladas brillando bajo la cascada de luz que entraba por las ventanas.

Sus músculos se tensaron al sentir su mirada ardiente como si fuera algo tangible, y tuvo la sensación de que le había robado el aliento.

Era un instante vacilante, cargado de posibilidades.

De pronto él se movió, dio una zancada larga y quedó a su lado, inclinándose hacia ella antes de rozar sus labios con los suyos en el más leve de los besos.

Un beso cortés, delicado.

Y luego bajó la cabeza y le robó otro beso, y otro más, hasta que ella estuvo lo bastante mareada como para acortar la distancia entre sus cuerpos.

¡Al diablo la cortesía!

Sonrió contra su boca y profundizó el beso; sus manos atraparon sus muñecas y las llevaron detrás de ella, manteniéndola inmóvil como si no quisiera dejarla escapar.

Como si quisiera hacer lo que le placiera sin que ella se removiera.

Fue la primera vez que comprendió que a él le gustaba sostenerla quieta mientras la besaba y mordisqueaba como si fuera un manjar exquisito que debía saborearse lenta y cuidadosamente.

La bata resbaló aún más, dejando al descubierto la parte superior de sus pechos y el tenue contorno rosado de su pezón. Su respiración ya no era regular, y cuando la pierna de él empujó la suya separándola y la atrajo tan cerca que pudo sentir su deseo, ella gimió.

Dos personas jóvenes y hermosas entrelazadas, como una pintura al óleo de criaturas míticas que cobrara vida, perdidas en una pasión ardiente.

El miedo a ser descubiertos, el deseo enloquecedor y las emociones exacerbadas le resultaban familiares, y el recuerdo de la noche anterior se superpuso al presente como dos láminas transparentes de pintura colocadas una sobre otra.

Sin previo aviso, él soltó sus muñecas y le rodeó la cintura, tomó su pezón en la boca y succionó.

—Nghh… —exclamó ella, y todo su ser sintió que flotaba, como un pájaro en el cielo.

Tembló en sus brazos, débil e incapaz de pensar, mientras sus manos se enroscaban alrededor de su cuello y se aferraban con fuerza, temiendo que si él la soltaba, caería.

La besó, la mordió y la calmó hasta que quedó estremecida. Oleada tras oleada de placer la atravesaban bajo sus dedos hábiles y experimentados, y no podía concebir que en este mundo existieran sensaciones tan intensas. Su cuerpo era capaz de sentir tanto que la

desbordaba hasta el punto de que las lágrimas corrían por sus mejillas.

Él se apartó un instante, lamió las lágrimas saladas y preguntó en voz baja:

—¿Quieres que sea tu esposo?

Ella comprendió lo que le estaba preguntando. Quería hacerle el amor, no solo darle placer. Si hubiera estado despejada, quizá habría dicho que no, pero su cabeza daba vueltas y su cuerpo aún temblaba; así que abrió la boca para instarlo a continuar.

Un fuerte graznido los hizo sobresaltarse, y la señora Williams entró apresuradamente en la habitación y comenzó a picotear con entusiasmo la rodilla de Lord Savill, con los ojos entrecerrados en aparente desaprobación.

El momento se rompió, y él nunca obtuvo su respuesta.

Ella se enderezó apresuradamente, aún con la mano aferrada a su hombro, sin estar lista para soltarlo y confiar en sus piernas, mientras él la ayudaba a acomodar la bata.

—Tienes una chaperona—dijo él, con una sonrisa tensa, cuando por fin ella se apartó.

Su sonrisa fue igual de forzada.

—Debería alquilarla para los bailes.

—Las viejas solteronas tendrán que jubilarse.

—Habrá gallinas por todas partes.

—Acompañando en vez de acabar en la cazuela.

—Una nueva oportunidad de vida.

—Esto se está volviendo absurdo.

—¿La conversación o nosotros?

—Ambas cosas.

Ella hizo una reverencia. Él entendió la indirecta y la dejó sola.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Iba en el carruaje junto a Lord Savill camino a la reunión con los miembros de la Royal Society. Él había decidido acompañarla y asegurarse de que entrara en la mansión de Lord Wellmore, donde tendría lugar el encuentro, pues no confiaba en que lo hiciera sola.

Tenía buenas razones para dudar de ella. Había pasado el día entero buscando excusas para evitarlo. Tras su felicidad inicial, el miedo se había instalado. Tendría que hablar con gente, y la mirarían, la examinarían, la juzgarían.

Ella había decidido no ir, y él había decidido que no tenía más opción que asistir.

Fingió desmayarse, se escondió en su armario y, por último, se subió a un árbol para evitar la partida.

Él la encontró cada vez.

Finalmente, la amenazó con vestirla él mismo si no cooperaba.

Se puso un vestido color ciruela de cuello alto con una enagua de encaje.

Él la alzó en brazos, bajó las escaleras, cruzó la puerta y la depositó en el carruaje; luego le entregó un chal negro de cachemira y se sentó a su lado.

Estaba furiosa. Esa mañana había sido tan maravilloso con la música y su sala para mezclar pinturas, y ahora volvía a ser insoportable.

—No quiero ir —espetó.

Él encendió un cigarro y dio una calada.

—Tienes que ir.

—No soy una niña.

—Entonces deja de comportarte como tal.

—¿Por qué me obligas a hacer esto?

—Es una oportunidad única. Si no la aprovechas, te arrepentirás el resto de tu vida.

—Oh, esto es una tortura.

Él se inclinó hacia adelante y le sostuvo la barbilla.

—Jane, todos sienten ansiedad al empezar algo nuevo. Debes enfrentarte a tu miedo o te impedirá crecer.

—¡No, no y no!

—Las multitudes ofrecen consuelo, pero te roban la identidad.

Ella le sacó la lengua.

—Es mi identidad. Si quiere fundirse con las sombras, que así sea. No me importa.

—Si no asistes, te quitaré los lienzos y no se te permitirá pintar durante un mes entero.

Sus ojos se abrieron con horror.

—¡No te atreverías!

—Soy tu esposo. Puedo hacer lo que me plazca.

La idea de no pintar ni siquiera durante una semana le retorció las entrañas, ¡y él había amenazado con mantenerla alejada de un lienzo durante un mes! Y sabía que era capaz de hacerlo. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Él las ignoró mientras la ayudaba a bajar del carruaje.

Habían llegado demasiado pronto.

—Buena suerte, Lady Savill.

Le dio un breve beso en los labios antes de golpear la aldaba.

Su cabeza aún daba vueltas por sus palabras cuando la puerta se abrió y él se marchó.

El mayordomo la condujo al salón, donde varias personas conversaban con bebidas en la mano. El fuego crepitante, las cortinas y cojines de terciopelo granate, los muebles de palo de rosa oscuro y la presencia mayoritaria de hombres hicieron que el corazón le saltara en el pecho.

—Señorita Fairweather, perdón, Lady Savill —se acercó un caballero mayor e hizo una reverencia.

—Lord Rushmore —respondió ella con una cortesía, casi tropezando con la falda—. Recibí su carta. Gracias por el gran honor.

Él le entregó una copa de vino.

—Dígame, querida, ¿cuál es ese azul deslumbrante en su pintura El baño?

Una mujer de mediana edad vestida completamente de negro, con el sombrero ladeado sobre un cúmulo de rizos, se unió a ellos.

—Y para la niebla en Más allá del horizonte, ¿qué técnica utilizó?

—Milord, el pigmento era ultramarino. Es caro, pero maravilloso si puede conseguirse. Y señorita Coster, utilicé un velado sfumato. Adoro sus pinturas; siento debilidad por las que hizo de los valles escoceses.

Cuanto más hablaba, más comprendía que aquello no era un baile. A nadie le importaba si su vestido era color puce o escarlata. Dudaba que notaran si llegaba sin guantes o con un vestido escandaloso.

Querían hablar de pigmentos, pinceladas y técnicas, un tema con el que se sentía completamente cómoda. A su vez, podía hacer preguntas y aprender cómo Lord Grey lograba el efecto de un cristal perfectamente transparente y cómo Lady Gerard pintaba los melocotones más realistas.

Cuando llegó el momento de marcharse, se sorprendió de lo mucho que lo había disfrutado. Incluso había encontrado un nuevo proveedor de pigmentos que la mayoría de los artistas recomendaban fervientemente.

Regresó a Bellmore Hall con las mejillas sonrojadas y el corazón lleno de alegría.

Pero el día aún le deparaba más dicha.

Lord Savill la esperaba en el salón junto a sus suegros, Georgiana, Lady Croft, sus hermanas y sus respectivos maridos. La rodearon de inmediato, llenos de orgullo y elogios, pero fueron los ojos de Lord Savill los que captaron su atención mientras daba el primer sorbo de champán.

Él la había animado y había reunido a sus seres queridos para celebrar su éxito.

Lo vio tomar la bandeja de manos de Belcher y persuadir a sus hermanas para que aceptaran una copa. Luego se volvió hacia sus cuñados y pronto se sumergió en una conversación animada.

Tenía la cabeza inclinada, los ojos fijos en el líquido dorado que brillaba en el cristal de su copa, la boca apretada pensativamente mientras el duque le hablaba.

Ella apartó la mirada, con las emociones dando volteretas en su interior. Un momento le parecía terrible; al siguiente, lo adoraba. ¿Por qué era tan difícil de entender?

Como si lo hubiera invocado con sus pensamientos, apareció ante ella y le tendió la mano.

—¿Bailas? —preguntó.

Ella asintió.

Él la tomó por la cintura y la lanzó al aire, arrancándole una carcajada.

—Sigo diciendo gracias —sonrió ella cuando volvió a caer en sus brazos—. Pero no puedo evitarlo. Parece que sabes lo que necesito mejor que yo misma.

Cuando la tuvo de nuevo entre sus brazos, la hizo girar y dijo alegremente:

—Has trabajado duro. Mereces este éxito.

Ella bajó las pestañas.

—No muchos maridos serían tan alentadores.

Él se encogió de hombros.

—¿Qué es la vida sino una serie de decepciones y victorias? Cuando fracasas, eres miserable; pero cuando ganas, debes celebrarlo. De lo contrario, ¿qué sentido tiene vivir?

No le dio tiempo a responder antes de entregarla al duque de Blackthorne, esposo de Penelope, para el siguiente baile.

Pasó el resto de la velada cantando, bailando y bebiendo abundante champán. Jamás olvidaría aquel día. Se había convertido en miembro de la Royal Society, y su esposo había hecho todo lo posible para que fuera inolvidable, desde el momento en que despertó aquella mañana hasta cómo lo culminó con música y risas.

***

A la mañana siguiente, entró en la sala matinal y encontró a sus hermanas desparramadas sobre el sofá, con las manos en la cabeza.

Lady Croft yacía en el diván, mientras Lady Montgomery estaba acurrucada en la mecedora con un paño frío y húmedo sobre los ojos. Incluso Lord Montgomery tenía un ligero tono verdoso en el rostro.

—¿Desayuno? —preguntó Jane.

Un estremecimiento colectivo recorrió la habitación ante la sola mención.

—Café —gimió Penelope.

—Té —suplicó Dorothy.

—Nada de huevos —murmuró Celine.

Lady Montgomery jadeó.

—No digas esa palabra.

Jane, que se sentía exactamente como ellas parecían, susurró instrucciones al mayordomo para que trajera las bebidas calientes y se sentó con cuidado en una silla.

Al cabo de un momento, Lord Montgomery se puso en pie, dio una vuelta por la habitación y dijo:

—Señorita Bloom, un beso.

Lady Montgomery se incorporó de inmediato y se quitó el paño de la cabeza.

—¿Perdón?

Lady Croft abrió un ojo.

—Ese es el apellido de soltera de mamá.

Lord Montgomery se irguió, y un destello de su yo más joven brilló en su expresión.

—No puedo ocultar mis sentimientos por más tiempo, señorita Bloom. Debo besarla.

La peluca de Lady Montgomery se deslizó y cayó al suelo.

—Milord, estamos casados.

—¿Casados? —frunció el ceño—. La boda tendrá lugar después de que la conquiste.

—Ya me conquistó. Todo está hecho —Lady Montgomery se levantó lentamente.

—Entonces un beso —dio un paso hacia ella.

—Aquí no —se sonrojó Lady Montgomery—. Los niños están mirando.

—Que miren —exclamó él, y se abalanzó sobre ella.

Lady Montgomery chilló y comenzó a correr por la habitación. Lord Montgomery la persiguió encantado.

—¡Quiero mi beso! —exigió.

—¡No! —gritó ella.

Angélica enterró la cabeza en un cojín.

—Esto me está haciendo dar vueltas la cabeza.

—¿Padre? —Lord Savill entró en la habitación y se detuvo horrorizado—. ¡Esto es escandaloso! No puedo permitir tal comportamiento bajo mi techo. ¡Nada de besos!

Angélica puso los ojos en blanco.

—Si ellos no se hubieran besado y hecho más, nosotros no estaríamos aquí.

Lord Savill palideció.

—¡Maldita mujer! Ni se te ocurra pensar algo así.

Jane y sus hermanas rieron mientras Lord Montgomery atrapaba a su esposa entre sus brazos y Lord Savill huía.

Se besaron, un beso suave y casto, y todas las mujeres dejaron escapar un suspiro colectivo. Lord Montgomery apoyó la frente en la de Lady Montgomery, y el tiempo pareció detenerse.

***

Más tarde esa noche, cuando ya podían tragar aunque fuera una cucharada de sopa, Lord Savill entró con el señor Hoggs, un artista famoso y extremadamente apuesto.

El señor Hoggs era encantador y callado, pero la manera en que Lord Savill animaba constantemente a Jane a hacerle preguntas la avergonzaba. Su esposo prácticamente le estaba arrojando al pobre señor Hoggs, y él claramente no quería que lo arrojaran.

Más tarde, ya en la cama, ella lo miró con el ceño fruncido.

—¿Crees que me enamoraré de él y te dejaré en paz?

Él levantó la cabeza y la apoyó en la palma de la mano.

—¿Te refieres al señor Hoggs?

—Sí —replicó ella—. A él.

—¿Por qué querrías enamorarte de él y dejarme?

A ella le tembló la boca y apartó la mirada.

—Te pasaste toda la velada echándomelo encima.

—Es un artista maravilloso, pero rara vez visita a nadie. Has tenido la fortuna de sentarte a su lado durante toda la cena. Quería que aprendieras de él.

Mientras hablaba, sus ojos se posaron en los labios de él.

—Qué conveniente —murmuró en voz baja.

Él se inclinó y le sostuvo el rostro.

—He aprendido algo sobre ustedes, las hermanas Fairweather. Si algo las define, es que son leales hasta el extremo. Confío en ti.

Ella abrió la boca, sorprendida. Él le dio un ligero toque bajo la barbilla y la cerró.

Se recostó sobre la almohada y contempló el techo pintado.

—Todos tienen grandes sueños y construyen fantasías de éxito en su mente, pero quienes triunfan nacen bajo las estrellas adecuadas. Tú, querida mía, eres una de ellas. Ahora duerme.

CAPÍTULO CUARENTA

Jane se frotó los brazos mientras el frío se filtraba a través de su fino vestido azul de gasa. Era por la tarde y, sin embargo, el pasillo estaba sumido en una luz gris y tenue, como si una criatura gigantesca se alzara cerca, proyectando su sombra sobre Bellmore Hall.

Se detuvo frente a la sala familiar y la examinó con ojo crítico.

Lady Croft y sus hermanas estaban sentadas junto a la ventana, susurrando y haciendo frivolité. Lord y Lady Montgomery se encontraban cerca del fuego, junto a una mesa repleta de sándwiches, delicados pasteles, bollería, panecillos recién horneados, té y café.

El cenicero de Lord Montgomery rebosaba de ceniza de puro y la taza de Lady Montgomery estaba vacía.

Jane entró con decisión, vació el cenicero, sirvió más té en la taza de Lady Montgomery y llamó a la doncella.

Al cabo de un rato, Lord Montgomery echó un leño al fuego y se estremeció.

Jane frunció el ceño, miró hacia la puerta y luego de nuevo hacia él. Pasó un momento y ninguna doncella apareció. Se dirigía hacia la puerta para buscarle un chal cuando un suave grito de terror la hizo girarse.

Lord Montgomery estaba sacando brasas de la chimenea con el atizador y depositándolas sobre la alfombra. En cualquier instante, la alfombra prendería fuego.

Angélica y sus hermanas se pusieron en pie de un salto, con expresiones idénticas de horror, mientras Lady Montgomery permanecía paralizada por la conmoción.

Una brasa rodó peligrosamente cerca de la falda de Lady Montgomery, y Jane reaccionó al instante. Agarró las brasas y comenzó a arrojarlas de nuevo al fuego. Sus guantes eran finos y

apenas ofrecían protección, pero continuó trabajando mientras Angélica le arrebataba el atizador a Lord Montgomery.

Lord Montgomery miró a su hija con expresión curiosa y vacía. Se estremeció y se acercó más al fuego rugiente. Su bufanda colgaba demasiado cerca de las llamas, y las puntas comenzaron a arder.

Alguien gritó una advertencia y Jane le arrancó la bufanda y comenzó a pisotearla.

Sus hermanas entraron en acción y vertieron té, café y chocolate caliente sobre las brasas, mientras Lady Montgomery gritaba pidiendo ayuda y hacía sonar la campanilla con desesperación para llamar al mayordomo.

La puerta se abrió de golpe y, junto con el mayordomo, entró Lord Savill. Comprendió la situación al instante: rodeó la cintura de Jane y la apartó de la bufanda en llamas. Sus grandes botas de montar extinguieron rápidamente el fuego.

Los sirvientes irrumpieron en la sala y comenzaron a ayudar; Bella, la doncella, acompañó a Lady Montgomery a su habitación, mientras el ayuda de cámara persuadía a Lord Montgomery para que fuera a la biblioteca. El resto del servicio comenzó a limpiar el desastre.

Pronto, solo quedó una mancha oscura en la alfombra como recordatorio del incidente.

Jane se dejó caer en una silla, con el cuerpo entero temblando por la impresión. Sentía como si el tiempo se hubiera detenido; no podía distinguir si habían pasado minutos u horas, mientras colores, sonidos y pensamientos se volvían extrañamente vívidos en su mente.

Celine, su hermana, magnífica en momentos de crisis, tomó el mando con rapidez. Preparó tazas de té dulce e insistió en que todos bebieran. Una vez hecho esto, recordó a Lord Savill que enviara a buscar al médico.

Lord Savill, que había permanecido en silencio hasta entonces, alzó la cabeza con expresión furiosa. Dio una orden tajante al mayordomo para que llamara al doctor Johnson de inmediato y luego se volvió hacia Jane.

La fulminó con la mirada, y ella tragó saliva, recuperándose poco a poco del shock gracias a la resiliencia de su juventud.

—No fue culpa mía —dijo Jane con nerviosismo—. No hice nada para incitarlo. Por favor, créame…

—¿Estás ebria? —la interrumpió bruscamente.

—No.

Inclinó la cabeza hacia un lado, con los ojos encendidos.

—Dígame, su excelencia, ¿se cayó ella de cabeza cuando era niña?

Penelope alzó la vista, sobresaltada.

—Que yo recuerde, no. ¿Por qué?

—Porque claramente tiene piezas del cerebro fuera de lugar.

Se puso en pie y caminó hacia Jane.

—¿Por qué decidiste recoger el carbón ardiendo con los dedos?

—Oh… —abrió la boca—. No lo pensé.

—¿No lo pensaste? ¡Qué cosa tan condenadamente insensata!

Sus palabras duras contrastaban con sus actos. Se arrodilló junto a ella, tomó sus manos con suavidad y las giró para examinarlas.

—No puedes permitir que les ocurra nada. ¿Cómo vas a pintar?

Jane se irguió, molesta.

—Pero tu padre podría haber resultado herido, o tu madre. Las brasas estaban junto a su falda. No podía permitirlo.

—La próxima vez usa una maldita taza vacía —replicó.

Ella apartó la mirada, sintiéndose tonta.

—Todo fue demasiado repentino, milord. No tuve tiempo de planear nada.

Él bajó la cabeza para ocultar el rostro.

—Padre tiene que irse —su voz salió espesa y quebrada.

—¡No! —exclamó Jane.

—Tiene que irse —insistió con dureza—. Te hizo daño, Jane. ¿Y si no hubiera llegado a tiempo? ¿Y si hubieras estado sola con él?

Una lágrima resbaló por la mejilla enrojecida de Jane, y la expresión de él se tornó arrepentida mientras la secaba suavemente con el pulgar.

Tras un momento de silencio atónito, Penelope habló:

—Supongo que ya no podemos dudar de que la ama.

Jane miró a Lord Savill, que parecía igual de sorprendido.

Soltó la mano de ella y se puso en pie.

—¿Qué?

Dorothy asintió.

—Enviar a su propio padre lejos por ella… notable.

La negación acudió a los labios de Jane, pero la tragó. ¿No era eso lo que querían? Que sus hermanas creyeran que estaban locamente enamorados. Y, sin embargo, la forma en que había sucedido… la inquietaba.

Él se dirigió al mueble giratorio de bebidas, visiblemente perturbado. Sirvió whisky en un vaso, pero antes de que pudiera llevárselo a los labios, Jane se lo arrebató y lo bebió de un solo trago.

Mientras tosía y se atragantaba, sus hermanas discutían el plan.

—Iré a hacer los arreglos para la transferencia de la propiedad —dijo Penelope.

—Iré a hacer las maletas —añadió Celine, aliviada—. Empezaba a echar de menos a mi marido.

—Yo también —respondió Dorothy con timidez.

***

Más tarde ese día, llegó el médico y examinó las manos de Jane. Dejó un frasco de ungüento y le aseguró que solo tenía quemaduras leves. Sus hermanas se marcharon poco después, pero ella estaba demasiado entumecida para sentir algo más que una punzada de tristeza, y las dejó ir sin protestar.

Después de tomar un poco de té, visitó a Lady Montgomery en su habitación y la encontró tendida en la cama, con una bandeja de comida intacta a su lado. Angélica y Lord Savill también estaban allí.

Lord Savill estaba sentado en una silla, leyéndole en voz alta, mientras Angélica ocupaba el sofá de brocado verde, con el rostro surcado por la preocupación.

Jane entró de puntillas, se deslizó en la silla junto a Angélica y se inclinó hacia adelante cuando Lord Savill pasó la página.

Él la miró brevemente antes de bajar la cabeza y continuar donde lo había dejado. Su voz sonaba renuente y cargada de incredulidad mientras leía:

—Y entonces sonrió y le disparó al matón en la cabeza. Los otros matones sacaron arcos y flechas y le apuntaron. Él lanzó dieciséis dagas hacia ellos, matándolos al instante.

Quedaba un matón, y se balanceó desde el ventilador del techo como un orangután enloquecido y le apuntó con un rifle de caza cargado. Sonó un disparo, pero esta vez su esposa había apuntado primero. Había entrado flotando con un precioso vestido de muselina rosa con pequeños hilos dorados en espiral entretejidos. Sostenía una pistola humeante en sus delicadas manos blancas, que temblaban de emoción. El matón cayó con estrépito, mientras ella se desmayaba en los brazos de su marido con un suave suspiro.

Cerró el libro de golpe.

—Sinceramente, madre, ¿qué clase de disparate es este? No tiene ningún sentido.

—Del bueno. Podrían haberlo hecho un poco más sanguinario, y olvidaron describir sus zapatos —replicó su madre—. Jane, estaba pensando en ti. ¿Cómo están tus manos?

—Bien —respondió ella, sentándose al borde de la cama—. ¿Y usted?

—Tan bien como se puede estar a mi edad —suspiró Lady Montgomery—. Lamento no haber podido despedirme de tus hermanas. Supongo que pronto será hora de que yo también me marche con mi esposo. Tendré que empezar a hacer las maletas.

Lord Savill bajó la mirada y asintió.

En un instante, Jane estaba de rodillas junto a él. Le tomó las manos y lo miró fijamente.

—¿No podemos dejarlo aquí? Por favor. Podemos acondicionar una de las habitaciones grandes del ala de invitados para él. Mantener a alguien que lo vigile… o a diez personas. Tienes dinero suficiente para contratar gente que lo supervise día y noche. Solo… por favor, no los envíes lejos.

Cuando él la miró, sus ojos eran una mezcla compleja de emociones.

—¿Quieres que se quede después de lo que ocurrió?

—No estábamos preparados —dijo ella con firmeza—. La próxima vez lo estaremos. Yo me encargaré de reclutar a las personas

adecuadas para cuidarlo, de mantener los rumores a raya y de velar por su bienestar. Confía en mí.

Lady Croft y Lady Montgomery se tensaron mientras aguardaban la respuesta de Lord Savill.

Jane le sostuvo el rostro con la mano y parpadeó suplicante.

—¿Por favor?

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Lord Savill se puso de pie y comenzó a pasearse por la habitación. Al principio había parecido conmovido por las palabras de Jane, pero ahora sus ojos se endurecieron y su boca se tensó.

—¿Mantener a padre aquí? Eso sería absurdo.

—Por favor —suplicó Jane.

Angélica asintió.

—Tiene razón. Necesitamos contratar cuidadores. Le romperá el corazón alejarse de todo lo que le es familiar.

—¿Y si el cuidador se queda dormido? —preguntó él.

—Tendremos dos en todo momento —respondió Jane con rapidez.

—¿Y de dónde sacaremos hombres fiables para cuidar de mi padre?

Angélica le respondió:

—El doctor sabrá. O en la universidad de medicina habrá estudiantes dispuestos a trabajar si les pagamos bien.

Él cortó un cigarro y lo encendió. Dio unas caladas, formando anillos de humo con gesto agitado.

—Hombres jóvenes y solteros rondando por la casa. No sé si puedo permitir eso.

Jane frunció el ceño.

—Me aseguraré de que su licor permanezca intacto.

Él alzó una ceja.

—Estoy pensando en ti.

—Oh.

Sus mejillas se tiñeron de rosa y apartó la mirada.

—Te doy mi palabra. No coquetearé con ellos.

—Tú no lo harás —gruñó suavemente—. Pero ellos sí.

Sintió que todo su cuerpo se sonrojaba ante esas palabras.

—Sobreestimas mis encantos. Soy bastante corriente.

Él arqueó una ceja.

—Si eso es lo que crees, entonces o tu espejo está empañado o tus ojos.

Lady Croft estalló en carcajadas, recordándoles que no estaban solos.

Lord Savill apartó la mirada de Jane con brusquedad.

—No estoy convencido de que debamos mantenerlo aquí. Ahora tenemos su casa de la infancia. Será feliz allí.

Lady Montgomery habló por primera vez.

—Seré feliz con cualquier decisión que tomes, Richard.

Jane no quería que lady Montgomery se marchara. No podía soportar la idea.

Bellmore Hall estaría vacío sin su presencia.

—Quizá podamos intentarlo durante un mes y ver cómo resulta —sugirió Lady Croft con cautela—. De todos modos, tardarán un tiempo en preparar su casa.

—Supongo —concedió Lord Savill—. Tienen un mes para demostrarme que esto funcionará.

Lady Croft parecía sorprendida de que su sugerencia hubiera sido tomada en serio.

Jane sonrió, y su expresión amplia y abierta transformó su rostro en algo encantador.

Él parpadeó ante ella un instante, se balanceó sobre los talones y salió de la habitación.

***

Lord Montgomery fue trasladado al ala norte, la parte de la casa que había permanecido cerrada porque ya no se utilizaba.

Lord Savill no permitió que Jane entrevistara a los jóvenes estudiantes que el doctor Johnson había enviado; se encargó él mismo de tratar con los hombres. Pronto contrató a cinco hombres capaces que respondían directamente ante él y cuidaban de lord Montgomery por turnos. A los hombres les convenía, pues tenían tiempo suficiente para estudiar y, al mismo tiempo, ganar un ingreso sustancioso.

Lady Montgomery permaneció en el ala familiar por insistencia de Jane y de lord Savill. A Jane no le agradaba la idea de que durmiera tan lejos, rodeada de hombres desconocidos recién contratados,

mientras que lord Savill le confesó que temía que su padre incendiara el ala norte.

Durante el día, lord Montgomery se unía a ellos para las comidas y se sentaba en la sala familiar durante dos horas, como siempre había hecho, solo que ahora siempre tenía a un hombre siguiéndolo de cerca. El señor Williams se negaba a apartarse de su lado y lo acompañaba a todas partes.

Jane se alegró al ver el afecto en los ojos de lord Montgomery cuando acariciaba al guepardo. Si lo hubiera enviado lejos, el señor Williams habría sido desgraciado. El gran felino también mantenía a raya a los cuidadores. Trataban al anciano con respeto y no se atrevían a sobrepasarse, pues sospechaban que, de hacerlo, el animal los atacaría.

Pasaron algunas semanas antes de que todos los arreglos quedaran hechos y la casa recuperara su ritmo. Para entonces, el lavado gris de su última pintura se había secado, y Jane quedó satisfecha con el resultado cuando volvió a trabajar en ella.

—Es un retrato encantador —dijo Lord Savill al entrar en el cenador.

Jane dejó caer el pincel e intentó cubrir la pintura.

Él extendió las manos y las posó en su cintura.

El viento, los pájaros y los insectos parecieron callar, y todo su cuerpo se quedó inmóvil.

Sentía el calor de su palma a través de la fina muselina, y su corazón comenzó a latir con fuerza.

Él la miraba de un modo extraño.

Ella tragó saliva.

—Yo… ¿tienes hambre?

—En cierto modo.

La respiración se le quedó atrapada en la garganta cuando sus manos se apretaron. Sus ojos brillaron divertidos mientras la levantaba con facilidad y la apartaba a un lado.

Ella soltó un pequeño chillido indignado mientras él inclinaba la cabeza y observaba el lienzo.

—Lord Posenby.

Se retorció las manos.

—Lo siento. Lo tiraré si así lo deseas.

—Al contrario, el hecho de que esté desnudo y sostenga estratégicamente las margaritas en flor me divierte. Sus piernas parecen velas, y su nariz es tan puntiaguda que casi reluce. En cuanto a su expresión, parece confundido y extrañamente aterrorizado al mismo tiempo. Le ruego que me lo vendas cuando esté terminado.

—¿Venderlo? Puedes quedárselo gratis; al fin y al cabo, tú eres mi…

Él la miró con atención, con los ojos fijos en ella.

—¿Tu…?

—Proveedor —corrigió ella.

—¿Soy… tu proveedor? Creía que eras independiente.

Ella bajó la mirada.

—¿Un cuaderno de bocetos? —preguntó él, tomándolo del banco.

Ella intentó arrebatárselo.

—¿Puedo verlo, por favor?

—Oh, bueno… adelante.

Se mordió el labio, tratando de recordar si había dibujado algo que pudiera ofenderlo. Se asomó por encima de su hombro mientras él pasaba las páginas.

—¡Caricaturas! —exclamó con deleite—. Aquí estoy yo con cabeza de nabo, sentado sobre un montón de joyas.

Se rio.

—El parecido está bien logrado. Es notable lo que pueden lograr unos pocos trazos de lápiz.

Pasó la página y encontró una serie de bocetos al carbón que retrataban las excentricidades de lord Montgomery.

En el primero, lord Montgomery se reía mientras una nueva doncella chillaba al ver al señor Williams bebiendo té. En el siguiente, perseguía a lady Montgomery por la habitación pidiéndole un beso.

El siguiente grupo mostraba lo que ocurría en las cocinas. Había dibujado a una lechera coqueteando con el mayordomo y una escena conmovedora de los sirvientes arrullando a un cachorrito que

el ayuda de cámara había encontrado perdido y llevado a casa un día.

Por último, él se detuvo en un dibujo grande y detallado que representaba a toda la casa con cabezas de gallina, gritando: *«¡Él viene!»*. Pasteles y tazas de té flotaban en el aire, como si acabaran de ser lanzados. El ama de llaves temblaba de miedo, Lady Montgomery y Lady Croft daban órdenes a voz en cuello, mientras Lord Savill permanecía en la entrada, apuesto y severo, con el sombrero en la mano y un pie cruzando el umbral.

Cerró el cuaderno y lo dejó a un lado.

—Me has permitido mirar detrás del telón y ver el caos —dijo, volviéndose hacia ella—. No me había dado cuenta de cuánto se preocupan mi familia y los sirvientes por mi bienestar. Es un placer ver mi hogar como nunca antes lo había visto.

Ella inclinó la cabeza.

—Te quieren mucho.

—Eso puedo verlo.

Le sostuvo la barbilla y le alzó el rostro.

Ella se negó a mirarlo, manteniendo la vista fija en el botón dorado de su abrigo.

Él inclinó la cabeza oscura y sus labios quedaron suspendidos sobre los de ella, provocándola.

Su aroma profundo y terroso la envolvió como un narcótico, y un leve gemido escapó de sus labios. Estaba tan cerca, y aun así se negaba a cerrar la distancia entre ambos.

Ella se alzó sobre la punta de los pies, como si una cuerda invisible tirara de ella, y se balanceó hacia él como una bailarina hechizada.

Al fin levantó las pestañas y lo miró.

Sus ojos oscuros habían perdido todo rastro de humor, y una emoción innombrable rugía bajo su piel. Ella podía sentir su fuerza mientras él luchaba por contenerla.

Su intensidad, su fuerza, su masculinidad la envolvieron, haciéndola consciente de su propia fragilidad.

Una ramita crujió afuera, pero apenas lo oyó cuando él se inclinó y la besó.

—Caos —susurró contra sus labios—, amor y caos. Estás en medio de todo como un lago en calma. Sereno, invitador, lleno de dulce, dulce néctar.

¡Patrañas! Le dieron ganas de golpearlo en la cabeza. Soltando palabras floridas para convencerla de derretirse. Como si hiciera falta, como si sus labios no bastaran para dejarla sin sentido y sin habla.

Sus ojos se nublaron y sus pensamientos se dispersaron cuando él succionó y mordisqueó su labio inferior, separó sus dientes con suavidad y profundizó el beso.

Ella dejó escapar suaves gemidos y se apretó contra él.

Él la besaba como en una bruma, pensando que así debía de sentirse una criatura esclava de la bebida. De esas que se vuelven adictas a la ginebra y abandonan su fortuna, su familia y su juicio por un solo sorbo.

Necesitaba tocarla cada vez que la veía. Atraerla a sus brazos y hacer con ella lo que quisiera. Si le pidieran elegir entre ella y el mundo, la elegiría sin pensarlo.

La elegiría por encima de la salud, el hogar o incluso la vida.

La oleada de emociones, la necesidad de poseer su corazón y su alma, lo sacudieron. Sus dedos temblaban al recorrer las suaves curvas femeninas de su cuerpo, deseando arrancarle cada centímetro de tela.

No, no podía tomarla ahora, no con aquellos pensamientos salvajes y desbocados y el control resbalándosele entre los dedos. Tomarla en ese estado significaría hacerle daño.

Tenía que marcharse; así que, tras un beso rápido y ardiente que la dejó tambaleándose, se fue.

Ella arrancó una horquilla de su cabello y la lanzó contra la puerta cerrada con un grito.

Había querido más, pero como siempre, él la había dejado demasiado pronto.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Jane se miró en el espejo. Llevaba un sencillo vestido de seda azul, una trenza en forma de corona y delicados diamantes alrededor del cuello y en las orejas.

Su rostro se veía diferente. Inclinó la cabeza y entrecerró los ojos. Sus mejillas habían perdido algo de volumen, haciendo que sus ojos parecieran más grandes. Siempre había sido delgada, pero ahora su rostro acompañaba esa delicadeza.

El resultado le favorecía.

Sonrió, complacida con el cambio, y bajó a cenar con un poco más de confianza para enfrentarse a completos desconocidos.

Lord y Lady Pekham venían a cenar esa noche. Eran amigos de Lord Savill y Angélica. Lord y Lady Montgomery habían decidido cenar en sus habitaciones, dejando que los jóvenes disfrutaran solos.

Se detuvo frente al comedor y respiró hondo. Había estado intentando mantener la mente ocupada y concentrada en pensamientos triviales, como su aspecto físico, porque no quería pensar en él.

Él… Lord Savill. Incluso pensar su nombre hacía que su corazón diera un salto. Había empezado a seguirlo con la mirada y tenía que obligarse a mirar hacia otro lado cuando él estaba en la habitación.

Sus largos dedos, los nudillos prominentes, la delicada piel bajo su oreja y la línea de sus caderas que lo hacía estremecerse si ella la rozaba… ¡Bah!

Tomó otra profunda bocanada de aire para prepararse. Tendría que pasar toda la velada con él. El estómago le dio un vuelco al pensarlo, pero no tenía más remedio que obligar a sus pies a moverse y entrar en la estancia.

Él estaba sentado en la cabecera de la mesa.

Se tensó y se le cortó la respiración. Hoy estaba extraordinariamente apuesto. Parpadeó como una tonta durante un

instante, y caminar de pronto le pareció algo ajeno.

Él le sonrió.

Ella tropezó con la falda, y Belcher la sostuvo para que no cayera.

—Estás preciosa —dijo Lady Croft, con los ojos brillando de diversión.

—Estoy de acuerdo —añadió Lord Savill, entregándole una copa de champán.

Lord y Lady Pekham llegaron en ese momento, dándole un instante para recomponerse. Parecían dos plumas romas. Ambos tenían cabezas puntiagudas, abundante cabello rebelde, figuras delgadas y caderas rectas.

Jane se reprendió mentalmente. Estaba siendo cruel. Lady Pekham era, de hecho, increíblemente atractiva. Parecía una pluma roma, era cierto, pero una hermosa, y Lord Savill lo había notado. Sus ojos se habían iluminado con deleite al verla entrar.

Jane dejó su copa de cristal tallado por miedo a romperla con la fuerza de su agarre.

Tomaron asiento a la mesa, y Jane, sentada junto a Lord Savill, le lanzó una mirada fulminante.

—Estás sonriendo demasiado —murmuró por lo bajo.

Él se volvió hacia ella, sorprendido.

—¿Eh?

—Vas a avergonzar a Lady Pekham. Deja de enseñarle los dientes.

Antes de que pudiera responder, habló Lord Pekham.

—Lady Savill —tronó Lord Pekham dirigiéndose a Jane—. Háblenos de usted.

Jane retorció la servilleta sobre su regazo.

—Eh…

—Es una pintora maravillosa —sonrió Lady Croft.

Lord Pekham soltó una risita.

—Ah, ¿acuarelas? Mi esposa hace eso. Es bueno permitir que las mujeres tengan pasatiempos. Mantiene ocupadas sus cabecitas.

Lord Savill hizo un gesto al mayordomo para que sirviera la sopa.

—Es una artista brillante. Sus pinturas son solicitadas por intelectuales de todo el mundo.

Lord Pekham rio.

—Todavía está en esa fase del matrimonio en la que todo lo que hace su esposa le parece extraordinario. Lo recuerdo bien.

Una vena comenzó a palpitar en la sien de Lord Savill.

—Gana una fortuna vendiendo sus cuadros. Ahora es miembro de la Royal Society of Arts.

Lord Pekham frunció el ceño.

—De verdad, no debería permitir que venda sus pinturas. Ese tipo de cosas se le subirá a la cabeza. En cuanto a la membresía, deberían revocarla. ¿Cómo puede permitir que una mujer sea miembro de la Royal Society? Lo siguiente será dejar entrar a perros y gatos.

—Su inteligencia —dijo Lord Savill en voz baja— es igual, si no superior, a la de la mayoría de los hombres, incluido usted, Gilbert.

Jane extendió la mano y tomó la de Lord Savill bajo la mesa. Él la miró, y ella negó levemente con la cabeza.

Le conmovía que hubiera perdido la calma para defenderla, pero estaba acostumbrada a ese tipo de burlas —al fin y al cabo, su madre solía lanzárselas— y no quería que arruinara su amistad por eso.

Lord Savill comprendió la súplica en sus ojos, y su boca se tensó.

Lady Croft comenzó a hablar de la última ópera, llevando la conversación a terrenos más seguros, y pronto Lord y Lady Pekham olvidaron el tropiezo inicial.

La velada se volvió animada, y el mayordomo entró con el segundo plato. Levantó primero la campana que cubría la fuente en el centro de la mesa.

En lugar del venado en la fuente, encontraron la cabeza sonriente y grasienta de Lord Posenby.

Alguien gritó, y todos se pusieron de pie de un salto. Lady Croft, el mayordomo, tres doncellas y los Pekham se desmayaron.

—¿Cómo has podido? —espetó Jane a Lord Savill—. ¿Cómo has podido hacer esto?

—¿Qué quieres decir? —respondió Lord Savill, irritado—. Envié a ese hombre fuera del país. ¿Me estás acusando de decapitarlo?

—¿Qué otra cosa podría ser?

—¿Por qué haría algo tan idiota?

Se oyó cómo alguien se aclaraba la garganta, y una voz masculina dijo:

—Quizá esté celoso.

—Ahora no, Posenby —gruñó Lord Savill, y luego se quedó inmóvil.

—¡Hable! —Jane se volvió a mirar la cabeza fijamente.

Lord Posenby esbozó una sonrisa aceitosa.

—Así es, y antes de que pregunte, estoy bien. Un poco mareado desde que me comí casi todo el venado.

Lady Croft, los sirvientes y los Pekham volvieron en sí. Se levantaron apresuradamente, aliviados al comprobar que el hombre estaba vivo.

—No lo entiendo —chilló débilmente Lady Pekham—. ¿Qué hace este hombre aquí? ¡Oh! ¿Se supone que debemos comérnoslo?

Volvió a desmayarse.

Lord Posenby sonrió a Jane.

—Estoy aquí porque me di cuenta de que estaba enamorado de usted cuando iba en el barco. Me colé antes, hice un agujero en la parte inferior de la mesa, quité la bandeja y metí la cabeza bajo la campana de plata.

—Lo decapitaré yo de verdad —dijo Lord Savill avanzando hacia él, pero Jane le sujetó el brazo para detenerlo.

Ella habló con frialdad:

—Le golpeé en la cabeza, lo até, y mi esposo hizo que lo expulsaran del país. No pude haber sido más clara con mis intenciones.

—Precisamente —sonrió Lord Posenby con aire soñador—. Él me dijo que el amor verdadero no es fácil. Ninguna otra mujer me había rechazado así. Mis encantos han derretido a todas las mujeres en las que he fijado la vista, excepto a usted. Me dijo que no me rindiera, que luchara hasta mi último aliento. Dijo que era la magia Fairweather.

—¿Quién demonios le llenó la cabeza con semejante disparate? —espetó Lord Savill.

Lord Posenby se relamió la grasa que brillaba en las comisuras de sus labios.

—El mayor poeta de todos los tiempos, Philbert Woodbead.

—¡No! —jadeó Jane.

—Sí —replicó Posenby—. Ha infundido tanta pasión en mí que ese maldito pájaro que ahora mismo me está picoteando mis partes no puede hacerme cambiar de intención.

—¡Señora Williams! —Jane se tapó la boca horrorizada—. Salga de ahí ahora mismo.

Posenby soltó una risita, abrió su boca grasienta y comenzó a cantar una canción.

Bailo con las gallinas,
con el cordero y la carne hervida.
Te amo, querida mía, por las mañanas
y también en mis sueños.

—Sáquenlo de aquí —rugió Lord Savill al mayordomo—. ¡Ahora!

El lacayo entró corriendo para ayudar al mayordomo, y Posenby fue arrastrado desde debajo de la mesa del comedor y levantado en vilo.

—¡Te amo, Jane! —chilló Posenby mientras se lo llevaban—. ¡No me rendiré! ¡Jamás! Él me enseñó esta canción. La cantaré hasta el día en que muera. Bailaré con las gallinas, el cordero y la carne hervida…

Su voz se fue apagando mientras lo sacaban de la casa, lo arrojaban al carruaje y lo llevaban de nuevo al astillero.

De vuelta en Bellmore Hall, los Pekham habían perdido comprensiblemente el apetito y se marcharon con rapidez. Lady Croft también se retiró a su habitación, mientras Lord y Lady Savill se miraron por encima de los restos de la cena y estallaron en carcajadas.

Había sido un día memorable.

Más tarde esa noche, cuando Jane se metió en la cama junto a Lord Savill, se dio cuenta de que ya no necesitaba dormir con él. Sus hermanas se habían ido y nadie vigilaba.

Miró su espalda dormida y vaciló. La cama estaba agradablemente cálida con él dentro, mientras que su propia

habitación se sentía fría en comparación.

Además, él no había dicho que no pudiera compartir su cama.

Bostezó, con la mente demasiado cansada para debatirse consigo misma, se deslizó bajo las mantas y cerró los ojos. Un momento después, él pasó un brazo alrededor de ella, y su peso reconfortante la sumió pronto en el sueño.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

La luz del sol de la mañana se filtró a raudales, afilada, y pinchó a Jane en el ojo. Despertó y descubrió que Lord Savill ya se había marchado. Bebió el té, ahora tibio, que reposaba junto a su cama y se quedó mirando por la ventana.

Una bruma fría y gris colgaba sobre el lago, y nubes ominosas llenaban el cielo. Podía sentir el frío a pesar de las tres chimeneas encendidas en el dormitorio.

Todo había ido tan bien hasta que sus malditas hermanas llegaron y lo arruinaron todo.

Anoche, en la cena, lo había llamado su esposo.

¡Cielos!

Tendría que dejar de dormir en esa habitación. Las cosas se estaban saliendo de control.

Esa extraña sensación cada vez que lo miraba tenía que desaparecer. Sus piernas se volvían inestables, su mente se nublaba y su corazón comenzaba a golpear como una mariposa atrapada.

Apartó la sábana y se vistió. Sus dedos estaban llenos de una inquietud dolorosa que solo podía aliviar pintando. Su mente zumbaba con una urgencia que a veces la asaltaba, y hoy no podía esperar hasta la tarde.

Tenía que empezar ahora.

Un arrebato, lo había llamado su madre una vez.

Llegaba de repente, y entonces trabajaba como un ser frenético hasta que el agotamiento finalmente la obligaba a detenerse.

Se apresuró hacia el cenador después de dar a las doncellas una breve instrucción de que no la molestaran.

No tardó en perderse en el aroma de la pintura y el aceite de linaza. El aire fresco y frío de la mañana se sentía maravilloso sobre su piel, y trabajó con pura alegría y concentración.

Sin que ella lo supiera, una sonrisa permanecía en sus labios. Su figura esbelta, envuelta en suave muselina color crema, se volvía

aún más atractiva cada vez que alcanzaba un trapo de pintura o un pincel nuevo.

Era ya media mañana cuando sintió un cosquilleo en la nuca. Se volvió y encontró a Lord Savill observándola.

Llevaba un hermoso abrigo azul de corte impecable y estaba apoyado en el marco de la puerta. Sostenía un sombrero oscuro en una mano enguantada, y sus ojos entornados estaban fijos en su rostro.

La miraba como si fuera suya. Su posesión.

Ese pensamiento la enfureció y la aterrorizó al mismo tiempo. Sabía que él nunca le haría daño, y aun así, ese miedo extraño persistía en su vientre.

Un trueno repentino retumbó en el cielo, seguido por un relámpago que la hizo sobresaltarse.

—Deja de mirarme así.

Sus labios se curvaron en una leve sonrisa.

—No desayunaste.

Comenzó a caminar hacia ella, y ella retrocedió unos pasos tambaleándose. Él la sostuvo del brazo para detenerla.

—Tranquila. Estabas a punto de volcar el lienzo.

Le llevó un momento conseguir pronunciar las siguientes palabras.

—Quería pintar.

—Madre pensó que podrías estar indispuesta. Me pidió que viniera a comprobarlo —dijo, sacando una naranja del bolsillo.

—Estoy bien. Estoy muy bien. Nunca he estado mejor.

—¿Puedo mirar? —preguntó, señalando el lienzo.

Ella se encogió de hombros con fingida indiferencia.

—No me molesta. ¿Quieres sentarte en el banco?

—Prefiero quedarme de pie.

Tomó posición detrás de ella, con los ojos clavados en el lienzo.

—Un tema curioso.

Ella apartó la mirada de él a la fuerza y volvió a enfrentar el lienzo.

—Es Sémele con la cabeza inclinada.

—Frente a Zeus en su forma de dios —asintió—. Se nota.

—¿Cómo?

—El contorno del pequeño Dioniso cosido en el muslo de Zeus lo delata.

—Acabo de empezar a trabajarlo. Me sorprende que hayas podido distinguirlo.

Masticó y tragó. Él le había dado un gajo de naranja sin que se diera cuenta.

—Adelante, finge que no estoy aquí.

Tomó el pincel y descubrió que sus dedos estaban demasiado temblorosos para continuar. Frunció el ceño. Mucha gente la había observado pintar. Era el único lugar donde se sentía perfectamente segura y podía desconectarse del mundo con facilidad. Nunca antes le había molestado.

Se obligó a ignorar el calor que él irradiaba y acercó el pincel al lienzo. Se concentró en el lago que brillaba detrás de Zeus y añadió un toque de azul.

Se detuvo y lo miró de reojo. Él le dio otro trozo de naranja y ladeó la cabeza hacia el lienzo como diciendo: adelante.

Ella asintió y trató de concentrarse de nuevo, pero fracasó. Su pincel quedó suspendido sobre el lienzo, de pronto inseguro y nervioso.

Él le dio un leve golpecito en el hombro con un dedo.

—¿Sueles tardar tanto? Te he dado tres naranjas enteras y solo has hecho un punto en el lienzo.

Lo miró sorprendida.

—¿Tres naranjas?

—Parece que mi presencia te distrae de tu trabajo. Tal vez debería marcharme.

Su espalda se tensó.

—Nada de eso.

Él se aclaró la garganta.

—Jane.

—¿Sí?

—Tienes que pintar en el lienzo.

—Lo sé.

—Pero tus ojos están sobre mí, y lo han estado desde hace un buen rato.

Su rostro se tiñó de rojo, y apartó la mirada con brusquedad.

—Eso no es cierto. Estoy pintando. Hice ese punto. Mira.

Él rio y la giró para que lo enfrentara.

—Creo que sé qué sucede.

Le acarició la mandíbula mientras sus ojos se demoraban en su nuca.

Ella alzó un hombro con fingida despreocupación.

—¿Qué… qué sucede?

Él inclinó la cabeza hasta que sus labios quedaron a un suspiro de los de ella y recorrió su rostro con la mirada.

Su corazón comenzó a latir casi dolorosamente. Su pecho subía y bajaba mientras luchaba por respirar.

Él sonrió, una sonrisa lenta, devastadora, consciente.

—Puedo leer tus ojos. Estás pensando en esto.

Y entonces rozó con los labios la comisura de su boca, un roce delicado, ligero como una pluma, destinado a provocar.

Fue suficiente para encenderla. Ella giró el rostro para capturar plenamente sus labios y se fundió en él como nieve al sol.

Tras un suave gemido de sorpresa, él la atrajo más cerca y moldeó su figura esbelta contra la suya, más grande y poderosa.

La mano delicada de ella se deslizó hacia arriba para aferrarse a su abrigo, sin querer dejarlo escapar. Un relámpago la atravesó, la rodeó. Ya no sabía cuál era cuál.

La lluvia comenzó a golpear con fuerza los cristales del cenador, imitando la sangre que rugía en sus oídos. El calor de él la envolvía hasta que pensó que se derretiría como cera. Su ropa rozaba su piel sensible, y sus dedos encontraron la piel desnuda bajo la camisa de él y recorrieron su pecho.

Tropezaron juntos hasta alcanzar la pared, y él la giró. Sus manos se apoyaron en el vidrio frío, y su visión aturdida observó los regueros de agua deslizarse entre sus dedos entreabiertos.

La lluvia atronadora se estrellaba a su alrededor, amortiguando todo sonido y difuminando el paisaje, mientras sus besos en la nuca la hacían estremecerse.

La temperatura había descendido, pero aun así se sentía acalorada, como si llevara demasiada ropa.

Su mano se apretó en torno a su cintura cuando sintió que le flaqueaban las fuerzas y que sus rodillas amenazaban con ceder.

Pero no se detuvo. No; su otra mano continuó, implacable, provocando y explorando hasta que oleadas y oleadas de placer la atravesaron, haciendo que todo temblara igual que la lluvia que azotaba la tierra afuera.

Sus pestañas vibraron, y gimió y mordió el dedo que él deslizó en su boca, sintiendo demasiado.

Él apoyó la cabeza entre sus hombros, esperando a que ella recuperara el juicio. Cuando su respiración se estabilizó y dejó de temblar, negó con la cabeza.

—No más.

—Yo… —parpadeó, confundida—. ¿Qué?

Él le había dado placer en cada encuentro, pero ¿y él?

Se volvió lentamente hacia él y, reuniendo todo su valor, preguntó:

—¿Puedo… no tocar?

Él le acarició la mandíbula, su expresión de pronto distante.

—Creo que empeoré las cosas.

—¿Cómo?

Él retrocedió unos pasos.

—No hago nada a medias, querida mía, ni en los negocios ni en el amor.

Ella lo observó alejarse, con los dedos sobre su boca aún hormigueante. Una parte de ella quería llamarlo de vuelta, una gran parte de ella… bueno, casi toda ella lo quería de vuelta, pero la niebla se disipó tan rápido como había descendido, y su mente se aclaró.

Un momento después, arrojó los pinceles al suelo y dejó escapar un suave grito de frustración. El condenado hombre se le había metido bajo la piel.

No podía creer que, por un instante, hubiera querido ser una pirata sin escrúpulos, echárselo al hombro y llevárselo al dormitorio.

¡Oh! Se tocó las mejillas encendidas, horrorizada. ¿Qué locura era esa? ¿Por qué su mente se volvía papilla en su presencia?

Lo más espantoso era que *ella* quería abalanzarse sobre él mientras el pobre hombre intentaba mantener las distancias.

Tendría que hacer algo al respecto. Tendría que rogarle a Georgiana Berry que se quedara con ella un tiempo y actuara como chaperona.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

—No lo entiendo.

Georgie estaba recostada en el banco del cenador, comiendo uvas mientras la luz de la tarde hacía resaltar los hilos dorados de su vestido lavanda pálido. A su alrededor, la luz se filtraba por la vidriera, creando sombras moteadas en el suelo.

Jane sacudió la cabeza para despejarla; no era momento de estudiar el juego de luces.

—Necesito que actúes como chaperona.

—¿Se supone que debo salvaguardar tu virtud de quién?

—¿De mi esposo?

—¿Tu esposo?

—Sí. ¿Ahora lo ves?

—No lo veo.

—Sé mi chaperona.

—Estás casada con él. Las chaperonas son para vírgenes solteras.

—Oh, simplemente impide que me acueste con él.

—Ah.

—¿Ahora lo ves?

—No.

—No quiero morir en el parto.

—Nuestras madres no murieron.

—Yo podría.

—También podrías morir de tisis.

—¿Me ayudarás o no?

—Te ayudaré, pero solo podré quedarme un tiempo.

Jane suspiró.

—Lo sé. Pensaré en otra cosa cuando llegue el momento de que te marches.

Lady Croft entró en ese instante.

Jane hizo rápidamente una seña a Georgie para que mantuviera el tema en secreto. Aún no estaba preparada para compartirlo con

nadie más.

—¿Estás pintando? —preguntó Lady Croft, dirigiéndose hacia el lienzo.

Jane negó con la cabeza.

—No, no puedo concentrarme.

Lady Croft sacó una hoja de dibujo.

—Hace calor para ser un día de invierno.

El rostro afilado de Lady Croft, su cabello dorado y su vestido negro almidonado contrastaban por completo con los rizos rojos y la figura suave de Georgie. Jane se preguntó si podría convencerlas de posar juntas para ella.

Georgie le quitó el carboncillo de la mano a Lady Croft.

—Mejor hablemos de la escuela.

Así que pasaron el resto de la tarde haciendo precisamente eso. Conversaron entre abundantes tazas de té, pasteles y galletas, trajeron mantas para arroparse cuando empezó a hacer demasiado frío y colocaron ladrillos calientes bajo sus pies.

Jane miró a su alrededor las estatuas, los lienzos y las plantas, iluminados por la luz invernal, y escuchó la risa cristalina de sus amigas.

Encogió los dedos de los pies sobre el ladrillo caliente y recogió las piernas para apoyar la cabeza en las rodillas.

Habría sido un día encantador, si no fuera porque lo estaba echando de menos otra vez.

Maldita sea.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Al día siguiente, el equipaje de Georgiana llegó apenas unos minutos después que ella.

Jane estaba encantada. Había conseguido dormir en su propia habitación la noche anterior, pero el impulso de ir a la de él había sido fuerte. Apenas había pegado ojo y le molestaba haber permitido que su presencia se volviera una costumbre tan arraigada.

Se vistió, entró en el cuarto de invitados y encontró a Georgiana mordiéndose el labio y caminando de un lado a otro.

En ese momento entró el señor Williams y se acurrucó en la cama de Georgiana.

Jane le acarició la cabeza.

—Es realmente adorable. A veces olvido que es un guepardo y no un gatito.

Georgiana le pasó la mano por el lomo, y el señor Williams se estiró y ronroneó.

—Lo adoro. Estoy empezando a querer más tu casa que la mía —rio con un deje extraño y se puso de pie de un salto—. Un paseo —anunció, poniéndose el sombrero—. He estado sentada en el carruaje la última media hora y, aunque tiene buena suspensión, se movía bastante.

—Lo que tú quieras —dijo Jane agradecida—. Gracias por venir a quedarte.

—Me gusta estar aquí.

Salieron justo cuando nubes oscuras empezaban a cubrir el cielo. El viento enfrió de inmediato la nariz y las orejas de Jane.

—¿Quizá un paseo corto? —sugirió con cierta inquietud.

Georgiana no respondió. Estaba de un humor extraño.

Jane la tomó del brazo.

—¿Qué ocurre?

—No logro entender por qué soy más feliz en tu casa que en la mía.

—Porque me quieres más que a toda tu familia, por eso.

Georgiana aceleró el paso, y Jane casi tuvo que correr para alcanzarla.

—Más despacio. Tienes las piernas largas. ¡Georgie!

Entonces comenzó a llover a cántaros, y Georgie siguió caminando.

El sol se convirtió en una vela titilante tras un velo de nubes oscuras. La lluvia fría y cortante empapó las faldas de Jane, volviéndolas pesadas e incómodas.

Se secó los ojos y gritó:

—¡Georgie, detente!

Se plantó frente a su amiga y la sacudió por los hombros.

—Basta, tenemos que volver a casa.

Georgiana la miró sorprendida, como si recién notara que estaba chorreando como un cachorro empapado.

—Carrera hasta la casa —dijo riendo.

Jane se recogió las faldas y echó a correr antes de que su amiga terminara la frase.

Esa noche, se sentaron juntas frente a la chimenea en el dormitorio de Jane, acurrucadas y bebiendo brandy caliente.

Lady Croft las miró con preocupación.

—Ambas parecen enfermas.

—Estaremos bien —dijo Georgiana, y estornudó.

—Voy a morir —gimió Jane, tosió y se humedeció los labios febriles. Se sentía horrible y no estaba de humor para fingir valentía.

—Llamaré al médico —dijo Lady Croft, poniéndose de pie—. Ustedes dos, a la cama. Ahora.

El doctor Foster llegó más tarde esa noche y examinó a las muchachas. Les sonrió y les indicó que descansaran.

Jane se levantó para buscar un vaso de agua cuando oyó la voz del médico fuera de la puerta.

Se aferró al tocador; la cabeza le daba vueltas y estrellas danzaban ante sus ojos. Cuando logró estabilizarse, se concentró en la conversación.

—¿Cuánto tardarán en mejorar? —preguntaba Lord Savill.

—No puedo decirlo. Están ardiendo en fiebre —respondió el doctor.

—¿Debo preocuparme?

—Debe mantenerse vigilante.

Jane no pudo soportarlo más. Se arrastró de vuelta a la cama y cerró los ojos.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

Jane insistió en que Georgie compartiera su habitación. Era lo bastante grande para ambas, y no quería que su amiga estuviera sola mientras se sentía tan mal.

Jane se despertó varias veces durante la noche y encontró a Lord Savill sentado a su lado en una silla. Le ofrecía sorbos de agua cuando los necesitaba y se aseguraba de que el fuego estuviera encendido y que el edredón cubriera sus hombros durante toda la noche.

La otra persona que se quedó con ellas fue Lady Croft. Atendía a Georgiana como si fuera de la familia. Jane se sintió conmovida por el cuidado que los hermanos les brindaban.

Por la mañana, las doncellas ayudaron a las muchachas a cambiarse las camisas sudadas por ligeros vestidos de mañana.

Incluso cepillarse el cabello era un esfuerzo. Jane apoyó su cabeza palpitante en la almohada, agradecida por el té caliente. Solo logró ofrecer una sonrisa débil a Lord y Lady Montgomery cuando fueron a visitarla.

Más tarde esa tarde, sus hermanas irrumpieron en la habitación cargando flores y cestas de fruta. Penelope quiso llevarse a Jane de regreso a su propia casa, pero solo la intervención del médico y de Lord Savill logró detenerla.

Al caer la noche, las muchachas estaban peor. Jane ya no sabía quién entraba y salía. Cuando por fin fue consciente de su entorno, se sorprendió al descubrir que había estado dormida durante dos días.

Despertó y encontró a sus hermanas de visita con sus esposos. Le bastó una mirada al rostro manchado de lágrimas de Penelope para saber que había estado extremadamente enferma. Conversaban con ella como si se tratara de una visita amistosa, pero por la manera en que se inquietaban ante cada uno de sus movimientos, comprendió que había estado cerca de la muerte.

Su madre y su hermana menor, Elizabeth, llegaron desde Finnshire para verla.

Elizabeth estaba callada, y el miedo era evidente en sus ojos cada vez que miraba a Jane. Entonces supo que, a pesar de sus discusiones, su hermana la amaba profundamente.

Jane tomó la mano de Elizabeth y la hizo sentarse a su lado mientras hablaba con su madre.

—Te traje pastelitos de carne —dijo su madre con tono animado.

Jane sonrió, incapaz de hablar porque tenía la garganta en carne viva tras días de tos.

Su madre la contempló con afecto.

—Me alegra haberte casado. Ahora dime, ¿no fue un buen plan? ¡Mira lo feliz que eres!

Jane la fulminó con la mirada. Estaba pálida, sin poder hablar y luchando contra la muerte, y su madre pensaba que era feliz. Una locura.

—La forma en que Lord Savill te cuida… —su madre aplaudió con entusiasmo.

Jane hizo una mueca; el sonido le hizo latir la cabeza con más fuerza.

Su madre se volvió hacia Georgiana, que estaba incorporada y tan pálida que parecía un espectro.

Georgiana le mostró el bordado en el que trabajaba.

—Lo hice para mi madre; este es para mi hermano y este para mi hermana —dijo con una sonrisa tímida. Su voz estaba ronca y parecía a punto de quebrarse en cualquier momento.

Está tan frágil, pensó Jane de pronto, preocupada. Su amiga siempre había mostrado valentía, pero en sus ojos podía ver el dolor y el sufrimiento.

La señora Fairweather entrecerró los ojos y comenzó a reprenderla.

—Deberías estar descansando. Podrás hacer regalitos para tu familia cuando estés bien. ¿Dónde está Lady Berry? ¿Se queda aquí?

Georgiana se animó un poco.

—Estoy segura de que mamá llegará pronto. Ya le han avisado.

Un rato después, su madre se marchó a tomar el té con Lady Montgomery, pero, por insistencia de Jane, Elizabeth se quedó.

Cuando estuvieron solas, Jane la abrazó.

—Estoy bien.

A Elizabeth le tembló la boca.

—¿Eres feliz, Janey?

—Lo soy.

Elizabeth la estudió con atención.

—Estás tan pálida que no sé si dices la verdad. ¿Lo amas?

Jane apartó la mirada.

—No puedo hablar. Me duele la garganta.

—Puedes asentir.

Jane le metió una galleta en la boca.

—Come.

—Él te ama —murmuró Elizabeth mientras masticaba.

Jane se sonrojó. —Es amable.

Elizabeth la miró pensativa.

—Penny dice que estás locamente enamorada. Pero veo que algo no está bien, y antes de irme lo descubriré.

—¡Lizzy! —susurró Jane en tono de advertencia—. No te atrevas a entrometerte. Todo está bien.

Elizabeth sonrió, y su bonito rostro se iluminó con picardía.

—Lo arreglaré, hermana. Haré que todo vuelva a estar bien.

Jane se alegró cuando sonó la campana de la cena y su madre y Elizabeth se marcharon. Amaba a su madre, pero solo podía soportarla en pequeñas dosis, como un dulce demasiado empalagoso. Demasiado de ella, y empezaba a sentirse mal.

En cuanto a Elizabeth, un momento más en la casa y habría descubierto todos los secretos y comenzado a intervenir.

***

Al día siguiente llegaron dos cartas para Georgiana.

—Oh, son de mamá y de Lord Plaskett.

—Ábrelas —dijo Jane con impaciencia, incorporándose en la cama para mirar a su amiga.

Georgiana leyó ambas y se quedó extrañamente inmóvil.

Jane frunció el ceño.

—¿Georgie?

Georgie tardó en responder.

y que —Oh, están bien, lo cual es un alivio. Pensé que alguien en mi familia estaba enfermo, por eso no habían venido.

—¿Por qué no han venido? —preguntó Jane, incapaz de contenerse.

—Mamá cree que estoy en buenas manos y espera que pronto esté lo bastante bien para volver a casa. Mi hermano ha regresado de la Marina por unos días, y como viene tan rara vez, quiere pasar tiempo con él. Ah, y mi hermana tiene un pretendiente, y mamá cree que pronto habrá boda.

Jane apartó su sopa; se le había ido el apetito.

—¿Y la otra carta? ¿Era de tu padre o de tus hermanos?

Georgie se inclinó para recoger su costurero y guardó las cartas dentro mientras hablaba.

—Era de él. De Lord Plaskett. Dice que lamenta mucho mi estado y se pregunta si es contagioso.

Jane sintió náuseas de rabia.

—¡Pero es tu prometido! Debería venir a verte.

—Si mi propia familia no consideró necesario venir, ¿cómo puedo culparlo a él? Después de todo, acaba de entrar en mi vida, mientras que ellos han estado conmigo desde que nací —respondió Georgie en voz baja—. Creo que dormiré un poco.

Jane miró a su amiga, impotente, con el corazón roto ante aquella expresión desdichada.

La siguiente vez que sus hermanas fueron a visitarla, se desvivieron por Georgie tanto como por Jane. Nadie mencionó a Lady Berry ni a Lord Plaskett, y sin embargo esos nombres flotaban en el aire como fantasmas indeseados.

Jane sabía que sus hermanas tenían buenas intenciones, pero la compasión en sus miradas cada vez que observaban a Georgie solo empeoraba las cosas. Esa noche, por primera vez, oyó a Georgie llorar, intentando ahogar los sollozos.

Jane fingió dormir, pues sabía que la lástima era lo último que Georgie querría.

Lord Savill estaba junto a su cama más tarde ese día. Le sostuvo la mano cuando despertó en mitad de la noche.

Jane frunció el ceño.

—Te ves pálido. ¿Estás bien?

Él asintió.

—Tú te ves mejor.

—Me siento fatal —se quejó—. Me duele la cabeza.

—Mandaré traer té.

—Y me duele la garganta.

—¿Brandy?

—Y me duele todo el cuerpo.

—¿Besos?

Ella rio, y luego gimió.

—Vete. Me estás empeorando el dolor de cabeza.

Él sonrió y se levantó. Ella le atrapó la mano y lo hizo sentarse de nuevo.

—No lo decía en serio —murmuró con brusquedad—. Quédese.

Él rio suavemente y volvió a tomarle la mano obedientemente.

Georgiana habló con voz débil y dolorosamente suave:

—Ante tu madre finges valentía, pero delante de él eres honesta como una niña.

Jane frunció el ceño ante aquellas palabras. Georgie tenía razón. Últimamente sentía una extraña comodidad junto a Lord Savill. La manera en que se sentaba a su lado, la cuidaba y era paciente, había hecho que dependiera de él más que de nadie. No sentía la necesidad de fingir con él.

Era extraño.

Lo miró y descubrió que él la observaba. El corazón le dio un vuelco. ¿Acaso ahora lo consideraba más importante que a su propia familia?

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

Jane despertó al día siguiente con el aroma de lavanda y rosas. Sonrió, se estiró y se incorporó en la cama.

Estaba rodeada de regalos considerados, flores, dulces y, lo más importante, ahora podía olerlos y saborearlos. Sus fosas nasales estaban despejadas, la tos se había reducido a un leve cosquilleo y la fiebre había desaparecido.

Su sonrisa se desvaneció al mirar a Georgie, sentada en la cama intentando tejer. No había recibido ni una sola flor, mensaje o regalo de su prometido ni de su familia.

El corazón de Jane se encogió de dolor y, por un momento, quiso tomar cada una de las flores y arrojarlas lejos.

—Los días parecen no terminar —se quejó Georgiana—. Cada minuto parece una hora. Siento como si hubiera estado acostada aquí un año. No pegué ojo y estuve dando vueltas toda la noche. Espero no haberte molestado.

—No, Georgie, nunca podrías molestarme.

Jane tomó la taza a su lado y bebió un sorbo de té caliente. Entendía lo que Georgie insinuaba. Quería salir de esa habitación. Cada día, Georgie se veía obligada a presenciar cómo la familia de Jane la colmaba de atenciones, cómo llegaban muestras de amor y afecto, mientras que nadie iba a visitar a Georgie y apenas enviaban una carta para preguntar por su estado.

Jane no podía imaginar lo terrible que debía de ser darse cuenta de que significabas tan poco para quienes amabas que no podían estar a tu lado en la enfermedad ni siquiera enviar un pequeño detalle para demostrar que pensaban en ti.

En ese momento llegaron Lord Savill y Lady Croft, y la tristeza pesada que cubría la habitación se alivió un poco.

Jane apretó la mano de Lord Savill.

—Quiero salir.

Lord Savill asintió.

—Creo que ya estás lo bastante bien. Un poco de aire fresco y sol es justo lo que necesitas. ¿Señorita Berry?

Georgie desmigajó su tostada.

—Me duele la cabeza.

Los ojos de Jane se llenaron de lágrimas. Su amiga había dejado de luchar. No tuvo tiempo de detenerse en ese pensamiento, pues Lord Savill le colocó un chal sobre los hombros, le puso un sombrero y la levantó en brazos.

—Me preocupa —confesó Jane cuando él la dejó en los escalones del patio.

Apoyó la cabeza en su hombro, y él se inclinó para dejar un beso fugaz en su cabello.

—Se pondrá bien —la tranquilizó.

Después de un momento, Jane dijo:

—Creo que huelo mal.

Él soltó una risita.

—¿Qué?

—Estuve sudando toda la noche.

—Dices las cosas más extrañas.

Le tomó la mano y deslizó un anillo en su dedo.

Ella se incorporó y miró el zafiro brillante.

—¿Qué es esto?

—Un regalo.

—Es hermoso… y parece caro.

—Me costó una fortuna, pero tu felicidad vale más que el papel y las monedas.

—Gracias.

Se dio cuenta de que tenía ojeras y había adelgazado. Frunció el ceño, preocupada.

Él le sonrió.

—Cuanto antes te mejores, más regalos recibirás.

—¿Intentas sobornarme para que sane?

Se encogió de hombros.

—Es el único idioma que entiendo.

Apartó un mechón de cabello de su rostro y rozó su mejilla con los nudillos.

—Estaba preocupado, Jane. Muy preocupado. No vuelvas a asustarme así. No le sienta bien a mi constitución.

—¿Qué quieres decir?

—Me duele el estómago cuando tú te sientes mal.

Jane estalló en carcajadas.

—Es lo más dulce y extraño que alguien me ha dicho jamás.

—Somos un par peculiar —respondió él con una sonrisa—. Bien avenidos.

Más tarde, cuando Jane regresó a su habitación, encontró a Georgie profundamente dormida. Se sentó en la silla junto a ella y le tocó la frente. Ardía en fiebre.

Las pestañas oscuras de Georgie descansaban sobre sus mejillas, en marcado contraste con su piel pálida. Había perdido todo el peso y ahora parecía casi esquelética.

Jane podía sentir la muerte rondando sobre su amiga dormida y apartó la mirada. Sus ojos se posaron en la pequeña cesta en el suelo, llena de pañuelos que Georgiana había bordado para su familia, y en el pequeño recetario que estaba haciendo para su madre.

Jane no pudo evitar el sollozo que se le escapó. Toda su vida, Georgie había pensado en los demás; había hecho pequeños detalles para hacer sonreír a su familia y, a cambio, la habían tratado con crueldad cuando más los necesitaba. No podía entenderlo. ¿Cómo podían su propia sangre y el hombre que decía amarla tratarla con tanta indiferencia?

Georgiana abrió los ojos y sonrió.

—Te sientes mejor.

Jane asintió, pensando que era injusto. Georgiana debería haberse recuperado primero. Mantenerla enferma, recordándole constantemente lo sola que estaba en el mundo, era injusto.

Georgiana pareció leerle el pensamiento.

—Tienes suerte de ser tan querida. Cuando estuviste enferma, tu familia y tu esposo intentaron llenar tus días de alegría. Hicieron todo lo posible por mantenerte cómoda y entretenida. No todo el mundo tiene eso, Jane.

Los ojos de Jane se llenaron de lágrimas y abrazó a su amiga. Comprendió lo que Georgiana intentaba decirle y le agradeció que pensara en ella incluso en su hora más oscura.

Más tarde ese día, Georgie empeoró y cayó en una especie de estupor delirante. Jane y Lady Croft hicieron todo lo posible para que comiera o bebiera algo, pero fue en vano. Era como si la muchacha se hubiera rendido y no tuviera deseo alguno de mejorar.

La fiebre aumentó, su piel se volvió gris y los ataques de tos se hicieron frecuentes. El médico llegó y la examinó rápidamente. Frunció los labios y bajó la cabeza.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Jane.

El doctor la miró y dijo con franqueza:

—Me temo que es esto. O sobrevive a la noche o…

Lady Croft dio un traspié al oír la noticia, llevándose una mano al pecho. Lord Savill acudió rápidamente hacia ella, mientras Jane apretaba las sábanas con conmoción.

Se enviaron mensajes a la familia una vez más.

Unas horas después, Jane estaba en el dormitorio de Lord Savill cuando Lady Berry envió una nota diciendo que pronto se reuniría con ellos.

Jane la leyó, la arrugó y la arrojó al suelo. Comenzó a pasearse con furia.

Lord Savill la sujetó por los hombros para detenerla.

—Te cansarás. Siéntate.

Ella se apartó.

—Lord Plaskett y Lady Berry viven en Londres, a menos de una hora. Podrían haber tomado un carruaje y estar aquí ahora mismo. Mi madre, por muy despistada que sea, vino apresuradamente desde Finnshire en cuanto supo que estaba enferma. ¿Qué puede ser más importante que visitar a tu hija enferma?

—Jane, descansa —ordenó él con brusquedad, empujándola suavemente hacia una silla—. Georgie estará bien, te lo prometo.

Ella se puso en pie de un salto.

—Voy a sentarme a su lado toda la noche.

Los ojos de Lord Savill centellearon con enojo.

—Basta. Harás lo que yo diga. Angélica cuidará de Georgiana. Tú dormirás.

—¡No puedo dormir!

—No discutas —su rostro estaba firme—. Te sientes un poco mejor, pero eso no significa que debas agotarte velando a tu amiga y recaer.

—Por favor.

Sus ojos volvieron a brillar con impaciencia.

—Te sentarás conmigo, cenarás y luego te irás a la cama.

—A mi cama. Dormiré en mi cama, al lado de Georgie.

Parecía dispuesto a discutir.

—Por favor —suplicó de nuevo—. Puede que la pierda esta noche.

Él apartó la mirada y, finalmente, asintió.

Ella suspiró aliviada, se obligó a tragar unas cucharadas de sopa y luego regresó apresuradamente a su habitación.

Georgie tenía los ojos cerrados mientras Lady Croft estaba sentada en la silla, leyendo en voz baja.

La voz suave de Lady Croft y la mano cálida y reconfortante de Lord Savill sosteniendo la de Jane pronto la vencieron, pese a su determinación de permanecer despierta toda la noche. Y, para su sorpresa, incluso con el temor a la muerte flotando en la habitación, durmió profundamente y bien.

Despertó con la cabeza nublada y comprendió que su sopa había sido mezclada con un opiáceo. Se enfureció con Lord Savill, pero la visión del rostro sonriente de Georgiana hizo que su enojo desapareciera.

¡Estaba viva!

—Me siento mejor —confirmó Georgiana.

Lady Croft, que parecía exhausta, se levantó de un salto y salió apresuradamente de la habitación.

Jane, observando el rostro de Georgiana, comprendió lo cerca que ambas habían estado de la muerte. Y con ello llegó otra revelación: no podía vivir temiendo a la muerte. Podía llegar de muchas formas. Era verdaderamente afortunada y estaba siendo una necia al rechazar a quienes la amaban.

Había sido completamente insensata en su empeño por mantener a Lord Savill a distancia, y ahora ya no quería hacerlo.

Lady Croft regresó poco después, más serena. Dejó una enorme bolsa de piña azucarada sobre la cama y se dejó caer en la silla junto a Georgiana.

Jane, observando cómo ambas se sonreían, comprendió que alguien sí amaba a Georgiana, aunque ese amor estuviera condenado. La escuela las mantendría juntas cuando reunieran fondos suficientes. El dinero que habían obtenido vendiendo retratos y paisajes no era suficiente todavía, pero algún día lo sería.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

Pasaron unas semanas más antes de que Jane se sintiera completamente recuperada. La escarcha cubría el suelo, y su cuerpo volvía a sentirse lleno de vida y energía. Asomó la cabeza entre las mantas con una sonrisa. Había estado teniendo un sueño maravilloso en el que besaba a una niña pequeña con los ojos de Lord Savill. Deseaba que ese sueño se hiciera realidad y, para ello, tendría que seducir a su marido.

Frunció el ceño. El problema era que no sabía cómo hacerlo.

Saltó de la cama y fue a la habitación de Lord Savill. Él estaba sentado junto al fuego.

Se aclaró la garganta.

—Te has vestido temprano.

—Ahora que estás bien, debo marcharme por un tiempo.

Ella lo miró fijamente.

—No entiendo.

—El lugar que adquirí de tu hermana, la casa de la infancia de mi padre, está en mal estado. Ayer se hundió parte del techo. El hombre que contraté para repararla dijo que podría llevar años, y quiero verlo por mí mismo para comprobar si dice la verdad. También quiero que mi padre vea el lugar y comprobar si reacciona favorablemente.

—Iré contigo.

Se dio la vuelta para regresar a su habitación a hacer el equipaje.

Él apareció a su lado y puso una mano en su hombro.

—Has estado enferma. Aún no puedes emprender un viaje tan largo. Estaré fuera un mes o más.

Ella se quedó inmóvil un instante. Sus ojos bajaron a sus pies descalzos y luego a las botas de montar junto a la cama.

Tomó las botas y echó a correr.

—No puedes irte si no tienes zapatos.

Él fue tras ella.

—Deja de comportarte como una niña. Vuelve aquí, Jane. Basta ya.

Jane le sacó la lengua y saltó por encima de un sofá en el estudio. Él la siguió con calma.

—Estás atrapada —dijo con una sonrisa.

—No lo estoy.

Intentó escabullirse bajo su brazo, pero él la sujetó por la cintura y la mantuvo quieta.

Ella lo fulminó con la mirada.

—No irás a ninguna parte.

—Tengo que hacerlo.

Intentó quitarle las botas.

Ella le mordió el brazo; él soltó un grito y ella volvió a escapar.

—Me pondré mis otras botas —le gritó él—. Puedes quedarte con esas. Y si quieres despedirte, ven a la puerta.

Sus hombros se hundieron. Tenía otras botas. Por supuesto que las tenía. Era el hombre más rico de Inglaterra. ¿Cómo no iba a tenerlas?

Arrastró los pies hasta la entrada.

Lady Croft y Lady Montgomery estaban allí, despidiendo a Lord Savill y a Lord Montgomery.

Lord Savill se acercó a ella y le quitó las botas de las manos.

—Son mis botas de montar más cómodas.

Ella permitió que se las llevara.

—No puedes irte.

Él cruzó los brazos e inclinó la cabeza.

—¿Por qué no?

—No puedes irte sin mí.

—Tengo que hacerlo.

Su corazón comenzó a latir con fuerza, lleno de temor. Lo miró hacia arriba, los ojos brillantes por las lágrimas contenidas.

—¿Y si tu carruaje vuelca?

Una sonrisa asomó en la comisura de su boca.

—Pediré a los caballos que tengan cuidado al pisar.

Ella le sujetó el brazo y dijo con irritación:

—No bromees. ¿Y si un salteador de caminos te asalta y te dispara? ¿Y si nieva tanto que quedas atrapado para siempre? La escarcha en el suelo parece resbaladiza… O podría desatarse una gran tormenta.

Él puso las manos sobre sus hombros y la miró a los ojos.

—Volveré, lo prometo.

A ella le tembló la boca.

—¿Y si no lo haces?

—Lo haré —respondió, apartando la lágrima que había resbalado por su mejilla. Acercó los labios a su oído y susurró con tono burlón —. ¿Tanta preocupación tienes por un marido no deseado?

Ella se tensó.

—Me preocuparía por cualquiera.

—No te veo suplicándole a mi padre que se quede.

—Porque tú eres quien toma las decisiones.

Él se echó a reír.

—Entonces debes de ser profundamente infeliz. Has estado lejos de tu familia durante meses. ¿También le rogaste a tu madre y a tus hermanas que se quedaran cuando vinieron de visita? Seguro que lloraste durante semanas después. Me pregunto cómo pude perderme semejante espectáculo.

Ella dio un paso atrás, obligándolo a soltarla. Estaba conmocionada por el recordatorio. No lo entendía. Apenas había echado de menos a sus padres en los meses que llevaba viviendo lejos de ellos y, sin embargo, unos pocos días de separación de lord Savill le retorcían el corazón de dolor.

Lo miró fijamente, con los ojos reflejando su confusión.

Los ojos de él se suavizaron, como si comprendiera la tormenta que se agitaba en su interior y no se burlara de ella. En lugar de eso, le besó la frente.

Ella cerró los ojos cuando su aroma la envolvió y se inclinó hacia él, alzando el rostro, deseando más.

—Cuídate —susurró él, rozándole la mejilla con los nudillos.

Se apartó, y cada parte de ella gritó ante aquella separación.

Él se volvió para despedirse de su madre y de su hermana, buscando a menudo su mirada mientras reía y conversaba.

Ella lo siguió hasta la puerta, apenas notando el viento frío y cortante. Él subió al carruaje, y sintió como si su corazón saltara de su pecho y se escondiera en su bolsillo.

—Cuídate —repitió sus palabras mientras los caballos relinchaban y el carruaje se alejaba rodando.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

Jane, Georgiana y lady Croft estaban sentadas junto al fuego crepitante en la biblioteca después de una espléndida cena.

Lady Montgomery se había retirado temprano.

—Deja de languidecer como una criatura enamorada —la reprendió lady Croft un día—. Mi hermano lleva semanas fuera y ya es hora de que te comportes como antes.

Jane se quedó inmóvil.

—No estoy enamorada. Qué idea tan horrible.

Georgiana soltó una carcajada. Su figura había permanecido esbelta tras la enfermedad, pero su sonrisa volvía a ser alegre y contagiosa.

—Jane ama sus pinturas y nada más, ¿no lo sabías?

Lady Croft puso los ojos en blanco.

—Por eso no ha tocado un pincel desde que mi hermano dejó Bellmore Hall. De verdad, Jane, ¿qué ves en él? No puedo imaginarme sentirme tan conmovida por un hombre.

—No estoy conmovida y no lo extraño —replicó Jane, poniéndose en pie de un salto.

El mayordomo llamó a la puerta.

—Sir Fairfax desea verla, milady.

A Jane se le abrió la boca. Sir Fairfax era un hombre apuesto, alto, moreno e intenso. Se rumoreaba que su madre no era la delicada lady Fairfax, sino alguien mucho más exótico. Su padre era un conocido mujeriego, y la tez singular y los ojos almendrados de Sir Fairfax daban pie a especulaciones.

—¿Escribió antes? —preguntó lady Croft.

—Sí —Jane se llevó la mano a la frente—. Me pidió permiso para visitarme y hablar sobre la Royal Society. También quería ver algunos de mis trabajos.

—¿Cómo pudiste olvidar advertirnos? —chilló lady Croft—. Estamos horribles.

—Mi vestido de cena está manchado —añadió Georgiana con irritación.

—Hazlo pasar —ordenó Jane al mayordomo.

—¿Aquí? —exclamó lady Croft.

—El salón no tiene fuego —respondió Jane con lógica.

—Voy a cambiarme —lady Croft se levantó de un salto y salió apresuradamente.

Georgiana miró su falda manchada y se encogió de hombros.

—No creo que tenga ojos para nadie salvo para las pinturas de Jane. Él mismo es un artista reconocido.

El mayordomo volvió a llamar, y las jóvenes se pusieron en pie.

—Lord Plaskett está aquí —dijo con tono apologético—. Se negó a esperar.

—¿Lord Plaskett? —exclamó Georgiana, llevándose la mano al pecho.

El mayordomo se hizo a un lado para dar paso a los dos caballeros.

Las jóvenes hicieron una reverencia.

Jane tenía la vista fija en Georgiana, cuyo rostro había perdido todo color. Frunció el ceño. Su amiga no parecía feliz de ver a su prometido y, ahora que lo pensaba, desde la enfermedad Georgiana había dejado de hablar de él. Había permanecido en Bellmore Hall a petición de Jane, pero ahora se preguntaba si no evitaba volver a casa por otro motivo.

Miró el rostro tenso de lord Plaskett y decidió abandonar la estancia. Era arriesgado, pero los dos necesitaban hablar a solas.

—¿Le gustaría ver mis trabajos? —preguntó, conduciendo a Sir Fairfax fuera de la habitación.

Tras una breve vacilación, Sir Fairfax permitió que lo guiara. Jane dejó la puerta entreabierta y sonrió con ánimo a Georgiana, que parecía presa del pánico ante aquel giro de los acontecimientos.

Georgiana ya había sufrido bastante. La forma en que lord Plaskett la había tratado durante su enfermedad no auguraba nada bueno para el futuro. Si Georgiana no rompía hoy el compromiso, lo haría ella por su amiga.

¿Cómo confiar en un hombre que ni siquiera le había enviado una simple flor, mucho menos había ido a verla y consolarla? Una carta cortés deseándole pronta recuperación es lo que enviaría un conocido, no un prometido.

—¿Dónde están las pinturas? —Sir Fairfax carraspeó.

—Algunas cuelgan en la galería de lord Savill; otras están en el pabellón, pero la luz es escasa ahora. Lord Savill ha prometido instalar lámparas de aceite para mí.

—Ya veo —dijo Sir Fairfax—. ¿Dónde está su esposo?

—Ha ido a Escocia, pero regresará pronto. —Aceleró el paso.

Sir Fairfax la siguió sin dificultad.

—La reunión de la Royal Society se celebrará dentro de quince días. La iniciación es un simple juramento…

Jane le permitió continuar mientras su mente volvía a Georgiana. Las dudas germinaron. ¿Aceptaría lord Plaskett bien la noticia? ¿Y si intentaba forzar a Georgiana? No se atrevería, no bajo el techo de lord Savill.

Llegaron a la galería y Sir Fairfax se detuvo ante uno de sus cuadros.

—Los colores son claros y vivos. Veo que sus circunstancias le han permitido adquirir los mejores pigmentos.

—He sido afortunada, señor.

—Extraordinario —Sir Fairfax le sonrió—. Las líneas son precisas, los colores puros, pero creo que algunas partes de este paisaje están apresuradas. Aquí —rozó el lienzo—. Y aquí.

Ella inclinó la cabeza.

—Me ha descubierto. Soy impaciente.

—Creo que cuando madure, su obra mejorará.

Jane frunció el ceño.

—No soy tan joven.

Él soltó una risita.

—Me expresé mal. Quise decir que, cuando sea más sabia y comprenda con mayor intimidad las emociones humanas.

—No entiendo.

—Lo hará. Comprendo por qué la Royal Society la ha admitido como miembro. En unos años, su trabajo será brillante. Confieso que

temí que el puesto hubiera sido comprado, considerando quién es su esposo, pero me complace ver que no es así.

Jane lo miró con sorpresa.

—Ah, así que esa es la razón por la que quiso venir a verme.

Él asintió.

—Lo siento. Me declaro humildemente corregido.

Ella le sonrió. Un instante después, sintió un cosquilleo en la nuca y se volvió para encontrarse con unos ojos oscuros y familiares observándola.

Lord Savill había regresado y, a juzgar por su expresión tormentosa, pensaba que ella estaba teniendo una aventura.

CAPÍTULO CINCUENTA

Mientras conversaban, Sir Fairfax había apoyado una mano en su hombro, y supuso que su sonrisa no había ayudado, ni tampoco la hora ni el hecho de que estuvieran solos.

Vio a lord Savill darse la vuelta sobre los talones y marcharse. El corazón se le hundió y las lágrimas acudieron a sus ojos.

—Tengo que irme —dijo a Sir Fairfax, y salió corriendo tras su esposo. No le importó que la Royal Society of Arts pudiera considerarla una tonta sentimental por despedir de manera tan abrupta a un hombre tan importante.

—Lord Savill, no es lo que piensa —irrumpió en sus aposentos.

Él arrojó los guantes sobre la cama, con la espalda rígida e inflexible.

Entonces comprendió que lord Savill significaba más para ella que su arte. Significaba más que cualquier otra persona en el mundo. Y el hecho de que él creyera que lo había traicionado la hacía sentir enferma.

Le sujetó el brazo y lo hizo girar.

—Míreme. Sir Fairfax vino esta noche para ver mis pinturas y hablarme de la próxima reunión de la Royal Society. Lord Plaskett llegó al mismo tiempo, y pensé que lo mejor era dejar a Georgiana hablar con él a solas.

Él permaneció impasible, mirándola desde arriba. Estaba cansado, se dio cuenta, y necesitaba dormir. No pensaba con claridad. Seguramente, de hacerlo, no creería algo así.

Pero también había supuesto que ella lo había atrapado en aquel matrimonio, le había pedido que se mantuviera distante y que no esperara amor.

—Lo juro. Él no significa nada para mí.

Él se encogió de hombros, como si no le importara en absoluto, aunque sus ojos destellaban de furia.

El corazón de Jane comenzó a latir con fuerza. Sintió como si él se deslizara entre sus dedos. Lo estaba perdiendo y jamás lo recuperaría.

—He tenido un viaje largo. Quiero retirarme —dijo con un tono frío, tan frío que la hizo estremecerse.

No pudo soportarlo. Se puso de puntillas, le aferró el cuello de la camisa y lo obligó a inclinarse hasta que sus labios se encontraron.

Algo se desgarró dentro de ella y la inundaron las emociones.

Deseo, dolor y anhelo la embistieron en oleadas.

Se habían provocado hasta el límite. Era demasiado; seguramente ahora podían fundirse el uno en el otro y hacerse uno solo. Habían esperado tanto tiempo, la atracción creciendo como llamas que se extendían hasta consumirlo todo.

Labios y dientes chocaron torpemente, con intensidad. Buscando, reclamando, como si aquella cercanía física pudiera atar sus corazones.

La mano de él se cerró en su nuca, sus respiraciones agitadas se entrelazaron.

Él la besaba con la misma pasión y necesidad, como si respondiera a sus sentimientos… y de pronto la apartó.

Parecía turbado.

—He tenido un viaje largo —repitió—. Hablaremos por la mañana.

Ella asintió, demasiado abrumada para discutir. Aquella noche durmió en su propio aposento, y sus sueños fueron caóticos, sensuales y perturbadores.

***

Había dicho que hablarían por la mañana, pero cuando llegó el día, ella ya no tuvo valor para sacar el tema, y él actuó como si nada hubiera ocurrido.

Excepto que algo había cambiado. Era amable como siempre, pero su distancia era nueva y la hería.

Incluso cuando los habían unido en un matrimonio no deseado, habían discutido y sido sinceros sobre sus sentimientos, aunque fueran ira o disgusto por la situación.

Después se hicieron amigos, y quizá algo más.

En los últimos meses se había convertido en la persona más cercana a ella, alguien de quien dependía y a quien adoraba. Jamás había sentido que no pudiera abrirle su corazón… hasta ahora.

Clavó el tenedor en el pan, perforándolo una y otra vez.

Cuando lo miró, la sonrisa que él le dedicó al otro lado de la mesa del desayuno fue cortés, mientras sus palabras eran rígidas y formales.

—¿No es de su agrado el pan? —preguntó—. ¿Prefiere gachas?

Odiaba aquello, lo odiaba a él por hacer las cosas tan incómodas.

¡Lud! Hombre insoportable.

Tomó un huevo cocido y se lo lanzó a la cabeza, sobresaltando a todos.

—Voy a dar un paseo —espetó ante los rostros atónitos.

Nevaba, y estaba demasiado enfadada para recordar llevar un abrigo. Comenzó a tiritar, y los recuerdos de su enfermedad regresaron de golpe. No quería volver a enfermar, pero enfrentarse a aquel condenado hombre la mataría.

Alguien le colocó un chal sobre los hombros. Al volverse, encontró a Georgiana y a su hermana Dorothy mirándola con diversión.

—Qué sorpresa tan agradable —murmuró Jane—. No las esperaba.

Dorothy sonrió.

—Jamás había visto a la dulce y tranquila Jane tan alterada.

—No estoy alterada. Solo hace frío.

Dorothy enlazó su brazo con el de Jane.

—Johnny, el menor, estuvo enfermo. Regresó hace poco de África y sospechábamos que era una enfermedad tropical que ningún médico inglés lograba diagnosticar. No quise decírtelo mientras te recuperabas. Lord Savill nos consiguió un médico excelente que acababa de volver de la India. Supo qué hacer, y Johnny por fin mejora. He venido a agradecérselo.

—Esta mañana le lanzó un huevo cocido —dijo Georgiana, conteniendo la risa.

El corazón de Jane se enterneció. Él había estado ayudando a su familia sin decírselo.

Dorothy le besó la mejilla.

—Voy a verlo ahora. Abrígate y discúlpate. Es demasiado bueno para que le lancen huevos.

Cuando Dorothy se marchó, Jane encontró un banco frente al lago y se dejó caer en él. Georgiana se sentó a su lado.

Jane suspiró.

—¿Terminaste con lord Plaskett?

—Sí.

—¿Se lo tomó bien?

—No.

—¿Necesito matarlo y enterrarlo en mi huerto de hierbas?

Georgiana sonrió.

—Intentó forzarme. Angélica irrumpió en la habitación blandiendo el atizador de la chimenea y lo echó. No volverá a molestarme.

—¿Estás afectada?

—Estoy aliviada.

—Bien, era un necio.

—Dime, Georgie.

—¿Sí, Janey?

—¿Cuándo te volviste tan sabia?

—Cuando me enamoré.

—¿Crees que yo soy sabia?

—Aún no, pero estás en el umbral. Un pequeño empujón, y caerás del lado de la sabiduría.

—Suena aterrador.

—De verdad que lo es.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

Jane hizo girar los hombros y crujir los nudillos, lista para pintar. Tomó el pincel y observó con ojo crítico el óleo a medio terminar sobre el lienzo. Había estado trabajando en una escena que representaba un baile.

Esta vez no se concentró en los cortinajes ni comprobó si el resplandor dorado de las lámparas de gas era fiel a la realidad. Ignoró el delicado encaje que bordeaba la enagua de la joven que danzaba y las sombras en las botas de cuero del caballero.

La técnica era buena, los colores vibrantes y las líneas perfectas, y sin embargo, algo faltaba.

Inclinó la cabeza y frunció el ceño, concentrada. El cuadro se sentía plano, no porque no hubiera aplicado bien las capas o porque la composición fuera incorrecta, sino porque toda la escena mostraba a unas cuantas parejas bailando, y nada más.

De pronto comprendió que ya no quería centrarse en cómo pintaba, sino en por qué pintaba algo. Ahora que entendía las emociones profundas de la pasión, el anhelo, la desesperación y el dolor, deseaba plasmar esos fragmentos de verdad en el lienzo.

Apartó el cuadro y tomó un lienzo nuevo. Quería pintar para provocar sentimientos, mostrar la verdad desnuda y hacer que quien contemplara la obra se sintiera incómodo ante la pureza de las emociones representadas.

Tomó un carboncillo y comenzó a esbozar. Una sensación eufórica la recorrió, haciéndola temblar.

Era eso.

Esa era la diferencia entre un buen artista y un maestro. Cuando se comprende por completo el oficio, se puede romper la tradición y cruzar la línea prohibida.

Sacó las acuarelas y trabajó con furia, concentrándose no en la composición, el sombreado o la elección de colores, sino en las emociones crudas que deseaba retratar.

Sintió como si se hubiera fundido con la joven que dibujaba: una muchacha hermosa con un sencillo vestido blanco, que miraba hacia fuera del lienzo sosteniendo un durazno perfectamente maduro. Sus ojos reflejaban una miríada de emociones. Su piel imitaba el rubor del fruto, y su cabello se rizaba alrededor del rostro, indómito.

No hacía falta nada más.

Ningún fondo complicado, ni pinturas o pinceles costosos. La belleza residía en su simplicidad.

Cuando terminó, dio un paso atrás y contempló su obra. El corazón le dio un vuelco al reconocer que aquella sería una de las mejores que había hecho.

—Una joven enamorada de un hombre —dijo lady Croft al entrar en el pabellón—. Es maravilloso.

—¿Qué ha dicho? —La boca de Jane se secó.

—Esa muchacha está enamorada. Es evidente. Una emoción difícil de capturar y, sin embargo, lo has logrado magníficamente con unas pocas líneas ingeniosas.

Jane volvió la vista hacia su pintura, atónita. No podía haber pintado una emoción que nunca hubiera sentido.

Lady Croft siguió hablando, ajena a la tormenta que se desataba en el interior de Jane.

—Aquí hace más calor. Me alegra que Richard hiciera instalar chimeneas. Ninguna otra estancia te habría ofrecido tanta luz natural…

Jane se dejó caer en el banco y apartó el rostro de lady Croft. Había intentado mostrar al mundo la verdad desnuda, aunque desagradable, pintando la agitación que llevaba dentro. En cambio, había plasmado su secreto más profundo y aterrador.

Estaba enamorada, y ya no podía negarlo.

Ahora que lo pensaba, las pequeñas cosas deberían haberle mostrado la verdad de sus sentimientos. La forma en que había dependido del Lord Savill durante toda su enfermedad, sus ojos buscando los suyos al despertar cada mañana, su preocupación por Lord Savill cuando partía hacia Escocia.

Estaba acostumbrada a cómo él había cuidado de su familia y cómo ella había cuidado de la suya, al peso de su brazo sobre ella

mientras dormía, y a cómo necesitaba acariciar su mejilla con el nudillo cada vez que la veía.

Incluso los celos ardientes en sus ojos cuando la vio con Sir Fairfax y su desesperada necesidad de explicarse ante él eran señales que brillaban frente a ella, tratando de mostrarle lo en serio que se tomaban sus votos matrimoniales y lo profundo que se había vuelto su vínculo.

Justo entonces entró Georgiana, sacándola de su ensueño, y aplaudió.

—Oh, esto es hermoso —exclamó, contemplando el boceto.

Jane se volvió hacia Georgiana con los ojos brillantes.

—No se puede pedir a un médico que te revise el pulso y cuente los latidos de tu corazón para saber si amas a alguien o no. Su preocupación por ti te dice cuánto te ama.

Georgiana la miró pensativa.

—La falta de interés del Lord Plaskett en mi bienestar me hizo darme cuenta de que no me amaba. Nunca lo hizo. Las palabras floridas, los regalos triviales y los gestos superficiales de cortejo eran insignificantes porque, cuando llegó el momento de demostrar su amor, falló. Igual que mi familia.

Jane la abrazó.

—Yo soy tu familia. Todos lo somos. Te adoramos, y puedes quedarte aquí para siempre si quieres. Eres mi hermana, si no por sangre, entonces por espíritu.

Georgiana sonrió.

—A veces, los amigos y la familia que eliges en la vida son mucho más valiosos que los que te toca soportar al nacer.

—¿Un paseo? —preguntó Lady Croft, enlazando su brazo con el de Georgiana.

Jane asintió, con la mente llena de tantos pensamientos que le dolía. Se puso el abrigo y salió del cenador a paso rápido, queriendo estar sola por un momento.

Cuando llegó al lago, recogió una piedra e intentó hacerla rebotar sobre el agua.

Se hundió.

Recogió otra piedra y la frotó con el pulgar. Estaba enamorada de Lord Savill.

Lo amaba más que a nadie y más que a cualquier cosa en el mundo. Y su arte no había quedado relegado por haberse enamorado, sino que se había visto potenciado por la intensidad de sus sentimientos.

Cuando dibujó a esa chica, la emoción, la alegría y el entusiasmo de sus sentimientos hicieron que deseara que el proceso del dibujo hubiera durado más de lo que duró. Por primera vez, disfrutó tanto creando que no quería que terminara. Cada trazo aceleraba los latidos de su corazón, y se llenaba de oleada tras oleada de emociones intensas.

Apretó los puños y cerró los ojos mientras la imagen de Lord Savill se estrellaba contra ella una vez más.

Recordó esperar a que se secara el óleo, las capas de gesso penetrando en el lienzo, las largas horas que pasó moliendo y mezclando pigmentos. De repente, en su mente, se imaginó con Lord Savill mientras hacía todas esas cosas.

Un rubor manchó su mejilla mientras soñaba despierta con él besándole el cuello mientras trituraba flores secas.

Era maravilloso ser ambiciosa, pero aún más emocionante era enamorarse.

Georgiana le tocó el hombro.

—¿Estás bien?

Jane rio, un poco delirante.

—El objetivo es ser feliz, no ser famosa. El objetivo es manejar el pincel como una maestra y no pensar en cuántas pinturas he terminado ni en lo pronto que lo he hecho.

Esta vez, cuando lanzó la piedra, rebotó sobre el agua sin esfuerzo y dio ocho saltos antes de hundirse.

La voz de Lord Savill sobresaltó a las chicas.

—Su madre está aquí, Lady Berry. Prepárense.

Apenas miró a Jane, y ella sintió que se abría un vasto océano entre ellos. Él le había dicho que no quería que ella lo amara. Había dicho que era un matrimonio solo de nombre. Tal vez era solo un

hombre amable que creía que era su deber cuidar de su esposa enferma.

Tal vez no la amaba.

Sería mortificante admitir que se había enamorado, solo para ser rechazada y, a partir de entonces, verlo todos los días de su vida y recordar ese suave desaire.

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

Entraron en la casa y comenzaron a quitarse los sombreros y los abrigos.

—Me pregunto qué querrá —las palabras de Georgiana sacaron a Jane de su ensimismamiento.

—Llevarte a casa, querida. La gente está empezando a hablar —dijo Lady Berry, entrando con paso decidido.

Las jóvenes la siguieron hasta el salón y se sentaron. Una bandeja de plata cargada con té, café y galletas descansaba sobre la mesa frente a ellas. Los lirios del sombrero de Lady Berry vibraban con irritación y sus diamantes destellaban con ofensa.

—¿Sirvo yo? —preguntó Jane.

—No me voy, madre —la voz de Georgiana tembló al hablar.

—Pero llevas meses aquí —replicó Lady Berry. Sus mejillas hinchadas se desinflaron y su boca se torció hacia abajo.

—Aquí soy más feliz —dijo Georgie con firmeza.

—Estamos cuidando muy bien de ella —aseguró Lady Croft.

—Tienes que volver a casa —declaró Lady Berry, poniéndose en pie y clavando la punta de su sombrilla en la alfombra—. No escucharé más sobre el asunto. Has roto tu compromiso y ni siquiera pensaste en informarnos. He recibido cartas y visitas preguntando si nuestra hija se ha fugado.

Georgiana se levantó lentamente.

—No pudieron molestarse en venir cuando estaba enferma, pero aparecieron cuando la gente empezó a hablar. Tu imagen y tu posición social son más importantes para ti que la felicidad y el bienestar de tu hija. He sido una buena hija, pero tú has sido una madre terrible. La tía Agatha me dejó algo de dinero. He vivido de ello estos dos últimos meses y soy perfectamente feliz. Puedes volver a casa.

—Somos tu familia.

—No, ellas son mi familia —dijo Georgiana, enlazando su brazo con el de Lady Croft.

Lady Berry frunció el ceño.

—No entiendo qué te ha pasado. Nunca fuiste así.

—Ahora soy más valiente y estoy en paz. Ya no tengo miedo de decir lo que pienso.

—Tendré que llevarte a rastras a casa —advirtió Lady Berry.

—Entonces, en cuanto tenga ocasión, me fugaré con un mayordomo o un lacayo.

Lady Berry dio un traspié hacia atrás.

—¿No lo harías? —chilló, llevándose una mano al pecho.

Georgiana se encogió de hombros.

—¿Por qué no lo compruebas?

—Te cansarás de esta nueva independencia.

—Entonces volveré a casa.

Con eso, Lady Berry tuvo que darse por satisfecha. Salió del salón sin despedirse siquiera.

—Eso sí que ha sido algo —dijo Jane, secándose el sudor de la frente.

Los ojos de Georgiana brillaban.

—Me siento feliz. Completamente, absolutamente libre y feliz.

Lady Croft la abrazó.

—A veces necesitas escucharte a ti misma en lugar de seguir las normas que dicta la sociedad.

Georgiana volvió a sentarse.

—Penelope mencionó una encantadora casita en Bath. No está lejos de aquí, tiene una vista preciosa y está dentro de mis posibilidades. Tal vez viva allí el resto del año y venga a Londres para la temporada.

—Lo has pensado bien —dijo Jane con sorpresa.

—Viviré contigo —añadió Lady Croft—. Tengo suficiente dinero propio como para no necesitar el apoyo de mi hermano. No puedo pasar toda mi vida en esta casa. Quiero un hogar propio.

—¡Qué divertido! —sonrió Georgiana.

Jane observó a las muchachas, sintiéndose triste. Se marcharían, pero sonrió y las animó a hacer planes.

—Te visitaremos —dijo Georgiana, sin dejarse engañar por la sonrisa.

—A menudo —asintió Lady Croft.

Jane se secó una lágrima.

—Las quiero a las dos.

Georgiana le apretó la mano.

—Tenemos una escuela que abrir. Tendremos que escribirnos constantemente.

Esa noche, cuando Jane se retiró a su habitación, abrió de par en par la ventana y se sentó ante el escritorio.

La vela parpadeaba, pero necesitaba la brisa invernal para refrescar su piel. Estaba enamorada, e iba a hacer algo al respecto. Ver a Georgiana ser valiente y dar pasos tan firmes por su propia felicidad la había impulsado a hacer lo mismo por la suya.

Ya no podía soportarlo. No podía vivir bajo el mismo techo que él sin saber lo que sentía. Un momento estaba convencida de que la amaba; al siguiente, atribuía sus acciones a simple bondad.

Su miedo al parto de pronto le pareció ridículo. Se imaginó abrazando a un niño con la nariz de Lord Savill y sonrió. El amor había triunfado sobre sus temores. La felicidad de él era más importante que cualquier cosa, y sabía que un hijo lo haría inmensamente feliz.

El problema era que él la había estado evitando desde la visita de Sir Fairfax. Abandonaba la habitación en cuanto ella entraba y, si intentaba hablarle, la apartaba con suavidad.

Con un sollozo ahogado, sacó una hoja, mojó la pluma en tinta y comenzó a escribir.

Queridas Hermanas,

Necesito su ayuda. Quiero seducir a mi esposo y tengo catorce niños. Este es el plan . . ..

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

Era pasada la medianoche. Jane paseaba por la habitación, con las manos resguardadas en un manguito de piel.

—¡Dimbercove, silencio!

El corazón de Jane dio un brinco al oír la voz y corrió a abrir la puerta.

Dos personas estaban en las sombras, con capuchas que les cubrían la cabeza.

—Jimmy, el honorable salteador de caminos, nos envía —dijo un joven—. Soy su hijo, Dimbercove.

Jane frunció el ceño.

—¿Dónde está Jimmy?

—Le crujía la rodilla como un disparo. Doloroso, dijo. Es el frío lo que afecta a Da. Las escaleras lo hicieron estremecerse, así que nos envió a nosotros.

La persona a su lado le dio un codazo. Él continuó apresuradamente:

—Está esperando en la entrada.

Jane miró al otro desconocido, preguntándose quién sería, pero un gruñido y un chillido la hicieron salir deprisa.

Las velas aún no se habían consumido y las lámparas de aceite proyectaban una luz tenue alrededor de la casa. Se asomó entre los barrotes de la barandilla y vio a una criatura sombría, envuelta en un chal oscuro, corriendo por el recibidor mientras el señor Williams lo perseguía y la señora Williams atacaba sus tobillos.

El señor Williams logró agarrar el chal de la criatura y arrancárselo.

—¡Deténgase, señor Williams! —gritó Jane mientras bajaba corriendo las escaleras—. Es Jimmy, un amigo.

El señor Williams inclinó la cabeza, como preguntando si estaba segura.

Jane apoyó una mano en el hombro de Jimmy.

—Sí, es un salteador de caminos, pero uno honorable. Ahora, váyanse. Necesito hablar con él.

La señora Williams soltó los tobillos a regañadientes y se alejó trotando, mientras el señor Williams se sentaba y los observaba con desconfianza.

Jimmy inclinó la cabeza.

—Lamento la parte que tuve en lograr que te casaras con Lord Savill. Pensar que te traicioné ha torturado mi alma. No puedo dormir, ni comer, ni beber. Mira mis ojos —dijo, levantándose los párpados con los dedos.

Ella se estremeció.

—Lo siento, pequeña. No quise hacerlo, pero Penny me obligó.

—Lo entiendo. No estoy molesta.

—¡Yo sí lo estoy! Estoy furioso conmigo mismo. Debería haberte preguntado, haberte hablado e intentado convencerte. No secuestrarte y arrojarte a los lobos.

—Son mi familia. Querían lo mejor para mí.

—Ay, he pecado. Me tenderé en el suelo y puedes pedirle a esa bestia feroz que me mastique, empezando por el dedo del pie hacia arriba. La gallina puede picotearme los globos oculares.

—Silencio, deja de lamentarte, vas a despertar a la familia. Dije que te perdono. Ahora no es momento de insistir en eso. Ven a tomar té otro día y lo hablaremos con calma.

—Había olvidado que soy bienvenido aquí durante el día —aulló—. ¡Cuánto amor y respeto se me concede, a mí, un criminal, un ladrón y un bandido! No lo merezco. Pídele a esa criatura, a ese gato salvaje, gigante y de aspecto extraño, que me devore ahora. Dile que soy un ratón sabroso. Un pequeño bocado.

—Levántate —ordenó Jane.

Él se puso de pie con la cabeza aún inclinada.

Ella lo tomó del brazo y lo arrastró hacia afuera.

—Bien, ¿dónde está tu carruaje?

—Más arriba.

Jane se estremeció cuando los copos de nieve comenzaron a caer. La brillante luz de la luna iluminaba el carruaje, detenido en las

sombras bajo un gran roble. Lo condujo hasta allí, con los dedos firmes en su brazo.

—Lo siento —dijo Jimmy.

—Te dije que te perdono. Ahora, ¿dónde han retenido a mi esposo?

—Penelope organizó la casa. No está lejos.

—Espero que no hayan sido demasiado bruscos con él.

—Lo traté como trataría a un corderito travieso.

—Tú comes cordero.

Jimmy puso los ojos en blanco.

—Soy un criminal profesional. Sé cómo atar a un hombre sin hacerle daño. Ahora, vámonos. ¡Dimbercove! ¡Elizabeth! Suban al carruaje ahora mismo.

Todos se quedaron inmóviles.

Jane se volvió lentamente y miró a las figuras encapuchadas.

—¿Has dicho Elizabeth?

Jimmy tragó saliva.

—Bueno… ¿lo he dicho? Soy un hombre viejo. Mi memoria ya no es lo que era. Digo todo tipo de cosas. No me hagas caso. No quise decir Elizabeth. Quise decir Gizabith.

—Eso no es un nombre.

Jimmy se encogió de hombros.

—Tampoco lo es Dimbercove, pero ahí lo tienes. A las mujeres les gusta ponerles a los niños nombres de lo más extraños. Conozco a un deshollinador llamado Tin Pot.

Jane se abalanzó sobre la figura más pequeña y le arrancó la capucha.

—¡Elizabeth Fairweather! Lo sabía.

—¡Rayos y centellas! —refunfuñó Elizabeth.

—Ha dicho centellas —los ojos de Jimmy se abrieron de par en par, y luego se desmayó, seguido por su hijo.

Jane observó cómo los hombres caían sobre la suave nieve con un suspiro.

Elizabeth sonrió.

—¿No te alegra que esté aquí para ayudarte, hermana? Ahora, yo le sostengo las muñecas y tú los tobillos, y a la cuenta de diez lo

balanceamos dentro del carruaje.

Jane entrecerró los ojos y dio una palmada. El cochero apareció.

—O podemos dejar que él lo haga.

Elizabeth se encogió de hombros.

—No te enfades. Me perdí toda la diversión la última vez. No podía perderme esta.

—¡Pero fingir ser una ladrona! Qué vergüenza, Lizzy.

Elizabeth hizo un mohín.

—Jimmy es de la familia. No habría permitido que nadie me hiciera daño.

Jane suspiró.

—Sube. Mi pobre, pobre esposo, tengo que salvarlo.

—¿Pobre? Es el hombre más rico de Inglaterra. Y, Jane, ¿por qué llevas un vestido de gala tan elegante? ¿Quién se arregla así después de secuestrar a su propio marido?

Jane recogió la falda de seda color crema y se acomodó en el suave asiento de terciopelo rojo. El cochero dejó a los hombres en el suelo mientras Elizabeth se sentaba frente a ella. Las jóvenes golpearon las paredes del carruaje y partieron.

No pasó mucho tiempo antes de que Jimmy y Dimbercove volvieran en sí. Se incorporaron y fulminaron a Elizabeth con la mirada.

Elizabeth sonrió y les lanzó miradas coquetas, batiendo las pestañas.

Jane se aclaró la garganta.

—Entraré sola en la casa. Jimmy, ¿te asegurarás de que mi hermana regrese a casa sana y salva?

Jimmy asintió.

—Es como mi hija.

—Deberíamos dársela de comer a los lobos —gruñó Dimbercove al mismo tiempo.

Elizabeth le dio un golpe en la cabeza.

—Debería darte de comer a ti a los lobos, Dumber Dimber.

—¡Da! —protestó Dimbercove.

Jane se alegró cuando el carruaje se detuvo. No veía la hora de escapar de dos adolescentes muy traviesos y pendencieros.

La casa frente a ella era preciosa. Bajó rápidamente y despidió el carruaje con un gesto de la mano.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

La nieve se había posado sobre el suelo, las ramas y las hojas, haciendo que la casa y los jardines parecieran aún más pintorescos.

Abrió la puerta principal y entró con cautela.

—¿Hola? —llamó.

Su voz resonó en la casa como si no hubiera nadie, pero pronto Lord Savill apareció ante ella.

La miró con asombro.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—¿Cómo es que estás desatado?

—¿Cómo sabías que estaba atado?

—Eh…

—¿Jane?

—Me secuestraron —balbuceó Jane—. Jimmy. Y me dijo que también te había secuestrado a ti y que te había atado.

—¿Y luego te dejó ir?

—Algo así.

Sus ojos se entrecerraron con sospecha.

Jane se frotó los brazos, sintiéndose terriblemente nerviosa. No sabía cómo decirle todo lo que había planeado decir. Su mente estaba curiosamente en blanco.

Él le hizo un gesto para que lo siguiera.

—Debes de tener frío. Ven, he encendido un fuego en el dormitorio. No creo que esta casa haya sido utilizada desde hace tiempo. No hay sirvientes, ni siquiera un cuidador.

Jane avanzó tras él, preguntándose qué debía hacer ahora. Estaban en una casa vacía, sin nadie más, solos, lejos de todos los que conocían. El carruaje regresaría al día siguiente, pero hasta entonces estaban atrapados el uno con el otro.

Ella estaba complacida; él no.

El dormitorio al que la condujo era precioso. El papel tapiz floral lucía impresionantes tonos de azul y crema espesa, mientras que los muebles de madera oscura, la exquisita ropa de cama de encaje y los jarrones rebosantes de rosas de tallo largo, inclinadas con delicadeza, eran claramente obra de sus hermanas.

Aquello no parecía el escenario de un secuestro, y tenía la sensación de que Lord Savill se había dado cuenta de que algo no encajaba.

—¿Cómo te desataste? —preguntó Jane de nuevo mientras corría hacia la ventana. Jadeó ante la vista. El mar estaba a pocos metros, y podía oír el estruendo de las olas agitadas al romper.

Apoyó la cabeza contra el frío cristal, aplastando la nariz contra la superficie helada.

—Jimmy lo dejó flojo.

—¿Jimmy? ¿Quién es Jimmy?

—Tu amigo de la familia, Jimmy, el salteador de caminos.

—¿Estás seguro de que fue él? ¿Por qué haría algo tan extraño? —Jane quiso darse una patada. Había estado felicitándose por un plan bien ejecutado; en cambio, todo se estaba desmoronando ante sus ojos.

—Acabas de decirme que Jimmy te secuestró y te trajo aquí. ¿Ya lo olvidaste? —Lord Savill se colocó a su lado, con una sonrisa persistente en los labios—. Quizá tu hermana lo organizó.

Jane se aferró a esas palabras.

—Sí, sí, creo que ella también me mandó secuestrar y traer aquí. Me pregunto por qué.

—¿Has visto eso? —La tomó del hombro y la hizo girar—. Creo que es una de tus obras.

Ella miró hacia donde señalaba y encontró El Farolero colgado en la pared.

—¿Cuándo lo hiciste? —preguntó él.

—Antes de conocerte.

Sus ojos se abrieron con sorpresa.

—¿Me habías visto antes?

—Nunca.

—Ya veo.

Quiso decir que estaban destinados a estar juntos, pero se mordió la lengua.

Él la observaba con expresión pensativa.

Jane tragó saliva y apartó la mirada.

—Debo de tener un aspecto terrible. Me llevaron cuando estaba a punto de irme a la cama.

Él inclinó la cabeza y contempló su cabello cuidadosamente cepillado, su camisón de seda y sus labios mordisqueados.

—Tu belleza reside en tu yo natural, despojada de cosméticos y artificios. Cuando tu piel está limpia y sonrojada por la emoción, en lugar de colorete, tus ojos brillando de alegría en vez de rocío olímpico… ¡Oh, maldición! Angélica me dijo esta mañana que recitara poesía para cortejarte, pero entonces me secuestraron, y ahora las palabras suenan grotescas en lugar de líricas…

El corazón de Jane comenzó a latir con fuerza.

—¿Cortejarme?

—¿Estás enfadada?

Se pellizcó. ¿Estaba soñando? ¿Había dicho "cortejar" o había oído mal? No, debía de ser "cortejar", o nada tendría sentido.

—¿Lady Savill? —Su voz profunda y baja le recorrió la espalda con un escalofrío, y ella apartó la mirada de sus ojos penetrantes.

—E...estoy muy feliz.

—Ya veo. Ahora, ¿me explicarás por qué fuimos secuestrados?

—No lo sé. —Se movió de lado, con intención de dirigirse a otra habitación, cuando el brazo de él se extendió para bloquearle el paso.

Su voz estaba llena de risa.

—Tus ojos se mueven hacia la izquierda cuando mientes.

Jane tragó saliva.

—Bueno, creo que es hora de confesar.

—¿Sí?

—Yo mandé que te secuestraran. Te negabas a escucharme, salías de la habitación cada vez que yo entraba… no tuve elección. Quería explicarte lo de Fairfax...

—Shhh, te dije que confío en ti. —Le colocó una mano sobre los labios—. No hablemos de él. Sé que fue la única vez que lo viste.

—Oh. Entonces este secuestro fue en vano.

—No diría eso.

—¿Estás enfadado?

—No, solo un poco aterrorizado por las hermanas Fairweather. Tienes una forma muy peculiar de conseguir lo que quieres.

Sus ojos descendieron a sus labios y luego se deslizaron hacia la cama.

—Creo que debería dejarte descansar.

—¿Y tú?

—No tengo sueño. Iré a dar un paseo.

—¿En la oscuridad?

—La luna está brillante. Necesito alejarme un rato. —Sus manos se cerraron en puños y sus ojos se oscurecieron con deseo.

Ella comprendió.

—¿Renunciarás a tu sueño de tener un heredero?

—Por tu felicidad. —Dio un paso atrás—. No quieres hijos, lo entiendo.

—He decidido que quiero catorce pequeños y ninguno más.

Él la miró atónito.

—¿Quieres decir…? ¿Eh? Yo… ¿qué?

—Estoy dispuesta a correr el riesgo si tú lo estás. No puedo seguir viviendo con miedo. Fui horriblemente egoísta antes.

—No eres terrible ni egoísta. Tu contribución al mundo del arte y tu admisión en la Royal Society lo demuestran. A un hombre nunca se le cuestionaría, sino que se le elogiaría por poner su trabajo antes que la familia.

Ella lo miró maravillada.

Él la observó con sinceridad.

—Creo que deberías abrir una escuela de arte para niñas. Tienes espacio, tienes tiempo y tú...

Jane lo besó en la boca.

—Te amo.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

Sus ojos se abrieron de par en par y dio un paso atrás.

—¿Dijiste que me amas? Creo que escuché mal.

Ella rompió a llorar.

—Yo… yo también…

—¿Qué? Lo siento, ¿no debía decirlo? ¿No me amas?

—Sí te amo —balbuceó entre sollozos.

—Oh, yo también. Quiero decir, yo también te amo. —Volvió a mirar la cama—. Pero quizá no deberías haber dicho eso.

Ella se secó las lágrimas y se sonó la nariz.

—¿Por qué?

—Será difícil mantener las manos quietas ahora que has dicho lo que dijiste.

—¿Que te amo? —sonrió—. ¿Y por qué quieres mantener las manos quietas?

—Tienes miedo al parto.

—¿Por eso me evitabas?

—Temo no poder controlar mis acciones. No quieres hijos, pero yo no podía dejar de pensar en… —Se quedó en silencio.

Ella tomó su mano y lo condujo hacia la cama.

—Todas las mujeres temen al parto. Casi muero por un resfriado también. ¿Eso significa que dejo de salir en invierno?

—¿Eh?

—Empecemos a trabajar en conseguir nuestro primer pequeño.

Rio ante su expresión atónita y se lanzó sobre él. Después de hacerlo, se quedó inmóvil. ¿Qué se suponía que debía hacerse ahora?

Sus brazos la rodearon, su calor filtrándose hasta sus huesos. La sostenía con delicadeza, como si fuera un tesoro que pudiera romperse.

Frágil y precioso.

No quería ser un tesoro atolondrado. Llevaban mucho tiempo provocándose, y ahora, ¿no debería él hacer algo?

Con vacilación y un poco de torpeza, se puso de puntillas y besó su mejilla, para luego esconder su rostro enrojecido en su pecho.

Él permaneció quieto y en silencio.

¿Acaso no sabía cómo se hacían los bebés? Tras un momento, ella alzó la vista, confundida.

—¿No sabes cómo?

Él rio suavemente, esforzándose por mantener el control.

Ella se humedeció los labios, besó la vena palpitante de su cuello y, recordando lo que él había hecho tantas veces al besarla, mordió con suavidad.

Su respiración irregular no se calmó; al contrario, se volvió aún más errática.

Ella continuó besándolo y rozándolo, animándolo a actuar. Su pasividad la envalentonó, y empezó a disfrutar de tocarlo a su antojo.

Cuando sus dedos se deslizaron bajo la camisa de él y tocaron su piel ardiente, él cedió y la levantó en brazos.

La cama era suave y cálida, llena de almohadas ribeteadas con encaje. La recostó y dio un paso atrás para contemplarla.

Su vestido de seda color crema se extendía a su alrededor como pétalos de rosa, y ella parecía un pequeño capullo en medio de ellos.

El fuego crepitaba, el único sonido en la habitación junto al suave murmullo de las olas.

Su piel se sonrojó bajo su mirada ardiente. Quiso suplicarle que se apresurara, pero ¿no sería demasiado descarado?

De pronto no pudo soportarlo más y, apoyándose en un codo, tiró de la cuerda, haciendo caer las cortinas de la cama para ocultarse de su mirada.

Él volvió a reír, esta vez con dulzura y ternura, como si su timidez lo conmoviera.

Como si sobre aquella cama yaciera toda su vida y su dicha.

Como si ella hubiera atrapado su alma entre los puños y pudiera torcerla a voluntad.

Sin ser consciente del poder que él le había entregado, yacía temblorosa, insegura y un poco asustada. Cuanto más tardaba él, más rápido latía su corazón.

Estaba a punto de rogarle que se acercara cuando él levantó la cortina, se tendió a su lado y comenzó a quitarle las horquillas del cabello.

Las palabras murieron en su garganta. Cerró los ojos mientras el calor la envolvía y sus hábiles dedos masajeaban su cuero cabelludo, soltando su cabello.

Pronto sintió su deseo presionando contra su pierna; la firmeza le pareció significativa.

Se le secó la boca.

—Esto debe hacerse despacio. Quizá ahora no sea el momento…

—Te veo. ¿Tienes mucha experiencia?

La atrajo hacia sus brazos y, mientras ella apoyaba el rostro contra su pecho, él desataba con destreza los cordones de su vestido.

¡El condenado la estaba provocando!

Se humedeció los labios.

—He visto animales de granja…

Él no rio; en cambio, la tomó del mentón, lo alzó y la besó.

Sintió el aire frío de la noche en la piel, pero al instante el calor de él la envolvió, arrancándole un gemido.

Su vestido cayó al suelo, seguido de la camisola; pronto, la ropa oscura de él cubrió la suya.

—Estabas vestida como una novia —murmuró contra sus labios—. Era intencional, ¿verdad?

Su mente estaba nublada.

—¿Hmm?

Cuando estuvo lista, él se unió a ella, arrancándole un grito.

—Me trajiste aquí, me sedujiste —susurró, moviéndose al ritmo suave de las olas—. Ahora eres responsable de mí.

Ella apenas podía comprender sus palabras entre el calor que la invadía. ¿Responsable de qué? ¿No debería él ser responsable de ella?

¡Qué tonterías decía! Ya estaban casados…

Sus movimientos se intensificaron, borrando cualquier pensamiento. Sus lenguas se entrelazaron, respirándose mutuamente.

Su piel se tornó roja como una rosa abierta; sus pestañas temblaban y sus labios estaban hinchados.

Él adoraba esa expresión suya, una que nadie más vería jamás.

—Eres mía —susurró con un estremecimiento—. Ahora que me has tenido, nunca podrás dejarme. ¿Y si me dejas embarazado?

Ella rio, pese al cansancio y la ligera molestia. Su esposo tenía la costumbre de decir disparates en la cama, y eso le parecía encantador.

—Nunca me iré. Te amo demasiado —prometió, y luego le dio un pequeño golpe en el brazo—. ¿No otra vez?

Él sonrió.

—La primera vez fue incómoda para ti; esta vez será para tu placer.

—¿Eh? —frunció el ceño y luego gimió—. Oh…

Las llamas se alzaron en la chimenea y sobre su piel mientras, una vez más, se entrelazaban, envueltos en ritmo y aroma, compartiendo cada aliento.

Un sollozo resonó en la habitación, y la sábana ligera que los cubría volvió a elevarse y descender al compás de las olas.

La luz del amanecer se filtró, envolviendo sus figuras estremecidas en un resplandor dorado, prometiendo felicidad y toda una vida de pasión y dicha.

Finalmente se quedaron dormidos en brazos el uno del otro, saciados, plenos y completos.

EPÍLOGO

Penny sorbió su té en la salita de la mañana de la mansión Blackthorne y se recostó sobre los cojines. Miró a Celine, que estaba sentada frente a ella, y dijo con comodidad:

—No debería haberme entrometido tanto en los asuntos de nuestra hermana, pero mira qué bien salió todo. Tiene tres pequeños y un cuarto en camino. Diría que tengo talento para esto.

Celine asintió.

—Es una lástima que solo nos quede una hermana.

—¡Elizabeth! —irrumpió Dorothy en la habitación.

—Sí, Elizabeth —sonrió Penelope—. Debemos idear un plan para encontrarle marido.

—Elizabeth ha sido sorprendida robando el carruaje de Lord Snyder. Oh, Penny, no creo que ni siquiera tú puedas salvarla esta vez —exclamó Dorothy.

Penelope se incorporó de golpe.

—¿Has dicho robando?

Dorothy asintió.

—Se disfrazó de salteador de caminos y, junto con Dimbercove, intentó asaltar a Lord Snyder. Por desgracia, él llevaba una pistola y tenía dos lacayos fuertes con él, y los atraparon.

—¿Dónde está ahora? —gritó Celine horrorizada.

—En casa —respondió Dorothy—. Cuando Lord Snyder se dio cuenta de quién era, la dejó ir, pero amenaza con contárselo a la alta sociedad a menos que…

Penelope se inclinó hacia adelante.

—¿A menos que…?

—Quiere casarse con Elizabeth.

Celine jadeó.

—¡Ese hombre tiene edad para ser su abuelo!

Dorothy se retorció las manos.

—¿Qué vamos a hacer?

Penelope se frotó las sienes.

—Nada de más secuestros. Tendremos que pensar en otra cosa.

—¿Casarla con otro? —sugirió Celine—. Después de eso no podrá hacer nada.

Dorothy negó con la cabeza.

—Jane tuvo suerte. No quiero arriesgarme a algo así otra vez.

Penelope alzó la cabeza.

—Tengo un plan. Un poco de chantaje, muchas amenazas y algunos huesos rotos lo arreglarán todo.

Celine frunció el ceño.

—Lo de los huesos rotos no. El resto suena bien. Pero ¿y Elizabeth? Tenemos que hacer algo para controlar a esa niña.

Jane carraspeó desde la puerta. Tenía el rostro sonrojado y el vientre redondo de embarazo.

—Sé exactamente a dónde enviarla hasta que esto se calme. Y conozco al hombre que la pondrá en su sitio.

Penny preguntó, curiosa:

—¿Quién?

Jane sonrió.

—Lord William Edmond Darby.

Celine frunció el ceño.

—¿Ese erudito gruñón?

—El nuevo cuñado de su mejor amiga —dijo Jane con una mueca —. Creo que acabo de romper aguas. En fin, él es quien la pondrá en su sitio. Confíen en mí. Ella lo detesta, y él no es de los que toleran sus tonterías infantiles.

—Supongo que no perdemos nada por intentarlo —dijo Penelope mientras se levantaba y conducía con suavidad a Jane hacia el cuarto de invitados, mientras Dorothy y Celine chillaban pidiendo agua caliente y toallas.

Lord Savill entró corriendo en la habitación.

—¿Es el momento?

—Lo es —dijo Jane, soltando un grito.

Él se desmayó, y Celine, preparada para ello, lo sostuvo y lo acomodó en el sofá.

—Uno pensaría que ya estaría acostumbrado.

—Es un hombre —dijo Penelope—. ¿Qué se le va a hacer?

Las hermanas pusieron los ojos en blanco al unísono y luego se dispusieron a traer al mundo al nuevo bebé.

Fue una niña sana, con la nariz y las pestañas de Lord Savill. Jane sostuvo a su hija y contempló su dulce rostro con deleite. No podía esperar para tomar sus pinceles de marta y pintarla.

Fin

Si disfrutaste leyendo este libro y te gustaría recibir una copia gratuita del próximo libro de Anya cuando se publique, puedes escribirle a **anyawylde@gmail.com** *

También puedes suscribirte al **boletín de Anya Wylde** para ser la primera persona en enterarte de cualquier nuevo lanzamiento.

* Copias limitadas disponibles, ¡así que date prisa!

SOBRE LA AUTORA

Anya Wylde vive en Irlanda junto a su esposo, sus hijos y un caniche francés gordito (ahora a dieta). Prepara un curry espectacular, y su idea de hacer ejercicio es, de vez en cuando, estirar los dedos de los pies. Tiene un título en Literatura Inglesa y adora leer y escribir. Conéctate con Anya Wylde en **Facebook** o **Instagram** para enterarte de sus próximos lanzamientos, o síguela en su **APágina de Autora de Amazon**.

Subscríbete a su boletín **aquí**.

Sitio web: **www.anyawylde.com**

OTROS LIBROS DE ESTA AUTORA

Comedias Románticas de la Regencia

Penelope

Buscando a Philbert Woodbead

Elizabeth

Romances de la Regencia

La Duquesa Accidental

Cuando Llega el Canalla

Misterios de la Regencia

Apuesta Perevrsa

Asesinato En Rudhall Manor

La Muerte de un Aristócrata

Comedias Románticas Contemporáneas

Un Muffin de Amor Y un Chai Latte

Fantasía

Meara

Destinado